

Obra póstuma de Françoise Dolto, *La causa de los adolescentes* examina el periodo de la vida humana que va de los diez a los dieciséis años: época de la «muerte de la infancia», del arduo recorrido que lleva a los umbrales de la existencia adulta, y en la que la autora ve un verdadero purgatorio, un duro tiempo de prueba para cada individuo. Encarada a los síntomas principales de la adolescencia en nuestra sociedad en crisis (alto índice de suicidios, droga, fracaso escolar, sexualidad), Françoise Dolto, basándose en los datos de una rigurosa encuesta internacional, entabla un combate para dar voz a quienes no la tienen todavía e introducir en la educación el amor y el respeto por los demás y por uno mismo. El presente libro se propone inaugurar una era de nuevas relaciones con la juventud y encierra un proyecto global de sociedad nueva.



SEIX BARRAL



La causa de los adolescentes



Françoise Dolto

La causa de los adolescentes

El verdadero lenguaje para dialogar con los jóvenes

Seix  Barral

*Colectivo de encuesta
dirigido por André Coutin*

Título original:
La cause des adolescents

Primera edición: abril 1990

© Éditions Robert Laffont, S. A., Paris, 1988

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 1990: Editorial Seix Barral, S. A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-322-4642-5

Depósito legal: B. 9.131 - 1990

Segunda reimpresión (México): abril de 1992

Impreso en México — Printed in Mexico

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

PRÓLOGO

Hace tres años, la gran resonancia de *La causa de los niños* ayudó a Françoise Dolto a medir la fuerza de penetración de sus nuevas ideas. El libro desencadenó una serie de debates, reflexiones e iniciativas, y contribuyó a introducir más aún en la sociedad francesa y europea los temas de investigación esenciales y las líneas de acción capitales que se desprenden de la obra de Françoise Dolto. La obra iba dirigida a todos los padres, educadores, animadores y quienes toman decisiones en la sociedad.

Rápidamente, Françoise Dolto intentó proseguir este trabajo de pedagogía y de comunicación aplicándolo a la etapa de la adolescencia.

Unos días antes de reunirse en la otra orilla con su marido Boris Dolto, Françoise había terminado de corregir el manuscrito y se alegraba con la idea de que los jóvenes, así como los adultos, pudieran leer este segundo libro. «La causa de los niños —decía— es aquí considerada desde el punto de vista del adolescente.»

«El nacimiento es muerte; la muerte es nacimiento», repite ella a lo largo de esta investigación en compañía de jóvenes de diez a dieciséis años. La que muestra aquí cómo acompañar al adolescente en su «muerte de la infancia» supo dar el último paso de la vida adulta encontrando las palabras para definir la experiencia. Cuando, con el corazón latiendo aceleradamente, la creíamos ya en el último momento, Françoise supo regresar de su propia muerte para hablarnos de ella a sus parientes y amigos. A mí me la describió como una isla tranquila en medio de la tempestad. Días más tarde, habiendo dominado todo miedo a lo desconocido, se despedía definitivamente.

Con qué coraje y qué exigencia, radiante de espiritualidad, habrá llevado a cabo esta «tarea social urgente», la

causa de los adolescentes, economizando sus energías para concentrarlas mejor en sus horas de trabajo. El oxígeno que, en los últimos tiempos de su vida, ella tenía que inhalar noche y día, lo insufla en estas páginas, transmutado de inteligencia, para restituir a su prójimo el deseo de llegar y la voluntad de estar presente en los otros. Una obra doblemente generosa que ella lega a todos los jóvenes.

ANDRÉ COUTIN

DE LA CAUSA DE LOS NIÑOS A LA CAUSA DE LOS ADOLESCENTES

Esta investigación consagrada al crítico período de la adolescencia es la continuación y prolongamiento naturales de *La causa de los niños*. En aquella primera obra, dejamos a los niños en el umbral de ese «paso» determinante que les conduce a la toma de autonomía, hacia los diez-once años. No existe una edad precisa que establezca la fecha de esta fase del desarrollo del individuo. Lo que hay es una influencia que les empuja hacia esta zona de turbulencias, pues cada uno la vive según su relativa precocidad, o, por el contrario, según sus retrasos, al capricho de su propio ritmo. En todo caso, tarde o temprano, en esta fase del crecimiento, en el momento de la prepubertad, les aguarda un gran trayecto antes de poder entrar en la vida adulta, de asumir responsabilidades de ciudadano y participar de alguna manera en la construcción del futuro de su sociedad.

Para llegar a la otra orilla, tendrán todos que sufrir cierto número de pruebas, franquear obstáculos, resolver crisis originadas en su interioridad o en las presiones del medio. Según su propia sensibilidad, su fragilidad o su nueva fuerza, se encontrarán con más o menos dificultades para salvar este paso. Aquellos que de entrada no hayan consumado la ruptura que realiza la toma de autonomía, aquellos que aborden este suelo de inestabilidad y de fracturas, la adolescencia, con bloqueos estarán en condiciones de inferioridad respecto a los otros, pero todos necesitarán de toda su voluntad de vivir, de toda la energía de su deseo de llegar para afrontar esta muerte de la infancia. El propósito de este libro es plantear las verdaderas preguntas y tratar de inspirar los comienzos de una respuesta. Para mantener la justa perspectiva de las etapas del crecimiento y los orígenes de los conflictos y atolladeros observables, sugerimos que se remitan a los análisis de nuestra primera obra, *La causa de los niños*.

PRIMERA PARTE

EL PURGATORIO DE LA JUVENTUD
Y EL SEGUNDO NACIMIENTO

«La educación oficial no te enseña la educación en el amor..., en el respeto del otro, en el respeto de ti.»

FRANÇOISE DOLTO

CAPÍTULO 1

EL CONCEPTO DE ADOLESCENCIA: PUNTOS DE REFERENCIA, PUNTOS DE RUPTURA

No se conoce tan bien al adolescente como al niño. Hay que extenderse sobre la realidad que oculta este término. Se habla hoy de la población de los «Ados», expresión mediática que tiende a aislar a los individuos jóvenes «de paso», «en tránsito», encerrándolos en un tipo de edad. En vez de limitarse a situarla en la pirámide de las edades, es más interesante buscar un consenso y superar las controversias y desacuerdos entre psicólogos, sociólogos y endocrinólogos-neurólogos.

Algunos prolongan la infancia hasta los catorce años y sitúan la adolescencia entre los catorce y los dieciocho años, como una simple *transición* hacia la edad adulta. Aquellos que la definen en términos de *crecimiento*, como un período de desarrollo muscular y nervioso, se sienten tentados incluso de prolongarla hasta los veinte años.

Los sociólogos toman en cuenta el fenómeno actual de los «adolescentes retrasados», estudiantes prolongados que viven en casa de sus padres mucho más allá de su mayoría. Algunos psicólogos reducen la adolescencia a un *capítulo final de la infancia*.

¿Es una edad cerrada, una edad marginal, o una etapa original y capital de la metamorfosis del niño en adulto?

En mi opinión, es una fase de mutación. Es tan capital para el adolescente confirmado como el nacimiento y los primeros quince días de su vida lo son para el niño pequeño. El nacimiento es una mutación que permite dar el paso del feto al niño de pecho y su adaptación al aire y a la digestión. El adolescente, por su parte, pasa por una muda respecto de la cual nada puede decir, y es, para los

adultos, objeto de un cuestionamiento que, según los padres, está cargado de angustia o pleno de indulgencia. Mi profesor de filosofía, parafraseando el proverbio, decía de una de mis compañeras de la que pensaba que se había quedado en la adolescencia: «Dios, mesa o palangana; ¿en qué se convertirá?» A sus ojos, todas deberíamos haber sido ya jóvenes adultas. He aquí una de las posibles y gráficas maneras de definir la adolescencia como una edad en que el ser humano no es dios, mesa ni jofaina. El estado de adolescencia se prolonga según las proyecciones que los jóvenes reciben de los adultos y según lo que la sociedad les impone como límites de exploración. Los adultos están ahí para ayudar a un joven a entrar en las responsabilidades y a no ser lo que se llama un adolescente retrasado.

La sociedad tiene interés en que el adolescente no pierda el tiempo en una vida de beneficiado. Pero esta justa preocupación lleva también al exceso de celo que consiste en estimular demasiado a un niño de once años a no ser un niño prolongado. Si bien no hay que dormirse, tampoco hay que precipitar las cosas... En el lenguaje popular, se dice con frecuencia: «Siempre te portas como un niño, pero ya no eres un niño.» ¿Acaso no es éste un lenguaje totalmente pernicioso y culpabilizante, si el padre o la madre le dicen esto a un preadolescente?

Yo creo que él no le presta a estas palabras la menor atención. Se la prestaría si fuera uno de sus compañeros quien se la dijera. Pero no los padres. Los padres, de todos modos, dejan de ser a sus ojos los valores de referencia. En las escuelas hay Grandes Meaulnes en todas las épocas que gozan de cierto prestigio. Son los líderes de pequeños grupos. Y siempre corretea por allí un muchachito menos afirmado, menos desarrollado, que tiene problemas en hacerse aceptar por el arcángel o el cabecilla. Se le rechaza: «Eres un pequeñín, un renacuajo; no sabes de qué va... lárgate.» Esta infantilización es peyorativa viniendo de un joven; afecta más al niño que si su madre le dice: «No te hagas el pequeñín.»

Es también muy vulnerable a las observaciones despectivas procedentes de otros adultos que tienen el papel de mandar a los jóvenes. En el curso de esta mutación, re-

produce la fragilidad del bebé que nace, sumamente sensible a lo que recibe como mirada y oye como palabras que le conciernen. Un bebé cuya familia lamenta que sea como es, que se parezca a aquel otro, que tenga una nariz así o asá, y llega hasta lamentar el sexo que tiene o el color de su cabello, corre el riesgo de quedar marcado para toda la vida, mientras la gente piensa que no comprende nada. Ha captado este hándicap social con el que ha nacido. A esa edad, todos los juicios surten efecto, incluyendo aquellos que expresan gentes de poco fiar, por ejemplo, personas celosas o resentidas con los padres. El niño no tiene en cuenta las cosas, no hace más que oír que hablan mal de él, y se lo toma al pie de la letra. Y se trata de algo que puede comprometer, de por vida, sus relaciones con la sociedad. El papel de las personas ajenas a la familia y que conocen a un adolescente, que tienen relación con él por causa de la escuela, o por causa de la vida social, es muy importante durante algunos meses. Pero, desgraciadamente, la gente no sabe cuál es el período sensible para dicho joven. En el caso del bebé, se ignora que oye todo lo que le dicen. «¡Ah! ¡Qué pena que se parezca a tía Lili... Qué demonio era!» Y luego se ponen a hablar de la tía Lili, y el niño recibe a quemarropa una descarga negativa que le afecta profundamente. Lo sabemos ahora. Pues bien, lo mismo sucede con un joven en pleno desarrollo.

Para comprender adecuadamente qué es la inopia, la debilidad de la adolescencia, tomemos la imagen de los bogavantes y langostas que pierden su concha: se ocultan bajo las rocas en ese momento, mientras segregan su nueva concha para adquirir defensas. Pero, si mientras son vulnerables reciben golpes, quedan heridos para siempre; su caparazón recubrirá las heridas y las cicatrices, pero no las borrará. Las personas secundarias juegan un papel muy importante en la educación de los jóvenes durante este período. Aunque no estén encargadas de dar dicha educación, todo lo que hacen puede favorecer la expansión y la confianza en sí, al igual que el valor para superar sus impotencias, o, al contrario, pueden estimular el desaliento y la depresión. Hoy, muchos jóvenes a partir de los once años conocen estados depresivos y estados paranoicos. Y ejecutan actos de agresión gratuitos. En estas «crisis», el joven se opone a todas las leyes, porque le ha parecido que alguien que representa la ley no le permitía ser ni vivir.

¿Pero acaso esta reacción de defensa no les deja aún más desarmados?

En este momento de extrema fragilidad, se defienden contra los demás, bien mediante la depresión, o por medio de un estado de negativismo que agrava aún más su debilidad.

La sexualidad podría ser un recurso para ellos.

No tienen aún vida sexual, si no es a través de la imaginación. Con mucha frecuencia, penetran en un falso nivel expansivo de sexualidad, que depende de lo imaginario: la masturbación. En el momento difícil en que los jóvenes se sienten incómodos en la realidad de los adultos por falta de confianza en sí mismos, su vida imaginaria les sostiene. El muchacho o la joven están casi decididos a excitar en sí la zona que les dará fuerza y valor, es decir, la zona genital que se anuncia. Y de ese modo la masturbación, de remedio de su depresión, se convierte en trampa. Trampa, porque de este modo se descargan nerviosamente y tienen mayor dificultad para afrontar la realidad, para vencer estas deficiencias, mucho más imaginarias que reales, pero que han sido alimentadas por frases inoportunas de las madres, como por ejemplo: «No llegarás a ser nada; ¿cómo quieres gustar a una chica, si siempre vas tan desaseado?», o por el entorno que les sorprende y les hace ruborizar con frases como: «Ah, vaya, no le eres indiferente. ¿Es tu novia?» Resulta espantoso para un joven ser descubierto así y ver puesto de manifiesto el sentimiento precoz que experimenta; ello puede lanzarle verdaderamente a la masturbación, porque ésta es un sostén a la excitación de las pulsiones que le permitirían superar esta depresión. Desgraciadamente, como se satisface de una manera imaginaria, carece ya de la fuerza para ir a buscar en la realidad, en otro ser humano, muchacho o muchacha, el apoyo, la camaradería o el amor que le sostenga y le ayude a salir de esta trampa en que le han encerrado algunos adultos indiferentes o agresivos. O celosos, pues hay adultos que están celosos de esta «edad ingrata». Recuerdan que ellos fueron maltratados por adultos, y, en lugar de evitar cometer el mismo error con los otros, como si fuera más fuerte que ellos mismos, cargan la mano:

«¿Qué es lo que vas a pensar? No estás en edad de pensar; aún tienes el gusto de la leche en los morros.» Etc. Cuando un joven comienza a tener ideas propias y a mezclarse en la conversación de los adultos, no pierden un instante en desalentarlo, cuando sería el momento de darle la palabra: «Te interesas por esto; bien, dime tu opinión; ah, es interesante...» El padre no quiere que se diga que su hijo empieza a ser escuchado por los jóvenes que le rodean. Es él quien debe tener la supremacía. Hay muchos padres que no saben ser padres de adolescente. Y lo curioso es que no saben serlo delante de su mujer y de su hija, pero cuando están solos con los muchachos, los entienden mejor. Eso se debe a que no desean que al muchacho se le preste la misma atención que a ellos cuando se ponen a hablar en la mesa y el joven discrepa de su padre. El padre quiere que su opinión prevalezca sobre la de su hijo. La frase justa sería, por ejemplo: «Bueno, a dos edades distintas, pensamos de manera diferente. No hay problema.» Si el joven se ve interrumpido, o bien lo tolera con una sonrisa de condescendencia («Papá no quiere reconocer su error; bien, ¡tanto peor!»), o no se atreve a afirmarse para expresar en otro lugar una afirmación que ha sostenido en casa; cuando esto, en otro lugar, le conferiría valor. Pero como en casa esto le ha «desvalorizado», queda marcado por una depresión y cree que no tiene derecho a pensarlo.

En este momento es cuando tendría necesidad de ser fortalecido. Los educadores parecen muy indicados aquí para tomar el relevo.

Y no sólo los que imparten disciplinas escolares, sino los que enseñan deporte, arte, etc. A ellos corresponde darle la voz al niño, pidiéndole su opinión, su juicio sobre un combate, su parecer sobre una exposición. Y que no concedan solamente el derecho de hablar a los vozarrones que se imponen, sino también a todos los que tienen una opinión pero no dicen esta boca es mía. Se trata de animarles: «No dices nada, pero tendrás tu opinión. He visto que contemplabas el partido con mucha atención; seguro que te has hecho una idea sobre éste o aquel jugador.» El joven interpelado reconoce entonces que, aunque no se ha mostrado entre los activos, cuenta en el juicio de aquel profe-

sor que conoce bien el paño, y eso puede salvar a un muchacho que en casa es abrumado por sus padres.

Se trata de una edad frágil pero asimismo maravillosa, porque reacciona también a todo lo positivo que se hace por él. Sólo que los adolescentes no lo manifiestan en el mismo momento. Es un poco decepcionante para los educadores que no ven los efectos inmediatos. No me cansaré de incitar a los adultos a perseverar. Digo y repito a todos los que enseñan y se desaniman, que traten de valorizarlos: continuad, aunque el joven parezca «tomaros el pelo», como se dice. Cuando son varios, con frecuencia le toman el pelo a una persona mayor, y cuando están solos, esta persona es para ellos alguien muy importante. Pero hay que soportar ser abucheado. Uno puede pensar: sí, soy abucheado porque soy adulto, pero lo que les digo les ayuda y les sostiene.

Así pues, ¿los once años son realmente un punto de máxima fragilidad?

Sí, de once a trece años: tienen rubores, se tapan el rostro con los cabellos, azotan el aire con las manos para vencer su malestar, su vergüenza, o pueden incluso enmascarar una gran herida que quizá sea indeleble.

¿Es la pubertad la cresta de esta travesía crítica?

La época difícil es el momento de la preparación de la primera experiencia amorosa. El joven siente que hay en ello un riesgo, lo desea y lo teme al mismo tiempo. Al respecto existe una gran polémica que la cargada estadística de suicidios o de conductas suicidas pone sobre el tapete de la actualidad. Plantea en definitiva esta pregunta esencial: ¿Lo problemático es la primera experiencia sexual, que es una cresta culminante en la vida del adolescente, o cierta necesidad de experimentar la muerte? Es decir: ¿se trata de la confrontación con el riesgo y el peligro, o del no-deseo de vivir...?

Opino que es indisociable. Porque precisamente el riesgo del primer amor es experimentado como la muerte de la infancia. La muerte de una época. Y este final que os arrastra y aniquila como cuando os dais en el amor, constituye el verdadero peligro de dicha cresta, punto de paso

obligado para inaugurar su dimensión de ciudadano responsable, y acto irreversible. En nuestra sociedad, los jóvenes no reciben ayuda porque no tenemos el equivalente de los ritos de iniciación que antaño marcaban esta época de ruptura. Las pruebas colectivas eran impuestas a niños de la misma edad, pero que no estaban todos igualmente maduros para que produjeran un efecto mutante en ellos. Sin embargo, era un acontecimiento que marcaba, y la sociedad les consideraba entronizados, es decir, que habían superado la iniciación que permite convertirse en adolescente a partir de dicho paso. Tanto si estaban preparados interiormente como si no, los adultos les concedían el derecho a acceder a ella. Reducidos a sí mismos, los jóvenes de hoy no son conducidos juntos y solidariamente de una orilla a la otra; y se ven obligados a conseguir este derecho de paso por sí mismos. Esto exige de su parte una conducta de riesgo.

El África negra y Oceanía ofrecen a la etnología una gran variedad de ritos de iniciación y de aprendizaje. Será interesante pasar revista a las diversas soluciones que las sociedades antiguas encontraron para ayudarles a pasar este período de mutación, la muerte de la infancia.

Pero antes de comparar las actitudes del cuerpo social a través de la historia de las sociedades, y de investigar cómo los adolescentes de hoy pueden, solos o en grupo, afrontar la realidad, trataremos de describir lo que sucede en el interior de cada individuo, y poner de relieve la transformación capital que hace del niño un adolescente en ciernes.

El hecho trascendental que marca la ruptura con el estado de infancia es la posibilidad de disociar la vida imaginaria de la realidad; el sueño, de las relaciones reales.

Tras la crisis llamada edipiana que opone al muchacho perdidamente enamorado de su madre a su rival, el padre, en quien ve, en el mejor de los casos, un motivo de admiración, los fuegos se apagan, y el niño llega a la edad que nosotros llamamos «latencia». Sabiendo que no es más que un niño, se resigna a esperar el futuro. Ello no excluye que tenga claramente la noción de una sexualidad latente, pero comprende que no podrá encontrar su objeto de amor en la familia. Así pues, en el mejor de los casos,

el niño del final de Edipo, hacia los ocho-nueve años, conserva una gran ternura idealizada por su madre, y también por su padre, aunque con un sentimiento dividido entre la confianza y el temor de apartarse de la ley que el padre quiere que guarde, y que no sólo es una ley dictada por el padre, sino que éste la representa y ejemplifica. El niño ve en el padre al garante de la ley y al mismo tiempo al testigo ejemplar dueño de sus pulsiones.

De todos modos, a los once años se manifiestan los primeros indicios de una sexualidad que se anuncia con un fortísimo componente imaginario antes de que el cuerpo entre en juego; esto corresponde, en el muchacho, a las primeras emisiones involuntarias de esperma, y, en las muchachas, a las primeras reglas. Pero antes de que el cuerpo siga, se diría que el joven y la muchacha preparan este acontecimiento fisiológico con una especie de fiebre psíquica de amor imaginario por modelos que actualmente se conocen como ídolos de masa, y que han sucedido a los héroes de ayer. El «relevo» ha llegado de los Estados Unidos. Héroes e ídolos constituyen sus compañeros en el juego de papeles donde lo imaginario desplaza a la realidad.

¿Comienza, pues, una segunda vida imaginaria, en el umbral de la adolescencia?

La primera vida imaginaria que se inicia a los tres-cuatro años, pone la mira en las personas del grupo próximo al niño, es decir, el padre, la madre, hermanos y hermanas, y el entorno familiar íntimo. Para lo demás, está en relación con el mundo exterior mediante las opiniones de los padres; pero, directamente, no le interesa, salvo que se produzcan grandes acontecimientos como una invasión, o una guerra, en cuyo caso el niño queda preso, como los padres, en la tormenta. En una sociedad relativamente estable, la visión que el niño tiene del exterior queda absolutamente obstruida por su interés por la familia y por el modo en que la familia reacciona ante la sociedad, por los eslóganes del padre. Los niños son enteramente de la misma opinión que el padre, incluyendo sus opciones políticas. Cuando los padres discrepan, el niño presenta dificultades para pensar por su cuenta, dificultades que se mantendrán más o menos en silencio hasta los once años.

Pero, a esa edad, estallará el problema latente: en su segunda vida imaginaria, los temas de interés que encuentra fuera del campo familiar y que deberían prepararle para la vida real siguen teniendo a los padres como referencia... El padre al que no se ama porque se ha divorciado de la madre, o la madre que es mal vista porque el padre dice cosas en contra de ella o a sus espaldas, o la abuela paterna que no quiere a la nuera, conflictos de relación que trastornan la vida imaginaria de un niño entre los nueve y los once años, pero cuyos efectos no se ven hasta los once: sigue teniendo dificultad en distinguir el sonido de la realidad del sonido de lo imaginario. Pero si todo ha ido bien, si no ha habido desgarramiento familiar, en su segundo mundo imaginario el niño ya no necesitará tomar sus modelos intramuros de la familia. En lo sucesivo, sus modelos serán exteriores. Sigue contando con la familia como un valor-refugio, pero no siente que desempeñe en ella un papel, y pone su empeño en triunfar socialmente. Toda su energía se dirige ahora hacia el grupo de compañeros de la escuela, o a los grupos deportivos y demás, y hacia la vida imaginaria que pueden proporcionar la televisión, las lecturas o sus invenciones en los juegos. Esto es lo que ocurre antes de la eclosión de la pubertad en un umbral de lo imaginario más allá de la familia, en el mundo exterior. Cuando llega a la adolescencia es cuando este mundo imaginario exterior le provocará, le hará decir que quiere salir. Quiere ir a medir, por decirlo así, esta discriminación que ha hecho entre lo imaginario y la realidad, penetrando en esos grupos sobre los que ha imaginado muchas irrealidades pero que, al mismo tiempo, existen, puesto que se habla de ellos. Es atraído por pequeñas bandas de jóvenes mayores que él y en las que pretende integrarse. Y entrará así en su adolescencia saliendo de la familia y mezclándose con grupos constituidos que, para él, tendrán momentáneamente un papel de sostén extrafamiliar.

No puede abandonar completamente los modelos del medio familiar sin antes disponer de modelos de relevo. No son sustitutos, sino relevos para su toma de autonomía de adolescente confirmada, que se hará merced a las heridas en el amor propio y en las alegrías, a las dificultades y a los éxitos que serán los acontecimientos de su vida entre los once y los catorce años. Tanto él como ella.

LOS JUEGOS

Françoise Dolto: «Cuando era joven, mis camaradas me decían continuamente: "¿Qué te apuestas? A ver, ¿qué te apuestas?" "No me apuesto nada" "¿Es que no crees en lo que dices?" "Desde luego; he dicho lo que pensaba. Pero no tengo ganas de apostar." Mis camaradas no cesaban de apostar. Las chicas se interesaban menos en el juego que ahora.

»Hoy, las muchachas acuden a las máquinas tragaperras con los chicos. Lo cual le quita una parte de fantasía al juego. El compañero, el rival, no es más que una máquina. El juego ya no es cosa de hombres. Las chicas están presentes y apuestan. El fantasma lúdico del niño que se nutre de lo imaginario ("Si yo fuera millonario") desaparece con la práctica de los juegos con dinero.»

Hemos intentado delimitar la entrada en la adolescencia, el primer «paso». ¿Cuál es su última frontera? ¿Qué representa el final de la adolescencia? Los neurólogos dirigen la mirada al desarrollo nervioso: veinte años, la edad en que el tejido cerebral queda totalmente constituido. Los especialistas del crecimiento fijarán la fecha en los últimos puntos de osificación.

Es el final de la osificación de la clavícula, a los veinticinco años.

El juez tomará como punto de referencia la mayoría penal; el educador, el fin de la escolaridad obligatoria, los dieciséis años. Pero el legislador ha establecido en dieciocho años la mayoría civil. La precocidad de las relaciones sexuales, las fuentes de información extrafamiliares, la televisión, la calle, los viajes al extranjero, los períodos de prácticas, los medios de locomoción individuales (dos ruedas), ponen en tela de juicio la edad fatídica. ¿Hay que establecer la mayoría en dieciséis, en quince, o en catorce años? A los educadores les corresponde poner objeciones a la falta de madurez, a la irresponsabilidad de una juventud demasiado asistida. A la inversa, uno se siente tentado a tomar en cuenta el componente social de los

estudios prolongados. Jóvenes y muchachas permanecen en la casa mucho más tiempo, se casan más tarde, tienen experiencias de amor libre. Muchos factores sociales abogan por la emancipación juvenil. Pero la sedentarización de los jóvenes que se demoran en el hogar mantiene a toda una generación en un estado de postadolescencia y viene a contradecir a los partidarios de una mayoría anticipada. Entre estas dos posiciones extremas, los padres quedan cada vez más perplejos. ¿Qué indicaciones darles sobre las probabilidades del fin (real) de la adolescencia? Dado que no es posible fijar la edad, ¿cuáles son los puntos de referencia?

Un individuo joven sale de la adolescencia cuando la angustia de sus padres no le produce ningún efecto inhibitorio. Lo que digo no es muy agradable para los padres, pero es la verdad que puede ayudarles a ser clarividentes. Sus hijos han alcanzado el estado adulto cuando son capaces de liberarse de la influencia paterna tras alcanzar este nivel de juicio: «Mis padres son como son; no los cambiaría y no trataría de cambiarlos. No me toman como soy; peor para ellos: los abandono.» Y no tienen sentido de culpabilidad por abandonarlos. En este momento de ruptura fecunda, demasiados padres querrían culpabilizar a sus hijos, porque sufren y están angustiados de no poder mantenerles bajo vigilancia. «En qué se van a convertir... No tienen experiencia...», etc.

¿Puede, este final de la adolescencia, ser vivido mucho antes de los dieciséis años?

No, porque la sociedad no lo permite. Sí, si la sociedad permitiera que se trabaje fuera de casa a partir de los catorce años, y que se gane uno la vida. El joven no encuentra en Occidente soluciones legales para abandonar a sus padres asumiendo su condición sin aparecer como un marginal, un delincuente o a cargo de alguien que quiere ocuparse de un adolescente en peligro de perversión. Actualmente hay muchos adultos interesados por la fuerte demanda de adolescentes en el nivel sexual y afectivo. Finalmente, los jóvenes se ven obligados a venderse, tanto si la venalidad es visible, como la prostitución callejera, como si es ambigua: se hacen mantener por alguien que a partir de ese momento se considera con derecho sobre ellos, o

sobre su cuerpo. Esta nueva forma de dependencia procede del hecho de que las leyes no le permiten a un joven ganarse la vida, ni siquiera de un modo parcial pero que le proporcionaría el medio de evitar una cama y una sopa de beneficencia..., en fin, la manera de no estar a cargo de nadie y, al mismo tiempo, de encontrar un empleo o un aprendizaje pagado, o una experiencia de viaje subvencionado. Pienso que la sociedad podría hacer mucho anunciando posibilidades de bolsas de viaje, bolsas de formación..., una gama completa de «pequeñas tareas».

Así pues, hoy en día el paso a la edad adulta se traduce muy concretamente en términos de independencia económica.

En términos de independencia económica, de potencialidad creadora y de aprendizaje que permitan adaptarse, insertarse en un grupo social. Dejar de recibir o de admitir dinero de los padres no resuelve el problema, si uno lo sigue recibiendo de otro adulto. Es peor, pues surge entonces un sentimiento de dependencia que no se tiene respecto de los padres. Lo que los padres nos han dado, lo devolveremos a nuestros hijos. Pero la protección y la ayuda material de una tercera persona culpabilizan mucho más. Pues su donación no será devuelta, no será transmitida a la descendencia. La influencia de esos protectores o protectoras puede alienar la vida de libertad de sus protegidos, incluso más allá de la muerte de esos «tutores». La relación de dependencia se desarrolló «honorablemente», sin sexualidad alguna involucrada. Se trata de personas inteligentes y generosas que adquieren influencia sobre un joven.

Recuerdo a una muchacha sumamente dotada pero ligada a su mentor por un voto, que ella respetaba como una última voluntad y que le impedía ser otra cosa que maestra de niños de diez años, como la que le había possibilitado cursar sus estudios. Sus padres se habían negado a conservarla a su lado más allá de los dieciséis años, porque la niña no aportaba dinero a la casa. Y fue una directora de escuela totalmente desinteresada la que tomó el relevo, sin darse cuenta siquiera de que le estaba cortando las alas al impedirle que en el futuro hiciera otra cosa que lo que ella le tenía destinado: seguir su misma carrera. La muchacha, a los dieciséis años, hubiera podido tomar un

empleo, pero era una chica inteligente que quería hacer el bachillerato; la directora de escuela le permitió obtener dicho diploma. Pero no quería que siguiera estudios superiores, y le decía: «Será tu perdición si lo haces; tienes que quedarte al servicio de la enseñanza primaria.» La joven se hallaba realmente en muy mala situación psicológica cuando la conocí. En compañía de su protectora, no había concluido su pubertad. Sólo gracias a un psicoanálisis pudo desprenderse de aquella promesa de quedarse como maestra que le impedía vivir completamente y realizar aquello que deseaba, es decir, estudios superiores. Posteriormente, ha tenido éxito en su profesión.

Este ejemplo muestra claramente que la fidelidad hacia quien nos subvenciona sin pertenecer a la familia es mucho mayor. A la familia se le es infiel. Se es infiel a los padres; ésa es la ley. Y está bien, y uno se siente sostenido por la fuerza, en el fondo, del honor que se hace a los padres haciendo por uno mismo lo que se tiene que hacer, y además, no amándoles puesto que no le comprenden a uno. Y entonces nos ponemos a amar a alguien que nos comprende, y podemos quedar completamente bloqueados porque se trata justamente de alguien de la generación anterior. Un joven tiene necesidad de amar a las personas de su edad, y de formarse a través de los de su generación, y no de seguir dependiendo de alguien de una generación anterior que en un momento dado ha sido un modelo. Si la influencia se prolonga, es un modelo desestructurador. Momentáneamente, parece ayudar al joven a realizarse, pero en realidad lo aplasta, porque el joven cree estar en deuda pues no fue él quien lo buscó, sino que la generosidad le cayó encima por elección del adulto que fijó su atención en él. Es esto lo que hay que comprender en una sociedad en la que un joven no puede ganarse el derecho de decir no a sus padres y decir sí a su futuro, «sí a mí y a mi futuro». En los Estados Unidos, los jóvenes consiguen afirmarse al poder ganar dinero, mientras siguen escolarizados —es la misma regla de juego que participar en la financiación de sus estudios—; pero en Francia esto no es posible. Y, sin embargo, resulta algo capital a esa edad, de los once a los trece años, escapar a la tutela económica y acceder al derecho de la propia expansión personal. Los escolarizados se han convertido en una clase a fuerza de ser considerados como no aptos para entrar en la sociedad.

CAPÍTULO 2

EL SUEÑO DE LA ETERNA JUVENTUD. MITOS Y ARQUETIPOS

La mitología antigua dio cuerpo a los sueños de inmortalidad, y aportó respuestas a los grandes interrogantes del hombre sobre la muerte de la infancia y la prueba de la adolescencia. Inventó y escenificó todos los casos simbólicos de esta dolorosa iniciación a la condición humana. Todos estos mitos han fijado en la memoria colectiva unos arquetipos que, habiéndose perdido su simbolismo, se han convertido, a través del lenguaje corriente y la imaginería popular, en estereotipos como el del bello Adonis y el rapto de Proserpina.

Volvamos a partir del mito original. Éste encontró la plenitud de su encarnación en la encrucijada de Oriente y Occidente, en el Mediterráneo helénico que tan bien había asimilado todas las aportaciones de la cultura.

Los griegos, con su intuición genial, concibieron una diosa de la juventud, proyección de los sueños de los hombres que viven el envejecimiento y deben aprender a morir, sin dejar de aspirar a la inmortalidad: Hebe.

Hebe, de finos tobillos, sirve a los huéspedes del Olimpo, en una copa de oro, la ambrosía, brebaje que les proporciona la juventud eterna.

Es la hija de Hera, esposa de Zeus, rey de los dioses. Hera quiere conservar en Hebe la imagen de la joven que ella fue.

La mitología helénica es dialéctica: el mito de la eterna juventud que vence a la muerte es completado por el mito antinómico de la juventud efímera, la juventud emparejada constantemente con la muerte. Y el de la juventud sexuada. Cada sexo tiene su mito fúnebre.

En el caso de los jóvenes, es el bello Adonis, primer hijo de Afrodita, víctima de una muerte prematura a consecuencia de un accidente de caza que lo arranca a una aurora de vida resplandeciente. Muere virgen. En las muchachas, Perséfone, víctima de un rapto y una violación que la arrancan a su adolescencia terrenal. Adonis vaga por el mundo invisible. Perséfone desciende a los Infiernos, al reino de los muertos.

La imaginación humana se da en representación de las potencialidades eternas de desarrollo, que no se pierden a medida que se van produciendo nuevas adquisiciones.

El mito de las potencialidades eternas aparece siempre asociado a sus contrarios, para no olvidar la realidad, aunque se lo idealice: así, todos aquellos personajes a quienes suceden aventuras épicas son la representación misma de lo efímero. Al lado de las divinidades que gozan de la inmortalidad, hay finales muy precoces, dramáticos, trágicos, de jóvenes encarnados por Adonis y Perséfone.

Demeter es la madre de Perséfone (Proserpina para los romanos), esposa de Hades, dios de los muertos. Hay, pues, una intuición genial en los griegos que explica de una manera simbólica que la adolescencia y la muerte están absolutamente unidas, son íntimas. Y, por parte de los muchachos, aparece Adonis, el primer hijo del Amor, el primer hijo de Afrodita, que ésta perderá también muy prematuramente antes de ofrecer una representación del Amor niño, eternamente niño, Eros. Es interesante observar con criterio psicoanalítico que el Amor, de entrada, es un adolescente que desaparece de una manera dramática y prematura. Adonis, muerto en el momento en que tiene todas las cualidades de armonía y de gracia, y que será reemplazado por Eros. Como para esquivar esta realidad de la muerte adolescente, de la juventud cortada en la flor de la edad, se aportará una representación infantil del Amor, el pequeño Eros...

La leyenda de Niobe, cuyos seis hijos y seis hijas mueren a manos de Apolo y Artemisa en la flor de la edad, suma al tema de la muerte adolescente el de los celos de los adultos. Niobe tiene seis muchachos y seis chicas que son todos adonis o perséfonas, de una belleza, dones e inteligencia admirables. Apolo y Artemisa no pueden sopor-

tar la rivalidad de esta perfección adolescente en la cual sospechan una posible sucesión. Los dioses tratan de conservar su monopolio absoluto. Con flechas, matan a los hijos de Niobe; Apolo mata a los varones, en tanto que la diosa de la caza toma como blanco a las muchachas.

El poderío adulto, tanto masculino como femenino, no tolera la ascensión en gracia y en genio de la juventud. En la historia de Niobe se presenta el genocidio inconsciente de los jóvenes. Hay que matar a los adolescentes.

La muerte de Adonis celebra lo efímero de la juventud y de la belleza adolescente. La matanza de los hijos de Niobe es reveladora del miedo que los dones y talentos de la juventud inspiran a los adultos. Es interesante señalar que no son los padres quienes matan, sino terceros que quieren conservar el monopolio de la seducción y del amor.

Patrona de las novias, Afrodita es también la patrona de las prostitutas, lo que irrita a Artemisa que representa el amor de la madurez y la maternidad.

En cierta manera, se puede decir que son la madre y la matrona las que matan a Perséfone, o que matan a Adonis: éste es muerto por un jabalí enviado por la diosa de la caza.

A una edad en que aún había de descubrir su adolescencia, Perséfone es arrancada a su madre para convertirse en posesión de otro adulto, Hades, el dios que reina sobre los muertos.

Hay aquí también algo significativo en el efecto inhibidor del adulto que sustituye a la tutela paterna tomando a su cargo a un adolescente. Hades restituye a Perséfone a la Tierra-Madre para que tenga lugar la primavera de la vida. Si el adulto dominador no devuelve su libertad al adolescente al que gobierna, el cautivo no se realizará. Sabiduría del mito que condena el rapto de los adolescentes que abandonan su refugio de infancia.

Entre el rapto de Perséfone-Proserpina y la combatividad de Diana cazadora, las cóleras de Juno que desafía los rayos de Júpiter, las chifladuras provocadoras de Venus

que desencadena la guerra entre los hombres (Troya) y entre los dioses (el Olimpo), y las opulencias de Demeter-Ceres, reina de las siegas y las cosechas, no hay un estado intermedio, sino un paso sin transición. El descenso a los infiernos de Perséfone sería una metáfora de la violencia que sufre la joven que pierde su virginidad: el mito parece introducir la obligación del rapto y de la violación inherentes al matrimonio.

La adolescente núbil sólo se vuelve matrona si se la violenta. Accede a la vida de mujer por medio de una ruptura brutal. Joven virgen ayer, mujer-ánfora al día siguiente, se opone a la esbeltez del efebo.

Víctima o dominadora: la Antigüedad magnificó estos dos extremos del poder femenino. La adolescencia es pasiva, la maternidad da la madurez. La mujer actúa en la sombra. Gobierna los ciclos de la vida, utiliza las fuerzas de la naturaleza. En el transcurso de los misterios de Eleusis, Demeter, madre de Perséfone, iniciaba a las jóvenes llegadas en procesión de Atenas en los secretos de la fecundidad y los ritos de la sexualidad.

La salida de la adolescencia no es idéntica en el muchacho que en la joven.

¿Qué mirada puede lanzar hoy un psicoanalista a Narciso? ¿No plantea su destino el problema del hermafroditismo? Cuando Narciso rechaza el amor de la ninfa Eco, lo que hace es rehusar convertirse en otro; se niega a realizarse en la sexualidad, en el acto procreador. Superemos esta interpretación corriente. Dado que en el espejo no ve más que su propia imagen, puesto que el otro es él mismo, ¿acaso el mito no plantea también el problema de la ambigüedad de la adolescencia en un momento en que ésta lleva en sí una especie de ambivalencia? El mito de Narciso representaría el extremo, la patología en cierto sentido, del individuo que se niega a elegir entre una sexualidad u otra. Hermes o Afrodita. Quiere ser a la vez Hermes y Afrodita. No quiere cambiar y tener necesidad de una «mitad», de un complementario.

Está perdido, condenado, por no haber podido arriesgarse en el amor con otro y haberse replegado al amor de su imagen visual en lugar de entregarse al amor de

otro. Está enamorado de una apariencia de su imagen, y no de otra criatura que se da a conocer por su voz, procedente de un cuerpo que aparece bajo otro aspecto que el suyo.

Pero ¿acaso el narcisismo no es precisamente uno de los riesgos o una de las tentaciones de la adolescencia?

Seguramente. Con el amor, uno arriesga demasiado la muerte de todo un pasado, sin esperanza de un futuro. Y, precisamente, si en la actualidad hay cada vez más adolescentes desesperados —así se dice— que huyen al mundo imaginario de la droga, o al otro, imaginario también, de la muerte, que es el suicidio, pienso que es porque carecen de ritos de paso donde los adultos decreten: «A partir de ahora, cuentas; eres una persona de valor.» No tienen puntos de referencia claros proporcionados por la sociedad que les permiten animarse a correr un riesgo, dado que se les espera en la otra orilla del río. Si se comprometen totalmente en un amor, aceptan su riesgo, no saben en absoluto a dónde van, porque no tienen posibilidades de ganarse la vida y de asumir las consecuencias de un amor. Es propio del ser humano proyectar el futuro. Ahora bien, un muchacho o una joven que se aman no pueden proyectar los frutos de su amor, no pueden hacer otra cosa que vivir de este amor que está en ellos, y, si nace un niño, es una catástrofe: no han terminado sus estudios, no tienen vivienda, ni dinero. Así pues, hay que evitar tener un hijo. Se ha llegado, gracias a la tecnología, a medios anticonceptivos seguros, y la anticoncepción ofrece una nueva posibilidad de conocerse, pero siempre de conocerse reservándose, de manera que no hay un fruto de este conocimiento. Hay que contentarse con el cara a cara, con la soledad de dos, eludiendo la eventualidad de una obra común, de un hijo del que no podrían hacerse cargo. La sociedad no avala las consecuencias de un amor de jóvenes, lo que hace que los jóvenes no tengan derecho a llevar su propia vida en la época en que aman con más ardor. Es trágico. La tentación de Narciso viene de que ya no hay rito de paso. Hay narcisismo en la medida en que hay egoísmo en el amor: se ama sólo a uno mismo en la ilusión de otro, porque no hay salida a otra cosa. Eso hubiera podido existir, pero, antes de la anticoncep-

ción, los jóvenes se veían obligados a correr un riesgo que les conducía a una situación de responsabilidad. Actualmente, no. No tienen más responsabilidad que la de amar, sin que este amor pueda tener consecuencias. Eco no le gusta, Narciso no busca otra, la otra; como está preso en su propia imagen, cada uno se vuelve hacia sí mismo. Es un poco lo que hacen los adolescentes con una muchacha que no llama su atención... Son como Narciso. Él se ve en una sexualidad secundaria, teóricamente se convierte en homosexual. Es hablando de las muchachas como los chicos se aman, y ellas, es hablando de los chicos como se aman. Intercambios fugaces, onanismo a dos. Es como si Narciso deseara hoy a Eco y Eco le respondiera: «Escucha, no te pido más que una caricia furtiva, sin consecuencias.»

En el mito no se encuentran nunca porque el hombre joven no puede ofrecer otra cosa que un reflejo. ¿Pero acaso Eco le propone otra cosa? En las relaciones sexuales llamadas libres, los seres no se encuentran. Los cuerpos como tales no son nada si no hay proyectos y si el amor no trasciende aquello que pasa en los cuerpos y que se reduce, en resumidas cuentas, a meras descargas nerviosas. Toda la poesía creadora que puede venir de este encuentro tiene necesidad de ser sostenida por una sociedad que reconozca como válido un amor procreador, creativo. Juntos, crean alguna cosa, un hijo quizá, un hijo de todos modos aunque no sea un hijo de carne. Actualmente, los jóvenes que no tienen posibilidad de proyectarse en el futuro se ven obligados a limitarse a roces de unos con otros...

Se dice que hay cada vez más homosexuales, ¡pero eso no es cierto! Se creen homosexuales y viven como tales después de haberse escaldado con un primer amor. Es una conducta de búsqueda de lo fácil. Una liberación de compromiso. Se han quedado en ese terreno puesto que nadie les alentó a correr de nuevo un riesgo valorizante. Han perdido su creatividad tras haber malogrado un primer amor, y nadie les dice: «No te desalientes después de esta experiencia. Te prepara para otro encuentro más duradero, con un ser que tendrá fe en ti.» Entonces se vuelven hacia otro semejante que les devuelve el espejo del narcisismo así como el sentimiento de su valor respecto de gentes que desprecian al otro sexo. Creo que ocurre lo mismo

entre las muchachas que entre los jóvenes: un primer fracaso sentimental provoca una especie de recaída en una homosexualidad prepúber ocasional, y que es inducida por una sociedad que no alienta a los jóvenes a hacerse adultos. Y es haciéndose responsables como se convertirían en adultos, en lugar de regresar a una preadolescencia narcisista.

CAPÍTULO 3

LA IMAGEN DEL CUERPO

Si observamos la estatuaria del mundo antiguo en las orillas del Mediterráneo, hasta el primer milenio antes de nuestra era, las primeras representaciones plásticas de la juventud son todavía andróginas. Se trata de la época arcaica del arte griego, antes del siglo VIII a. de C., cuando el Couros afirma su virilidad un poco tosca: es pesado, es poderoso. En el siglo V a. de C., la era clásica griega, lo masculino y lo femenino se diferencian claramente. El arquetipo del cuerpo adolescente es el efebo. Es gracioso, pero no afeminado, como lo será, en la época del quattrocento florentino, el David de Donatello. Los jóvenes atletas de Olimpia son, en efecto, graciosos, pero no afeminados. Tienen actitudes dinámicas, mientras que la joven es, por contra, reservada, secreta, frágil. Es más bien estática en su postura, como una virgen consagrada, protegida por la divinidad tutelar, o a la espera del sacrificio de Ifigenia.

Está también el tipo de la amazona, pero estas guerreras aparecen representadas con un cuerpo de mujer adulta que se refiere a Artemisa. Así, el tema femenino que puede rivalizar con los hombres en la caza o la guerra, tan sólo es representado en la edad adulta. O bien se trata de la matrona que tiene o ha tenido hijos. Pero, sin duda, Perséfone representa lo femenino de la adolescencia, sin que pueda decirse que el efebo sea afeminado, aunque a veces apunte a cierta ambigüedad. Parece como si hubiera cierto recogimiento en la fase adolescente de la mujer, con una potencialidad de atributos de agresividad como en la caza o la guerra, pero reservados a la edad adulta de la mujer.

Esto es lo que podemos observar por lo que se refiere a la representación del cuerpo adolescente. En cuanto a las ropas, en la Antigüedad y hasta el Renacimiento, la desnudez estaba realmente reservada a la representación masculina de la juventud. Perséfone aparece siempre vestida; lo único que puede aparecer — porque ello anuncia la fecundidad en la que se quiere insistir, como si la mujer no estuviera representada más que por su fecundidad— son los senos, los senos de Perséfone, que se muestran en la transparencia de la ropa, muy raras veces desnudos; los senos son representados siempre sobresalientes y firmes, como si se quisiera insistir sobre todo en el aspecto mamario, lo que no impide al artista respetar efectivamente los cánones de la belleza.

En los bajorrelieves, se desnuda a las figuras simbólicas. En un mármol griego del siglo V a. de C., expuesto en las Termas de Roma, vemos a Afrodita con sus dos acompañantes. Éstas encarnan cada una de las funciones tutelares de la diosa, es decir del Amor: por un lado, una flautista desnuda — como es alegórica, puede aparecer desnuda; no es la hija de un ciudadano—, y, por otro, una novia con velo. Hay una dialéctica en la representación del Amor; de una parte, es una de las primeras representaciones del cuerpo femenino desnudo, pero únicamente como atributo simbólico de Afrodita. Hasta el Renacimiento italiano, los primeros desnudos femeninos eran totalmente alegóricos. Es la brisa de la mañana o la brisa del atardecer.

En esta representación, Afrodita aparece como una matrona con relación a las otras dos, y las acompañantes son dos aspectos del encanto femenino, la nubilidad y el poder de seducción. Ello corresponde, por lo demás, a las aventuras mitológicas atribuidas a Afrodita: tiene ascendiente sobre las novias que van a casarse, y al mismo tiempo representa también el amor erótico simbolizado por la flautista desnuda, porque es la madre de Eros. Se trata de provocar el deseo del hombre, que sabrá fecundarla.

Lo prohibido sigue representado por el vestido. Los griegos representan a la mujer desnuda en la edad adulta, pero siempre aparece con velo, incluso adulta, cuando es el personaje de un acto ceremonial de carácter religioso.

Con los romanos, la estatuaria es más erótica. Pode-

mos decir que la Venus Calipige, o la Venus de gruesas nalgas, es una invención romana. Tras los senos, se descubre el trasero, se magnifica el culo femenino. Y es sobre todo en los frescos, especialmente en Pompeya, donde vemos la libertad de expresión. A pesar de todo, el erotismo del cuerpo desnudo y lascivo se reserva a los modelos de mujeres adultas.

Hasta el Renacimiento no aparecen las primeras representaciones de la adolescencia como tal. Hay aún ambigüedad, como en los ángeles y los santos. El San Juan de Vinci o las madonnas de Vinci muestran con eflorescencia una especie de hermafroditismo.

Se sabe que las mujeres raras veces posaban desnudas para un cuadro. Con frecuencia los modelos eran muchachos, con vestidos de mujer.

Si consultamos la historia del arte buscando el tema de la adolescencia, Rafael aparece ciertamente como uno de los primeros grandes pintores que representó la adolescencia de la mujer so capa de la virginidad de la mujer. La Virgen Madre es el tema impuesto, pero lo nuevo es que el pintor apunta en el rostro y en la actitud de la mujer la felicidad amenazada de la juventud, un carácter adolescente tal como nosotros lo comprendemos actualmente.

Los pintores de esta época conocían el amor de las personas afortunadas que tomaban como modelos. Se enamoraban de hijas de príncipes que eran adolescentes, y su sentimiento se refleja en la tela. Podemos comprender así que las madonnas de Rafael sean juveniles.

Es algo nuevo para la época. Hasta entonces, la Virgen carecía de edad, o tenía ya cierta madurez. Se puede decir que Rafael, efectivamente, es uno de los primeros en haber tenido esta sensibilidad. Así es como elegía a sus modelos, y sentía cierta emoción ante el carácter juvenil.

En Fra Angelico, la Virgen es también muy juvenil.

Sí, pero su actitud es sin embargo más hierática. Mientras que, en Rafael, es más humana. Rafael era un ser sensual y el carácter juvenil era, pues, seductor, mientras que en Fra Angelico tenía un matiz místico.

El pintor a quien más conmueve el carácter adolescente del cuerpo es Botticelli. Con sus ángeles, expresa esta fugacidad de la primavera de la vida. En sus mujeres hay una eflorescencia que podría ser masculina y femenina. En el Nacimiento de Venus, se ve a la diosa de pie sobre su concha marina. Con relación al eje vertical del cuadro, la diosa está en completo desequilibrio. Cabe pensar que quiso representar con exactitud el equilibrio inestable de la juventud.

El aliento de la vida asciende como en espiral.

Entre los prerrafaelistas ingleses, a comienzos del siglo XIX, se observa un retorno a cierta naturalidad. En busca del frescor y la espontaneidad, pintores como Rossetti y Burne-Jones anuncian el romanticismo inglés y el spleen de la adolescencia. Son los primeros en representar a la muchacha tal cual.

Personalmente, si invoco a mi memoria visual, no consigo evocar la representación pictórica del momento adolescente sin que se interpongan figuras botticellianas. Pero volvamos a los pintores anteriores. Éstos debían representar a los jóvenes a través de los temas proporcionados por la Iglesia. El martirio de san Sebastián es ejemplar al respecto. En él encontramos, como en los griegos y romanos, a un joven, musculado como un hombre, pero que muestra una actitud pasiva, soporta su prueba. Se le representa como alguien que podría comportarse cual un adulto. Ahora bien, es sólo víctima resignada, objeto de sacrificio. Los frailecillos de la pintura religiosa expresan menos la adolescencia que la inocencia. En la sociedad mundana, en la corte, los pajes no tienen ninguna «iniciativa»; ya no son niños, pero tampoco aparecen en una situación dinámica. Sirven de ornamento. Van vestidos con los colores del príncipe o de su dueño, aunque eso también tiene el objetivo de agradar a la vista. Se les diría unos caniches muy bonitos. Son los servidores del arte, que traen un libro o sostienen blandamente un instrumento de música. Incluso en la pintura marcial consagrada al tema de la guerra, la juventud sigue mostrándose servil. Los escuderos son un poco el ordenanza del caballero, o el paje de la dama del castillo.

CAPÍTULO 4

LA LEYENDA DE LOS JÓVENES: LA LITERATURA EFÉBICA

¿Cuándo aparece en la literatura el término «adolescente»?

De la pluma de Victor Hugo, que verdaderamente tenía el don de la palabra, encontramos esta soberbia definición: «La adolescencia, los dos crepúsculos mezclados, el comienzo de una mujer en el final de una niña.» Probablemente, se trata de uno de los primeros empleos de la palabra en la literatura.

¡Qué resplandor! Y, sin embargo, en su fogosidad comete una pequeña impropiedad. El comienzo de una mujer es una aurora, no un crepúsculo. Pero eso ocurre. Hoy se entendería: la aurora de un adulto en el crepúsculo de un niño.

Esta aurora se corresponde con lo que Rousseau, en el famoso texto del Emilio, llama «el segundo nacimiento» del hombre.

La palabra «adolescente» quema los labios de Jean-Jacques, pero éste no la utiliza. Recurre a la perífrasis: crisis, segundo nacimiento. Y describe esta crisis. Escribe la crisis. «Esta tempestuosa revolución se anuncia por medio del murmullo de las pasiones nacientes... [El niño] se vuelve sordo a la voz que le mantenía dócil. Es un león enfebrecido; ya no conoce a su guía, no quiere ser gobernado... No es ni niño ni hombre, y no es capaz de adquirir el tono de ninguno de los dos...»

Se dejaba planear un suave velo vaporoso sobre el paso

de la pubertad. A fin de cuentas, parece como si el término adolescente fuera relativamente nuevo. Antes del siglo XX, se prolongaba la infancia o se entronizaba brutalmente al joven adulto. Estamos lejos de los «escolarizados», como se dice hoy, lo que permite suponer que esta clase de edad existe. Pese a todo, ha florecido antes de tiempo (adolescente) toda una literatura efébrica.

La representación del adolescente como un personaje solitario, un soñador, un desgraciado o un joven genio, es una visión romántica. En la Antigüedad y la Edad Media, el adolescente (antes de tiempo) es a menudo un oblato, un héroe sacrificado. Ifigenia en Táuride, san Sebastián.

Son los consagrados místicos. Más tarde habrá el consagrado político. Lorenzaccio hará émulos hasta el siglo XX.

EL SEGUNDO NACIMIENTO

Nacemos, por decirlo así, en dos veces: una para existir, y la otra, para vivir. Una para la especie, y la otra, para el sexo. Aquellos que consideran a la mujer como un hombre imperfecto sin duda se equivocan; aunque la analogía exterior les da la razón. Hasta la edad núbil, los niños de ambos sexos no tienen nada aparentemente que los distinga: mismo rostro, misma figura, mismo color, misma voz, todo es igual; las muchachas son niños; los muchachos también son niños. El mismo nombre basta para unos seres tan parecidos. Los muchos, en quienes se impide el desarrollo posterior del sexo, conservan esta conformidad toda su vida: son siempre niños grandes. Y las mujeres, que no pierden esta misma conformidad, parecen, a los ojos de muchos, no ser jamás otra cosa.

Pero el hombre, en general, no está hecho para quedarse siempre en la infancia. Sale de ella en la

época prescrita por la naturaleza; y este momento de crisis, aunque bastante corto, tiene largas influencias.

Tal como el bramido del mar precede con mucha anterioridad a la tempestad, esta tormentosa revolución se anuncia por medio de las pasiones nacientes. Una sorda fermentación advierte de la proximidad del peligro. Un cambio en el humor, arrebatos frecuentes, una continua agitación del ánimo, hacen al niño casi indisciplinable. Se vuelve sordo a la voz que le mantenía dócil; es un león enfebrecido. No conoce a su guía, y no quiere seguir siendo gobernado.

A los signos morales de un humor que se altera se suman cambios perceptibles en el rostro. Su fisonomía se desarrolla y se impregna de un carácter; el escaso y suave vello que crecía en la parte baja de sus mejillas se oscurece y adquiere consistencia. Su voz enmudece, o más bien la pierde: ya no es niño pero tampoco hombre, y no es capaz de adoptar el tono de ninguno de los dos. Sus ojos, esos órganos del alma, que nada han dicho hasta el momento, encuentran un lenguaje y una expresión. Un fuego naciente los anima, sus miradas, más vivas, tienen aún una santa inocencia, pero ya no su primera imbecilidad: se dan cuenta ya de que pueden decir demasiado. Comienza a saber bajar los ojos y a enrojecer; se vuelve sensible antes de saber lo que siente. Está inquieto sin motivo. Todo ello puede venir lentamente, y dejaros todavía tiempo. Pero si su vivacidad se torna demasiado impaciente, si su arrebato se convierte en furor, si se irrita y se enternece a cada momento, si vierte lágrimas sin causa, si, cerca de los objetos que comienzan a tornarse peligrosos para él, su pulso se acelera y su mirada se inflama, si la mano de una mujer posándose sobre la suya le hace temblar, si se turba o se intimida al lado de ella, Ulises, oh, sabio Ulises, ten cuidado. Los odres que cerrabas con tanta precaución se han abierto; los vientos se han desencadenado. No abandones ni un instante el timón, o todo estará perdido.

Éste es el segundo nacimiento de que hablaba; aquí es donde el hombre nace verdaderamente a la vida, y nada humano le es extraño. Hasta aquí nuestros cuidados no han sido más que juegos infantiles.

Es ahora cuando adquieren su verdadera importancia. Esta época en que termina corrientemente la educación es propiamente aquella en que la nuestra debe comenzar. Pero, para exponer con claridad este nuevo plan, contemplemos nuevamente desde arriba el estado de las cosas que guardan relación con ella.

Jean-Jacques Rousseau,
«Emilio», tomo quinto

El tema de la muerte fatal aparece de nuevo en la pareja de adolescentes. El primer amor no escapará a un final trágico. Dante: Paolo y Francesca; Shakespeare: Romeo y Julieta.

Este linaje novelesco desemboca en Pablo y Virginia. El amor es imposible. Sin morir a lo que es, no puede transformarse en vida nueva. La pareja de adolescentes entra en contacto con lo prohibido. Chateaubriand aborda, con René, el sentimiento incestuoso.

El drama de Peleas y Melisenda opone el amor adulto al amor adolescente. Dos niños a los que el sustituto paterno impide amarse. Golo tiene veintiséis años. Su joven hermano Peleas, quince, y la joven recogida por Golo, dieciséis. Peleas es un inocente. Siente admiración ante Golo y ante Melisenda en tanto que esposa de su hermano mayor. Le confiesa unos sentimientos que descubre en sí mismo gracias al amor que se orienta a la sustituta de su madre. Para Melisenda, Golo es el padre simbólico. El gran sacerdote prohíbe a los más jóvenes comulgar juntos pues quiere ser el único en captar su entera devoción. Es un tema postromántico y aún actual, el del poder tutelar sobre la juventud, el de la posesión mística del jefe de secta o de banda sobre los «escolarizados».

Fue Flaubert quien, en una gran novela demasiado poco conocida, Septiembre, escrita como una confesión, dio la palabra a la soledad y a la inquietud amorosa de un joven. La naturaleza, lejos de consolarle, no hace más que avivar su malestar. Rousseau en sus paseos solitarios es un adulto que evoca su infancia, pero habrá que esperar a Flaubert para que se exprese el primer lirismo de la adolescencia.

Desde el siglo XVIII la literatura alemana ha concedido un lugar importante a los adolescentes, desarrollando la vieja tradición del «Bildungsroman», la novela de iniciación, la novela de aprendizaje.

El primero en inaugurarla es Simplicissimus de Grimmelshausen, publicada en 1668. El clásico del género será, en 1796, el Wilhelmmeister de Goethe. Es la primera vez que un escritor dedica un gran despliegue a la observación de los signos de esta transformación interior del ser humano tras su pubertad.

En las novelas de iniciación que le precedieron, ¿fue empleado el término «adolescente»?

Las novelas de caballería sacan a escena a pajes, escuderos, las crónicas medievales de los aprendices, de los estudiantes. Gil Blas de Santillana es considerado un niño.

Philippe Ariès ha demostrado claramente que hasta finales del siglo XVIII los estudiantes figuraban todavía entre los niños. Se podía decir «niño» hasta los veinticinco e incluso hasta los treinta años. En la corte, los príncipes seguían siendo infantes hasta el momento de subir al trono. En el campo, se era un niño hasta los dieciocho años. En nuestros días, subsiste cierto hábito mental al respecto en el mundo médico. El Hospital de Niños recibe pacientes de... quince años.

Bajo el Antiguo Régimen, una muchacha de catorce años no era considerada como una adolescente, sino ya como una adulta capaz de ser escogida para asegurar la descendencia. Pero si las alianzas eran demasiado precoces (eran prometidos a los siete años), la consumación sexual entre niños no era anticipada.

No hay que olvidar el siglo XVII, con Fénelon y su Telemaco. Las aventuras de este muchacho iniciado por su mentor, pueden ser proclamadas como una prefiguración de la novela de aprendizaje.

Entre los adolescentes del «Bildungsroman», la amistad ocupa un lugar preferente. Precede al amor de la mujer. Amistad por un semejante, una especie de afecto apasionado, platónico pero ambiguo.

El amor sigue siendo un sentimiento de infancia no transformado. La sexualidad del adolescente vacila entre homosexualidad y heterosexualidad. Montherlant, en *El Sueño de la Mañana*, se refiere a Hermes, «dios de la adolescencia que era también dios del crepúsculo». A través de su ejemplo, y de los de Gide y Green, que impusieron una literatura de temática homosexual, es interesante interrogarse sobre su nostalgia inconsciente de una adolescencia inacabada. Hay algo de adolescencia no terminada en el homosexual, por su manera de amar lo absoluto y no tolerar la traición. Es tan cierto para los hombres como para las mujeres invertidos. Ello no quiere decir que todos los heterosexuales toleren la traición de los sentimientos, pero transigen, porque para ellos hay algo más importante, la obra. La obra en común concebida del encuentro de dos seres diferentes que acaban por traicionarse. Si el homosexual es artista, hace obra simbólicamente. Todo escritor se salva; o también todo pintor, o músico. Porque produce un fruto cultural. El fruto carnal por sí solo no basta tampoco para mantener unidas a las parejas. Una pareja sólo se mantiene si es un conjunto social. La sociedad, al reconocer el divorcio, ha producido realmente la confusión en la responsabilidad paterna, y comprometido la formación del ciudadano. Al cabo de ocho años, los padres han hecho de su hijo un ser humano, pero no todavía un ciudadano; aún le falta mucho. Más allá de los siete años del niño, a las parejas les cuesta mucho mantenerse juntas dentro de un mismo nivel de consideración amorosa de sus diferencias. La distancia entre los padres se agranda. Si no tienen otros hijos, la obra ya no les mantiene unidos. Quizá no han vivido suficientemente bien su adolescencia; en todo caso, lo cierto es que sienten, cuando su primogénito tiene siete años, el anhelo de una nueva adolescencia.

No se puede estudiar un grupo de edad separado de los demás con los que se vive constantemente. Y precisamente, los niños, al llegar a una edad en que se separan de sus padres, ejercen sobre su entorno cierto número de efectos psicológicos que son remanentes de la propia infancia de sus ascendientes. Los padres, por su parte, se despreocupan de la manera de concebir sus relaciones con el niño. A partir del momento en que el niño no toma ya a sus padres como absolutos, éstos se ven también libera-

dos de la obligación de ser un absoluto para su hijo, y se encuentran de nuevo en el relativo de una adolescencia recuperada, como convirtiéndose en modelos para esos niños que han roto la primera relación de papá-mamá y que esperan salir de la familia. Y los adultos, en ese momento, están capacitados para demostrarles que también ellos viven enteramente al margen, en lugar de estar centrados en la vida familiar. Por esto, probablemente, la adolescencia es tan temida por la sociedad de los adultos, y ésta aparece tan severa con los jóvenes. Ahora que ya ni siquiera son valorizados por el dinero que pueden aportar a sus padres, en donde encuentran casa y comida, se entiendan o no con ellos, se ven obligados a cohabitar, lo cual provoca efectos secundarios en los adultos. Antaño, cuando la ley permitía trabajar a los jóvenes, si no se entendían con sus padres, podían abandonarles. Tenían recursos para asumir su condición, modestamente, pero sin estar a cargo de nadie. Por el contrario, en la actualidad no pueden, legalmente, hacerlo. De ahí los graves trastornos que perturban la psicología de los adolescentes y comprometen el equilibrio de los hogares, aunque los jóvenes no quieren ser responsables de algo semejante. Desgraciadamente, con mucha frecuencia hoy, los adultos les muestran valores sólo materialistas, y no valores que afirman cierto ideal en el trabajo, y éste es el motivo por el que los jóvenes aparecen tan desprovistos y desarmados.

Cuando los padres recuperan su adolescencia, aparecen frágiles, desamparados, en un momento en que el adolescente vive justamente por primera vez. De hecho, es lo contrario de lo que espera el niño adolescente. Éste preferiría contemplar a sus padres viviendo la plenitud de su vida sexual, comprometidos en la vida pública, dando así un sentido a su vida. Desea que sus padres no se ocupen demasiado de él, aunque estén disponibles cuando tenga necesidad de hablar. Lo importante es que el padre y la madre hagan bien lo que hacen, sin perjuicio de que el adolescente desarrolle incluso cierto humor o divertida indulgencia, diciendo: «Mi padre es así; se mata trabajando.» O bien: «No hacen nada bien, pero parecen satisfechos.»

Lo que más hace sufrir a los adolescentes es ver que los padres tratan de vivir a imagen de sus hijos, y quieren hacerles la competencia. Es el mundo al revés. Los hom-

bres tienen ahora amiguitas de la edad de sus hijas, y a las mujeres les gusta hoy agrandar a los compañeros de sus hijos, porque precisamente ellas no vivieron su adolescencia. Están presas en la identificación con sus hijos.

Mucho antes que los psicólogos, los novelistas han analizado las relaciones de los adolescentes con el tiempo, el espacio, la verdad, el amor.

De Goethe a Thomas Mann, la literatura alemana concede a los adolescentes todas las posibilidades de amar, pero éstos no las realizan concretamente. Sólo llegan a comunicarse con aquellos seres con quienes no puede de ningún modo plantearse la sexualidad.

El amor de los niños, primero por los padres y luego por los adultos, es una idealización, puesto que el cuerpo aún no es capaz de realización en las relaciones sexuales. En el adolescente, la amistad apasionada se enfoca hacia alguien con quien no pueda considerarse la sexualidad.

La relación con el tiempo es confusa y angustiada. El adolescente se desfasa del tiempo cotidiano para vivir un tiempo subjetivo parecido al tiempo novelesco.

El adolescente viviría de hecho lo que Camus llamaba el *vif décisif*. Debe continuamente reiniciar el intento de vivir como si este período no debiera terminar jamás. Es la prueba de Sísifo, la de la conciencia metida en un túnel.

No sabe cuál es el final del túnel. El tiempo del adolescente aparece constantemente salpicado de alegrías inmensas y de penas tan repentinas como pasajeras. Creo que sufre y goza por debajo del nivel continuo de humor: conoce un humor que oscila continuamente entre la depresión y la exaltación. Es la característica de esta fase.

Las sociedades antiguas suavizaban la angustia de los jóvenes dándoles a conocer el límite de la prueba plasmada en los ritos de iniciación. Esta iniciación se empleaba para romper el aislamiento del adolescente.

Tenía un punto de referencia en el tiempo, para su integración a la vida del grupo. Era la sociedad la que decidía sobre esta época de iniciación y sobre la edad a partir

de la cual se adquieren los atributos de la virilidad. Uno puede casarse o partir a la guerra. Tales actividades son determinadas en el tiempo por la sociedad.

Veremos más adelante que, contrariamente a lo que podría pensarse, estas iniciaciones no son precoces. En general, entre los catorce y los dieciséis años. El Consejo de los Ancianos se toma unos márgenes razonables. Jamás tiene lugar a los doce años, sino a los dieciséis, y a veces más tarde.

La elección de edad se basa en razones económicas, razones de estructuras sociales que determinan que en ocasiones es mejor que ello ocurra más tarde, y otras que es mejor que suceda antes.

En las primeras novelas autobiográficas modernas, como en las novelas de aprendizaje de los siglos precedentes, la iniciación no tiene lugar sin un desplazamiento en el espacio. Es el desarraigo o el encierro lo que desencadena la crisis liberadora. El extrañamiento (grandes vacaciones, curas), o la clausura (internado, habitación de enfermo) conducen al lugar de iniciación. El André Walter, de Gide, es condenado a la habitación por una razón de salud, y allí es donde nace a la literatura.

Finalmente, la adolescencia se vive a la vez como un exilio y como una iniciación, al término de este exilio.

Entre los jóvenes héroes germánicos, los valores estéticos son más importantes que los valores morales, filosóficos, políticos. El adolescente busca locamente contactos sociales o afectivos que estén desprovistos de mentira. ¿Es contradictorio esto por el colegial de picos pardos de El cazador oculto de J. D. Salinger?

Adolescente hablador, miente para engañar a los demás, pero, a fin de cuentas, si bien da una imagen exacta de sí, cree proteger su verdadero yo, tan vulnerable y tan mal definido todavía que no puede dejarlo bien sentado. Entonces se refugia en la fabulación.

Se esconde detrás del lenguaje. El lenguaje ya no tiene relación con la realidad, pero defiende al sujeto simbólico.

Holden se jacta de ser «el más tremendo mentiroso que jamás hayáis conocido».

Holden no es en absoluto mitómano, porque, cada vez, se cuenta a sí mismo la barbaridad que ha inventado. Defiende al sujeto simbólico, al sujeto único que es, pero lo defiende negando la realidad detrás de una máscara de lenguaje que los demás creen en relación con su realidad.

El personaje de El cazador oculto no es de ningún modo romántico. Y, con todo, detrás de su máscara presenta a la adolescencia como una época de pureza o de inocencia con relación a la sociedad en la que va a entrar o en la que ya está. De todas las novelas en donde el adolescente está en primera persona se desprende esta idea de que el adolescente es padre del hombre, del hombre futuro, y de que él vale más que dicho hombre, que vale más que el adulto, y que finalmente es él, aunque ello sea una pesada carga y se sienta muy desgraciado, quien lleva la verdad.

Ocurre en esta época de la adolescencia lo mismo que en el caso del recién nacido que lleva la verdad del futuro del niño. Antes que los compromisos de la vida en común con los demás, el adolescente es portador de verdad. Antes que las transacciones que se verá obligado a hacer para sobrevivir y para realizar su sexualidad, que por algún tiempo todavía no hace más que sostener sus fantasmas sin pasar a la acción.

En Las palabras, Sartre es quizá el primero en recusar el tiempo de la adolescencia, la comedia del joven en relación con la sociedad. Como si el niño no pudiera hacer más que repetir, tomar el modelo de los adultos e imitarlo aunque sin creer en él.

Consciente de hacer «como si». La integración social consistiría en hacer los gestos de los adultos. Es la expresión «hacer como» de los niños: «Imitar.»

Para Sartre, el ser no es más que la suma de sus actos. En último término, la personalidad no sería más que un conjunto de gestos que podemos observar desde el exterior.

Esta observación, que no es global, es desintegradora y deshumanizante. Probablemente le era necesaria al autor para enfrentarse con un narcisismo afectivo no sólo centrado en el ombligo. Pues el ombligo unifica, y el personaje no acepta ver el cuerpo en su unidad y enlazado a una ascendencia. Lo hace pedazos anatómicos, detalla sus funciones, como si éstas existieran por separado. De los demás, sólo describe sus tics, sus manías, sus defectos. Parece que en Sartre falta el amor. Y, con todo, fue un hombre que suscitó el amor cuando era joven, aunque por su parte experimentó la seducción, no el amor.

Sólo amó de verdad el lenguaje. Fue un auténtico enamorado del lenguaje.

Ocurre un poco como en *El cazador oculto*. Dice a las gentes que es frágil, pero es preciso que ame a alguien. ¿A quién ama? Al lenguaje y, narcisistamente, al lenguaje que sale de él. Y que él llega a hacer amar por los demás. Pero, ¿a quién ama él? Él es un postadolescente que quiere salir de un amor que quizá era falso en el romanticismo, pero que aún no está asumido como el verdadero amor.

Tomando como punto de referencia histórico la segunda guerra mundial, que enterró las supervivencias del siglo XIX, observamos cierta ruptura, un cambio de perspectiva en los novelistas. Antes de 1939, la adolescencia era contada por los escritores como una crisis subjetiva: uno se rebela contra los padres y las obligaciones de la sociedad, en tanto que, a su vez, sueña con llegar a ser rápidamente un adulto para hacer como ellos. Después de 1950, la adolescencia ya no es considerada como una crisis, sino como un estado. Es en cierto modo institucionalizada como una experiencia filosófica, un paso obligado de la conciencia. Llegamos al tema existencialista del descubrimiento del absurdo. En esta interpretación, la adolescencia es un estado necesario de la conciencia moderna para descubrir lo trágico de la condición humana. Cada ser humano reharía, sin saberlo, el camino de los filósofos de manera más intuitiva que conceptual.

En Francia, durante y al final de la guerra, la división del país en dos ideales completamente contradictorios des-

garró las familias, del mismo modo que el asunto Dreyfus había dividido a los abuelos de esa generación. Para los menos jóvenes, los valores vacilaron totalmente. Los niños no podían ya estar contra los padres, dado que éstos habían oscilado entre la colaboración y la resistencia. Los jóvenes no se ocupaban de política antaño como se ocuparon de ella después de la guerra. Los valores filosóficos y sociales (la filosofía de la revolución) tomaron la delantera a los valores estéticos y morales.

«Ella tenía esta gracia fugitiva que marca la más deliciosa de las transiciones, la adolescencia, los dos crepúsculos mezclados, el comienzo de una mujer en el final de una niña.»

**Victor Hugo
«Los Trabajadores del Mar»**

CAPÍTULO 5

LOS HÉROES Y LOS MODELOS

Antes de que naciera la ideología revolucionaria, con sus guerrilleros y mudjaidines, ¿quiénes eran los héroes de la juventud? ¿Qué se ofrecía a su imaginación? ¿Qué modelos podían imitar?

Los grandes viajeros, navegantes y exploradores probablemente han sucedido a los caballeros, condotieros y señores de la guerra: de Marco Polo a Vasco da Gama y Bougainville, después de Alejandro, César y los Cruzados.

En la época de Bonaparte, las conquistas científicas de Humboldt hicieron sombra a la gloria militar del general. Bonaparte estaba celoso de Humboldt, cuyos diarios de expedición despachados desde América Latina a Europa fueron publicados, consiguiendo un éxito inmenso. Se hablaba tanto de sus descubrimientos como de las victorias militares. La misión científica que había acompañado al cuerpo expedicionario a Egipto fascinó al joven Champollion. La aventura científica no dejará de ser una emulación hasta que la competición patronizada o la carrera de armamentos doblada de la guerra de los espías disuada o desaliente la iniciativa de la juventud.

En un diagrama (véase página 48) podemos seguir las evoluciones, los modelos propuestos a la juventud. La época de los héroes conoce su cenit con la caballería iniciada y armada solemnemente.

El viaje tiene también su imagen negativa: la del exilio, la deportación a las primeras colonias. Por otra parte, la noción de proeza y la finalidad científica trascenderán la expatriación.

Tras el Antiguo Régimen, después de la Revolución Francesa, el crepúsculo de los dioses se corresponde, antes incluso de la muerte de las ideologías, con el final de los

LOS MODELOS DE LA JUVENTUD
DESDE LA EDAD MEDIA HASTA NUESTROS DÍAS

La Edad Media	Renacimiento-siglo XVIII	Siglo XIX-1950	1960-1980	Fines siglo XX
La época de los héroes	La época de los maestros	La época de los timoneles	La época de los ídolos	Crepúsculo de los dioses
Identificación con la caballería	Sabios	Caudillos militares	Estrellas efebos	El grupo, sustituto del padre
Conquistadores	Grandes navegantes exploradores	Combatientes de la libertad	Jefes de banda	Colectivo de grupo de edad
Ritos de iniciación	Aprendizajes	Fin de los aprendizajes	Ni Dios ni maestros	Fin de las ideologías
Colusión entre poder y mística	Oposición entre poder y conciencia	Fin de la república de los profesores	Retorno del narcisismo	Culto de la agrupación
↓	↓	↓	↓	↓
Cruzados Mártires	Genios	Revolucionarios	Estetas y falsos profetas	Asociaciones humanitarias Grandes causas

IMÁGENES DE ADULTOS TUTELARES
IMPUESTAS A LAS MUCHACHAS
POR EL MEDIO AMBIENTE CULTURAL

Antigüedad	El padre La nodriza
Edad Media	El caballero de amor cortés
Renacimiento	El poeta
Siglo XVIII	La madre abadesa El príncipe voluble
Siglo XIX	El oficial, amante romántico
Siglo XX	El médico La mujer libre Artista, deportista

ritos de aprendizaje. La instrucción obligatoria desvalorizará la habilidad manual y el arte del dominio corporal. La era de los ídolos se inaugurará. La máquina de triturar las estrellas efímeras. Ya no hay modelos en cabeza, modelos de personas a seguir o a rechazar. Mao y el Che son pronto digeridos. Apetece ver qué hacen los ídolos, pero nadie piensa en imitarles. Son consumidos en la cota variable del hit-parade. Ni Dios ni maestros. Sólo en el interior de las sectas, los más débiles encontrarán su dominador.

Es un fenómeno colectivo, no una consumación individual. El simple hecho de figurar en el pelotón de cabeza es signo de primera calidad.

A la población joven de un nuevo instituto se le preguntó a quién quería que se dedicara dicho instituto; cómo querían llamarlo. Muchos dijeron que Mesrine. Finalmente, este establecimiento se convirtió en el Instituto Jean-Paul Sartre, por decisión de los adultos. Por lo menos, que los nombres correspondan a escritores con ascendencia entre los jóvenes. Muchos estudiantes han leído a Boris Vian en ediciones de bolsillo; podría gustarles asistir a un Instituto Boris Vian. Hubo un Instituto Saint-Exupéry en una época en que los adultos sabían que los jóvenes leían a Saint-Exupéry.

Las relaciones directas entre los lectores y los «maestros del pensamiento» apenas existen. Cuando a un estudiante de los años cincuenta le gustaba un escritor vivo, intentaba conocerle. La gente iba a ver a los grandes autores en las sesiones de firmas. Ahora que se les ve en la televisión, y que los libros de éxito se venden por centenares de miles de ejemplares, la gente ya no trata en absoluto de conocerle personalmente. Antes se iba a la búsqueda de un intercambio con un maestro, un gurú, etc., a título individual, porque uno no tenía nada que ver con el ídolo de la fiesta colectiva. En cambio, actualmente muchos jóvenes son desarmados y caen bajo la influencia del gurú de una secta colectiva para establecer con él únicamente una relación de víctima. Hace tan sólo veinte años, la gente se apretujaba para obtener un autógrafo de Elvis Presley o de John Lennon. Hoy en día, la música registrada ha reducido su presencia a un imaginario que se consume.

Ya no es el original quien envía el mensaje, sino la fotocopia.

Se temía a la generación que parecía carecer de entusiasmo combativo, que se mostraba indiferente y no tomaba posición sobre temas como la solidaridad y el antirracismo. Ahora la vemos reunirse y bajar a la calle, organizarse, formar estados generales. Estos jóvenes sienten, pues, muchas cosas, pero las sienten colectivamente. Del mismo modo que sus mayores intelectuales, filósofos, militantes de los partidos, derribaron a Stalin y Mao, los jóvenes de hoy nos dicen: «Incluso con aquellos a los que vamos a aplaudir, o cuyos discos compramos, no estamos del todo de acuerdo. Vivimos muy bien sin Dios ni maestro. Pero tratamos de vivir con cierta conciencia de la humanidad.» Es una sensibilidad colectiva a los derechos del hombre.

Hay algo, sin embargo, que creo que existe en los adolescentes, algo que no ha cambiado: su preferencia por la amistad. La creencia en la amistad existe, y creo que si la pierden ya no les queda nada. Sólo la amistad les hace la vida soportable.

Como en todas las novelas que hemos citado, esta búsqueda de la amistad un poco apasionada por un semejante no ha cambiado. Este intercambio individual es buscado siempre, tal vez más mantenido a raya, quizá con menos frecuencia satisfecho, pero siempre deseado. Aquellos que están más en peligro, a la deriva, que más se lanzan al colectivo, son quizá los que no han encontrado esta amistad o han sido traicionados una o dos veces.

Siempre me asombra cuando esta pregunta se plantea a un niño que se halla en dificultades, un adolescente, incluso un niño de siete u ocho años, cuando se ve que no tiene ganas de nada. Hay niños que ya son así; hay que decir que se trata a menudo de los hijos de padres divorciados, o separados. «Pero ¿por quién has sido traicionado tú?» No por sus padres. Por un o una camarada. Y es a causa de dicha traición que la herida provocada crece por la separación de sus padres, aunque les resulte inexplicable. No comprenden por qué son evitados, traicionados por un compañero al que aman. Si ello ocurre por segunda vez, piensan: «Me hacen esto porque no soy nada.»

Ya no tienen confianza en sí mismos. Este sentimiento existe ya en la infancia, pero es aún más fuerte en el adolescente que se siente traicionado por un compañero, justamente de la misma edad que él y cuya amistad consideraba al mismo nivel de fidelidad que la suya. Se trata de una amistad amorosa sin realización física. Aunque sujetos a pulsiones que nacen en la transformación fisiológica de la adolescencia, los jóvenes no piensan aún en la consumación sexual. La amistad es algo mucho más sagrado para ellos. Cuando sólo se tiene un amigo y no se tiene confianza en uno mismo a causa de una anterior traición en la infancia, el choque es terrible. Quizá se alcanzó la pubertad diciéndose uno mismo: «Cuando tenga esa edad, conseguiré verdaderos amigos.» Y he aquí que se descubre que ello es imposible. Se había esperado la pubertad, sin desalentarse completamente, y en la pubertad, la traición del ser elegido le deja a uno desesperado.

La amistad decepcionada es la prueba más difícil de la pubertad: desde el momento en que hay que abandonar a la familia para dirigirse a lo desconocido, empujado por una sexualidad que ha sido marcada por la prohibición del incesto, los amigos de edades parecidas adquieren una importancia capital. Como no encuentra otra motivación que en la fe en sí mismo, si los amigos le traicionan, uno queda como desposeído. Y es en este punto de abandono, de soledad y desasosiego, donde, quizá, un colectivo en el que no hay relaciones personalizadas podrá utilizar aún restos de fuerza dando cierto sentido a esta energía captada por el grupo. Bien se trate de un colectivo de militancia activa o de un colectivo pasivo: escuchar discos, fumar, beber o drogarse juntos para obtener de alguna manera satisfacción parcial. La fragilidad, el fallo de los adolescentes en ruptura viene de que legalmente no existe trabajo valorizado para cada uno individualmente. Creo que es eso lo que hace vacilar actualmente a tantos jóvenes. Por supuesto, tienen muchas razones para zozobrar, pero no existe el trabajo a través del cual podrían, de manera individual, recuperar la confianza en sí mismos simplemente ganando dinero, lo cual es una promesa de futura liberación: si se puede hacer economías, ahorrar, se tendrá un hogar propio, un margen de maniobra, un comienzo de vida privada. Cuando ello ya no es posible, los jóvenes se ven arrastrados a medios ilícitos de ganar dinero o a medios ilícitos de ob-

tener placer porque es nocivo para la salud. Aunque la droga puede llevar a la muerte del ciudadano, es para ellos un placer que permite sobrevivir. Morir lentamente no es lo mismo que suicidarse de un golpe. El colectivo puede ser un refugio y un sustituto de la confianza en uno mismo.

Los ídolos de los años cincuenta tenían sus fans, como los carismáticos del poder sus militantes. Hoy, aquéllos no son otra cosa que un número en el top 50, un peón que alguien juega para ganar en el juego del Minitel que consiste no en efectuar una elección personal, sino en tener el conformismo o la suerte de apreciar cuál es la elección de la mayoría. Esto tendría otro alcance si se premiara a quien ha optado por una elección diferente de los demás sabiendo expresarla. El ganador sería aquel que demostrara una individualidad convencida de sus sentimientos o de sus opiniones.

En la escuela es donde se aprende a tomar como referencia el discurso medio, el «consenso». ¿Cómo hay que hacer esta redacción para que complazca al maestro? En vez de hacerla como a mí me gustaría. Siempre está este intento de agradar al otro, y que ahora se convierte en un colectivo en lugar del individuo. Cuando había maestros inteligentes, éstos incitaban a sus alumnos a actuar de manera espontánea y no como ellos querían, aunque había muy pocos de ellos así.

Todo el sistema deriva quizá del hecho de que una máquina fabrica siempre objetos en serie, y que las máquinas, dado su potencia, han servido de modelos a los humanos. El ser humano ha hecho máquinas, y a continuación la máquina se ha convertido en su modelo. No hay duda de que son las individualidades las que hacen la fuerza del grupo.

En la medida en que las familias no les proponen ya ritos de paso, en que sus mayores se descalifican completamente en la investigación de la vida, los jóvenes se reagrupan, aprietan los codos, emplean un lenguaje algo más gestual, y hacen como si inventaran nuevos intercambios o como si vivieran contra la sociedad pensando que podrán inventar cosas nuevas. Y tienen razón. A los jóvenes es a quienes corresponde hacerlo, no a los adultos.

CAPÍTULO 6

EL DISCURSO SOBRE EL EFEBO. PIONEROS DE LA HEBOLOGÍA

El americano Stanley Hall fue uno de los primeros en preconizar, a comienzos de siglo, un estudio específico de la adolescencia. Hizo escuela en los Estados Unidos, tras haber publicado The Psychology of Adolescence en 1904. La corriente de investigación se remonta a los años 1890.

En esta época se empezó a hacer el inventario de la literatura llamada efébrica y a abogar por la hebología. El adolescente es considerado como tal, como un tema de observación privilegiada.

Lancaster, en una obra publicada en 1898, seleccionó doscientas biografías de personas célebres para señalar sus tendencias dominantes en el momento de la adolescencia: impulsos violentos, emociones fuertes pero efímeras, fantasma del éxito, inclinación al arte y la poesía, deseo de reformar la sociedad, afición a la fantasía lunar, la soledad o la extravagancia. Entre esos adolescentes figuran Savonarola, Jefferson, Shelley, George Eliot, Tolstoi, Rousseau, Keats, Hans C. Andersen, R. Wagner y Pierre Loti. Ninguno de los jóvenes a los que Lancaster dedicó su atención escapó, en un momento u otro, a la tentación del suicidio (lo cual negará una vez llegado a la edad adulta). Pero critica la tendencia novelesca (como en el caso de George Eliot) a la exageración del carácter atormentado del período adolescente. Las turbulencias no son el seísmo. La psicología moderna debe desdramatizar. Por primera vez, Stanley Hall investiga, analiza las causas de los fracasos escolares de hombres geniales como Wagner, Huxley, Hegel...

Napoleón apenas consiguió quedar en el 42.º lugar de su promoción en la escuela militar. Darwin fue un alumno «sumamente mediocre». Einstein fue considerado débil por sus profesores.

Es el reconocimiento no del fracaso de los cerebros, sino del fracaso del sistema escolar, por su incapacidad para acoger la inteligencia y la imaginación creadoras.

Hall analiza las hazañas precoces de algunos «superdotados» en el terreno científico, como Tycho Brahe, Galileo, Newton, o filosófico, como John-Stuart Mill y Thomas Huxley. El autor se dedicó a una indagación estadística sobre la edad de la aparición del TALENTO literario y artístico. En la mayoría de casos célebres, eso se produce mucho antes de los veinte años. Pero la familia, la escuela, la Iglesia, luchan contra la tendencia general del ser humano a la precocidad.

Hall tiene el mérito de haber llamado a los responsables de la pedagogía a trabajar en más estrecha vinculación con los psicólogos investigadores y a dedicarse a escuchar a los marginados para captar mejor los fenómenos del proceso de formación de la personalidad.

Ochenta y cuatro años después de la aparición de este manifiesto, ¿se puede medir su aportación, su carácter innovador? Cuando él afirma presentar una concepción revolucionaria que trastorna las ideas recibidas tanto como el darwinismo pudo hacer con las teorías en curso sobre la evolución, ¿no se jacta acaso indebidamente de lo que no sería excesivo conceder a Freud?

Stanley Hall fue un precursor en su tiempo por haber planteado el problema de una ciencia del hombre aún inexistente en su época y haber criticado la psicología de gabinete en beneficio de una psicología de campo. Pero su visión del «remedio pedagógico» no supera el rousseauismo: alentar los impulsos, los instintos, incluidos los instintos depredadores, a fin de estructurarlos y evitar así que resurjan en la edad adulta en forma de agresividad violenta. Para producir esta catarsis entre los jóvenes en edad púber propone ingenuamente el contacto con el gran libro de la naturaleza y el relato de las hazañas pasadas.

CAPÍTULO 7

CRECIMIENTO Y COMPORTAMIENTO. LA FALTA DE GRACIA Y LA ARMONÍA

Es extraña esta especie de falta de gracia física que se apodera de los jóvenes en el momento de la pubertad, más entre los varones que entre las muchachas. Comienzan por tener largas piernas nada graciosas, un poco como potros, que se desarrollan de un modo totalmente falto de armonía. Los miembros son desproporcionados. Vemos unos enormes miembros inferiores y unos brazos que no casan, o, a veces, sólo brazos y piernas, mientras el tórax se queda pequeñito. No hay envergadura, el cuello se queda como un cuello de pollito, o, por el contrario, el tórax, el cuello y la cabeza se vuelven enormes, y probablemente también el sexo, pero los brazos son gráciles. El rostro aparece como tumefacto, la nariz se achata, las ventanillas de la nariz se dilatan, los rasgos se agrandan, como si estuvieran groseramente tallados. Unos aparecen hinchados; otros, desgarrados. Las muchachas se preocupan mucho por su estatura. Las muy altas tienen tantos problemas como las pequeñitas. Es bastante curiosa la falta de armonía del crecimiento entre los doce y trece años en los muchachos, mucho más que entre las chicas. Como si hubiera un crecimiento discontinuo, por partes, del cuerpo... Dos años después, han crecido completamente.

Del mismo modo que se muestran espontáneamente fraternales con los gravemente disminuidos, los niños son también crueles con los compañeros afectados de simples desgracias: el enanismo, el gigantismo, la obesidad, etc. Los jóvenes adolescentes forman de buena gana el tándem de los contrarios: los larguiruchos escogen a menudo a un bajito y gordo como compañero inseparable; la jirafa va de pareja con el rechoncho. Forman una pareja que provo-

ca la risa y a la que se bautiza como doubles pattes y triples croches.¹

Se trata sin duda de la búsqueda de la complementariedad. Los defectos de uno y otro se equilibran, se neutralizan. Resulta tranquilizador ser dos. Los jóvenes prefieren aparecer en público con su semejante en desgracia para así superar su ansiedad, su malestar. Las chicas viven sus problemas de silueta de una manera muy perturbadora. Buscan compensaciones con aquello que les es contrario, por ejemplo, vistiendo exactamente lo que las hace parecer aún más fuertes: pantalones de pana, tejanos, comiendo justamente lo que más las engorda. Pero hay chicas que no tienen nada de femenino y que lo viven muy bien. Hay también cada vez más muchachas muy seductoras que pueden valorizarse, expresarse, en muchas otras cosas además de la feminidad. Se enorgullecen de no gustar como objeto.

Las muchachas que se descuidan completamente, vistiéndose con ropas informes, que no se lavan, no se peinan, y se afean, no tienen tendencia homosexual...

Digamos que desean vivir un tiempo neutro. No quieren seducir a la manera de una mujer, y no quieren tampoco conquistar a la manera de los hombres. Un hombre no se atreve a mostrarse conquistador de mujeres homosexuales activas, pero de hecho ellas buscan siempre una mujer que las inicie y las ame como un pequeño ser neutro para hacerlas femeninas a su imagen. Buscan enamorarse de mujeres femeninas y ellas ser neutras; no se enamoran de mujeres femeninas como si las amara un hombre. Se enamoran de mujeres femeninas modelos. O pueriles, desarmadas, como lo serían unos niños o una madre con su hijita. Es como los sentimientos maternos y filiales arcaicos que tienen lugar con una madre o con la mujer que aún no se cuida de ellas. Son muchachas que no se atreven a ser mujer ni hombre, muchachas que se han quedado en el estado neutro... Es un estancamiento debido a dificultades surgidas entre los tres y los cinco años.

La tendencia homosexual puede manifestarse así como

1. Juego de palabras intraducible: «Triple croche» es la nota fusa del pentagrama. (N. de t.)

una especie de homosexualidad arcaica. La mujer, por ejemplo, juega a ser la joven madre que se ocupa de los viejos como si fueran bebés. La mujer maternal «materniza» a los pequeños, pero no a los adolescentes. Siente celos de las muchachas de doce años porque a esa edad ella no tuvo la experiencia de las relaciones heterosexuales que su hija busca. Los problemas de la mujer y del hombre son como el día y la noche. Podemos ver a muchas mujeres que dejan pasar los años sin desear niños. Les gustan los niños, pero no pueden ponerse en situación de recibir uno de un hombre o de darle uno a un hombre.

La maternidad y la sexualidad pueden estar completamente disociadas en una mujer. En el hombre, no. El hombre quizá es un niño de pecho, pero un niño de pecho viril con las mujeres. Se integra con las muchachas o con los chicos en tanto que hombre, no en tanto que eunuco... Creo que el orgullo del sexo viril es algo que no se le puede quitar a un muchacho. E incluso es muy raro que aquellos que quieren hacer el papel de la mujer no deseen tener pene. Hacerse operar del pene es excepcional entre los homosexuales travestidos. Travestidos femeninos, sí, pero con pene. Los homosexuales machos quieren ser considerados precisamente como hombres. Tienen en ello un gran interés. Recuerdo a un crítico literario que estaba muy afectado porque uno de sus colegas había escrito: «La crítica literaria parisina está en manos de hombres o de homosexuales.» Eso le había sorprendido mucho, y decía: «¡Pero si es lo mismo! ¡Cómo se puede distinguir a los homosexuales de los hombres!»

¿Cuál es el primer signo de pubertad en el muchacho?

La primera polución. Varios adultos de entre los que han hecho psicoanálisis conmigo evocaron las circunstancias de la primera polución que contó en el despertar de su sexualidad. Un simple roce bastó para provocarla: tocando ligeramente, por descuido, la pierna de un compañero, en el vestuario del gimnasio. Las peleas, los altercados, el cuerpo a cuerpo entre los adolescentes pueden excitar la turgencia. El goce erótico no está ausente de ello. Todos los muchachos que he estudiado no tenían ninguna tendencia homosexual.

La primera polución viene más bien de un contacto epi-

dérmico intempestivo, o del trasudor de la cama. La polución nocturna del adolescente no se ve especialmente favorecida por una enuresis de la infancia.

Es probable que la angustia de la castración inspire la impresión de vacío, que puede llegar hasta una reacción depresiva.

La primera polución de Luis XIV fue comentada como «una sustancia podrida que se escapa del rey». Se murmuraba: «El rey se muere.»

Ya no se culpabiliza la masturbación. A los niños de hoy no se les pone en guardia contra el «pecado de amor». La literatura sobre el onanismo que trastornó a generaciones de jóvenes ha sido superada. Lo cual no quiere decir que una vaga sensación de «vergüenza» pueda seguir a la eyaculación solitaria. Por otra parte, en la relación sexual, la impresión de vacío castrador, de impotencia, domina si el afecto, el sentimiento amoroso, no subliman el goce.

Antes de la pubertad, en el niño más joven, la masturbación sin eyaculación puede causar un placer erótico.

Las primeras reglas, ¿no han sido más dramatizadas por las muchachas que la primera polución en los jóvenes?

En las vírgenes, el tapón intravaginal es difícil de introducir, y doloroso de quitar. Una joven que lo utilice aparecerá con frecuencia, a los ojos de su madre, como que ha tenido ya relación sexual.

Pero las madres hablan ya naturalmente a sus hijas de la «sangre menstrual» con más facilidad de lo que hablan a los muchachos de la «primera polución».

La información sexual «oculta» el hecho, u omite advertir a los jóvenes y explicarles cómo se desencadena este hecho.

La primera relación es hoy un asunto entre jóvenes de la misma edad.

El acto sexual es casi siempre decepcionante la primera vez, sobre todo con una pareja de la misma edad, que lo hace para no desentonar con los demás, para experimentarlo a su vez, más que dirigido por una atracción o la búsqueda de un intercambio, de un placer compartido.

Los jóvenes ejecutan el rito del paso entre ellos. Cada vez son más raros los que son iniciados por un mayor.

El muchacho está más preocupado por la sensación de «potencia» que por el goce. Lo contrario que las chicas.

Por lo que concierne a la virginidad, los valores se han invertido. Antaño, una muchacha casadera desflorada perdía su valor. Hoy, una muchacha experimenta la primera relación sexual como una valorización de su persona.

El Instituto Arnold Gesell, fundado en 1950 en Connecticut (Estados Unidos), llevó a cabo una encuesta sistemática sobre las etapas de la evolución del comportamiento del adolescente a lo largo de los años de crecimiento de diez a dieciséis años (el grupo de edad que nosotros tratamos en esta continuación de La causa de los niños). El estudio de este ciclo reúne las observaciones que se hicieron sobre un grupo de jóvenes americanos teniendo en cuenta los «gradientes de crecimiento»: desarrollo físico, sexualidad, salud e higiene, actitudes, emotividad, rasgos de la personalidad, relaciones sociales. Hemos extrapolado estos datos para trazar un estado de dicha evolución (véase tabla en páginas 62 a 67), interesante de observar con la distancia y situarla de nuevo en la perspectiva actual.

Hay que señalar que la población observada se compone de jóvenes americanos de los años cincuenta-sesenta.

Algunos comportamientos, como no lavarse a los diez años, no interesarse por las tareas familiares, dependen sólo de un tipo de educación. Más aún que la época de referencia, lo que limita el alcance de esta encuesta, está el hecho de haber observado sólo cierto estilo de niños educados en familias puritanas y fijar un programa de reacciones con relación a una norma decorosa enteramente arbitraria que define su edad «mínima».

En los muchachos sólo se habla de masturbación a partir de los doce años.

A los catorce años, las poluciones nocturnas provocan, dice el informe, un sentimiento de culpabilidad. Cualquiera diría que esos niños pertenecen a familias luteranas o anabaptistas, reprimidas en el plano de la actividad sexual. Los investigadores no señalan un interés de las muchachas

por los chicos antes de tener ellas quince años. Y no ven en ello más que el impacto social de la curiosidad por el otro sexo, cuando se trata en realidad de amor apasionado y de relaciones sexuales. Ni siquiera tienen en cuenta las experiencias múltiples de las «parejas» que se forman a los dieciséis años.

A esta edad, según Gesell, los jóvenes aún dependen de la masturbación. Hoy sabemos que los juegos sexuales y las pasiones amorosas comienzan a los seis o siete años. No hacerlos surgir hasta los doce años, me recuerda los libros de versión expurgada para la juventud.

Gesell no excluye de forma explícita que ello pueda manifestarse antes, pero aquí la población estudiada no tiene menos de diez años.

Se dice que las muchachas se interesan por el desarrollo de sus senos a los once años. Pero en realidad sucede mucho antes.

Examinemos lo más observable: los signos de crecimiento físico. Según la tabla, entre chicos y chicas de diez-once años, no hay diferencia en la talla media, pero en las chicas observamos ya signos de maduración sexual, de pubertad, en tanto que en los muchachos, por lo general, esto no es aún visible.

No es cierto. En las muchachas vemos senos, y en los chicos vemos aparecer el vello. La modificación del cuerpo de los varones se observa tanto como en la muchacha, pero de otro modo. En ella, es más bien cosa de belleza, y en él, de disarmonía. Hay un pronunciado desfase entre los dos sexos.

La aparición del vello se observa en el nacimiento del pene, a los doce años.

Quizá ocurra mucho antes. En todo caso, no es esto lo que determina el valor social de alguien.

Otra observación en los muchachos de once años: las erecciones (provocadas sin duda durante los juegos de peleas) son atribuidos a estímulos no eróticos.

¿Por qué «no eróticos»? ¡Son de lo más erótico! Cuando trepan a la cuerda, los chicos a veces tienen erección a ese contacto. Tales erecciones no tienen la significación de relaciones amorosas, pero no por ello son menos sexuales. Y también en los forcejeos y las peleas entre muchachos se establece una relación de hostilidad, de rivalidad. Se trata de ser el primero, el dominador, lo que no es totalmente extraño al orden de la conquista sexual.

También el sueño evoluciona entre los diez y los doce años. Gesell estudió la frecuencia de los sueños y su naturaleza. En la pubertad hay un período, más precoz o más tardío según los individuos, en el que se gestan más o menos pesadillas.

Por fuerza, pues se trata del período en que se deja el período de latencia: corresponde a la muerte del niño. Así pues, tienen lugar pesadillas en las que uno resulta muerto, o mata. Es absolutamente necesario escapar de él. Pero antes de la pubertad no se puede hacer de otro modo que mediante pesadillas. No sé si podemos llegar a afirmar que los sueños agradables predominan sobre las pesadillas a partir de los trece años. Pero ello puede corresponder al final de la latencia.

Los tics son inherentes al desarrollo del adolescente. Se observa en muchos individuos cierta torpeza corporal, sobre todo cuando hablan, no sabiendo dónde meter las manos o contoneándose sobre las piernas. Los tics del rostro son múltiples.

Los observamos más entre los jóvenes de ciudad que entre los del campo. Los niños de los pueblos se ven obligados a inhibir su motricidad. Estos tics de la expresión, esta torpeza corporal, están en este caso ligados aún a un modo socioeducativo. No es una fase inevitable del desarrollo de la emotividad del adolescente.

En el campo, se es mucho más resuelto en los movimientos. Aquellos que tienen dificultad en controlarlos son reprimidos en la expresión de su tensión por la vida ciudadana. Y más tal vez en los Estados Unidos que entre nosotros. Al menos en los Estados Unidos de hace veinte años.

13 AÑOS

Disminución del ritmo de crecimiento. Maduración continua. Reglas.

Aparición del vello púbico. Crecimiento rápido de los órganos sexuales. La voz se vuelve más grave. Primera eyaculación.

Interés menos claro por el sexo.

Pudor, masturbación.

La salud sigue mejorando. Resfriados, fatiga, apetito desigual. Nueve horas de sueño de promedio. Los sueños agradables predominan sobre las pesadillas. Hora de acostarse: 9.30. Dedicar más tiempo al aseo (cuidado especial del cabello).

Mal humor, repiegue sobre sí mismo. Más tranquilo, a veces triste. Actitud algo negativa, menos comunicativo. Interés por el aseo. Más cuidadoso (sobre todo ellas). Más servicial.

14 AÑOS

Prácticamente su cuerpo es ya el de una mujer. Madurez de las características sexuales secundarias.

Aun se parece a un niño. Período de transición. Crecimiento rápido. Sudor en las axilas.

Se interesan en los aspectos sociales del sexo y en aspectos más complejos de la reproducción. Interés por los chicos.

Poluciones nocturnas y masturbación que dan lugar a sentimientos de culpabilidad.

Excelente salud, apetito considerable, algunas dificultades cutáneas. Nueve horas de sueño de promedio. Levantarse comienza a ser difícil. Hora de acostarse: 9.30-10. Los muchachos se lavan menos gustosamente que las chicas.

Se vuelve excitable o irritable. De nuevo más sociable y más enérgico. Gran interés por el vestir y por la propia apariencia. Ayudar en casa es menos problemático que antes.

15 AÑOS

Redondeamiento de las formas.

Desarrollo de la fuerza. Aparición de vello: delante de las orejas, el mentón, los labios. Nuez de Adán más prominente.

Interés por las chicas y por el aspecto social del sexo.

Interés por los aspectos morales del sexo.

Muy buena salud. problemas cutáneos, buen apetito, algunos prestan atención al régimen. Ocho y media horas de sueño de promedio. Menos sueños, cuesta levantarse. Hora de acostarse: 10-10.30. Cada vez más cuidado del cuerpo.

Movimientos de los dedos. Descargas verbales. Apático, indiferente, replegado en sí mismo. Progreso en el orden y el cuidado de la ropa. Las tareas familiares son consideradas como un hecho consumado.

16 AÑOS

Afinamiento de los rasgos de madurez.

Crecimiento acabado en un 98%.

Responsables y capaces de elección en sus relaciones con los chicos. Maduras en sus sentimientos.

Interés creciente por las muchachas.

Excelente salud, mejora el color de la tez. Apetito variable según los individuos. Ocho horas de sueño de promedio. A menudo cuesta levantarse. Hora de acostarse: 10.30-11. Asumen sus responsabilidades en cuanto a la propiedad personal. Los chicos se afeitan.

Disminución de la tensión general. Tranquilo, distendido, más suelto. Responsable en el cuidado de su ropa y el orden de su habitación.

EL CRECIMIENTO Y EL COMPORTAMIENTO DE LOS 10 A LOS 16 AÑOS (continuación)

EMOTIVIDAD - AFIRMACIÓN DE LA PERSONALIDAD - RELACIONES SOCIALES

EMOTIVIDAD (expresión de los sentimientos, inquietudes...)	AFIRMACIÓN DE LA PERSONALIDAD (búsqueda de sí mismo, deseos, intereses...)	RELACIONES SOCIALES (padres, hermanos, hermanas, amigos...)
<p>10 AÑOS</p> <p>Desenvuelto y alegre en general, de humor uniforme, una de las edades más felices. Llora poco, origen principal de las lágrimas: la cólera. Miedos, temor a la oscuridad. Poco competitivo.</p>	<p>No se preocupa mucho de sí mismo. Arraigado en el presente, proyectos futuros bastante imprecisos. Deseos de posesiones materiales. Le gustan las actividades al exterior.</p>	<p>Muy unido a sus padres, afectuoso y muy expresivo. Le gusta participar en las actividades familiares. Disputas con hermanos y hermanas. Las chicas tienen relaciones complejas e intensas con una o varias amigas íntimas. Los muchachos evolucionan dentro de los grupos.</p>
<p>11 AÑOS</p> <p>Sensible, le gusta afirmarse, cambios del humor, ataques de irritación y agresividad, necesidad de discutir. Inquieto y temeroso, miedo a los animales, a la oscuridad, a los lugares elevados. Espíritu de competición y de venganza. Llantos frecuentes: cólera, decepción.</p>	<p>Búsqueda de sí mismo, oposicionista, se encuentra a menudo en conflicto con los demás. No le gusta ser criticado. Comienza a tener ideas sobre su vida futura. Deseos de posesiones materiales. Alición a coleccionar.</p>	<p>Tendencia a resistir a sus padres. Perturba la vida familiar, pero le gustan las actividades en familia. Combativo con relación a sus hermanos y hermanas. Relaciones afectivas intensas y complicadas entre las chicas. Los muchachos funcionan en bandas.</p>
<p>12 AÑOS</p> <p>Equilibrado y expansivo, mejor control de sí mismo, sentido del humor. Menos llantos, más fácilmente triste. Menos inquietudes, preocupaciones sociales, miedo a la noche, a las serpientes, a la muchedumbre... Menos agresivo.</p>	<p>Búsqueda de sí mismo, tratando de ganarse la aprobación de los demás. Se considera más objetivamente. Deseos de posesiones materiales. Proyectos más realistas y más precisos. Interés por la naturaleza.</p>	<p>Pleno de simpatía por la madre, se siente próximo del padre. Ama la familia y sus actividades, pero comienza a buscar la compañía de los amigos fuera del hogar. Mejoran las relaciones con los hermanos y hermanas. Chicos y chicas se mezclan cada vez más.</p>
<p>13 AÑOS</p> <p>Replegado sobre sí mismo e interiorizado. Más reflexivo, afición al secreto. La edad menos feliz. Se decepciona y es herido fácilmente. Se hunde en depresiones. Menos temores. Inquietudes con el trabajo escolar. Miedos sociales. Quiere triunfar.</p>	<p>Búsqueda del yo en sí mismo. Vida interior importante. Le gusta estar solo. Impaciente por crecer. Interés por su carrera y por el matrimonio. Desea la paz y felicidad de los demás. Manías individuales, le gusta el deporte.</p>	<p>Más próximo y menos confiado en sus relaciones con los padres. Se retira apreciablemente de las actividades familiares. Buenas relaciones con los hermanos y hermanas (sobre todo con los de más edad o los mucho más jóvenes). Los chicos son menos sociables que a los 12 años, las muchachas tienen tendencia a codearse con chicos de más edad.</p>
<p>14 AÑOS</p> <p>Expansivo y exuberante, extravertido, sentido del humor. Más alegre, piques, malos humores. La escuela, los acontecimientos mundiales, su propio aspecto son las principales causas de preocupaciones. Espíritu de competición, deseo de hacer bien las cosas.</p>	<p>Búsqueda de sí mismo, comparando su yo al de los demás. Ansioso de ser amado, deseo de independencia. Impaciente por crecer. Desea un mundo mejor. Intereses sociales y actividades sociales más equilibrados.</p>	<p>Crítica a sus padres. A menudo, incomodado por su familia, siente la necesidad de romper los puentes y afirmar su independencia. Dificultades con los hermanos y hermanas de edad parecida. Formación de grupos y de amistades basadas en intereses comunes. Las muchachas se interesan cada vez más en los chicos que éstos en ellas.</p>
<p>15 AÑOS</p> <p>Inestable y apático, crítico, vida emocional compleja. Trata de disimular sus sentimientos. Miedos sociales. Búsqueda de la popularidad y de la libertad. Orgullosos de sus propias opiniones.</p>	<p>Se interesa en lo que le distingue de los demás. Deseo de felicidad personal. Los gustos y los intereses individuales se concretan.</p>	<p>Se aleja de sus padres, cuyas demostraciones afectuosas le cuesta aceptar. Encuentra sus principales satisfacciones sociales con sus amigos y en actividades exteriores. Mejoran las relaciones con hermanos y hermanas. Grupos mixtos donde se desarrollan relaciones y amistades privilegiadas.</p>
<p>16 AÑOS</p> <p>Amistoso y bien adaptado. Más positivo y tolerante. Inquietudes respecto del futuro. Preocupado por su aspecto. Búsqueda del éxito social.</p>	<p>Sentido del yo, independiente. Confianza en sí mismo. Estado de equilibrio y seguridad. Deseos de felicidad, éxito y progreso personal.</p>	<p>Mejores relaciones con la familia, pero prefieren la compañía de los amigos a la de los padres. Protector con los hermanos y hermanas más jóvenes, y buen entendimiento con los mayores que él. Considera a sus amigos como un factor muy importante en su vida.</p>

El tiempo de sueño indicado es apabullante. Permite medir la coacción del molde socioeducativo. A los doce años, nueve horas y media; y al año siguiente, nueve horas. Pero, entre tanto, la hora de acostarse ha pasado de las nueve a las nueve y media. Horarios de pensionado. Nos parece estar soñando. Hoy, aunque sólo sea a causa de la telemanía, advertimos una falta de sueño en los niños.

En las relaciones sociales, el informe subraya las disputas entre hermanos y hermanas.

Según Gesell, estas disputas desaparecen a los quince años. Es cierto. A partir del momento en que los jóvenes tienen verdaderas relaciones afectivas y sexuales, los hermanos y hermanas pierden su interés.

También en este caso considero que ello depende completamente de la sociedad. Los muchachos a los trece años son menos sociables que a los doce; las chicas tienden a relacionarse con los muchachos de más edad. Y también éstos buscan chicas mayores que ellos.

En cuanto a la vida en grupo, el informe señala que a los diez años las niñas buscan cada vez más una amistad amorosa con otra compañera, y que los niños buscan la banda. No sé si hoy las chicas no van también en grupo.

Conviene decir que a partir de los diez años, tanto los chicos como las chicas buscan siempre un cómplice para unirse a los grupos. Y sólo frecuentan los grupos cuando forman pareja. Son una pareja que no se basta a sí misma, en tanto que cuando son más jóvenes, los dos se bastan. Aquí son dos para abordar a un grupo con el que se aglomeran. Pero no permanecen como dúo en el grupo; una vez en la banda, el dúo se disocia y cada uno forma grupo con otros, u otros dúos.

Lo mismo que las chicas van al baile por parejas.

Es lo mismo. Al primer baile, van de dos en dos, igual que los chicos. Así se dan valor mutuamente. Lo mismo que en principio los muchachos van al burdel siempre por parejas; al menos, de dos en dos, aunque a veces, tres. Pero, para empezar, no van solos, no se atreverían. No es

hasta después, cuando han conocido a la Zoé, a la Julie, cuando van solos. Porque el trampolín para entrar en la sociedad es un *alter ego*. No es que uno sea más decidido que el otro; pero de dos en dos afrontan al mismo tiempo el hecho de ingresar en una banda, de congeniar con un grupo. Comparten la misma aprensión y la misma experiencia.

Antes de los nueve, diez años, el acompañante es un hermano, por lo general un hermano mayor, pero nunca un compañero, una amiga, de su propio sexo. Y tampoco con un compañero del otro sexo. En la pubertad, la búsqueda del otro sexo y el descubrimiento de la novedad se hacen más fácilmente siendo dos.

Es importante decirlo, porque realmente es algo fundamental. Eso ha existido en cualquier época de la historia. En la época de *Los Miserables*, o en la nuestra, siempre ocurre lo mismo. El tándem se continúa en muchos adultos que no han tenido ocasión de fortificarse personalmente. Vemos a muchas jovencitas que intercambian objetos personales con otras. Igualmente, un joven se dedicará al tenis porque ha encontrado a un camarada que lo arrastra, cuando muy bien podría ir él solo a inscribirse en un club de tenis. O a hacer *jogging*. Llega otro y le dice: «¡Ven, vamos a hacerlo juntos!» ¿Por qué? No es indispensable. Cada uno no siente más que su propio placer.

Eso lo vemos con claridad en el cine. Muchos adultos, sobre todo de cierta edad, van solos, eligiendo la película, en tanto que muchos jóvenes, aunque ahora las salas sean múltiples en el mismo edificio y puedan ver películas diferentes, irán a ver un filme que no les tienta sólo para permanecer cerca del compañero en la sala oscura. Y no se trata de una muchacha a la que quieran manosear.

En la sociedad norteamericana de los años sesenta, los chicos y las chicas están separados, pero no se observa ninguna clase de tendencia homosexual.

Falso. Cuando el informe señala «sin erotismo», quiere decir homosexual. Todos aquellos que dicen «interesarse en» significan homosexual. Se interesan por las chicas, pero están sólo con los chicos.

Una afirmación de Marguerite Duras, entrevistada en

1987, causó su efecto: «Todos los hombres son homosexuales.»

Todas las mujeres también, todos los seres humanos. Ella quería decir que hay un egoísmo, no solamente sexual, más desarrollado en los varones que en las mujeres. Un egoísmo del comportamiento, incluso cuando aparentemente se comparte un placer, incluso si se hace gozar a una mujer. Yo creo que ésta es una conducta de adolescente prolongada. Las jóvenes se preocupan por llevar al hijo del hombre al que aman, mientras que si el hombre le hace un hijo a una muchacha, no es el suyo. «No es problema mío; no tengo nada que ver con eso», dice. Mientras que la muchacha está totalmente comprometida, porque es el hijo de tal o de cual.

Según Duras, incluso cuando se preocupa por provocar el orgasmo en la mujer, el hombre siente un orgullo de macho dominador profundamente egoísta. ¿Se puede ser tan categórico?

Creo que ello forma parte de nuestra neurosis actual, generalizada, que es una prolongación de la adolescencia en los muchachos que no son educados por su madre ni por su padre. Son amados por su madre, y dirigidos por su padre, pero no amados en el sentido de educación sentimental del muchacho, cosa que el padre no hace.

Los padres tienen la sensación de no poder hablar ya con sus hijos, aunque lo intenten. Les parece que no son escuchados.

No tienen las palabras necesarias. No pueden tenerlas porque el joven se defiende de una intrusión en su vida privada. Creo que el joven, mucho más que palabras, espera actos. Que el padre no haga discursos, pero en su vida real se comporte de acuerdo con los valores que pretende defender. De lo contrario, todas las palabras son tomadas por una moral caduca y teórica. Lo que importa es el ejemplo de la vida. De hecho, el joven espera mucho más al enfrentarse a un adulto firme, coherente. Sienta bien poder decir: «No quiero trabajar como tú, no quiero vivir como tú, no quiero tus mismos placeres, ¡especialmente

eso!» Pero al menos, debe poder referirse a él. Para ello, es preciso que el adulto asuma sus contradicciones.

No hace falta que el adulto halague al adolescente diciéndole: «Voy a hacer lo que te gusta, voy a hablarte como tú querías que te hablara, voy a adquirir tu vocabulario.» Aunque quisiera, no lo conseguiría jamás. Ya no tienen vocabulario, o se inventan onomatopeyas, un código, precisamente para marcar la diferencia.

En esta «cronología» relativa, ¿cómo se adquiere la información sexual por lo que se refiere al conocimiento de las reglas, de las relaciones sexuales y de la procreación? Según Gesell, tales nociones son integradas a los once años.

A los once años, los niños generalmente están al corriente. En este sentido, como he dicho recientemente a alumnos de una clase de tercero —estaban muy interesados por este encuentro en el CES—, encuentro terrible tener que hablar a jóvenes de quince años de los medios anticonceptivos, cuando jamás, en la escuela, se les ha hablado de la nobleza de la concepción. Ahora bien, se tiene una ocasión cada año, en el día de la madre y el día del padre, de decirles qué es un padre, los niveles de paternidad, de maternidad conceptiva, de nacimiento legal, adoptivo, de acogida en el mundo. Todos estos términos asociados a los de padre y de madre que permitirían que el niño comprendiera la dignidad de la concepción y del papel tutelar, directo o indirecto, de los adultos frente a los jóvenes en crecimiento.

Pues bien, lo que se hace, de repente, es hablarles de los medios para no concebir. Y jamás se ha ennoblecido el hecho de la concepción. Creo que hay aquí algo muy grave, y que esta educación debería comenzar precisamente en la escuela, por la dignidad de su propio nacimiento, se tengan los padres que se tengan, aunque después se separen, o, peor aún, si sólo se conoce a uno, sin saber siquiera el nombre del otro. Se ha traído vida, y éste es el concepto interesante e importante. Creo que si no enseñamos esto, no podemos enseñar los medios anticonceptivos de un modo que no sea dudoso desde el punto de vista educativo.

¿Cree usted que es significativo señalar que, por lo que a las chicas se refiere, a los trece años hay un descenso

de interés por la sexualidad? Los investigadores norteamericanos, por lo demás, observan que las muchachas de catorce años sienten curiosidad por conocer las reacciones de los muchachos y se interesan por los procesos de la reproducción. Pero parece que manifiestan cierto desafecto respecto de la sexualidad misma.

Si se interesan más en los aspectos sociales del intercambio con el otro sexo, es porque rechazan la sexualidad. Es algo particular de los niños norteamericanos. Se preocupan del efecto que causan, en lugar de ocuparse de su ser y de su percepción personal. El interés del muchacho por atraer y seducir es una búsqueda histórica. La actitud que consiste en no ver en el otro más que un sujeto a seducir es enteramente contraria a la sexualidad. La educación anquilosada que las muchachas reciben las lleva a no tener en la cabeza más que una idea: «¿A quién voy a gustar?» Esta tabla es reveladora de la neurosis de una ética colectiva que conduce a las muchachas a interesarse ante todo en el aspecto de la feminidad que puede seducir al otro, en lugar de pensar en lo que presienten de la sensibilidad del otro.

CAPÍTULO 8

RITOS DE PASO Y PROYECTOS ADOLESCENTES

Parábola de hoy

Cuando era una joven psicoanalista, inmediatamente después de la segunda guerra mundial, conocí a un joven alumno de un instituto de enseñanza media al que habían enviado a que recibiera psicoterapia. No era un mal alumno en clase, pero sus profesores lamentaban que estuviera frecuentemente en la luna.

Algunos días iba yo al instituto Claude Bernard, que había abierto una sección psicopedagógica reservada a los alumnos que tras marchar bien en el primer ciclo escolar tenían malas notas en quinto-sexto. Casi todos tenían un cociente intelectual de 135.

En el metro, me encontré con una vecina que hacía lencería fina para señoras y que iba cada mañana a su taller a la misma hora en que yo me dirigía a mis sesiones de psicoterapia escolar. Durante la conversación, me preguntó:

— Doctora, ¿a qué se dedica en estos momentos?

— Me ocupo de niños con dificultades escolares, pero que son inteligentes y dotados. Algún shock, alguna emoción, los ha perturbado y les impide concentrarse.

— ¡Ah, si supiera usted las preocupaciones que me da mi hijo Christian! Ya no sé qué hacer. Ya no tiene a su padre, que murió en la guerra... Es un apasionado de la aviación, pero...

— Es interesante.

— Sí, pero sus maestros dicen que no podrán seguir niéndole en el instituto...

Fue entonces cuando le aconsejé que enviara a su hijo al centro Claude Bernard, donde solicité que me lo enviaran para tratamiento. Una psicoterapia de apoyo que no

retrocediera en su historia como lo hace un psicoanalista bastaría para sacarle de esa fase de adolescencia aparentemente comprometida.

En el transcurso de nuestras entrevistas se puso de manifiesto que cuando se entregaba a sus fantasías era cuando hacía de mirón del probador de su madre, que se dedicaba a hacer lencería para señoras. El muchacho hacía sus deberes en la habitación donde ella recibía a las clientes. Las visiones furtivas de la ropa interior alimentaban su fantasía y le impedían trabajar.

Cuando regresaba del instituto, se instalaba en la pequeña trastienda donde aquellas damas se probaban fajas y sostenes.

Desviaba su sexualidad hacia la fantasía.

Le dije que era completamente sano el hecho de tener pensamientos sobre mujeres. Pero para no sufrir demasiada tentación y experimentar erecciones frecuentes, debía pedir a su madre que le permitiera volver directamente a casa, ahora que ya era mayor. A partir de entonces dejó de hacer sus deberes en el probador de su madre, y se mostró menos distraído en clase.

De todos modos proseguimos nuestras entrevistas semanales. En cada sesión me hablaba sin cesar del avión que construía en su sótano con ayuda de un compañero. Ambos trabajaban por la noche y durante todos los sábados y domingos. Se mantenía realmente disociado de todo lo demás, hasta el punto de haber olvidado un «detalle» práctico: la única salida del sótano era un estrecho tragaluz. El avión, una vez montado, estaba condenado a permanecer allí; yo ignoraba aquel hecho. Seguía el progreso de su montaje; el chico me mostraba los planos, los diseños. Al final, le pregunté:

—¿Habéis puesto ya las alas a la carlinga? ¿Cómo vais a sacarlo?

El chico reflexionó.

—Pues es verdad, no hemos pensado en el día en que tenga que volar.

Pero no parecía muy afectado. Así es como efectuó con éxito su paso a la adolescencia, su ruptura con la infancia.

Muchacho extraño y temerario, vivía en dos niveles: uno de ellos, un nivel de fantasía que le hacía trabajar agotadoramente en su avión sin tener la posibilidad de sacarlo del sótano.

Lo cierto es que se había divertido mucho durante aquellos dos años y no lamentaba nada, puesto que había vivido sus fantasías con aquel avión en el sótano de su madre.

Una parábola: un hermoso pájaro que no volará, pero que hizo volar a su constructor y le hizo soñar y sublimar una amistad homosexual.

Los dos fabricaban un falo formidable que volaría por los aires... Es la acción sublimada de un bello pájaro. Más tarde, se puede encontrar un oficio que proporcione de veras unas alas.

He aquí un bellissimo ejemplo de un sustituto fecundo en una sociedad que ha suprimido los ritos de paso a la adolescencia. En la pubertad ya no hay iniciación ni aprendizaje.

Durante esta psicoterapia, la transferencia no fue ambigua. Fue de confianza, sin ser amorosa.

Diez años más tarde, después de haber pedido mi dirección al Colegio de Médicos, el chico quiso volver a verme. Se había convertido en piloto de pruebas. Quería casarse. Su novia quería que abandonara su oficio para casarse con él. Él deseaba hacerla su compañera, pero no tenía ningún deseo de dejar una profesión de alto riesgo y muy bien remunerada con un elevado salario y primas.

—Le he dicho a mi novia: «Es algo muy bueno para una mujer. Si me mato, mi viuda recibirá una gran prima de seguro.» ¿De qué tiene miedo?

No comprendía que la muchacha no fuera de su mismo parecer.

—Te quiere y no soportaría perderte.

—Si me quiere, ama también lo que hago. Es una buena profesión, pues proporciona beneficios a la esposa y a la viuda.

Vino cinco o seis veces a hablarme de su proyecto de matrimonio, preguntándose si debía sacrificar su profesión. Me envió incluso una participación de boda. Su última carta: «Ahora ya soy demasiado mayor para seguir siendo piloto de pruebas, aparte de los vuelos excepcionales, pero formo paracaidistas.»

No le había vuelto a ver desde que, estudiante de enseñanza media, me hablaba de aquel pájaro del cielo encerrado en el sótano de su madre. Convertido en un hombre, y habiendo encontrado unas alas verdaderas para volar, vino a plantearme esta pregunta: «¿Cómo se puede

convencer a una mujer de que se case contigo cuando tienes el riesgo de morir joven?»

Debió de ser prudente, pues ha sobrevivido.

Hasta el final de nuestras entrevistas, cuando él era estudiante, ni por un momento imaginé que el sótano de Christian no fuera una especie de garaje con puertas o un panel deslizante. Si le hubiera dicho antes, anticipándome: «Pero ¿cómo vas a sacar el avión?», hubiera detenido su fabricación. Le habría impedido avanzar. Lo hubiera echado todo a perder. Eso es lo que hacen con demasiada frecuencia los padres de los adolescentes.

Y llegamos aquí a un punto crítico: no hace falta que el adulto sea demasiado buen observador del corazón del niño, ni que busque en demasía lo que tienen de racional o no sus proyectos.

Conocí a un maestro cuyos alumnos proyectaban ir a pasar una jornada en la torre Eiffel. Toda la clase preparaba el viaje en sus menores detalles: planos del metro, horarios y precio de los trenes.

El maestro sabía que el proyecto no se realizaría, por falta de medios materiales.

Durante tres meses habían aprendido a leer, a escribir y a calcular, consultando los folletos de la SNCF y los planos de París, trazando el itinerario, estableciendo el programa horario. Era muy divertido haber fabulado, haber inventado un viaje. Los alumnos estaban en la fase de latencia: ocho-once años.

El maestro no les decía por anticipado: «Esto no es posible. No hemos reunido la cantidad necesaria.» El que sabía que el objetivo no era realizable no lo decía. Y yo creo que eso es la educación.

En la fase de latencia, ya no se trata del sueño del muchachito del *Hermoso Naranja*, la edad de la creación poética, mágica. Los niños quieren una plasmación. Posteriormente, los antiguos alumnos se encontraron con el maestro.

—¿Se acuerda usted de nuestro viaje a la torre Eiffel? ¡Fue formidable!

—¿El viaje? ¡Pero si no llegamos a hacerlo!

—¿Cómo? ¿No lo hicimos?

Habían olvidado que el proyecto no se había realizado.

En la prensa, los adultos planifican periódicos que no aparecerán. Los inventores hacen maquetas de máquinas nuevas que jamás saldrán al mercado.

El hombre tiene necesidad de proyectos. Una nación vieja sufre de la falta de grandes proyectos. La utopía es la realidad de mañana. Los políticos hacen promesas, no tienen programas ambiciosos. Una gran reforma nace en una mente innovadora. Quizá no se la pueda rematar, pero se intentará. Ello desembocará al menos en una experiencia instructiva y contribuirá a hacer avanzar una idea nueva, a hacer evolucionar las mentalidades.

La población adulta aplasta en los adolescentes su deseo de evasión diciéndoles: «Imposible.»

Muerte iniciática y evasión

Los ritos de iniciación más antiguos, desde Australia al África del Sur, desde la Tierra de Fuego a Oceanía y hasta Tahití, tienen como denominador común una dramaturgia de la muerte iniciática.

Los novicios, los neófitos, para efectuar el paso, deben morir a la infancia.

La separación simbólica de las madres es representada de una manera dramatizada. La prueba del fuego en los aborígenes es probablemente la ceremonia más «arcaica» de la iniciación a la edad del hombre. El novicio, muerto simbólicamente, es enfrentado a una potencia mítica, que guarda el secreto del vínculo entre cielo y tierra.

La circuncisión es una operación realizada por el Gran Espíritu representado por cirujanos con sus utensilios rituales. La sangre es un elemento esencial de este acto sacralizado.

Las ceremonias se acompañan de bramidos imitados por el hombre: expresión religiosa que se remonta a los primeros hombres y origen oscuro del «trueno de Zeus».

En el África Occidental, entre los sereres y los wolofs, la circuncisión interviene tardíamente con relación al crecimiento: después de los quince años y hasta los veinte.

El etnólogo Arnold van Gennep explica las variaciones de la edad de la circuncisión: es un acto social, no un rito de pubertad (en el sentido somático), error cometido corrientemente.

Las sociedades siempre han distinguido pubertad psicológica de pubertad social.

Entre los muchachos, la subincisión marca la etapa de transformación ritual del neófito en mujer.

Los ritos de iniciación favorecían probablemente la sublimación de la castración simbólica. Es, imagino, el papel esencial que hoy debemos deducir de esos datos de la etnología.

Estas pruebas colectivas ayudaban a los jóvenes a librarse del sentimiento de culpabilidad transgresiva que se apodera de ellos, ya que el paso realizado en solitario, sin sostén, es vivido como una transgresión. Pero es necesario también que se efectúe bajo el peso de cierta amenaza, por el enfrentamiento real con un peligro. La transgresión se convierte a partir de ese momento en entronización, y el miedo de violar y de ser violado (o castrado) queda abolido.

Las realizaciones individualizadas no son iniciáticas a la vida social, a la vida del grupo, como lo eran las iniciaciones de las sociedades tribales.

El *proyecto* no puede reemplazar el rito de paso. Pero permite quizá prescindir de él.

El rito de paso servía a una comunidad que tenía necesidad de conservar a todos sus miembros, y encontraba así el medio de sujetar al clan a todos los jóvenes, haciéndoles afrontar riesgos en el interior de la tribu: los riesgos de la iniciación. Pruebas terribles. Los que salían vivos de ellas eran individuos formidables. Eso implica que la sociedad proporciona el modelo.

Hoy en día, cuando ya no existe modelo familiar o social, cuando el hijo sucede cada vez menos al padre, el rito de paso ya no tiene justificación, pero quizá el *proyecto* que responde a la tentación del peligro con cierta prudencia puede ayudar a morir a la infancia para alcanzar otro nivel de dominio en la vida colectiva.

La primera etapa consiste en poder ganar algo de dinero. Es el escollo, en la hora actual, para los jóvenes. Tener vivienda propia, pareja, hijos. Un ideal que no pertenece a ninguna época, que es eterno.

En la película Rendez-vous de Juillet (Cita en julio), una pequeña banda de muchachos sueña con ir a África, con los pigmeos. El «jefe de la expedición» va de puerta en puerta para conseguir las ayudas necesarias. El asunto va para largo. Tiene largas reuniones con sus compañeros de viaje. El día en que, triunfante, les anuncia: «¡Hemos ganado; partimos!», algunos parecen casi decepcionados, lamentando un sueño perdido.

Lo que caracteriza al adolescente es que dirige su mirada a un proyecto lejano, que él imagina en un tiempo y un espacio diferentes de aquellos en que ha vivido hasta entonces.

Eso nos devuelve a la fuga, aunque a una fuga que no es delictiva, si los padres no la convierten en «transgresiva de prohibiciones» con su angustia.

Es la verdadera evasión. La fuga es la escapatoria en negativo, un signo de que el niño ha llegado a su fase adolescente y que no ve salida a sus impulsos de apertura al mundo. Huye encerrándose en sí mismo, o se escapa del domicilio familiar. (Véase anexo 2.)

La buena solución es alimentar un sueño que se realiza al día.

¿Observó usted, y favoreció, el «paso» de sus hijos adolescentes?

En mi caso su deseo de evasión no pudo ser sofocado, ya que mis hijos pudieron vivir libremente sus tensiones de los proyectos lejanos. Eso es lo que explica que jamás pudiera observar en ellos, en el momento de la adolescencia, las dificultades de paso a la vida adulta. A la edad de dieciséis años, viajaron a destinos remotos. Estaban preparados para ello. Respeté su libertad. Muy pronto, pasaron sus vacaciones en el extranjero, cada año en una familia diferente. Jean, el mayor (Carlos), me enviaba cartas. Escribía como un periodista. Gricha (Grégoire) telefoneaba. Era lacónico. Respondía a mis preguntas con un «Sí..., no». Yo no sabía si estaba contento del extrañamiento, o deprimido.

—¿Tienes más cosas que decirme?

—¡No!

Tres días después me mandó una carta: «¡Qué buena

conversación tuvimos por teléfono!» Tenía el recuerdo de haber abordado temas interesantes.

Cuando lo corriente ha pasado, con un joven, las preguntas-respuestas ya no cuentan. «¿Qué has hecho?», no es una pregunta que se deba plantear a un niño. Más vale preguntarle: «¿Tienes algún amigo que salga con chicas?» Sobreentendido: «Digas lo que digas, yo no se lo contaré a nadie; quedará entre nosotros.» Ante todo, establecer la confianza. Es la máxima prioridad.

Los comportamientos de los adultos agravan mucho las dificultades de los adolescentes.

Debo decir que la adolescencia, para mis hijos, fue más bien un período de expansión. Desde los dieciséis años, hicieron grandes viajes solos: Yugoslavia, Turquía. Mi hijo Gricha fue al Perú. A los diecisiete años, a África del Sur; al año siguiente, a Cuba.

La adolescencia se prepara con un apartamiento de los padres en la fase de latencia: de una manera controlada. Así, a los doce, trece años, pueden poner por escrito un proyecto de viaje, hacerlo aceptar por sus padres y partir con sus economías y un medio de enlace. Realizan una experiencia asombrosa, sin cortar el vínculo que les une con su familia (la llamada a las diversas etapas) a la que no le desagrada ver como se alejan mientras comunican sus noticias. Es un secreto del *bien-vécu* de la adolescencia.

Las salidas de mis hijos despertaban tensión en su padre, que quería controlarlos.

—Te fuiste a tal hora. ¿Qué has hecho?

Eso sólo fue dramático una o dos veces. Mi marido había dado el «permiso de medianoche», y mi hijo Jean volvió tarde. Fue eso lo que le hizo decidir abandonar la casa. El segundo se quedó, pero ya no volvió a hablar con su padre. Tenía otros recursos, otras referencias.

Los jóvenes que, en 1988, permanecen en casa, dan valor a la familia, a la fidelidad, al amor, a la salud. Son los postadolescentes.

El look de los jóvenes no es más que una moda. Su comportamiento en cuanto a la ropa, ¿no es una afirmación de grupo o una autodefensa?

Una por otra. El hecho de exigir que todos vayan vestidos de la misma manera entre los seis y los once años, y también en la época de la adolescencia, puede ser la paradoja de su diferencia. Justamente para no ser todos iguales en el interior, adoptan un uniforme. Aparentan ocuparse sólo de su aspecto físico y de la opinión de sus compañeros, cuando únicamente dependen de papá-mamá.

En el estadio de la adolescencia, encontramos el mismo «disfraz»: se ponen los uniformes de tal clan, de tal *look*: *punk, rocker, baba cool, nueva ola...* En su interior, los jóvenes ocultan sus verdaderas diferencias. Mi hijo Jean no se preocupaba para nada de sus ropas... pero sí de su calzado. Quería llevar zapatos puntiagudos, que era la moda. Llevaba artículos de mal gusto, en mi opinión. Y de suelas de mala calidad, que se gastaban muy de prisa. De este modo mostraba el fetichismo de los zapatos puntiagudos. Yo estaba asombrada. Los muchachos tienen un período homosexual en que hay que estar muy atento a lo que llevan.

Observaciones contradictorias. La importancia de los zapatos para una generación descalza... Los jóvenes gustan de caminar con los pies descalzos, en todas las estaciones.

Los chicos de hoy dan más importancia que las chicas a los zapatos. Mis hijos tenían un presupuesto para ropa. Iban a vestirse ellos mismos a las tiendas. Un día, Jean me pidió que le acompañara «para que la vendedora no le influyera». «Tú no pesarás en mi elección. Pero ella quiere hacerme comprar lo que yo no deseo.» Siempre aceptaba lo que ofrecían.

—Siempre dices sí.

—Digo sí porque espero que seas tú quien decida.

Gricha no se preocupaba del estado de lo que llevaba. Podía comprarse un jersey y volver a casa con una manga rota, sin ser capaz de decir dónde se había enganchado.

—Llevas la manga desgarrada...

—¡Puf, mientras me dé calor!

La adolescencia es un período muy rico si se deja asumir al joven muy pronto todas sus responsabilidades, sin coartarle.

No coartarle no quiere decir dar la aprobación. En una relación de confianza recíproca, el rechazo global sigue siendo un derecho recíproco. No el rechazo global de la persona, claro, sino el rechazo de la vida en común, acordando juntos un desacuerdo perfecto, puertas abiertas.

La dificultad de los jóvenes para evadirse del medio familiar, incluso con dieciocho, veinte años cumplidos, y el abuso de poder de los adultos tutelares, han inspirado este neologismo bárbaro de la «parentectomía», como si se debiera proceder a una ablación.

¡Parentectomía! La imagen quirúrgica es dura, pero expresa claramente que hay que cortar por lo sano para que el adolescente prolongado se libere finalmente de los lazos familiares.

¿Y su adolescencia? ¿Qué impresión destacada conserva usted de ella?

La paciencia. Yo sabía que tenía que esperar. No tenía ninguna posibilidad de escapar, al no poseer ni un céntimo, ni siquiera una moneda con que tomar un autobús. No tenía ninguna libertad de maniobra. Y me tomaba las cosas con paciencia, ante esta única perspectiva: poder arreglármelas sola en cuanto hubiera alcanzado la mayoría de edad.

Si el adolescente tiene un proyecto, incluso a largo plazo, está salvado. Hace cosas para alimentar este proyecto. Esto le hace soportable el purgatorio de la juventud, en ese estado de impotencia y de dependencia económica. Mi madre me ayudó a saber lo que quería a fuerza de oponerse a ello.

SEGUNDA PARTE

LA ÉPOCA DE LAS PRUEBAS

«Si los adolescentes fueran alentados por la sociedad a expresarse, eso les sostendría en su difícil evolución.»

FRANÇOISE DOLTO

CAPÍTULO 9

PERTURBADORES DE LA PSIQUIATRÍA Y PSICOANÁLISIS SIN PALABRAS

Los pediatras de los servicios médicos especializados abiertos a los adolescentes observan el desfase entre la aparente indiferencia y la fuerte demanda no formulada.

El ginecólogo David Elia anima la Asociación «5 millones de adolescentes». Estudia el comportamiento de los adolescentes, sean cuales sean los medios socioculturales de que procedan. Hay un perfil común entre los jóvenes de todos los países.

Los pediatras interrogados observan lo mismo: los adolescentes (más los chicos que las chicas, antes de los quince años) acuden por razones somáticas (problemas de crecimiento, acné, escoliosis, astenia). No dicen una palabra, y permanecen con la cabeza baja. Y luego, estos jóvenes se quejan de que los pediatras no se interesan por ellos al margen del motivo explícito de la consulta.

Se fueron decepcionados de que no se hubiera abordado el problema de fondo. Los pediatras no están preparados, armados, para captar la demanda tácita y responder a ella. Los jóvenes sienten la demanda pero no la manifiestan. El contacto no se establece.

Los americanos han creado servicios especializados para los teenagers, del mismo modo que hay servicios para la primera edad, para la geriatría, etc. Por su parte, el profesor Deschamps, de la facultad de Nancy, no ve en ello un modelo a imitar. Teme que ocurra en Francia lo que ocurre en los Estados Unidos: se recetan demasiados hipnóticos, demasiados medicamentos, demasiados tranquilizantes para calmar la angustia. En vez de hablar con los adolescentes, el médico tiene tendencia a administrarles calmantes.

Como se hace con los niños que no duermen: se les da jarabes; en tanto que bastaría con hablar con ellos de lo que pasa, de lo que no marcha bien. Si la imagen de los médicos es tan negativa entre los adolescentes, es porque el pediatra no tiene la discreción que se espera de él, es un agente represivo o está completamente equivocado, sin llegar a percibir que los jóvenes que acuden a la consulta solicitan implícitamente algo más que una simple prescripción de medicamentos sedantes. Los adultos no piensan más en la relación verbal con los adolescentes de lo que lo hacen con los niños pequeños. Una buena pregunta a efectuar: «Las chicas, ¿son ellas las que te plantan, o eres tú el que las dejas?» Ésta es la pregunta adecuada. O bien: «¿Tienes compañeros que van aún con chicos, o que han estado ya con muchachas?» No se debe preguntarle directamente lo que hace él. La homosexualidad del adolescente es normal. Tienen miedo de que se hable de *pédés*,¹ lo cual es una injuria desde que están en la escuela de párvulos. «¿Tienes compañeros que todavía van sólo con chicos, o que ya tienen compañeras, una amiga a la que quieren?» Entonces comienzan hablándonos de otros. Se trata de una mediación, un rodeo que permite establecer el diálogo y suscitar la respuesta. El hecho de hablar de los otros les ayuda a hablar de sí mismos.

Tomemos, por ejemplo, el caso de un muchacho que sale con una chica que sin ser homosexual cree que le atraen las chicas. Hay una especie de connivencia entre ellos. Se cruzan con dos muchachas por la calle. Ella le dice: «Tú te quedas con la de la izquierda; yo, con la de la derecha.» Se identifica ante el muchacho para estar más cerca de él. El joven habla de ello espontáneamente a sus padres, en tanto que se cierra cuando se aborda directamente la cuestión de su propia sexualidad.

Observar o juzgar a los demás adolescentes a los que frecuente ayuda al joven a hablar de sí mismo indirectamente. Nuevamente, será preciso que el muchacho o la joven estén seguros de que el pediatra no va a decir nada a los padres.

Cuando van a consultar a un médico general, saben que van allí para las «cosas del cuerpo», de lo cual se habla a los padres. A éstos corresponde decir a los jóvenes: «Ahora,

1. *Pédés*: abreviación popular de «pederasta». (N. de t.)

ya eres mayor; te toca a ti ir a hablar con el médico.» Y mejor un médico varón que una doctora. Cuando son pequeños, a la madre le gusta mucho consultar a una profesional. Cuando son adolescentes, continúan viendo al mismo médico. Eso es bueno para las muchachas, pero muy malo para los jóvenes.

Éstos son muy desconfiados hacia los adultos que los «violan». La imagen de los médicos es un poco represiva. Prolongan el miedo al gendarme y al coco. Los niños llevan oyendo, desde que son pequeños: «El doctor te pondrá una inyección», o también: «No duermas, vamos a darte jarabe» (sobrentendido: para entontecerte). El médico es el señor o la señora que pone la camisa de fuerza química.

Los médicos no ven los riesgos del suicidio, pues a partir del momento en que hablan de ello, se acabó. Cuantos más medicamentos se le administra, más se dirigirá el joven al suicidio, el día en que esté menos medicado. El médico no responde por mediación de la palabra, sino dando un rodeo, mediante objetos inhibidores de fantasmas, como si los fantasmas fueran actos. Lo cual le parece muy peligroso al niño, pues esta prescripción de farmacopea dramatiza la situación. No hay que decirle: «Estás en la peor edad de la vida. Si no tuvieras ideas de suicidio, no serías un adolescente.» Es cierto: ningún joven puede franquear la adolescencia sin tener ideas de muerte, ya que es preciso que muera a un modo de relaciones infantiles. Él vive el fantasma en forma metafórica de suicidio. Es entonces cuando tiene necesidad de alguien que le ayude a sublimar dicho fantasma dándole representaciones que figuren en lo social. «Si no pudieras confesarlo, no pasarías por esta fase.» Hay que pensar la muerte del cuerpo para poder acceder a otro nivel, el del objeto de su deseo, que no es sólo cuerpo, sino corazón y mente; pero el adolescente lo ignora. Necesita hablar con un adulto que no sienta inquietud por abordar el tema de la muerte.

Dar un medicamento que impedirá al joven tener este pensamiento es dramatizar, como si el que lo prescribe tuviera miedo de ser el cómplice de un suicidio eventual del joven. La muerte, en toda su dimensión, hace vivir. Ha de haber carnívoros en un estanque para que carpas y brecas

sean vivaces. ¡Cuántos hombres viven de la industria de la muerte! Es muy importante hablar de la muerte.

Socorrer a los adolescentes es ayudarles a aceptar la muerte a su adolescencia, con cierto riesgo de salir malparado. El psicoanálisis puede curar las consecuencias.

El adulto que mejor puede dialogar con un adolescente en dificultades, ¿no es acaso aquel que tiene edad para ser su abuelo? Una persona de más edad que sus profesores y sus padres, y que se muestre más natural con el joven, menos ansioso, más desinteresado.

Muchos jóvenes que se las arreglan dicen, después, que fueron comprendidos por una persona de edad. ¡Cuánto les trastorna la muerte de un abuelo! «Era él (o ella) el único que me entendía. Con la abuela todo era sencillo.» O simplemente: «El abuelo era formidable.»

El medicamento tiene muy mala prensa entre los jóvenes. «Basura.» «Eso no sirve para nada.»

Semejante repulsión tiene su explicación. Saben perfectamente que no es su cuerpo lo que está enfermo. Está en mutación. El sujeto tiene que adaptarse a una mediación nueva.

Los medicamentos modifican las percepciones corporales: añadiendo un poco de hierro, de magnesio, de litio. Los jóvenes perciben que estas acciones químicas no resolverán nada, no les ayudarán en profundidad.

Ejemplo de un lenguaje a tener en cuenta: el *cambio de voz* es un estado de enfermedad normal. No se puede estar bien de salud durante un cambio de voz. La situación no es estable y es difícil hablar de ella. Un cambio de voz no se puede hacer sin riesgo ni fragilidad. Se puede comprender así la reticencia de los adolescentes a tomar los medicamentos prescritos: si tienen la suerte de estar un poco enfermos, es mejor que no estarlo. Están contentos de estar un poco enfermos en su cuerpo, pues entonces se sienten nuevamente como todos. En su mutación, se sienten extraños. La experiencia del otro no les sirve para nada. La muerte de otro no os puede enseñar a morir, ni el nacimiento de otro ayudaros a nacer. En el fondo, ellos aspiran a asumirse solos sin estar constantemente socorridos.

Su estado de mutación, por el contrario, les somete a una mayor dependencia de los demás. Es realmente una lástima que no exista la posibilidad para todos los adolescentes de ir a vivir fuera de su familia.

Los nativos como los masai lo han comprendido bien. Construyen fuera del poblado un campamento para los adolescentes, muchachos (futuros guerreros) y chicas mezclados.

Lo que más compromete la toma de autonomía del niño en la edad de latencia, como más tarde en el *cambio* del adolescente, es la *ansiedad* del adulto. Más aún, la que él segregaba a dicha edad en sí mismo, pues, al estar persuadido de que el niño, a su vez, revive lo mismo, le transmite la «incapacidad», el «malestar».

A las muchachas les afecta mucho más el acné que a los chicos.

Los niños expresan con la *piel* lo que no dicen. Un ecema puede tener la significación de un deseo de cambio. La *piel* que se descama es el rechazo de algo, la vivencia de una carencia. La *astenia* puede manifestarse en el niño abandonado que no respira con el olor de la madre. El *acné* juvenil tiene probablemente igual valor. Conocí el caso de un chico, Jean-Pierre, que a los trece años estaba bloqueado en su pubertad como si tuviera once: su voz no cambiaba, y tampoco aparecía su primera vello. Me decía: «No comprendo por qué soy rubio y alto, cuando mi padre es bajito y moreno, y mi madre también.» En una sesión de psicoterapia, me dijo: «... De pequeño, no fui un bebé. Primero fui un perro.» «¿Cómo es eso, un perro? Un perro no se convierte jamás en un ser humano. Necesariamente, fuiste un hombrecito, un niño de la especie humana.» Se acordaba de haber sido transportado en una cesta. «Yo era un perro. ¿La prueba? Fundí el paquete de mantequilla que había en el cesto conmigo.» Tuve una conversación con el padre. A los cuatro años, él y su mujer habían adoptado a Jean-Pierre. Vivían en París. Durante el verano, para que respirara aire sano, fue confiado a unos amigos que tenían una granja. Y fue transportado como un caniche. Sus padres adoptivos no se habían decidido a revelarles el secre-

to. Temían «perder prestigio». Desde el momento en que el secreto de su origen dejó de serle ocultado por el padre, el crecimiento se reinició con un repentino acceso de acné. Jean-Pierre me preguntó si podía hablar de ello a su madre adoptiva. «Ella debe de saberlo.»

La respuesta de aquella mujer fue: «Ven, voy a mostrarte mi blusa de embarazada, tus primeros zapatos...»

Jean-Pierre me contó la escena, y concluyó: «¡Ella sigue creyendo que soy su hijo!»

El acné desapareció en pocas semanas. Había cambiado de piel, a riesgo de perder prestigio como sus padres. Un perro no corre esa clase de riesgo.

Un adolescente de cada dos padece insomnio.

Si uno está ocupado cuando no duerme, si se tiene una actividad nocturna, eso ya no es insomnio. Pocos son los que piensan en ello. Pero es normal querer vivir contra el ritmo a esta edad. Quieren vivir la noche. Hay muchas emisoras de radio que emiten por la noche. Los adultos dramatizan en lugar de aprovecharse de ello. «Escucha música con un casco.» Testimonios en directo pueden ayudar al joven que está a la escucha. Un muchacho telefona desde su habitación para comunicar a la emisora cuál es su bloqueo... Los que llaman son más bien adolescentes prolongados de veinte y veintiún años. Los postadolescentes que permanecen en su casa aparecen ante los padres como vagos, apáticos.

El joven ciudadano con sus auriculares hace un viaje diferente del joven que, antaño, partía por las carreteras. El cuerpo no se mueve, pero capta las experiencias de los demás. Sin embargo, eso no es nada. En rigor, puede ser provechoso si su deseo es activo. Para recibir, primero hay que desear; si no, son años perdidos. Cabe esperar que se despertará. Si el deseo es pasivo, no hay motivo para que los padres que no quieren a su alrededor gente pasiva, los conserven con ellos. Cuando la familia es numerosa, no es deseable dejar vegetar en su hogar a un joven víctima de una pubertad patógena, una tendencia depresiva. Hay que estar vigilantes ante la posible regresión a papá-mamá.

La adolescencia es una muda que sitúa en estado de fragilidad. La pasividad verbal no es la pasividad del deseo. ¿Cómo escapar al encarcelamiento familiar?

Los defensores de los derechos de la familia no tienen en cuenta el derecho de cada individuo de escapar de su familia. Ésta es con frecuencia inhibidora, alienante.

Se debería insistir en el papel de la familia en la primera edad del niño a incitarle a abrir sus puertas en el momento de la adolescencia: momento en que los padres son más impotentes para ayudar al adolescente a vivir esta fase.

Los adolescentes patológicos que se arrastran aparecen en las familias que no tienen apenas relaciones sociales, que viven replegadas en sí mismas. Cuando los adultos tienen una red de camaradas, de amigos, los adolescentes no permanecen en una actitud pasiva o agresiva. La imposibilidad de su familia de dar a luz hace del joven un feto macerado: la familia estalla como una madre desgarrada por su hijo. Eso ocurre en las familias patrioterías de espíritu familiar, que carecen de la riqueza de una red social exterior para ejercer actividades culturales, deportivas...

Las sectas son derivativas. Se les reprocha que raptan a las muchachas anoréxicas. ¿Pero no es acaso un rapto consentido?

La dependencia de un joven menor frente a una secta se parece menos a un fenómeno de banda que a la tutela abusiva de un adulto extraño que sustituye a los padres. No hay secta «devoradora» que no deba su poder de sujeción a un «ogro», un Maestro, que hace el papel de dominador. Cuando los padres encuentran el rastro de su hijo «raptado» no tienen ningún asidero para recuperarlo. El chico se recluye y rechaza a su familia. Está condicionado como un fanático.

Los jóvenes estudiantes de bachillerato afirman que no se protegen contra el SIDA.

Es verdad que las relaciones eróticas se limitan a menudo a tocamientos, y que apenas conocen el coito compartido. Es posible también que adopten una conducta de riesgo.

La actitud del cuerpo médico enfrenteado a los casos de anorexia, de conductas suicidas, de uso de estupefacien-

tes, refleja evidentemente el estado de los conocimientos, pero la evolución de la sociedad ha debido de influir en la consideración médica sobre la patología del adolescente o su inadaptación y la relación médico-enfermo.

No hay evolución a nivel de los propios médicos. Se puede encontrar psicólogos asistentes en todos los servicios hospitalarios, enfermeras formadas, pero en cuanto al médico sólo se hace cargo de la asistencia a personas en peligro físico. En el caso de los riesgos de suicidio, se trata sólo de impedir que el enfermo dañe su integridad física. El deseo del paciente y las razones personales, inconscientes, que le empujan a ese comportamiento fatal expresan, a su modo, que debe morir a su infancia. Esto es interpretado como una tentativa de suicidio, pues no hay otra manera de decir: «Socorro, quiero nacer. Y como quiero nacer, es preciso que muera.» En la vida y la muerte, que están estrechamente vinculadas. «No sé cómo nacer en este medio en que vivo.»

En el medio hospitalario, ¿han evolucionado los pediatras?

No, lo que más hacen es culpabilizar a los padres. Se considera correcto intervenir en el medio familiar del adolescente.

O lo sacan de la influencia de unos padres que le tratan mal. Se separa a un niño de sus parientes como si estuviera en peligro. Lo cual es un contrasentido a una edad en que corresponde a los adolescentes hallar un centro de interés exterior y abandonar la familia por propia iniciativa. Deben marchar en condiciones de asumir, y no debido a una medida administrativa de protección. O bien, para satisfacer a los padres, se separa de ellos a sus hijos en tanto que enfermos para situarlos en un medio psiquiátrico, cuando lo que habría que hacer es facilitar su inserción en la vida social. Pero no existen lugares de vida extrafamiliar. No se los ha creado.

Los médicos reciben una enseñanza, pero sólo muy raramente una formación. Los afortunados que reciben una formación son aquellos que tienen un jefe de fuerte personalidad, que tiene empeño en formar alumnos mediante el ejemplo de su actitud frente a los enfermos. Al estudiante

de medicina se le dispensa una formación deontológica (no robar al cliente de su colega, jamás hablar mal de éste aunque el cliente se queje). Los médicos no la respetan mucho. Se critica con demasiada facilidad al médico anterior, para hacerse valer. Y hablar mal del primer médico es nocivo, como lo es hablar mal de los padres sin saber qué ha sucedido. Las dinámicas que han provocado la agresividad de los padres, las reacciones en cadena que generan una complicidad dramática. El padre que empieza a beber porque su hijo es imposible, y que bebe para no pegarle. Finalmente, cuando está borracho, le pega.

Los hijos que fueron separados de los padres al nacer son terriblemente provocadores. Repiten la agresión que representó el momento de la separación. Atraviesan un desierto y buscan el recuerdo de aquel amor «roto». La madre frustrada de su hijo, que no desarrolló día tras día un conocimiento de su pequeño, se angustia ante la menor dificultad y se siente juzgada como una mala madre. La tensión aumenta en ella más y más. En el caso de los malos tratos, los médicos llaman a la policía.

¿Qué decirles a las madres y padres que declaran tener miedo de su hijo amenazador? Un miedo físico.

Sólo cabe una actitud. Decir la verdad: «Ya no estoy a la altura. Me das miedo. Tú quieres que yo reaccione... Quieres que el padre sea más violento que tú... Se acabó. Aquí ya no puedes encontrar ayuda.»

Frente a la anorexia, ¿ha variado el tratamiento prescrito desde hace decenios?

Las ideas del psicoanálisis han penetrado: se busca el deseo inconsciente.

Sabemos que la negativa a alimentarse no apunta a la madre, contrariamente a lo que se creía, o al padre. Es más profundo. Hay una relación con la madre, pero no se trata forzosamente de la madre real. La que está introyectada en la joven es la madre de una época de su vida. Conocí la historia de una joven anoréxica a la que alimentaban por la fuerza. La vigilaban, y se sabía que no vomitaba. Con todo, no ganaba un gramo de peso. Al cabo de seis semanas de fracaso, la llevaron a la consulta psicoanalítica.

Es preferible que el joven vaya a una consulta que no esté dentro del mismo servicio médico. Pero eso es algo muy difícil de hacer comprender al jefe de dicho servicio. Lo que ocurre con la psique no debe decirse a los que cuidan el cuerpo. Con su deseo de autoridad, el jefe no quiere que algo se le escape. El enfermo de un servicio no puede ser tratado en un servicio especializado en otra cosa.

Los psicopediatras han aportado una observación del comportamiento exterior, los resultados de tests, pero no el conocimiento del paciente que tienen a su cargo. El psicoanálisis no puede mezclarse con la psiquiatría ni con la psicología. Éstas, en su trabajo con un individuo social, pueden prepararle para que vaya a ver a alguien que no se ocupará de su comportamiento sino de su sufrimiento, y que estudiará junto con él a cuándo se remonta, pero sin hablar de ello a los que cuidan su cuerpo o su mente de hoy.

Si el joven declara al psicoanalista: «Quiero volver e incendiarlo todo», el psicoanalista que se precie debe decir solamente: «¿Cuándo has llegado a la decisión de incendiarlo todo como única solución para escapar?» Pero no debe decir: «¡Atención, fulano quiere provocar un incendio!» Eso sería salir de su mundo que es el mundo del deseo, no el de la realización.

Así se hace un buen trabajo.

Por desgracia, parece que en todos los países del mundo, los psicoanalistas caen en la trampa y se inclinan por el aspecto tutelar en lugar de apoyarse para ello en los educadores, hagan éstos lo que hagan. Es lamentable que no se limiten a este lenguaje claro: «Yo recibo a fulano dos veces por semana si él lo desea. Eso es todo. ¿Y qué es lo que voy a intentar? Poner al día el origen del deseo (o no-deseo) que hoy anima a mi joven interlocutor.»

La indicación es el sufrimiento del joven que está de acuerdo en ir a hablar a alguien de ese malestar. Tuve oportunidad de tratar a una niña de nueve años que era perversa: metía la caca en la caja de galletas, se hacía pis en la sopa del viejo jardinero ciego que se alojaba en un pabellón al fondo del parque de los abuelos. Le hacía continuamente bromas escatológicas.

Al dibujar, la pequeña sufría una inversión de formas: una bola era una recta; un bastón, un círculo.

Se hubiera dicho de ella que era una viejecita: la piel, seca; la mirada, aguda. Profería obscenidades y cosas desagradables. Como si estuviera poseída, o más bien desposeída de sí misma.

Con ella pude remontar el curso de su historia. Tenía dieciocho meses cuando la criada la sometió a situaciones sádicas. Eso para empezar. Y también fue violada por su padre. La pequeña necesitaba desesperadamente un análisis.

Ser sádica, para la niña, era identificarse con la «madre» que ella había introyectado. Aquella joven criada aterrorizaba a la pequeña. Cuando estaba a solas con ella, la perseguía con un atizador de chimenea. Gracias a la transferencia, la pequeña empezó a quererme. En un año, aprendió a leer y a escribir. Todas las sublimaciones tuvieron lugar. Su carita rosada había cambiado completamente de expresión.

¿No tiene el psicoanálisis frecuentemente contraindicaciones en la adolescencia?

Una idea falsa surgió en los primeros psicoanalistas, incluyendo a Freud: sólo se puede analizar a los que hablan. Por contra, la adolescencia es un período maravilloso para vivir la repetición de su nacimiento. El joven no tiene las palabras para hablar. Pero se trabaja muy bien de inconsciente a inconsciente, aunque nadie hable.

Cuando yo era una psicoanalista joven, no aceptaba aún adolescentes, sino sólo niños o adultos.

Actualmente existe la tendencia a someter a las adolescentes a la psiquiatría con demasiada facilidad. Los jóvenes vienen para hablar, pero no pueden expresarse. Creen que hablan, aunque permanecen mudos y se van muy contentos después de las sesiones. Es necesario que el analista soporte este silencio como si ello constituyera una buena relación.

«¿Te ha resultado agradable esta sesión?» «Pues sí.» «¿Sientes que has dicho todo lo que tenías que decir?» «Sí.» No obstante, no han dicho nada. Permanecen más mudos que los niños, los cuales hablan de muchas cosas, pero es una charla vacía.

Las palabras ya no tienen sentido para encubrir los años que han vivido. Es la época de la vida en que los mú-

sicos inventan otras maneras de componer música, los poetas reinventan la poesía, otras maneras de servirse de las palabras y del lenguaje ordinario.

La relación con alguien estable, que se limita a tratar un punto concreto y que le toma a uno por lo que es, sin juzgarle, es propicia.

Las sesiones con los adolescentes son frustrantes para el psicoanalista. Muchos piensan que el paciente no es analizable, ya que no dice nada.

En el momento del cambio de voz, el adolescente se torna mudo en cuanto tiene que hablar de lo que siente, pues las palabras cambian completamente de sentido. El niño en la edad edipiana fabula y cuenta con la poesía de las palabras y la metáfora del dibujo. El lenguaje contado es hablado y escrito en un flujo incesante. El adolescente, con su silencio, cree haber dicho mucho. El psicoanalista que no tiene miedo del silencio, que está preparado para soportarlo, es para él un interlocutor privilegiado. La mentalidad psiquiátrica parece, en estos finales de siglo, ganar la partida al enfoque del psicoanálisis, que, no obstante, es más apto para servir a la causa de los niños.

La psicoterapia practicada por un analista tiene, sin embargo, más posibilidades de ayudar al cambio adolescente cuando el joven supera con dificultad un obstáculo del trayecto.

Un niño abandonado de cada dos ha nacido de madre adolescente.

Los psiquiatras ven en ello, sin motivo, un mal absoluto, una catástrofe para el niño. Y prefieren ver abortar a la madre y culpabilizarla si llega a término y abandona al bebé. Si se le dice la verdad sin esperar a la latencia o a la pubertad, el niño puede perfectamente salir con bien, ya que es él solo quien asume el deseo de crecer.

Las condiciones reservadas a una madre adolescente para criar a su bebé son desfavorables para el desarrollo del niño: el meterla en una casa especializada ejercerá en ella una acción debilitadora. Es tratada como una irresponsable. No puede trabajar confiando el bebé a una guardería, sino asumiendo esta carga.

¿No se podría emancipar e insertar a esta adolescente en la vida activa de manera que pudiera vivir decentemen-

te con su hijo al menos el primer año? Las relaciones de los diez-doce primeros meses son primordiales.

Cuando yo era una joven doctora, el hospital psiquiátrico era una prisión para los niños internados en él. Estaban todos encerrados en celdas... Había un sistema de cierre automático que accionaba veinte puertas a la vez. Puertas correderas que se bloqueaban al mismo tiempo como las puertas de los vagones de un convoy ferroviario, desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana. Hasta el día siguiente por la mañana, el niño quedaba encerrado solo, en una pequeña jaula donde tenía sólo una cama y una mesilla de noche.

La psiquiatría practicada era tan depresiva como la empleada para los delincuentes menores. Se nombraba a un experto para evaluar la responsabilidad del muchacho. Y el hombre le decía al adolescente: «¡Vaya disgusto que has dado a tu madre!» El muchacho escuchaba a aquel hombre que hablaba como un padre moralizador. Si no chistaba, el psiquiatra escribía en el expediente del niño: «No intimidable.» La palabra caía como un veredicto. Significaba: «Apto para la casa de corrección.»

El niño era considerado «no intimidable» porque no había llorado. De haber llorado, desmoronado, emitido un pequeño sollozo, se habría dicho: «Vamos a conservarlo ocho horas en el servicio...», o: «Seguirá una psicoterapia, y luego lo devolveremos a su pueblo con prescripción de cuidados intensivos en el servicio especializado más próximo.» Pero si el chico no lloraba, entonces había que socavarlo.

El personal no estaba motivado ni formado para la acogida. Me acuerdo de una madre que había venido a visitar a su hijo internado en uno de esos arcaicos «asilos». La buena mujer había traído su termo con café bien caliente para su hijo. Había partido la víspera, pasando toda la noche en el tren. Y esperaba con su termo. En la sala de consulta, la mujer quiso servir una taza a su hijo. Oí que el equipo médico se reía socarronamente: «Pero bueno, será débil la pobre», para susurrarle luego al chico: «¿No te importa nada la pena que le has causado a tu madre?»

Los tiempos han cambiado. El hospital psiquiátrico infantil se ha abierto.

Sí, ha evolucionado, como los hospitales psiquiátricos para adultos. Los internos ya no están absolutamente sujetos. Evidentemente, el servicio está cerrado por la noche. Pero durante el día, la comunicación no se interrumpe. Hay educadores que van y vienen, hay psicólogos que, al menos una vez por semana, tienen una entrevista personal con los pacientes y que están obligados por el secreto profesional. Hay también especialistas de la reeducación de los afectados psicomotrices, en la reeducación del lenguaje, sin contar las psicoterapias eventuales y la orientación profesional. Y voluntarios para la recuperación del retraso escolar, o psicólogos en *stage*, lo que no quiere decir que éstos sean siempre eficaces... Pero el niño está ocupado toda la jornada con sus relaciones con la gente. Y con todas estas actividades de grupo, no están enteramente encerrados y condenados a no hacer nada, como antaño.

Se ha visto que en los depresivos se corría el peligro de que la psicoterapia desestructurara la frágil base, y que, por tanto, podía ser contraindicada.

Todo depende del tipo de psicoterapia. Cuando, por ejemplo, se trata de psicodramas donde se les obliga a representar las cosas, no es en absoluto desestructurante. Cuando se encuentra solo con el psiquiatra en actitud pasiva es cuando puede haber efectivamente un riesgo.

Los psiquiatras sufren neurosis igual que cualquier persona. Se hacen psiquiatras porque la sociedad espera de ellos la represión de los marginados. Sin duda han sufrido en su infancia, y «tantean» el psicoanálisis por interés profesional, ¡ay!, sin llevar su análisis hasta el final. Permanecen como entre dos sillas, sin llegar a escoger un lugar definitivo.

Hoy en día, ¿se forma de manera distinta a los psiquiatras?

No se les puede obligar a hacer un análisis.

Ved todos esos lugares de vida que han sido todos lugares de pederastia, con los mejores psiquiatras paidófilos, pederastas. Al mismo tiempo tienen esclavos (quiero decir, los educadores) que les permiten comprender este mundo de niños. Y son asimismo frágiles, pues son los

niños delincuentes quienes los manejan. Una vez que se ha enfriado, que ya no es presa de sus impulsos, el delincuente representa la comedia para que no le coja el padre que representan los polis.

Se deja en libertad a jóvenes que han cometido violación porque no hay crimen de sangre.

Tres muchachos de trece-catorce años violaron reiteradamente a una colegiala de trece años: durante meses, dos veces por semana, a la salida de la clase, la obligaban a someterse a su violencia en una cueva. ¿Cuál puede ser el porvenir de estos chicos? ¿Cuál la posición del juez? ¿Cómo interpretar psicoanalíticamente su actitud?

No son «humanos». No habían tenido límites en sus impulsos anteriores: habían agredido, robado, matado. Cuando llegó el deseo sexual, ¿por qué iban a sentir un límite, un obstáculo, que no debían franquear? No aprendieron que el otro, sea de su mismo sexo o del contrario, era un semejante en cuanto a dignidad humana. Son niños que no tienen el sentido de su propia dignidad. No hay estructuras.

PENA CAPITAL PARA LOS MENORES

Según el informe de 1987 de Amnistía Internacional sobre las penas de detención infligidas a los niños en el mundo:

En los Estados Unidos, hay 30 adolescentes esperando en el corredor de la muerte. Tres pasaron por la silla eléctrica, en los Estados donde la pena de muerte no ha sido abolida. Jóvenes que cometieron crímenes de sangre.

Françoise Dolto: Cuando pienso en lo que representa la pena de cárcel a perpetuidad para un joven, me pregunto si no es algo peor que la muerte. Nada más sádico que saber que morirá en la prisión. En los Estados Unidos, no hay reducción de la pena.

En los países del tercer mundo, los niños son a veces encarcelados en las secciones de prisioneros políticos, acusados de complicidad.

Françoise Dolto: Eso es penalizarles en nombre de un oscuro concepto de «responsabilidad colectiva», o tomarlos como rehenes.

No han recibido educación moral: la educación laica ya no la incluye entre sus materias a dispensar. ¿Quién se habrá encargado de enseñarles la imposibilidad del acto sexual cuando el otro no está de acuerdo? Si a los niños se les previniera que no deben dejarse someter...

Se ha utilizado la represión en lugar de la educación, que es una ayuda para honrarse a uno mismo y honrar al otro. No se enseña a los niños que es bueno hacer el amor, que es de este acto sensato que ellos han nacido, de un abrazo fecundo.

La educación significa educación en el amor, «en el respeto al otro, en el respeto a uno mismo». El sentido de la relación de los dos sujetos que se encuentran en el Deseo.

Se hace ingerir a los niños conocimientos sin tener las experiencias que han permitido que este saber forme parte del patrimonio cultural.

Ha sido usted testigo de cierta evolución de los conocimientos y de las observaciones clínicas sobre los trastornos del comportamiento de los adolescentes. Si, después de los diez años, los niños no han adquirido su autonomía, esta situación bloqueada provocará o favorecerá la aparición de ciertos trastornos. ¿Cuáles son los signos de perturbación, a partir del momento en que los niños no asumen su autonomía?

En el momento de la pubertad, recaen en el nivel en que se hallaban entrando en fase de latencia, sin haber resuelto el complejo de Edipo, es decir que, con el impulso pubertario, vuelven a sufrir fijación en la madre o la hermana, y hostilidad frente al padre, además de una búsqueda inconsciente de dependencia homosexual, de dependencia de alguien que pueda desempeñar el papel de padre. A veces establecen esta relación con un educador. En lugar de desarrollar su autonomía, se fijan en una actitud de dis-

ciplina ferviente que es la tendencia homosexual inconfe-sada. A los diecinueve años, si están de acuerdo con el comportamiento de los homosexuales que hacen ostentación pública de su tendencia, basculan definitivamente de su lado. Pero si no están de acuerdo con su superego de antaño, con relación a la homosexualidad, entonces entran en una neurosis de rechazo de la sociedad, de rechazo incluso de los resultados culturales que habían adquirido.

En las familias de hijo único, o cuando los hijos son dos pero están separados por muchos años, lo que equivale a dos hijos únicos, ¿no provocan los conflictos con el padre y con la madre trastornos en la pareja?

Con mucha frecuencia ello da lugar a la dislocación de la pareja que no se había roto antes. Si el adolescente, al contemplar a sus padres, descubre además un conflicto en la pareja, el problema repercute en él y agrava aún más su propia neurosis. Es un círculo vicioso. Parece que el adolescente, sobre todo si es único o está un poco protegido, un poco incrustado en su hogar, avivará la división. En ese momento todo se enconará en detrimento a la vez de los padres y de él mismo... Al mismo tiempo que es un pequeño actor del drama, es también la víctima.

Es un desplazamiento de la crisis edipiana en este momento en que todos son adultos. El niño, que no había integrado la prohibición del incesto, es presa de un amor incendiario que interpreta con su padre frente a la madre y la hermana. La agresividad que tiene contra el padre se calma en una agresividad de golpes y heridas y no en una agresividad genital, sexual; trata de hacer de su padre su objeto cómplice, o de ser el objeto del padre. Pero es una regresión a la animosidad cuerpo a cuerpo contra el padre o contra los hermanos. Se convierte en el verdugo de la familia. Actualmente existen numerosos padres que son víctimas de los niños-verdugos de padres...

Padres maltratados

He recibido llamadas de padres que tienen miedo de la violencia de sus hijos adolescentes. Cuadro de la familia: la madre que es insultada sin descanso, y el padre que no

abre la boca. O bien, los hijos que le retuercen el brazo a la madre, el padre que mira la televisión ajeno al hecho, y la madre que ya no sabe qué decirles.

Hay hijos que roban a sus madres, e hijas que roban a sus padres. Es terrible lo que sucede cuando los padres se encuentran en ese estado de tensión permanente con hijos que han pasado la pubertad. Es tarde para reaccionar. Una mujer, que vive sola con su hijo, me telefoneó, angustiada: «Estoy muy inquieta por el comportamiento de mi hijo, que no hace otra cosa que jugar con cuchillos, y que llega, con el poco dinero que tiene, porque yo no soy rica, a comprarse navajas muy peligrosas. Y tengo miedo porque me amenaza, como si no se diera cuenta de lo que hace. Y también tengo miedo por él; emplea palabras tomadas de las películas de violencia, como si fuera la realidad. ¿Cree usted que algunas escenas del cine pueden incitarle un día a agredirme o a agredir a una persona que venga a verle?» Le respondí: «¿Y usted qué hace?» «No le permito que lo haga y trato de hacer que me escuche.» Le dije: «¡Eso no es muy inteligente, que digamos!» «Está fuera de sí y yo estoy muy inquieta; tengo miedo por mi vida, porque lanza unas extrañas miradas cuando hace eso.» Era un fantasma erótico de hijo sin padre. Con toda seguridad tenía erecciones al mismo tiempo. Su madre no le había comprendido. Finalmente, ella le dijo lo que yo le había aconsejado: «Si te doy la lata para que no juegues con los cuchillos, es porque me inquieta ver que haces gestos que no parecen controlar y que pueden ser dañinos para tu cuerpo o para el cuerpo de alguien. El mío, por ejemplo; el otro día me heriste (en efecto, la había herido) y eso ni siquiera te importó porque estabas enfrascado en tu juego. Por suerte, no fue grave. Pero me preocupa verte tan enfrascado en un juego haciendo cosas que pueden ser perjudiciales. Estoy segura de que me quieres, pero estarás bien arreglado si realmente me haces daño, o te lo haces a ti.» Más tarde, la mujer me contó: «Le dije lo que usted me indicó, y eso le detuvo instantáneamente. Es milagroso. No le he retirado ni un cuchillo; le dejo solo en casa, cuando hasta ahora no me atrevía, porque a la vuelta siempre le encontraba haciendo cosas peligrosas con los cuchillos. Todo ha terminado, y ha vuelto a ser el niño que era antes, muy amable.»

Creo que le produjo la castración al decirle: «Pero tú

no te das cuenta.» El chico debía saber perfectamente que estaba en erección al hacer aquello. Era como en un sueño. Creo que la mujer supo poner un límite de este modo, mientras que, al culpabilizarle, le inhibía cada vez más, y con ello enfrentaba al chico con su madre.

El deporte del lanzamiento puede ayudar a un adolescente que sufre del fantasma del cuchillo. Citemos el ejemplo de un muchacho de quince años que blandía continuamente, en el interior de la casa, armas blancas fabricadas por él. Su madre le dijo: «Escucha, ten cuidado con nuestro perro, puede resultar herido, o conmigo, que puedo pasar por allí en ese momento, o con los demás; ten mucho cuidado; debes buscarte un lugar en el jardín, como un lugar de tiro, con un blanco.» Y a partir de aquel momento todo perdió su crispación y el joven comenzó a practicar el lanzamiento. Su padre le traía de sus viajes imitaciones de cuchillos antiguos, pero que no servían para lanzar. El chico vio que el cuchillo podía ser un objeto en sí mismo, que enseña cosas históricas o sobre la artesanía de antaño. De un lado hay el cuchillo que se contempla, que se mete en una vitrina, que se colecciona, y, del otro, el cuchillo de lanzar, que es un arma deportiva. Se consiguió así derivar, y luego sublimar, aquel fantasma.

El terrorismo verbal está de moda. Algunos adolescentes que se consideran «al loro» impiden hablar a sus padres: «Cállate», «No te escucho», «No tienes nada que decir, no dices más que tonterías». Actualmente, entre los escolares, existe la moda de hablar así a los padres. En el bien entendido, claro, de que los hay que lo hacen de una manera perversa. Pero la mayoría lo hace sólo para darse pisto con los compañeros. Provocan sin verdadero conflicto. Cuando no se dispone de suficientes medios dialécticos para responder a un adulto que sí los tiene, es la mejor manera de cerrarle la boca, de impedirle hablar: ponen música o dicen claro y directo: «Cállate, o te atizo.»

Eso sólo puede ser una moda, pero, no obstante, es significativo, porque se trata de cierta respuesta, en una época dada. No es tan sorprendente si tenemos en cuenta que el niño, desde la edad de cuatro o cinco años, ha sido excesivamente colocado en el centro de la familia nuclear (de hijo único).

Formar psicoanalistas de niños

Quienes desean convertirse en psicoanalistas de niños creen con frecuencia que eso es más fácil que ocuparse de los adultos. En realidad es mucho más difícil, porque se tiende a oír lo que se quiere oír y no lo que la gente dice.

Yo invito a los niños a ir a una plazoleta o a un jardín público, un día de fiesta, y una vez allí les digo: «Quiero que llenéis un cuaderno. Iréis a sentaros a un rincón, y fingiréis leer un libro, escuchando todo lo que dicen los chiquillos entre sí, y lo que las madres les dicen a los niños, lo que ocurre en los grupos donde hay mujeres y pequeños, lo que pasa en los bancos, etcétera. Lo anotáis todo, para que pueda ver lo que sois capaces de observar, pero no de observar sólo con los ojos... Los que miran, interpretan lo que ven. Escuchad las palabras que dicen los niños, exactamente, sin corregir lo que querríais haber oído. Las formas gramaticales más erróneas, sean las que sean; indicáis palabra por palabra lo que los niños hablan entre sí cuando juegan en el banco de al lado, lo que dicen los adultos cuando ven divertirse a sus hijos, y lo que las madres les dicen a sus bebés.»

Hay que escuchar con talante analítico lo que la gente dice, palabra por palabra. Si por ejemplo, un niño os dice: «Mi mamá hacer tal cosa», lo que hay que oír y anotar es «mi mamá hacer tal cosa», y no «voy a hacer tal cosa para mi mamá»; es: «yo que soy mitad mamá, mitad yo». En el *hacer* infinitivo, no hay ningún «yo». Está, pues, fuera del tiempo y fuera del espacio de cada uno, ya que es «fusional». Y éste es el lenguaje que hay que haber escuchado para comprender dónde se encuentra el niño en este caso: en su deseo. He escogido este ejemplo, pero siempre hay aparentemente una falta de sintaxis; la gente escribe de otro modo. Una palabra es una frase entera para un niño, pero no sabemos cuál. Así pues, es necesario descifrarla, tanto mediante su comportamiento como por las frases que le siguen. Hay que escuchar. Un psicoanalista debe saber escuchar lo que se dice. Es por esto que capta los lapsus. Escucha a alguien que habla muy bien el francés, y que comete de repente una enorme falta de idioma, que no es un simple lapsus, sino algo extraordinariamente importante, porque ha descendido de nivel en su historia vivida y aborda inconscientemente algo de aquella época en que ha-

blaba así. Es diferente del lapsus, que es otro nivel de palabra. Es lo que se llama un acto fallido, y un acto logrado por el inconsciente.

El lapsus freudiano...

Es un acto fallido verbal o un acto fallido gestual. Ni el adulto ni siquiera el psicoanalista están exentos de él. En un congreso de criminología, el presidente de la Sociedad de Psicoanálisis se instaló en la tribuna y dijo: «Declaro levantada la sesión», cuando en realidad ésta empezaba, en lugar de decir: «Declaro abierta la sesión.» Entonces se explicó: «Esto no me asombra, porque me pregunto qué pinta la criminología en un congreso en que se habla no de los actos, sino de los deseos que no se convierten en acto.» Ciertamente que era el primer congreso de psicoanalistas sobre el tema de la criminología, y era el comienzo de la época en que los psicoanalistas se interesaron por los asesinatos, los comportamientos criminales. Antes nos enfrentábamos con la enfermedad, con las histerias, no con los asesinatos y los actos criminales.

El acto fallido, ¿no es acaso una regresión mediante el lenguaje?

No, es decir otra cosa más cierta, que uno oculta... El significante de una verdad subjetiva. Aquel Primer Congreso de Criminología fue el escenario de un drama pasional: un oyente quiso matar a su rival amoroso y le hirió gravemente. Tuve a ese hombre en análisis veinte años después. Como el otro no había muerto, y su agresor era de buena familia, se le consideró loco y recibió tratamiento de diferentes psiquiatras, pero no conseguía salir del atolladero después de años de internamiento. Yo terminé su análisis, que era muy difícil porque él había jugado con su falsa irresponsabilidad. Su acto era enteramente premeditado, pero se lo hizo pasar por el acto de un loco, y siempre es malo que la sociedad avale algo perverso. A fin de cuentas, querer matar a su rival es un acto del que tenía que ser responsable. Pero como se le hizo irresponsable, como se le rehabilitó, se falseó el resto de su vida. Aquel hombre tenía veinte años, era extranjero en París, poseía un pasaporte de un país del Este y pertenecía a una fami-

lia encopetada. Para tapar el escándalo, se le hizo pasar por irresponsable, y le visitaban psiquiatras y psicoanalistas. Antes de pasar a la acción, había tenido ya peleas a puñetazos con su rival, que estaba enamorado de la misma mujer que él, y le perseguía con palabras y por teléfono, haciéndole escenas. Se sentía tan culpable de semejante comportamiento que fue necesario que intentara cometer un verdadero crimen para lograr que le «metieran dentro». Pero aquí también, haciéndole pasar por «loco» le salvaron de cinco años de prisión; cumplió sólo dos, y aun con las consideraciones debidas a su rango social. Es muy interesante comprobar cómo la intervención de la sociedad puede pervertir a alguien que hasta aquel momento era un violento que no tenía bastante freno para sus impulsos. Sabía perfectamente que no era en absoluto irresponsable. Se convirtió en un perverso interiormente.

CAPÍTULO 10

LOS SUICIDIOS DE ADOLESCENTES: UNA EPIDEMIA OCULTADA

El expediente negro: de Europa al Japón

COMPARACIONES INTERNACIONALES

El problema de las estadísticas

Las comparaciones internacionales son difíciles de realizar por las disparidades de equipamiento hospitalario y de modalidad de confección de las estadísticas sanitarias.

Un estudio llevado a cabo por la Agencia de la Salud Mental de la OMS (8)¹ informa al respecto sobre las innumerables diferencias metodológicas en el establecimiento de las estadísticas oficiales de 24 países.

Por ello hay que considerar las estadísticas con reservas, tanto más cuanto que las tasas internacionales se dan por series de diez años (3).

Sin embargo, según la OMS (7) podemos fiarnos de ellas para el análisis de las tendencias, ya que, pese a sus errores, siguen siendo válidas a este efecto.

Sólo nos ocuparemos de las cifras referentes a los suicidios, pues la tasa real de tentativas de suicidio entre los adolescentes sigue siendo tema de mucha controversia: las relaciones que podemos establecer entre el número de muertes y el número de tentativas de suicidio son aún bastante inseguras (5).

Las cifras

Sea cual sea el país, la proporción de suicidios entre los muchachos es siempre superior a la de las chicas.

1. Las cifras entre paréntesis remiten a la bibliografía de los anexos.

Las tasas más fuertes se encuentran en la Europa central o continental.

Así pues, según las estadísticas, los países de tasas más elevadas son: Suiza, Austria, la RFA (Berlín occidental tiene el índice más elevado del mundo), Hungría, Japón, Checoslovaquia, Dinamarca, Finlandia y Suecia.

Los países de coeficientes más bajos son: Italia, Países Bajos, Reino Unido, Israel, España y Noruega (cabe señalar en este sentido una proporción relativamente escasa de suicidios en Noruega con relación a los demás países escandinavos).

Más allá de las disparidades internacionales, la mayor parte de las naciones deploran unánimemente la fuerte progresión del suicidio de los jóvenes.

Contemplando la evolución de las cifras según el país, cabe señalar un aumento general del suicidio femenino así como un aumento general y desigual del suicidio masculino, sobre todo acentuado en Austria y Suiza, y mínimo en el Reino Unido y Países Bajos.

La evolución no coincide con el desarrollo de la crisis económica (por ejemplo, Suiza o la Gran Bretaña).

En conjunto, el número de países en el que el suicidio de los jóvenes aumenta es netamente más elevado que el de los países en que desciende o es estable.

Las prevenciones

La idea de un centro comunitario que se ocupe de los problemas del suicidio se remonta a 1906, cuando se abrieron dos centros en el mundo (uno en Nueva York y otro en Inglaterra). Fundados por el Ejército de Salvación, sus fines eran más ayudar a las personas que habían hecho una tentativa de suicidio que intervenir en el acto en sí. El departamento «antisuicidio» del Ejército de Salvación aún existe, pero la mayor parte de sus acciones han sido recogidas por otras organizaciones.

El primer centro de prevención del suicidio fue creado en Viena después de la segunda guerra mundial (1948). El segundo, el de Los Ángeles, comenzó a funcionar en 1959. El de Bruselas se creó en 1970.

Hoy los países industrializados tienden cada vez más a poseer organizaciones de lucha contra el suicidio.

La Asociación Internacional para la Prevención del Sui-

cidio y la Federación Internacional de los Servicios de Socorro por Teléfono actúan en ese sentido.

En algunos países, la prevención se efectúa sobre todo a nivel de la ayuda social y moral a los deprimidos (ejemplo: Inglaterra); en otros casos, hay una estrecha coordinación entre los diversos medios de prevención (ejemplo: Austria).

Algunos países, finalmente, multiplican los centros de prevención (ejemplo: EE.UU.) (6).

ESTUDIO DE ALGUNOS PAÍSES

Inglaterra

Según la doctrina de la Iglesia Anglicana, Inglaterra fue durante mucho tiempo hostil al suicidio (en 1823, el cuerpo de un suicida nombrado Griffiths fue arrastrado por las calles de Londres y enterrado en una encrucijada de caminos). Hoy, el suicidio ya no es considerado un crimen.

A la luz de las comparaciones internacionales de las tasas de suicidio de los jóvenes, uno se queda sorprendido de ver que Inglaterra forma parte de los países en que dicha tasa es más baja, y que la evolución de dicho índice (aunque aumenta) no adquiere proporciones alarmantes como en otros países.

Para el doctor Baert y el doctor Sainsbury (7), la diferencia entre el porcentaje de suicidios en Inglaterra y la mayor parte de los demás países europeos podría explicarse por:

- la relativa dificultad de procurarse venenos mortales,
- el mejoramiento de las prestaciones sanitarias y sociales,
- la evolución económica.

Hay que señalar asimismo que el desarrollo de los servicios de ayuda mutua telefónica de los Samaritanos ha coincidido con la disminución de la proporción de suicidios en este país (9, 11), aun cuando no se pueda probar científicamente su acción sobre estos índices (10).

En efecto, creada por el reverendo Chad Varah en Londres, en 1953, en torno de la idea de una relación amistosa con las personas en peligro, la Organización de los Sa-

maritanos es una de las principales organizaciones para la prevención del suicidio. Muy activa, ha abierto centros en numerosos países.

Japón

Desde 1965 a 1975, el número de suicidios de menores de catorce años se ha doblado en Japón (de 46 al año, a 95).

En el caso de los menores de veinte años, la cifra de suicidios ha fluctuado durante mucho tiempo en torno de los setecientos casos anuales, pero a partir de 1977 comenzó a aumentar de una manera alarmante (919 casos en 1979). A partir de 1980, la tendencia ha disminuido nuevamente (678 casos en 1980).

¿Cómo explicar estos índices tan importantes de suicidios de adolescentes en Japón? (el doble que en Estados Unidos).

La causa más importante es sin duda la angustia de estos adolescentes ante los fracasos escolares. En efecto, la sociedad japonesa sufre fuertes tensiones por la competitividad. La dependencia emocional que ata al muchacho japonés a su ambiente familiar, y sobre todo a su madre, le hace muy vulnerable a esta exigencia. No podrá perdonarse haberla decepcionado; el fracaso se siente entonces como una culpa irremediable.

Estos suicidios pueden así explicarse con relación a la tradición del país: la vieja glorificación de la muerte con honor puede ser en parte responsable de este índice excesivo. Encontramos aquí virtudes tradicionales (salvar la cara, pero asumir la culpa) que las prácticas educativas hacen siempre actuales.

La agresividad de los jóvenes japoneses, por su educación, encuentra poca apertura al exterior; así pues, debe retenerse y quizá volverse contra el sujeto en forma de sentimiento de ansiedad y responsabilidad (16).

En 1978, un simposio internacional consagrado a la prevención del suicidio dio origen a una Asociación Japonesa para la Prevención del Suicidio (JASP). El objetivo de esta asociación es en particular interesar al público en la percepción de los signos de angustia y promover la comunicación con los posibles suicidas con vistas a mejorar la idea que se forman de sí mismos.

Islas Truk

Un crecimiento alarmante del número de suicidios de adolescentes entre los jóvenes de quince a veinticuatro años: 2,5 % en 1984, fue señalado en este grupo de islas de la Micronesia (cuatro veces la tasa de Estados Unidos).

Según los antropólogos que han estudiado este caso, una de las razones sería la occidentalización de la cultura nacional que provoca cambios en la estructura de la familia y los valores tradicionales.

Varias similitudes culturales con el Japón explicarían también este hecho: de un lado el suicidio está considerado como aceptable, incluso honorable; por otro lado, los adolescentes no están habituados a expresar su agresividad ante su familia, y esto podría ser para ellos un medio radical de clarificar sus relaciones.

En Estados Unidos

LA ACTITUD NORTEAMERICANA HACIA EL SUICIDIO

Según la ley norteamericana, el suicidio jamás ha sido un crimen en Estados Unidos.

Las tentativas de suicidio son consideradas delito solamente en nueve Estados (Alabama, Kentucky, New Jersey, Carolina del Norte y del Sur, Dakota del Norte y del Sur, Oklahoma y Washington), pero los que lo cometen jamás son perseguidos.

Igualmente, los Estados persiguen raras veces a las personas que ayudan a otras a suicidarse, bien que existen leyes que tipifican eso como un acto criminal (13).

No obstante, el peso de las actitudes morales y religiosas (25) frente al suicidio hace que éste siga siendo un tema tabú para muchos norteamericanos.

CIFRAS Y ESTADÍSTICAS

Segunda causa de muerte entre los adolescentes (después de los accidentes), el suicidio de jóvenes estadounidenses representa un fenómeno bastante reciente que no ha cesado de adquirir amplitud en el curso de los últimos veinte años.

Según las estadísticas, el número de suicidios entre los jóvenes de quince a veinticuatro años se ha doblado en veinte años.

En 1985, más de seis mil adolescentes se suicidaron en Estados Unidos, lo que corresponde a aproximadamente diecisiete suicidios cada día, si consideramos sólo los suicidios conseguidos y registrados como tales.

Según los expertos, por cada suicidio declarado como tal, habría dos o tres suicidios más informados como accidentes por la familia; y por cada suicidio logrado, aproximadamente unas cien tentativas de suicidio, lo que querría decir que diariamente más de mil jóvenes cometen un intento de suicidio en dicho país.

Según Robert Presley, senador por California, un adolescente de cada diez efectúa una tentativa de suicidio, y uno de cada dos ha considerado ya la posibilidad de suicidarse durante su escolaridad.

Contemplando más de cerca estas alarmantes cifras, nos damos cuenta de que, aunque hay tres veces más tentativas de suicidio entre las chicas, los muchachos tienen «éxito» cuatro veces más; así es como los suicidios de jóvenes de raza blanca representan los dos tercios de suicidios de adolescentes en Estados Unidos.

El medio sociocultural no parece ser un criterio significativo, y, como dice Alfred DelBello, copresidente del Comité Nacional de Prevención del Suicidio Juvenil, es difícil extraer datos significativos correspondientes a los diferentes casos analizados.

Parecería, no obstante, que las regiones que tienen un desarrollo demográfico rápido son las más afectadas por este problema. Así, Nevada se sitúa en primera posición, seguida de Nuevo México.

LAS CAUSAS

Las razones de los suicidios en los jóvenes norteamericanos son difíciles de determinar, y variadas según los casos.

En función de los estudios que se han realizado (véase las obras de la bibliografía), se desprende que actualmente los adolescentes norteamericanos sufren a menudo de una falta de seguridad y de identidad debido a los cam-

bios en la calidad de la vida familiar: creciente número de divorcios (el 72 % de los suicidios se producen entre niños cuyos padres están divorciados o separados) y movilidad frecuente de las familias (más del 75 % de casos corresponden a jóvenes desarraigados); a fenómenos sociales: utilización de drogas y de alcohol (la tercera parte de las víctimas corresponden a intoxicados), presión del fracaso escolar (la mayor parte de los casos han sufrido decepciones o fracasos escolares); angustia ante el futuro: miedo de una guerra nuclear (31).

Hay otros factores que pueden entrar en juego: la muerte o el suicidio de un padre o de un amigo, la explotación del suicidio por los media (28), el carácter «romántico» atribuido al acto por los adolescentes (6), un trauma durante el nacimiento (22, 29)...

Según los estudios del psicólogo y tanatólogo Edwin Shneidman, fundador de la Asociación Americana de Suicidología, el 80 % de los futuros suicidas dan a conocer a su entorno, a través de diferentes rodeos, su intención de matarse (18).

EJEMPLOS DE CASOS

Desde hace algunos años, la prensa y la literatura norteamericanas se han ocupado de este creciente problema de los suicidios de adolescentes.

Los ejemplos de casos no faltan, por desgracia. Citaremos sólo algunos de entre los más significativos.

— Vivienne Loomis. Sin verdaderas causas aparentes, esta adolescente se ahorcó a los catorce años, en 1973.

A su muerte dejó un diario, poemas, cartas que evidenciaban sus angustias y sus dificultades con la vida.

Un psiquiatra que leyó sus escritos se sorprendió de ver cuán bien reflejaban los problemas de los adolescentes, y, a partir de ellos, con la ayuda de sus padres y uno de sus profesores, escribió un libro que esclarecía el tema (15).

— Craig Badioli y Joan Fox. Estos dos adolescentes se suicidaron en 1969 para protestar contra la guerra del Vietnam (2).

— Danny Holley. Un muchacho de trece años que se ahorcó para aliviar a sus padres, que tenían problemas económicos por «una boca más que alimentar» (36).

— Irving Lee Pulling. Un adolescente de dieciséis años que se suicidó después de una maldición lanzada sobre él con ocasión de un juego de simulación llamado Dungeons & Dragons (Mazmorras & Dragones).

Su madre llevó a cabo una investigación y fundó una asociación que trata de probar que 51 suicidios de adolescentes han tenido relación con este juego (30).

— Un ejemplo de influencia literaria o cinematográfica. Un libro romántico que relata una historia de amor que termina en suicidio: *Oficial y caballero*, de Steven Smith, sobre el que se hizo una película, empuja a suicidarse a una pareja de adolescentes que ha visto varias veces la película.

Otro adolescente se suicida poco después de haber visto este filme (6).

— Los suicidas «por contagio».

Varios casos ilustran este problema frecuente en Estados Unidos.

• Plano: esta comunidad de Texas fue afectada por ocho suicidios de adolescentes en dieciséis meses.

• Omaha: en menos de dos semanas, cinco adolescentes de la misma escuela de Omaha efectuaron intentos de suicidio: tres de ellos lo consiguieron (23).

• Los últimos «pactos de la muerte»: cuatro adolescentes de Nueva Jersey se suicidan juntos en un garaje, experiencia que provocó otros dos suicidios análogos en una ciudad del sur de Chicago.

Estas «epidemias» de suicidios entre los jóvenes suscitan la pregunta: ¿Es contagioso el suicidio entre los adolescentes? Todo permite pensar que sí (24, 35).

LAS MEDIDAS DE PREVENCIÓN

Enfrentadas con este creciente problema de suicidios de adolescentes, las autoridades gubernamentales se han visto forzadas a reaccionar. Se han seguido varios caminos:

— La creación de centros de prevención:

Más de doscientos centros se han creado en los Estados Unidos. Éstos llevan diferentes nombres: National Save-A Life League, Suicide Prevention Center, Suicide and Crisis Center, Helpline..., pero sus objetivos son idénticos: ofrecer una ayuda puntual e inmediata a las personas en peligro (llamadas telefónicas noche y día).

Estos centros están bajo la coordinación de la Asociación Americana de Suicidología.

— La creación de centros de investigación sobre el suicidio:

Los Centros para el Control de la Enfermedad analizan los diferentes casos y tratan de encontrar medios para prevenir estas tragedias.

Igualmente, el Instituto Nacional de la Salud Mental ha creado un departamento de investigación sobre el suicidio.

— La creación de programas escolares de prevención.

Destinados tanto a los padres de alumnos, como a los profesores y a los estudiantes, estos programas aportan consejos e informaciones sobre el problema: cómo reconocer a una persona con tendencias suicidas, cómo ayudarla, cuáles son las instituciones a las que uno puede dirigirse en este caso...

La prevención: nombrar la muerte

El número de niños depresivos que quieren morir es más considerable de lo que se piensa, pues jamás tienen ocasión de decirlo. Sólo pueden manifestarlo por la negativa a autoestimarse: el sujeto se desprecia, y desprecia a la persona que se ocupa de él, puesto que él es despreciable. «Soy un asco, soy un mojón, ¿por qué os ocupáis de mí?» Los adultos le dicen: «Soy la última de todas», «Soy culpable», «¿Qué he hecho? Mi pobre marido, mis pobres hijos; los he destruido». La madre cree que ha destruido a los suyos. Pero cuando se ve lo soberbios que son los hijos, se comprueba que no hay tal cosa. Ella tiene esta visión negativa a través de una melancolía, de un sentimiento de inferioridad y de destrucción, de autoacusación. Se com-

prende entonces que tenga necesidad de despreciarse por una causa que se remonta a su propia infancia. Cuando nació, su madre no esperaba nada de ella. Convertida a su vez en madre, tampoco espera nada de sí misma. Es su manera de salvar a sus hijos, sin que ella lo sepa. En cuanto al pequeño, su manera de salvar a su madre es despreciarse: puesto que ella no esperaba nada de él, no tiene que sobrevivir. Si lo hace, es un malvado que causa daño a mamá. Pero la madre no comprende nada y se queja de él: «¡Ah, este niño, que hace esto y lo otro!» Ahora bien, en cuanto al niño, es la madre de antaño la que él trata de salvar; la madre de ahora ni siquiera la conoce. Es este lenguaje interior el que hay que entender, pero todo depende del psicoterapeuta, y de su manera de abordar al niño. Y cuando se hace confesar a un niño muy pequeño su deseo de morir, eso lo cambia todo. Puede así establecerse el contacto después de algunas sesiones: «Hace ya dos o tres veces que nos vemos, y me pregunto si tú no me estarás diciendo, sin conocer la palabra para decirlo, que querías morirte.» Inmediatamente, os mira al fondo de los ojos, y luego sus labios tiemblan. Yo prosigo en este sentido: «Si quieres seguir viéndome, yo no te impediré morir, pero estás en una casa en que esto no es posible. Hay barrotes en las ventanas; no te puedes lanzar.» De repente, mira hacia la ventana. «Ya lo has probado, has tenido un accidente en la escalera, y nadie supo que era porque querías morirte. Pues bien, ahora yo comprendo que tú querías lanzarte...» Se esboza una ligera sonrisa. Finalmente, ha comprendido. «Bueno, no es tan malo querer morir; todo el mundo muere. Pero, puesto que estás vivo y que no puedes conseguirlo, más valdría que crecieras, para poder salir de la guardería infantil. Entonces ya está, podrás matarte, porque serás libre...» Gracias a esta comprensión del otro, estos niños ya no están absolutamente solos, ya no se sienten despreciados.

¡Cuántas parejas se rompen porque hay un niño! Los niños sufren terriblemente por ello, se sienten culpables. Los niños querían siempre salvar a su madre, y también a su padre, de manera que se han dejado coger en la trampa de la vida, y se dan cuenta luego de que se han equivocado; entonces se sienten culpables, se sumen en la depresión, y los deprimidos son violentos exteriormente o violentos contra sí. Si se adopta una psicoterapia de silencio

y de escucha, no se rompe el aislamiento, se está cada vez más con un moribundo. No es cierto que el niño tenga siempre necesidad de ser ayudado en lo que siente. Pero cuando se dice con palabras, incluso con palabras de médico, en lugar de ser significado con comportamientos, eso se vuelve humano. De otro modo, es intolerable, porque es inhumano.

Para un niño que somatiza y verbaliza poco, el psicodrama puede ser interesante, porque en este caso el niño juega con su cuerpo, representa un papel, sale de sí mismo...

Esto es, por otra parte, lo que hacen los psicoterapeutas con el modelado. «Toma un pedazo de pasta; éste es tu papá, ésta es tu mamá, éste eres tú, y éste soy yo.» El niño queda fascinado, hace vivir cosas entre él y los otros. Si veo, por ejemplo, que echa al suelo el trozo de masa que le representa a él, le digo: «Tú querías echarte a algún sitio para dejar de existir. Entonces ya no habría más papá y mamá, y luego estaría yo. Me has puesto en el lugar en que estabas tú, y yo soy el malo, yo soy al que tendrías que matar...» En este momento, esbozan sonrisitas. «No..., eso depende...» La psicoterapia de niños es todo un arte. No creo en absoluto que se les ayude adormeciendo y no queriendo nombrar lo que les produce sufrimiento, dejándoles vivir con ese secreto. ¡Jamás! Algún día eso saldrá a la luz de modo dramático. Por el contrario, hay que mencionar aquello que se reprime.

Si lo que se calla llega a la fase adolescente, debe de ser bastante difícil de extirpar.

Es por eso que hay tantos adolescentes que tienen de una manera normal y sana ideas de suicidio, y otros que pueden tenerlas de una manera mórbida. Las ideas de suicidio son algo imaginario, y el deseo de llegar verdaderamente al suicidio es mórbido. La frontera entre ambos es muy delicada.

Sería quizá deseable hablar con más franqueza de la muerte y de su enfoque a los adolescentes que tienen problemas.

Es la muerte de todo lo que se ha sido antes... Los adultos que, como se dice, «evacuan» la muerte de los otros, no la muestran, y menos aún hablan de ella... La disfrazan, enmascaran la verdad. Cuando ha sucedido un drama, cuando evidentemente el joven buscaba matarse, los padres se niegan a creer en otra cosa que en un accidente. En realidad, aunque el gesto no estuviera claramente premeditado, formaba parte del deseo inconsciente de suicidio en un intento de que el exterior se adapte a la fantasía.

Nuestros abuelos hablaban a menudo de niños temerarios, suicidas. El término ha perdido actualidad.

Aunque no fueran verdaderos aventureros, los niños, en sus juegos, corrían riesgos. Los padres tenían esta preocupación: uno de sus hijos era un poco temerario. Estos juegos «prohibidos» correspondían a una época pretérita. Ahora, los adolescentes se enfrentan más bien a una postración, incluso aquellos que no se drogan o no caen en la delincuencia. Arrastran su vida, terminan con apuros su escolaridad, pero no tienen ideas precisas sobre su presencia en la tierra. No están motivados por nada.

Los padres se quejan: «Nuestro hijo está postrado, no habla.» Todo les resbala, y están completamente desamparados; no saben qué hacer, qué decir. Su indiferencia es lo contrario del amor. El odio que podía haber antaño, y las escenas que algunos adolescentes les hacen aún a sus padres, es una inversión del amor, pero también una fijación en los padres, mientras que la actitud que observamos ahora ya no está en absoluto fijada: los padres no tienen valor, y su propia vida carece ya de valor. Es la pérdida del deseo.

EL ROBO

Hay madres que enseñan a robar a sus hijos, informándoles de que los grandes almacenes destinan, por la pérdida provocada por los robos, de un 5 a un 10 % de la recaudación a pérdidas y ganancias. Los jóvenes hurtan, pese a llevar dinero encima. Contentos de poder decir a sus padres: «Mira, no derrocho mi dinero para gastos; aún me queda.»

La delincuencia es una conducta suicida que combina un rechazo de la realidad con la búsqueda de la facilidad y de la provocación. Los pequeños robos del sábado por la tarde se cometen sin pulsión criminal. Pero se pagan caro. La emoción, la tensión erótica hacen olvidar por unos instantes el aburrimiento o el miedo de vivir. Nada que recuerde el insípido calmante prescrito por el pediatra en el transcurso de la niñez.

Martine, dieciocho años: «Cuando era adolescente, consideraba que birlar algo era una especie de exploración de lo desconocido, un medio de superar ciertas cosas, de salir un poco de la propia piel, de afirmarse.»

Ya no hay estructuras.

La falta de estructuras es lo propio de la adolescencia; es sano. No hay estructuras en el feto del primer día. Hay que ayudarlo; sin ello, moriría. Hay que darle calor, cubrirlo, asistirlo. El recién nacido, dejado sobre una mesa se moriría. Al adolescente la sociedad le deja de lado; no es nada en relación con lo que era antes. La madre que le ha dado a luz ya no puede hacer nada por su bebé; está demasiado fatigada, debe dormir. La comadrona, la enfermera, toman el relevo. Lo mismo sucede con los padres de los adolescentes: ya no pueden hacer nada, están en situación de mate como dicen los jugadores de ajedrez. Sin salida.

Pero es la sociedad que les rodea la que puede actuar. Los padrinos, madrinas, tíos, tías. La cosa va muy bien con los adolescentes cuando los que intervienen son personas diferentes de los padres.

A aquellos que no expresan deseo, ¿no habría que abordar, de una manera directa o indirecta, la cuestión de la vida y de la muerte? Quizá se sentirían mejor comprendidos.

Naturalmente. Algunos jóvenes consiguen expresarlo si el psicólogo les pregunta: «¿Has pensado ya en morir?» Y él dice: «¡Pero si no pienso más que en eso!» «¿Y qué te

lo impide?» Esta pregunta es la clave de todo: «¿Qué te lo impide?» «Es porque tengo miedo.» «Cuéntame tu miedo; ¿de qué tienes miedo?» «Bueno, tengo miedo de lo que hay después de la muerte.» «¿Y qué te imaginas que podría haber?» Se le hace hablar de sus fantasmas, que son fantasmas de cine, fantasmas de beaterías, de diablerías.

De la misma manera que las madres tienen mucho miedo de decir que no querían a este niño, también tienen mucho miedo de hablar del deseo de muerte. Dicen: «¡Sobre todo, no hables de ello!», si alguien quiere abordar la cuestión. Tienen miedo de que el simple hecho de pronunciar la palabra «suicidio» sea como una especie de incitación. Si es la madre la que habla de ello, hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que eso sea una incitación. Pero no hay peligro si es otra persona la que se interesa por el niño, alguien exterior en quien el niño pueda confiar que no irá a contárselo a sus padres. Es muy importante que sepa que la tía, la madrina, observan una absoluta discreción. O la abuela. Estos chicos necesitan de una abuela que no vaya a chismorrear. Tienen necesidad de un oído discreto que no les eche en cara sus palabras, y que les haga comprender que les ama y entiende su sufrimiento, porque están en una edad de sufrimiento a causa de la mutación. Es como la mariposa que sale de la crisálida. Esta comparación se sostiene en la medida en que el recién nacido ha muerto a algo para renacer a otra cosa. El adolescente, también; ha muerto a la infancia. Es como una crisálida, no tiene nada que decir a nadie; está en su baño. Si se abre una crisálida, no se encuentra más que agua. El adolescente está en el nivel cero, y las palabras ya no tienen el sentido que tenían antes. Amar no quiere decir nada. «Amar es jorobarme, los padres me aman, y me fastidian, me vigilan, me persiguen.» Amar es desear físicamente: «Es cochino porque es el culo de la chica...» «Y ese tipo quiere metérmela por el culo...» El adolescente fija estas imágenes. «Soy un marica... No sirvo para nada...» Cuántos adolescentes se creen homosexuales, sobre todo si tienen una pequeña sensibilidad eréctil en medio de la multitud, cuando están apretados unos contra otros, y hay un chico de su edad o más joven a su lado. No establecen ninguna diferencia entre la erección del pene y el deseo que es una excitación amorosa. Desgraciadamente, no hay nadie ahí para tranquilizarles, para abordar tales cuestiones y desculpabilizarlos.

EL DEVENIR DEL ADOLESCENTE SUICIDA

Se efectuó una investigación «a posteriori» a partir de 265 observaciones de adolescentes de edades entre doce y veintidós años, hospitalizados por tentativa de suicidio en el Servicio de Psiquiatría del Niño y del Adolescente de la Salpêtrière, entre 1971 y 1980. Este recuento explica la gravedad de las problemáticas familiares y personales en juego, puestas de manifiesto por el análisis de las características de la población. El estudio del devenir tuvo por objeto el seguimiento de los tratamientos ambulatorios propuestos, las recidivas, la inserción socioprofesional, las relaciones familiares y el estado psicológico actual. El 48 % de los pacientes pudo ser localizado en un lapso de tiempo medio de once años y medio. Los resultados son preocupantes: solamente un paciente de cada quince se ha normalizado, el 31 % son enfermos psiquiátricos, la mayoría sigue prisionera de una problemática adolescente no resuelta que dificulta su vida en todos los terrenos. Raras veces se han seguido los tratamientos ambulatorios. Existe una correlación estadística entre un devenir real peor del que preveía el pronóstico efectuado en la adolescencia, y el abandono del tratamiento propuesto a la salida. Estos resultados, que aparecen discutidos y comparados en la bibliografía, incitan a estudiar todos los medios posibles de mantener un vínculo terapéutico con el adolescente después de su salida del hospital.

(Resumen de la tesis doctoral en medicina
de Virginie Greuboulen,
interna de los hospitales de París,
Facultad de Medicina Lariboisière Saint-Louis, 1987)

Fuga y conducta de riesgo

Según un médico norteamericano, la tentación del suicidio en el adolescente se emparenta con la fuga.¹

Es una fuga en el interior de uno mismo. Una fuga fuera de los límites del comportamiento habitual. El fantasma del suicidio es inevitable en el adolescente. Es imaginario, así pues natural. Lo mórbido es el deseo de terminar.

En el momento en que el fantasma va a realizarse, es como si de repente el suicida se convirtiera en un asexual, con la *a* privativa de cualquier deseo. Revive algo del no-deseo que él ha supuesto que sus padres esperaban de él cuando nació. No les ocurre a todos los «suicidas» que realicen este fantasma. Aquellos que llegan al final estaban convencidos de que estaban de más en su familia. Se sienten casi culpables de haber nacido. Sólo lo descubren en el momento de ese fantasma del suicidio en que se miden con la realización. Ésta encantaría (para ellos) a la madre que tuvieron y que al comienzo no se sentía feliz de verles nacer. Creo que es preciso que haya colusión de estos dos elementos para que se produzca la ejecución del acto autodestructor.

¿Sería desencadenado el acto por un sentimiento de vacío?

Sí. Eso se remonta al nacimiento. No hubo, en el momento del alumbramiento, una persona presente que tuviera una mirada de alegría al verle nacer, pero eso no se le dijo. Está inscrito en el ombligo de su alma.

No es deseado en el momento del suicidio. Es en una ausencia de toda posibilidad de esperanza, de alegría, de amor por él, cuando esto se produce. Entonces, cuando él crea el fantasma del suicidio, experimenta una especie de placer de poder sobre sí mismo. Va a jugar con su vida. A los quince-dieciséis años, se tiene una aprensión de la muerte muy distinta de la de los siete-ocho años. La muerte le es familiar al niño; la encuentra pero no la busca. El adolescente se relame con la idea de la muerte y con la

1. Véase, en anexo 2, «Las fugas de adolescentes».

emoción que va a causar a los que le echarán de menos. En el niño se trata de una conducta de riesgo vinculada a la aventura. En el adolescente, la cosa se vive como un luto de su infancia, de su manera de ser.

Hay, al mismo tiempo, una nostalgia de lo que va a abandonar: si llegara a creer que nadie iba a quedar afectado por su desaparición, y si en su primera infancia no hubo verdaderamente nadie que marcara el sentido de su vida mediante el amor que le ofreció, entonces puede pasar al acto al cabo de cierto tiempo de convivir con el fantasma del suicidio que no le reporta siquiera el placer de la nostalgia de la persona que le echaría de menos.

Un niño nacido de un accidente de anticoncepción, ¿estará predispuesto al fantasma del suicidio?

Las madres no se atreven a revelarlo. Creen que es malo haber pensado eso. Y no es bueno ni malo. Y si se le dice al niño, no solamente no le hace daño, sino que le da una energía extraordinaria. «Hiciste bien en nacer; fuiste más fuerte que mis deseos de muerte.» Es formidable el coraje que eso le da a un niño. «Fui más fuerte que mamá, sabía lo que quería. Sabía que mamá no quería mi muerte creyendo que no me amaba. Así pues, quiero vivir, contrariamente a lo que yo decía.»

He ahí el trabajo de una psicoterapia de niños rechazados: «Puesto que no has muerto (otros lo estarían), es que eres mucho más fuerte que los demás. Has superado la angustia de tu madre, y das una descendencia a tu padre, el cual no sabía que la quería.»

Cuando se responsabiliza a un joven que ha desbaratado las maniobras que intentaron impedirle vivir, el resultado es un ser de gran fortaleza.

Por lo demás, la vida le ama aunque sus padres le hayan abandonado. Con frecuencia, hay una joven o una mujer que se ocupa de él y le quiere. He llegado a decirle a un bebé en su cuna: «Mira, Lisa —la enfermera— es muy desgraciada cuando tú estás enfermo. Por eso, los de la guardería me han pedido que te cuide. Aquí te quieren porque eres tú y no porque eres un niño de la guardería.» «Tu mamá tenía razones para creer que no tenía el derecho de amar a un niño. Y tú sabías que ella necesitaba echar un niño al mundo.»

Aquellos a los que no se les habla de las maniobras abortivas que precedieron sin éxito a su nacimiento se convierten en niños depresivos o muy inestables a causa de su excesiva angustia.

Citaré el caso de una madre que se había hecho administrar inyecciones para abortar. En vano. El embarazo llegó a su término. Durante su crecimiento, el niño presentó momentos límites en los que no reaccionaba a las enfermedades, a los ocho, nueve meses, en los momentos decisivos del embarazo.

Melanie Klein ha hablado de la depresión anaclítica del octavo mes, que no se cumple en todos los casos. A los ocho meses, todos los bebés reviven el octavo mes de su vida fetal, con las emociones con las que su madre les llevaba. Si una madre estuvo muy angustiada al final de su embarazo, el bebé tiene dificultades en el octavo mes: crisis aguda de rinofaringitis, por ejemplo. Si se habla con la madre de sus dificultades en el octavo mes, y se le explica todo al bebé, su depresión desaparece inmediatamente.

Los hijos de madres que tuvieron un buen final de embarazo, que no temían el parto y cuyo hijo fue deseado y esperado, no padecen en absoluto una depresión anaclítica. La angustia antepártum y pospártum de la madre jamás es culpable; es muy frecuente en nuestra sociedad donde las madres carecen a menudo de interlocutor.

¿Hay que buscar esta angustia prenatal en el adolescente que sufre un no-deseo, incluso por aquello que él sabe hacer con talento, por lo que le valoriza?

Se trata de una repetición de lo que experimentó en un momento de su historia. En el filme americano *Gente corriente*, dos niños navegan en un velero. Ocorre un naufragio y el mayor se ahoga. El pequeño se salva. Todo el trabajo de psicoterapia de recuperación parte del hecho de que el pequeño no quería vivir. No tenía el derecho de vivir. Su hermano había muerto, y él no. Y este hermano le parecía de mucho más valor que él.

En muchos accidentes hay una conducta de riesgo, de trompe-la-mort, de persona que sale con bien de todas las enfermedades. No se trata del accidente debido a la torpe-

za, a la ignorancia. Con mucha frecuencia, el gesto es de bravata, de provocación.

No resultándoles conveniente su modo de vida, los jóvenes no ven por qué han de preservarse.

La incitación a pulverizar récords, a hacerse homologar marcas está excesivamente mediatizada.

Las sociedades occidentales no ofrecen ya como antaño la posibilidad de alistarse en beneficio del país, de cobrar por ejercer un oficio peligroso y por el que se era valorado. Cualquier conducta heroica no puede ser realizada más que a título individual. Por contra, actualmente, en algunos países musulmanes, existe propaganda en favor del suicidio de los jóvenes.

El patrocinio de empresas comerciales permite encontrar un modo de remuneración para el riesgo que se corre. Pero la expedición ya no es un billete sólo de ida, pleno de incógnitas, a los medios de fortuna. El regreso está asegurado con toda una cobertura que garantiza la seguridad, previendo los socorros en caso de fallo, la evacuación sanitaria de urgencia, las bengalas de socorro...

La aventura ya no es una evasión de adolescente sino una empresa de joven adulto. En potencia, ello requiere para su organización un nivel de director de empresa. La expedición patrocinada no responde a la necesidad de conducta de riesgo en el adolescente. Éste se halla desde ese momento inclinado a inventar riesgos extremos, a desafiar la muerte de otro modo.

Todo cuesta demasiado... Es demasiado sofisticado, demasiado vinculado al dinero, para los adolescentes. Ya no se trata realmente de la aventura de dos o tres camaradas, que tenía el sabor de lo imprevisto.

ACROBACIAS

La escuela del circo ha sacado del apuro a algunos adolescentes, haciéndoles asumir riesgos y descubrir sus límites. No ha habido accidentes.

Se preparan al margen de la familia, pero en un grupo seudofamiliar, para aceptar los caracteres de

los otros, comprometidos en una misma situación, pero donde lo que se hace interesa a todo el mundo.

Eso estimula la superación de las resistencias, el despertar de la inteligencia para sentir el peligro, la tolerancia hacia los demás. Hay un interés focalizado en un objetivo común. Es también un estilo de vida algo estético, casi tribal, parafamiliar, del que el sexo no queda excluido.

El enfoque de la muerte

«¿Qué querías hacer cuando seas mayor?» Los adolescentes que responden «médico», ¿forman parte de la gente que tiene miedo de la muerte?

Se identifican también con un verdugo. Tienen miedo de la muerte pero también tienen una tendencia sádica. Combaten un primer deseo de dar la muerte salvando a la gente. Es bastante dialéctico.

En ocasiones es porque son generosos, pero en otros casos se trata de una falsa generosidad para contrarrestar un sentimiento de agresividad subyacente.

¿Puede haber altruismo a los quince, dieciséis años?

No sé qué es el altruismo. Creo que es una manera de proyectarse en quienes uno se reconoce. El otro existe para uno porque ha hecho un trabajo para proyectarse en él. Para que otro nazca en nuestra conciencia, es preciso haberse planteado primero la cuestión de su muerte. El hecho de decir a los quince, dieciséis años: «Quiero ser médico», expresaría el deseo de dialogar mejor con la muerte y de defenderse contra una pasión sádica.

CAPÍTULO 11

A CADA UNO SU DROGA: FALSOS PARAÍOSOS Y SEUDOGUPOS

La droga y los adolescentes

EN EL MUNDO

En el último decenio, el uso de drogas por los jóvenes se ha convertido en un problema capital en la mayoría de países industrializados.

El fenómeno comenzó en los Estados Unidos en los años sesenta, y pronto se extendió a los demás países occidentales.

A partir de 1970, el consumo de drogas por los jóvenes ha aumentado considerablemente. Entre los países más afectados encontramos: Suecia, Dinamarca, Australia, Alemania, Suiza, Italia, el Reino Unido y Francia; y recientemente, España y Portugal.

Es muy difícil (casi imposible) encontrar cifras representativas de la utilización de drogas por los adolescentes; en efecto, las únicas estadísticas a las que podemos referirnos son las de las autoridades policiales (decomisos de drogas y requerimientos) o las de mortalidad por sobredosis (las cuales deben ponerse en tela de juicio) (2-7).

Por una parte, los países se muestran poco inclinados a comunicar este género de cifras, y, por otra, la complejidad del problema de la droga no permite conocer el número real de toxicómanos entre los adolescentes. En efecto, hay que tomar en consideración varias fases: el uso esporádico de las drogas, el abuso y la dependencia. En cada una de estas fases es prácticamente imposible cuantificar el número de jóvenes afectados. Es preciso también poder distinguir las diferentes drogas utilizadas: las llamadas «blandas» y las llamadas «duras»...

La epidemiología del abuso de drogas es una ciencia que se halla todavía en sus comienzos, y por consiguiente, sólo pueden referirse a algunas tendencias en cuanto a su utilización en los diversos países (8).

La naturaleza internacional del problema ha incitado a los gobiernos de los países interesados, así como a numerosas organizaciones e instituciones, a reaccionar ante este azote (6, 10).

Las medidas tomadas buscan tanto prevenir como minimizar los efectos negativos del uso de las drogas. Ante todo, informar a los jóvenes objetivamente de los peligros de las drogas, introduciendo en los programas escolares cursos específicos sobre el abuso y las características de las diferentes drogas; luego, luchando contra la disponibilidad de la droga, y finalmente intentando mejorar las condiciones de vida de los jóvenes (participación en actividades sanas al margen de la droga).

La eficacia de estas medidas, y especialmente la educación preventiva, ha sido objeto de grandes polémicas. En efecto, algunos países tienden a creer que ésta no haría más que acrecentar el problema al hablar demasiado de él e incitar con ello a los jóvenes a la experimentación; otros países, por el contrario, son favorables a una educación contra el abuso de las drogas.

En todo caso, la eficacia o el peligro de estos métodos son especialmente delicados de estimar, ya que no se ha hecho realmente ninguna evaluación de los programas.

Paralelamente a estas medidas de prevención, en todos los países se han creado organismos para cuidar a los jóvenes toxicómanos. La filosofía de los centros difiere según el país y según el centro: algunos preconizan el no-dirigismo, otros decretan reglas muy estrictas dentro de una perspectiva de terapéutica comunitaria.

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los hechos y las cifras

Durante el último decenio se ha verificado un dramático incremento del empleo de las drogas entre los jóvenes norteamericanos (17).

Tal como subraya Lloyd Johnston, director del Institu-

to de Investigación Social, no hay otro país industrializado que tenga una proporción semejante de jóvenes que utilizan drogas (34).

Al observar sondeos y estadísticas, vemos que entre las drogas utilizadas (legales o ilegales) por los adolescentes, el alcohol se sitúa en primera posición, seguida de cerca por la marihuana, luego por los estimulantes (anfetaminas), la cocaína y finalmente las demás drogas.

Observamos también un incremento general de los porcentajes de utilización de las diferentes drogas de 1975 a 1980; a partir de este año, la tendencia parece estabilizarse e incluso disminuir por lo que se refiere a algunas drogas.

Hoy la preocupación es a la baja (especialmente en cuanto al uso de la marihuana), pero hay una nueva forma de utilización de la cocaína llamada *crack* que inquieta a las autoridades (22, 25).

Causas y repercusiones de las drogas entre los adolescentes

La adolescencia ofrece un terreno particularmente abonado: la ansiedad y la incomodidad física que caracterizan a esta edad, el aspecto ritual y mágico del empleo de las drogas, la presión social de los grupos de adolescentes, la búsqueda de una identidad..., otros tantos factores que contribuyen a incitar al adolescente a experimentar la droga.

Hay que distinguir, sin embargo, entre los adolescentes que se drogan por «curiosidad», y cuya práctica es sólo episódica, y aquellos que utilizan las drogas de una manera cotidiana sin poder prescindir de ellas. A éstos, la utilización de las drogas puede llevarles —por razones económicas la mayoría de veces— a la violencia, el abandono escolar, la prostitución y la venta de drogas (33).

Los tratamientos y las prevenciones

La sociedad norteamericana reconoce que el problema de la droga en los adolescentes es algo que le atañe sobremanera.

Por desgracia, según los autores del *Consumer Report* (5), la política nacional con respecto a la droga desde 1960 no habría hecho más que empeorar la situación.

Se han creado organizaciones de investigación para luchar contra esta plaga: Addiction Research Foundation (1949), American Council on Drug Education (1977)...

A partir de los años sesenta se han fundado centros, tanto en las grandes como en las pequeñas ciudades, para ayudar a los jóvenes que tienen problemas con las drogas. Tales centros son hoy muy numerosos y muy variados según la forma de ayuda que proponen.

Por otra parte, se han puesto en marcha programas de educación en las escuelas (los Estados Unidos son el único país en que estos cursos comienzan en la escuela primaria). Pero la eficacia de tales cursos sobre la droga entre los adolescentes está lejos de ser demostrada; algunos tienden incluso a afirmar que no hace más que agravar el problema (4).

En 1985, algunas escuelas intentaron adoptar un test de detección del uso de drogas y alcohol por los alumnos. Después de una gran polémica, dichos tests fueron abandonados (27).

Lo cierto es que las autoridades nacionales, federales y comunitarias se baten contra este problema, y el joven adolescente que se droga en los Estados Unidos ya no es considerado como un delincuente sino como una persona enferma que tiene necesidad de ayuda y cuidados.

La droga que suaviza las costumbres

Según un estudio de una unidad del INSERM¹ sobre la salud de los adolescentes (en Francia), publicado en 1988, el uso no sólo de los productos psicotrópicos sino de la droga y del alcohol con frecuencia asociados —cóctel de una sinergia temible— se trivializa de un modo considerable. Citemos las cifras: más de un muchacho de cada dos y más de una chica de cada tres o cuatro fuman al menos diez cigarrillos al día; y el 52% de los muchachos adolescentes y el 21% de las chicas consumen regularmente alcohol.

Se ha observado que el uso del tabaco, del alcohol o la droga suave es toxicomaniaco, es decir que tiene tendencia a consumir dosis fuertes. Del mismo modo que los adultos dicen: «Voy a emborracharme», o «Me he entrompa-

1. Instituto Nacional de la Salud y de la Investigación Médica.

do», ellos dicen: «Estoy colocado», o «Estoy pedo». Pero aquí se trata de «H». Más entre los chicos que entre las chicas, aparece una sensación de fatiga. Se quejan de que su sueño no es bastante reparador. Sufren de astenia, de apatía.

Yo creo que es psicossomático. Echan los bofes por nada, se aburren. Y el aburrimiento segrega angustia. Reducido a sí mismo, a sus conflictos internos, uno se siente como vacío, al límite de sus fuerzas. La energía, la combatividad, sólo se ejercen contra obstáculos exteriores, proyectos, envites sociales. En conjunto, las muchachas se muestran menos depresivas que los chicos.

Los investigadores del INSERM han observado que el uso de los psicotropos, del alcohol o de la droga, es entre los muchachos mucho más agresivo, se ha orientado hacia una especie de contra-imagen de la virilidad. El informe concluye: «Muchachos y muchachas se acomodan a la imagen social de su sexo; los chicos se orientan hacia la imagen social de la virilidad a través de comportamientos ruidosos y agresivos; las chicas hacia la de una feminidad pasiva concentrada en el cuerpo a través de problemas somáticos.» Han observado actos más delictivos entre los muchachos; y en las chicas, menos violencias físicas pero más trastornos funcionales y más consumo de medicamentos psicotrópicos, es decir sedantes y tranquilizantes, que en los chicos. De donde llegan a la conclusión, acertados o equivocados, que el comportamiento ruidoso y agresivo es más cosa de los muchachos, y que las chicas son más pasivas.

Los muchachos expresan su angustia exteriorizando la agresividad, y las chicas la expresan anulando su funcionamiento fisiológico. Eso es porque no pueden jugar la carta de la verdadera madurez, la madurez sexual. Es un comportamiento de los que se hallan todavía en fase de latencia.

Una minoría de chicas tiene este comportamiento en tanto que consumidoras de psicotrópicos, pero las otras, en sus estudios y sus ocupaciones, parecen más dinámicas que los chicos. Están más motivadas, más orientadas hacia la acción que los chicos.

Sí, pero hacia una acción socialmente útil. Los muchachos son histéricos y extravertidos, y las chicas son histéricas, introvertidas, pero eso es precisamente porque no tienen salida para su nueva necesidad de autonomía, de ganarse la vida, de tener una vivienda separada de sus padres, de vivir juntos chicos y chicas. En compensación, cuando superan todas estas angustias, las chicas son más activas que los varones, en el grupo de los que no consumen. Pienso que eso se debe a que llevan ventaja a los chicos en cuanto a madurez social. En general, están más adelantadas y pueden trabajar con las demás muchachas en un espíritu de solidaridad. Se podría resumir diciendo que las muchachas que consumen psicotropos, drogas, lo hacen sin perjudicar al otro, y la gran mayoría, que no tienen este problema, son más activas que los chicos, los cuales marchan bien pero muestran una mayor tendencia a la apatía. Ellos no están al servicio de la sociedad, mientras que estas chicas tienen un ideal. Incluso muchachos que no son suicidas o toxicómanos son menos dinámicos que las chicas que, igualmente, van bien. Hasta tal punto que uno se pregunta si, en los años venideros, no va a imponerse cierta dominante femenina en la población de las gentes de empresa, de los combativos.

Las estadísticas señalan también que hay más chicos entre los homosexuales drogadictos que chicas.

Eso no es significativo, habida cuenta de que la homosexualidad masculina se ve más. Las chicas pueden ser homosexuales sin que se sepa. Dos adolescentes que salen juntas son una pareja neutra, sin sexualidad determinada.

En lo que concierne al uso del hachís y la marihuana, circula ahora un nuevo discurso permisivo: «Penalizar la utilización de las drogas es una hipocresía social considerable, puesto que el Estado, al percibir impuestos, protege el tabaco y el alcohol, y alienta la manía de los medicamentos. Legaliza estas drogas en tanto que penaliza las drogas blandas, a diferencia de los países vecinos que las dejan de libre uso.»

El tabaco y el alcohol pueden hacer más daño que la marihuana tanto en el plano del sistema nervioso central

del individuo, que es más o menos sensible al alcohol o al tabaco, que en el campo de los accidentes. Creo que corresponde a los jóvenes adoptar una posición sobre el uso de las drogas blandas, no a los educadores. Se trata menos de prohibir que de interesarse por lo que arrastra a los jóvenes a tomar la droga. Si no se da a los niños otra cosa que lo imaginario, si no hay ninguna realidad donde puedan afirmarse, continuarán viviendo lo imaginario.

La frontera entre la droga blanda y la dura no es clara. Se sabe por experiencia que hay un paso. Pero los jóvenes se jactan de no franquearlo, de poder detenerse a voluntad. Los adultos tienen el alcoholismo mundano, beben por placer. Los jóvenes no sólo consumen hierba en los momentos de decepción y fracaso, sino para «jaranear», para distraerse después del trabajo, como los adultos estresados. De una manera casi ritual, los estudiantes se pasan el porro incluso cuando «todo marcha» como dicen entre ellos; están contentos de compartir juntos, como en un picnic, una merienda en la yerba. Es una manera de vivir en grupo, en seudogrupo. Conversación entre un padre y un hijo: «Eric, ¿has vuelto a fumar esta noche!» «Eh, papá, tú te bebes tu vinillo, ¿no? Y yo no te pego el rollo. Déjame tranquilo.» Los aficionados a los porros responden a los padres que se preocupan: «¿Y vosotros?, en vuestras libaciones con los amigos, en los aniversarios, en los bautismos...»

Tienen la intuición de que el alcohol intoxica aún más el organismo. Sin duda aciertan en este punto, pero olvidan las otras consecuencias sociales. Los adolescentes que se orientan hacia la droga blanda tienden a huir refugiándose en lo imaginario y en la camaradería de las palabras, en lugar de actuar. Hay que decirles que la droga les vuelve mucho más pasivos frente a los obstáculos, que alimenta su apatía, su indiferencia. Si el alcohol vuelve violento, el hachís vuelve a veces violento o a veces pasivo; en todo caso, no proporciona valor, pero que el alcohol, sí. Prueba de ello es que se da alcohol para que uno acepte ser guillotinado, y se les da a los soldados antes del combate, lo que demuestra que el latigazo facilita la acción.

Pero los jóvenes replican: «La sociedad te hace beber para enviarte a la guerra. No queremos morir en el matadero.»

El tabaquismo y el consumo de alcohol no impiden verdaderamente la creación, la creación del escultor, del músico, del pintor. La droga destruye... El tabaco y el alcohol sostienen la acción mientras que la droga desalienta. El poco deseo que queda, el deseo oculto, el deseo enterrado es todavía más mudo... La droga hace regresar al «bebé atiborrado». Feminiza a los muchachos y desfeminiza a las chicas.

El descubrimiento de las endomorfinas —hormonas del cerebro— hace pensar a los neurólogos que la droga correspondería a un déficit. Esta explicación, que corresponde al campo de la bioquímica, consiste en decir que hay individuos que, en su singularidad fisiológica, metabólica, tienen una tendencia a segregar menor cantidad de morfina de base, morfina natural. Como, por este hecho, son propensos a angustiarse más que los demás, tienen necesidad de un aporte.

Ésta es la explicación materialista, bioquímica. No satisface a la mente. Cierto es que hay sensibilidades individuales. Algunos individuos podrán tener, al tomar una droga blanda, reacciones mucho más inmediatas y fuertes que otros. Del mismo modo que hay gentes sensibles a quienes les afecta un simple dedal de alcohol, hay otros que pueden absorber y difundir mucho más rápidamente lo que hayan ingerido. Vemos personas que, con dosis bastante importantes, absorbidas de una manera rápida, llegan hasta cierto punto a conservar su actitud vigilante, su autocontrol, y no tienen accidente alguno...

Generalmente, la hipersensibilización al alcohol se produce entre los nacidos de padres alcohólicos, pues han debilitado ya el hígado en el útero materno.

La expresión de Nathalie Clifford Barney «El alcohol, el antepasado de todos nosotros» se aplica a los habitantes de los países occidentales.

Por todas partes. No hay civilización sin alcohol.

Sí, pero de manera más esporádica... Antes de la segunda guerra mundial, en las islas del Pacífico las bebidas fermentadas estuvieron siempre racionadas y reservadas a ciertas festividades del año. Por ejemplo, en la Melanesia o la Micronesia. Los habitantes de los atolones disponían de bebida sólo en muy pequeñas cantidades, al tratarse de licores fabricados a partir de la fermentación del jugo de nuez del coco, y las borracheras tenían un carácter ritual. Lo mismo sucedía en África. Antes de que los negros conocieran el alcohol de grano de los blancos, sólo disponían del alcohol de fruta, de producción local, mucho más limitada. Había, pues, una especie de racionamiento en esta economía de circuito cerrado, y habían reglamentado su uso. En Escandinavia sucede todos los sábados por la noche. En África era seis veces al año. Un ritmo diferente, la verdad.

Hoy, fácilmente se llega a un estado de ebriedad todos los sábados por la noche. Sería preciso comprender qué simbolismo tiene la avidez de bebida, la necesidad de droga. Todos los medios artificiales de placer proceden del hecho de que la satisfacción material de las necesidades se ha visto facilitada por la civilización y la tecnología. La gente ya no sabe qué hacer con su deseo; entonces, lo transforma en necesidad de algo repetitivo que le ocupe sin hacer nada, que le ocupe con representaciones mentales. Los jóvenes trivializan el porro para no tomar alcohol, y para no estar con los viejos. Para tener algo suyo. Es un goce generacional. Goce pasivo. Pero ¿qué se les impone en sus ocios? La misma finalidad que en sus estudios: la competitividad. Los deportes, los juegos, están demasiado institucionalizados. No se trata de divertirse; hay que ganar. El propio dominio, la proeza individual, el arte lúdico son rápidamente recuperados y explotados por el comercio para convertirse en shows del gran público. Ya no se concurre por el propio placer, hay que dar espectáculo a los demás. El público exige hazañas. Los jóvenes ven con buenos ojos que el deporte de aficionado desaparezca en beneficio de los récords profesionales. Los Juegos Olímpicos se convierten en una enorme máquina promocional para las grandes marcas, los atletas se dopan, la deportividad se pierde. Reacción de los jóvenes: no entramos en este engranaje, no exigimos nada a nadie. Os dejamos vues-

tros ritos báquicos y vuestro doping. Nosotros nos conformamos con nuestros fumaderos.

El lenguaje que se debe tener no es de aprobación, pero tampoco de represión penal o de condena moral. Es el de la elección lúcida, con conocimiento de causa: «Os hemos escuchado. La sociedad da el mal ejemplo o propone otros derivados. Es derecho vuestro preferir los placeres pasivos. Pero sabed que llegaréis a la edad adulta sin haber hecho vuestras experiencias. Lo pagaréis con el peligro de vagabundear.»

Al tomar hachís, los jóvenes interrumpen incluso las relaciones sexuales bien organizadas. Algunos muchachos pueden permanecer uno o dos años sin tomarse la molestia de buscar una compañera, sin querer vencer su timidez, replegándose al onanismo.

La droga, pues, neutraliza el camino de la libido hacia la creatividad y hacia la procreación. Nosotros no estamos aquí para ponerles trabas sino para decirles el resultado que les aguarda. Es una elección de evolución más que probable. Pocos llegan a salir con bien una vez víctimas de la droga, incluso con drogas blandas, porque han perdido pie con la competitividad necesaria para crearse una situación. No tienen experiencias que les permitan defenderse el día en que encuentren obstáculos en la vida. Un país lleno de personas incapaces de defenderse y de defender el lugar en que viven tan agradablemente está destinado a ser invadido por seres combativos llegados de otra parte, y a convertirse en un satélite, una colonia.

Es cierto que este debilitamiento ante la vida, ante el obstáculo, ante el esfuerzo, vuelve muy vulnerable a toda invasión. Así es como las civilizaciones se destruyen.

No se trata de hacer moral, pero debemos decir a los jóvenes: «O estáis entre los que quieren irse a pique o entre los que dicen: por más difícil que sea, resistiré.»

Los jóvenes no se sienten afectados por el SIDA. Hacen como si no pasara nada. Es sumamente difícil hacerles admitir que el riesgo puede alcanzarles, y que se trata tam-

bién de una cuestión de solidaridad, es decir, que no deben transmitirlo.

Suprimir todos los riesgos es debilitador. Los adolescentes vuelven a encontrar el riesgo que la anticoncepción ha suprimido. Cada uno se enfrenta individualmente con los grandes problemas de la sociedad. Corresponde a cada uno a su propio nivel decirse: «¿De qué sociedad quiero formar parte?» Sería necesario casi que cada uno descubriera su parte de marginalidad y que volviera a encontrar a los demás marginados.

Ya no se puede disociar a los jóvenes activos de los jóvenes pasivos, a los ganadores de los perdedores, a los conquistadores de los soñadores, tanto se ha trivializado el uso de la droga blanda. Los jóvenes que hacen deporte o que, en el ejército, están en unidades de choque, incluso los paracaidistas, toman droga blanda por la noche, después de la prueba, después del ejercicio, para «relajarse». Tal como antes bebían o fumaban.

Los fumadores de marihuana que son llamados a servir bajo la bandera, ¿romperán con este hábito al no verse ya arrastrados? En absoluto. Se encuentran con suboficiales, muy viriles, veteranos de los comandos, que por la noche fuman hachís.

En prisión, todavía se fuma más. El uso y el contagio social desvalorizan la ley.

Incluso los jóvenes militantes del Frente Nacional de Le Pen fuman hierba; recurren a ella de forma bastante corriente.

Tal vez, aquellos que militan en los movimientos de juventud cristiana están exentos de ello, pues poseen la droga del carisma.

Un ideal social es una cierta manera de extravertir sus pulsiones, y también su energía.

Para desintoxicarse, es necesario el apoyo de los demás.

Así como hay Alcohólicos Anónimos, sería preciso que hubiera «Fumadores de porro Anónimos».

¿Podemos sugerir que se despenalice el consumo de drogas blandas? Los americanos sueñan con despenalizar la marihuana. Y los españoles, también. En Francia, los jóvenes se sitúan fuera de la ley al fumar un porro, aunque no vendan la hierba. Si un joven es detenido con algunos gramos encima, teóricamente un juez puede inculparlo y condenarle a una pena que se anota en el registro de antecedentes penales.

Y se trata, no obstante, de un pequeño consumidor, no del traficante. Para tener el nombre de su proveedor, a veces se hace presión sobre el joven que ha sido encontrado con dos o tres gramos. Se le amenaza con abrirle «un registro de antecedentes», si no facilita el nombre del traficante. Éste quizá vende también cocaína... Para destruir la red de traficantes y no poner a los jóvenes en contacto con portadores de drogas duras, en los Estados Unidos algunos médicos querían que los mercaderes de droga pudieran, en libertad, vender marihuana, como se vende tabaco, el cual es quizá mucho más peligroso.

Esta postura difiere de la que sustenta, en Francia, Leon Schwartzberg, quien sugiere distribuir droga o sustitutos en el ambiente médico. No creo que ésta sea la solución. El uso de drogas blandas no es competencia de los legisladores. Despenalizarla no obliga a ponerla en venta y promoverla. Lo que ha ocurrido con el aborto debería servir de lección: de la noche a la mañana se ha vuelto legal, mientras que antes estaba sujeto a lo penal. En lugar de despenalizarlo, se lo ha legalizado.

Los adolescentes no creen en la prohibición y encuentran la legislación absurda.

Cierto que es absurda. (No la prohibición de venta, sino la de su consumo.) No se prohíbe el prostituirse. Lo prohibido es el reclutamiento. Muchos magistrados no castigarán a un menor sin antecedentes porque ha sido encontrado con algunos gramos encima. Se contentan con hacerle una exhortación terapéutica. Sin embargo, la ley prevé una pena de prisión.

Yo concibo otro diálogo posible:

El joven: «Vuestra sociedad no me interesa. No me acoge.»

El adulto: «Vosotros sois los que la cambiaréis. No es durmiendo o haciendo planes como obtendréis menos injusticia en el mundo.»

Los jóvenes no creen ya que la sociedad pueda cambiar por las vías democráticas. No se sirven ya de su derecho de elector.

Pero, con todo, no tienen un proyecto social. Los valores a los que se aferran los jóvenes —la amistad y el amor— no son contradictorios con el consumo de hachís. No sucede lo mismo con la sexualidad. La droga blanda no facilita el intercambio sexual; al contrario, permite prescindir de él. Ello entraña una manera de ser negativa (no soportar el dolor, el malestar).

Argumento optimista:

No es más que un paso, el humo se disipa al final del túnel. Pocos se vuelven «flipados». La vida aporta más.

Verdad es, por suerte, que un joven que toma droga blanda regularmente no se convierte de repente en un vagabundo. Pero desde que está preso en el engranaje, no frecuenta más que la compañía de toxicómanos, y, separado de los «jóvenes que marchan bien», tiene dificultad en escapar. Y para recuperar el tiempo perdido... Existen seguramente grupos de adolescentes que se ayudan mutuamente para no caer en la dependencia de una droga. Se dedican a la música, a la escalada, al tiro con arco. Tienen proyectos, viajes... Como no es nada peligroso, no se habla de ello. Los que practican artes marciales no se drogan.

BLANDA PERO NO INOCENTE

En el «Concours médical» (febrero de 1987), dos psiquiatras del centro hospitalario de Argenteuil, el doctor Morin, jefe de servicio, y J. Galledreau, interno de los hospitales, publicaron un artículo en el que demostraban la existencia de esquizofrenias vinculadas a un consumo importante y regular de hachís.

Una tesis que va en contra de las ideas corrientes sobre la inocuidad de las drogas blandas.

Según dichos médicos, en catorce casos que han observado durante los últimos cuatro años, «ninguno tenía en su infancia o adolescencia antecedentes psiquiátricos personales o familiares por los que pudieran ser considerados «a priori» como susceptibles de desarrollar una patología de orden esquizofrénico». Ahora bien, el único punto en común entre estos pacientes, señalado por ambos autores, residía en un consumo muy fuerte de hachís. Todos lo fumaban desde hacía al menos siete años a razón de dos veces al día. «El hachís, es bien sabido, aísla al fumador, provoca delirios», afirma el doctor Morin. Apoyándose en las tesis del primer psiquiatra en haber estudiado estos fenómenos, los dos autores hablan de una borrachera cannábica. Borrachera que, llevada a su extremo por un consumo regular, provoca graves alteraciones del «automatismo mental» que regula nuestro psiquismo. Para el doctor Morin, las consecuencias no se hacen esperar: deformaciones de la percepción del mundo, del espacio, de los demás y de sí mismo. Los fumadores presentan entonces trastornos graves del proceso del pensamiento. Subsiste el hecho de que esta tesis («que molesta», confiesa uno de estos médicos) no es unánimemente acogida en el cuerpo médico. En una carta de protesta enviada a los dos autores, un psiquiatra de Estrasburgo propone, por su parte, una hipótesis diferente: «Si los casos estudiados consumían en exceso hachís, es porque se sentían mal interiormente; y, por consiguiente, el desarrollo de la psicosis no estaría ligado al consumo del hachís, sino a la fragilidad psicológica del individuo.»

No es porque fuman porros por lo que los estudiantes son drogadictos. Han respondido a la moda del grupo. A la primera ocasión, si se enamoran de una muchacha, abandonan la banda; no es lo mismo que el uso de las drogas duras, que corresponde a una angustia existencial. Los porros son como el cigarrillo. Un cigarrillo de otro tipo, y que no afecta a las células del cuerpo.

Un pequeño consumo de alcohol nada tiene que ver con el etilismo que requiere una desintoxicación de seis a siete semanas. Al cabo de cierto tiempo, el alcohol se parece a una droga dura. La sujeción a la droga dura hay que compararla quizá con la dependencia al alcohol que desemboca, tarde o temprano, en una cura de desintoxicación radical y dolorosa.

El discurso adulto: «Presta atención, la frontera entre blanda y dura está abierta, hay resbalones... Los proveedores te meterán en el engranaje...», no produce efecto en los jóvenes. Estas afirmaciones, como dicen los estudiantes, son moralizadoras, «completamente falsas».

Yo prefiero otro más concreto: «Cierto que podrías prescindir de una cura de desintoxicación. Pero no puedes decir que no te inhibe tu voluntad de vivir y que no te disuade de actuar, de enfrentarte con tus responsabilidades. Mientras fumas, no haces otra cosa. Y luego, ya no tienes ganas de hacer nada más.» El cigarrillo corriente no provoca esta actitud de total indiferencia.

El tabaquismo no ha impedido jamás a la gente llevar una vida social, aunque molesta un poco a los vecinos no fumadores y predispone al cáncer de pulmón.

El recurso del fumadero colectivo es una recaída en la parálisis de los intercambios familiares, provocada ésta por la educación demasiado protectora del tipo de la del hijo único. Cada vez más jóvenes se demoran en el hogar, desanimados, sin iniciativa ni impulso, y dependen sólo del discurso de «¿Para qué sirve?», «¿Adónde va el mundo?», «Todo está podrido». Con su pobreza de vocabulario, caen en un psitacismo somero.

El vocabulario de los que viven en un mundo imaginario no verbal se empobrece cada vez más. La bulimia de lo audiovisual mantiene un estado de hipnosis no dinámico. Así se soporta esta «perra vida». Al principio, el niño recurre a la televisión como una extensión de su imaginación. Es una derivación que conduce a la irresponsabilidad.

«Es inofensivo —protesta el telemaniaco—. La tisana TV es menos nociva que todos vuestros medicamentos, que vuestro alcoholismo mundano.» Los adolescentes trivializan la droga blanda. La utilizan como una afirmación de su libertad. «Ya que vuestra sociedad lo defiende... puedo prescindir de ello. Equivale a vuestras drogas.»

Entre las declaraciones recogidas de los estudiantes que toman regularmente hachís, hay dos testimonios significativos sobre «el mal vivido» de los adolescentes de nuestra sociedad, sobre la dificultad de ser aceptado: «Sin porro, me volvería demasiado violento», y: «Soporto mejor los exámenes y el miedo al paro.»

Desde su más tierna edad, los niños son debilitados por una protección y ayuda excesivas: el bebé no debe llorar, y se le administra calmantes para hacerlo dormir; el hombre no está preparado para tolerar la menor fiebre o indisposición. Se oculta la muerte, la enfermedad, la vejez. La angustia se cura con medicamentos en lugar de ser tratada mediante la palabra y el intercambio social. El umbral de sensibilidad es muy variable según los individuos, pero se observa que son los niños más protegidos los que se sienten más inadaptados a la tragedia cotidiana del mundo. Es posible que el porro recuerde inconscientemente al adolescente el sedante prescrito por el pediatra en su primera infancia.

Usted ha sido recibida en los institutos y ha respondido a las preguntas de los alumnos de clases superiores. ¿Le han interpelado sobre la droga?

Uno de ellos reveló su conflicto frente a la tentación de la droga, conflicto compartido por cierta parte de la clase. «Somos tentados por la droga, y al mismo tiempo sabemos muy bien que es peligrosa. No pensamos más que en eso, y no sabemos qué hacer.»

Yo les dije: «Podrías hablar de ello con un psicoanalista... porque si lo habláis con vuestros padres, se angustiarán...»

«Pero un psicoanalista cuesta mucho dinero.»

«En todos los dispensarios, hay psicoanalistas. Los que quieran hablar con él, no tienen más que telefonarme. Yo ya no hago consulta, pero os daré direcciones de médicos de los dispensarios a los que podrías ir a ver. No tenéis necesidad de hacer una cura demasiado larga, sino únicamente de hablar a alguien de vuestras contradicciones, a alguien cuyo oficio no sea angustiarse cuando vosotros expreséis vuestra angustia.»

CAPÍTULO 12

JAQUE AL FRACASO ESCOLAR

La constatación: comparaciones internacionales

Desde hace unos años, a medida que aumentan las tasas de escolarización, la definición de fracaso escolar se ha ampliado manifiestamente, pudiéndose aplicar a los adolescentes que no siguen estudios ni formación más allá del primer ciclo de enseñanza secundaria, o a aquellos que no consiguen obtener calificación al nivel del segundo ciclo, o también a aquellos que se encuentran en la obligación de conformarse con una ramificación de poco prestigio...

De una manera general, en estos últimos veinte años observamos una evolución en los índices de escolarización de los diferentes países industrializados.

No obstante, no dejamos por ello de constatar que existe en estos países cerca de un 10 % de jóvenes que fracasan o se encuentran marginados antes de haber acabado su escolaridad obligatoria. En efecto, un porcentaje notable de adolescentes no prosige sus estudios más allá de la escolaridad obligatoria, o abandona el sistema uno o dos años más tarde sin la menor cualificación (6).

Los adolescentes más afectados por este problema son los de las clases sociales más desfavorecidas o minorías étnicas (5). Por otra parte, pese a una evolución importante, las muchachas siguen sufriendo ciertos hándicaps importantes (2).

En la mayor parte de países industrializados, más de dos tercios de los adolescentes de diecisiete años siguen una u otra enseñanza. En cambio, a los diecinueve años, la proporción es sólo, en general, del 30 al 50 %.

Para interpretar correctamente estas cifras, hay que distinguir los tipos de enseñanzas propuestos tras la escuela obligatoria.

Encontramos tres tipos de estructura:

— *El modelo escolar.* Se trata de favorecer una escolarización a jornada completa para la mayoría de adolescentes.

Así, en Estados Unidos y Canadá, la proporción de adolescentes de diecisiete años escolarizados se eleva ahora al 87 y al 72 % respectivamente.

Hoy, el ejemplo tipo de este modelo es Japón, donde el 94 % de este grupo de edad sigue estudios secundarios.

En buen número de países europeos, el sector escolar ocupa un lugar preponderante: Bélgica, Suecia, Países Bajos, Finlandia, Dinamarca, y en menor grado Francia.

En todos estos países, más de las dos terceras partes de adolescentes de diecisiete años están actualmente escolarizados, pero muchos de estos alumnos siguen enseñanzas técnicas o profesionales que cumplen funciones muy diferentes de la de los sistemas de enseñanza de Estados Unidos, Canadá o Japón, cuya enseñanza es análoga a la de las escuelas secundarias del segundo ciclo europeo.

— *El modelo dual.* Se distingue por la importancia del sector del aprendizaje.

Así, Alemania, Austria y Suiza combinan la formación en la empresa con los estudios a tiempo parcial; la proporción de adolescentes que siguen un aprendizaje es allí superior a la de aquellos que siguen estudios a tiempo completo.

— *El modelo compuesto.* Reserva mayor dedicación a las formaciones profesionales dispensadas fuera de la escuela y netamente separadas de las enseñanzas escolares.

Así, el Reino Unido ofrece posibilidades de formación al 40 % de adolescentes que no frecuentan el sistema escolar.

LAS CAUSAS DE LOS FRACASOS ESCOLARES

En estos últimos veinte años, el fracaso escolar ha hecho correr mucha tinta... excesivamente impregnada de ideología.

De una manera general, los autores están hoy de acuer-

do en afirmar que las causas de este fracaso son de tres órdenes (aunque algunos acentúan uno u otro de estos aspectos): sociológico, psicológico, pedagógico.

Muy a menudo, estos factores se conjugan, y, si queremos comprender las causas de estos fracasos escolares, hay que estudiar simultáneamente su interacción y sus efectos independientes.

Causas sociológicas

Diferentes análisis estadísticos han demostrado claramente que los niños procedentes de clases sociales inferiores son más susceptibles de sufrir un fracaso (8, 9).

En efecto, las obligaciones impuestas por las condiciones geográficas, sociales, económicas y culturales son otros tantos factores que pueden influir en el éxito escolar de los adolescentes: pobreza que entraña malas condiciones de vida, desventajas de las clases menos favorecidas para desarrollar las aptitudes intelectuales y el lenguaje, diferencia de los valores de la familia y el entorno con los de la escuela, problemas que se les plantean a las minorías étnicas, lengua de enseñanza diferente de la materna, nivel de la clase social predominante en la región donde se encuentra la escuela...

Los resultados escolares son, pues, modificados en gran medida por el origen y el medio social.

Por otro lado, la actitud de los padres hacia la escuela y el interés que manifiestan en la educación tienen también una importancia fundamental en los motivos que empujan a los chicos a trabajar bien en clase.

Causas psicológicas

Los factores psicológicos, que no están necesariamente vinculados a las condiciones socioeconómicas, tienen también una importancia capital.

Ciertamente, el sentimiento de seguridad del niño, el grado de estabilidad de su hogar, sus deficiencias físicas y mentales, su propio ritmo, sus motivaciones, los éxitos y fracasos que ha conocido ya (se ha demostrado que una gran mayoría de los adolescentes que fracasan en la escuela han repetido, al menos, un curso; un artículo de *Le Monde* del 18 de junio de 1987 indica que la casi totalidad

de los niños que repiten el curso preparatorio no entrará jamás en el instituto de segunda enseñanza)... Éstos son algunos de los factores que con frecuencia hay que tomar en consideración para averiguar las causas de los malos resultados escolares.

Así, muy a menudo los problemas escolares son el signo de un profundo malestar de la personalidad del adolescente en dificultades vinculado con los datos de su relación con los padres (16).

La seguridad afectiva que el niño encuentra en su familia es sin duda una de las mejores garantías contra los riesgos del fracaso escolar (18).

Causas pedagógicas

Una tercera explicación toma como punto de partida el análisis del funcionamiento del aparato educativo.

El número y la calificación del personal de enseñanza, la organización de los estudios y de los programas, los edificios y el material escolares, los procedimientos de examen, las relaciones entre los profesores y los alumnos, y entre la familia y la escuela... pueden, pues, influir también en los riesgos de fracaso escolar.

LA LUCHA CONTRA EL FRACASO ESCOLAR

Los informes sobre los posibles remedios al fracaso escolar son menos numerosos que los estudios críticos.

No obstante, en su inmensa mayoría, los países se inquietan al observar que un fuerte porcentaje de adolescentes salen de la escuela sin calificaciones suficientes, y que demasiados de ellos abandonan la escolaridad obligatoria con la impresión de no haber tenido, o casi, ningún éxito.

Para luchar contra estos riesgos de fracaso escolar, se han puesto en práctica varias medidas, tratando de paliar los diferentes factores citados anteriormente como causas de tales fracasos.

Medidas sociales

Se trata de ayudar a los alumnos que, debido a su origen social, a su medio, a su sexo o a su raza, tienen dificultades de integración en la escuela.

Entre esas medidas figuran la escuela única, las clases heterogéneas, las nuevas modalidades de examen y los programas especiales de apoyo para los niños desfavorecidos, tales como el *head-start* en los Estados Unidos, y los «sectores de educación prioritaria» en el Reino Unido.

Sin duda, es en Estados Unidos donde se han puesto en marcha los programas más ambiciosos y perfeccionados con vistas a atenuar el hándicap que sufren los adolescentes procedentes de los grupos más desfavorecidos (23). Estos programas proponen enseñanzas individualizadas con pequeños grupos, clases bilingües y posibilidades de trabajo fuera de la escuela (por ejemplo, confiar a un adolescente la responsabilidad de ayudar en sus tareas escolares a un niño más joven) a fin de devolverle su confianza.

Medidas psicológicas

Tras haber comprobado que el deterioro escolar disminuye en cuanto el alumno es enmarcado sólidamente por adultos que se ocupan de él y establecen un vínculo personal y afectivo, se han desarrollado también estructuras que pueden ayudar a los niños que sufren trastornos psicológicos.

Encontramos así en las escuelas psicólogos escolares, ortofonistas y consejeros de orientación (20).

Y eso se debe a que muchos creen que la orientación de estos adolescentes con dificultades es una de las soluciones al problema (22).

Se intenta también, naturalmente, implicar cada vez más a la familia en la escolaridad de los niños.

Se han creado asimismo centros médico-psicopedagógicos para ayudar a los adolescentes con dificultades.

Medidas pedagógicas

La reforma de los métodos, la transformación de los programas y los procedimientos de evaluación son igualmente preconizados: es importante adaptar la escuela a los niños.

Se trata de sustituir una pedagogía del fracaso por una pedagogía del éxito: valorizando las buenas respuestas más que penalizando las malas, concediendo importancia al ren-

dimiento de un grupo de alumnos en vez de subrayar los éxitos individuales, inventando motivaciones que puedan reemplazar eficazmente la amenaza de la no-promoción, tratando de evitar la repetición de cursos...

Con el fin de luchar contra este problema del fracaso escolar (Dinamarca, Estados Unidos), se han creado también escuelas paralelas destinadas a responder a las necesidades particulares de los niños con dificultades en la enseñanza ordinaria, al margen del sistema escolar establecido.

Si bien nos esforzamos por encontrar soluciones para prevenir el fracaso escolar, parece, por contra, que hay menos interés en estudiar los problemas o en satisfacer las necesidades de los adolescentes que han abandonado definitivamente la escuela.

EL CASO DE JAPÓN

El sistema educativo japonés tiene el indiscutible mérito de haber conducido a un nivel de educación del que pocos países pueden enorgullecerse. La pedagogía busca ante todo la asimilación de los conocimientos por el conjunto de los alumnos, y destierra, por principio, el fracaso al autorizar de manera casi sistemática el paso a la clase superior sin repetición.

Los alumnos que tienen dificultades en seguir el ritmo se benefician de una ayuda especial en forma de deberes suplementarios o de lecciones particulares impartidas benévolutamente (26).

La eficacia del sistema educativo japonés se explica también por la estructura familiar japonesa orientada a la promoción de los niños. El papel de las madres en el éxito escolar es muy importante.

La tasa de escolarización de los quince-diecinueve años en Japón es más elevada que en todos los demás países de la OCDE: el 94 % de los jóvenes terminan sus estudios secundarios, y el 40 % ingresan en la universidad.

Sin embargo, este éxito es obtenido al precio de tensiones que agobian pesadamente a los jóvenes y acaban por provocar el desvío del sistema de sus objetivos primarios.

A las seis horas cotidianas de presencia en la clase, se suman al menos dos horas suplementarias en una escuela

nocturna. Y la competitividad allí es terrible: para entrar en una buena empresa, hay que tener un diploma de una buena universidad; para pasar el examen de ingreso a una buena universidad, hay que venir de un buen instituto de enseñanza media; para ser admitido en un buen instituto, es necesario proceder de una buena escuela primaria. En resumen, la competitividad comienza en la guardería infantil (27).

Nuevos enfoques

Un grupo pedagógico animado por Arnaud Burtin experimenta un nuevo método de prevención de los fracasos escolares repetidos. Del mismo modo que en la Maison Verte observamos en los niños muy pequeños, antes de su ingreso en las guarderías infantiles, los comportamientos visuales y auditivos —en particular los defectos del ojo—, este grupo se dedica a distinguir en los jóvenes de diez, once y doce años, cuyo nivel de aprovechamiento en 5.º o 6.º curso sufre deterioro, quiénes tienen una memoria visual y quiénes la tienen auditiva. Teniendo en cuenta su memorización, los métodos del equipo habrían llegado a relanzarlos en su escolaridad. Los alumnos tienen malos resultados, porque, según Arnaud Burtin, no saben qué método adoptar para retener los datos. Observamos que un determinado alumno tiene memoria visual y se le ayuda enseñándole a retener las referencias visuales en sus manuales.

A los auditivos se les enseña cómo utilizar también el ritmo del cuerpo, como se hace entre los árabes y los yes-hibas judíos... Los talmudistas retienen toda la Biblia de memoria balanceándose, modulando, salmodiando...

Ésta es quizá una vía. Por lo demás, en la Maison Verte nos mostramos extraordinariamente atentos al comportamiento visual o auditivo de los pequeñines. Decimos: aquel escucha discos; así pues, es realmente un auditivo. O aquel otro es un pintor. O el de más allá, un bebé de seis o nueve meses, quiere tocar un juguete rojo desde un metro de distancia. Cree, porque lo ve, que está muy cerca; pero no puede cogerlo. Tenéis que explicarle que no es impotente. «Estás lejos pero no voy a acercártelo, y te tocará la mano; pero, mira, lo alejo, aún lo ves, crees que te toca la mano

porque ves la mano junto a él.» Cuando se explica eso al niño de nueve meses, las palabras le transmiten la seguridad de que no es impotente. Si no, se desalentará.

Es, por tanto, posible, aunque sea en clase de recuperación, a la edad de latencia e incluso al inicio de la adolescencia, decir a unos alumnos: «Ya ves, no retienes las cosas, no comprendes, no sigues bien la clase que imparte el profesor, porque no sabes que tienes una manera propia de retener, de buscar referencias, de entrenar los mecanismos de memorización, de comprender, de encadenar un proceso.»

Los grupos de Burtin han interrogado a sujetos brillantes de gran rapidez mental, por ejemplo jóvenes politécnicos, y han tratado de aplicar sus métodos de trabajo a las «calamidades». Se les explica cómo pueden llegar a resolver problemas muy arduos, dividiéndolos, reduciéndolos a términos sencillos, o a circuitos que ya conocen, diciéndose: «Cómo voy a llegar a ello», descomponiendo, facilitándose puntos de referencia conocidos, para conseguir ir más allá, en una partida que es aún, para ellos, desconocida.

El hecho de decir a unos jóvenes que pueden perfectamente ser competitivos trabajando a su propio ritmo según su comportamiento individual es ya una manera de dar la vuelta al fracaso, de crear un clima de confianza. Antaño, no se enviaba a la escuela a niños menores de seis años, antes de que el Edipo estuviera terminado. Había todo un trabajo en familia, un trabajo de la sensorialidad educada del lenguaje, todo lo que un niño hace en la familia donde todo el mundo lo hace todo... Pero ahora, van a la escuela a los tres años, cuando no han aprendido otra cosa en el hogar que abrir un grifo o apretar un botón. Su desarrollo táctil es casi nulo.

No hay que teorizar demasiado la distinción memoria auditiva-memoria visual. Es una manera de analizar, pero no es la panacea. Hay otros enfoques, por ejemplo, despertando, movilizándolo a los niños al nivel de lo táctil como lo hace la escuela de Neuville cuya evolución yo sigo desde hace veinticinco años.¹ Es una de las raras escuelas en

1. Fabienne Lemaître y Michel Amran, château de Tachy, 77650-Chalmaison.

Francia donde se puede hacer psicoanálisis de niños. Creo que la escuela de Neuville, que no efectúa el análisis de grupo de Burtin, llega a esta adecuada visión: la escuela forma parte de la vida. La escolarización es importante, pero no más que aprender cocina, el cuidado del hogar, deportes, reunirse para intercambiar las quejas, discutir el reglamento y proponer reformas. Cuando un individuo sufre por un reglamento, pues bien, es porque se trata de un mal reglamento, porque un reglamento bueno debe ser aceptado por todos. Para que nadie sea perjudicado por un reglamento, no debe haber el aspecto esclavo ni el aspecto aprovechado. En esta escuela no hay personal doméstico. La casa está al cargo de todo el mundo. Son los profesores y los alumnos quienes, por turno, se ocupan de la cocina, la limpieza, lavan las baldosas y dan la clase de gimnasia. La clase no es más importante que el mantenimiento de la casa. Hay, además, un lugar donde dos veces por semana, reunidos en sesión, todo el mundo puede expresar sus opiniones. En un cuaderno de quejas, se escribe a diario sobre lo que no funciona. Los niños que ingresan en esta escuela salen todos, al cabo de tres años, recuperados de su retraso. No se produce ningún caso de retraso escolar. Algunos ingresan directamente en un oficio de imprenta o de informática. No están interesados en los estudios secundarios, pero sí bien entrenados en la lectura y en la escritura para aprender todo lo que sea necesario del oficio que le interesa. Actualmente, la imprenta se ha convertido en algo muy sofisticado, pero ellos no desdican en absoluto. Leen los clásicos pero no pierden tiempo en estudios teóricos. Van directamente a la tecnología. Esta escuela efectúa un excelente trabajo de salvamento.

La experiencia demuestra que la relación entre el educador y el educando hay que pensarla de una manera global. El fracaso escolar sólo tiene sentido si el niño vive un fracaso de sus relaciones sociales, pero si el fracaso escolar está acompañado de un éxito musical o de un éxito técnico, manual, no estamos entonces ante un fracaso humano. Si un matemático sufre un fracaso escolar en otra cosa, ¿qué puede importar? Si está insertado en la sociedad, es porque ha encontrado su vía y porque no participa del programa medido que todo el mundo le había impuesto. Imponer el éxito en todas las disciplinas al mismo tiempo es aberrante.

Para mantener a raya al fracaso escolar, se llega a poner en tela de juicio la enseñanza obligatoria hasta los dieciséis años. ¿Hay que, simplemente, reducir esta edad, o bien, rotundamente, suprimir el carácter obligatorio?

No se puede, en mi opinión, suprimir el carácter obligatorio de aprender a leer, a escribir y a contar. Es lo único que debería ser obligatorio y exigido; no se debería poder abandonar la escuela antes de saber leer, escribir y calcular, aunque sea a los veinte años. Pero ha de ser lo único obligatorio. La obligación de seguir cursos gratuitos pagados por el Estado hasta los dieciséis años tendría que ser sustituida por la autorización o la posibilidad de instrucción toda la vida con cursos... no todos gratuitos, pero cursos, incluso para adultos. Pero creo que no hay que aflojar la obligación de leer, escribir, contar y tener clases de derecho cívico.

Durante la campaña presidencial de 1988, los candidatos han propuesto aumentar considerablemente el número de aprendices. La cuestión queda planteada: ¿Hay que aumentarlos con la misma segregación que antaño, es decir, los obreros manuales de un lado, los cuellos blancos, del otro?

Habría que considerar, dentro de una sana discusión del sistema, la posibilidad de convertir en trabajadores manuales a todos los niños, de mezclar todas las disciplinas intelectuales, de hacer un tronco común, sin poner de un lado más aprendices y, del otro, menos cuellos blancos; pero eso es difícil, actualmente, debido al perfeccionamiento tecnológico en todas las ramas y a su desmultiplicación. Mi marido, Boris Dolto, conoció el sistema de escolarización rusa antes de la revolución de 1917. El obrero manual no estaba separado del de cuello blanco. Lo que era obligatorio, para los que cursaban estudios en el instituto, era tener un oficio, el equivalente de un CAP (Certificado de Aptitud Profesional) en la madera o en el hierro, para pasar el examen de bachillerato. El bachillerato iba acompañado de un logro manual que correspondía a un CAP, bien en madera o en hierro, a partir del 6.º grado. Los niños hacían un año madera, un año hierro, un año madera, un año hierro, y los dos últimos años madera o hierro,

y pasaban junto con su bachillerato un examen manual equivalente al CAP de un cerrajero, calderero, herrero, y, en el caso de la madera, de carpintero. Y para los que eran muy diestros, se llegaba hasta enseñarles ebanistería, incrustación. Tenían todos los días una hora y media de trabajo manual. A las 13 horas, había una pausa de media hora para comer bocadillos, como hoy en Canadá donde los alumnos sólo tienen media hora para comer, y después, a las 13.30, había media hora de recreo, y hasta las 15.30 una hora y media de trabajo manual. Éste era el programa desde la clase de once años hasta dieciséis, diecisiete, año en que se rendía el examen. Los que habían hecho estudios debían iniciar a los analfabetos que no habían realizado ningún aprendizaje. Mi marido me decía que los patronos, incluso los pequeños propietarios que tenían empleados, estaban absolutamente obligados a enseñarles algunos trabajos manuales y a mostrarles el bricolaje que hacían en 6.º y 5.º curso. Eso era posible en un país que carecía de la tecnología que se posee actualmente, como también del nivel básico que corresponde a la educación familiar actual. Pero se puede concebir un nuevo sistema adaptado a la tecnología actual y al nivel del saber general.

El aprendizaje de la lectura, la escritura y el cálculo básico constituirían el fundamento común. Los niños se inscribirían por sí solos en niveles escolares correspondientes a la disciplina que les interesara. Resulta evidente que es a los ocho, nueve años, lo más tarde a los once, cuando hay que orientarse hacia lo que le interesa a uno, y quizá tocar un poco cosas diferentes hasta los trece, catorce años, hasta la pubertad consolidada. Cuando un niño ha tenido el derecho de ser creativo en varios terrenos, espontáneamente, cuando se ha convertido en gonádicamente maduro, elige lo que le conviene, y es recién en esta edad cuando debería optar bien por estudios teóricos o por el trabajo manual, con una reconversión siempre posible. Si ha hecho manualidades, podrá recibir una formación intelectual, el día en que lo desee. Si, por el contrario, ha optado primero por las disciplinas intelectuales, podría, llegado el caso, seguir un aprendizaje manual. Esto, para el Estado; y por toda la vida. He aquí lo que debería ser la escuela del futuro.

Si hubiera actividades manuales o tecnológicas adaptadas a la vida actual, habría que considerar, en el caso de las empresas, la posibilidad de emplear en estancias, siquiera cortas, en cuanto tuvieran una base tecnológica, a los menores de dieciséis años. Se dan clases de nieve, clases verdes, clases de mar, etc. Entonces, ¿por qué no clases «de dinero», en las que se disfrutara de una estancia pagada, en una actividad donde uno desea ejercer más tarde?

La empresa probaría de emplear y remunerar a adolescentes desde la edad de trece años. Pero esto sólo es posible si se instituye el principio de hospedaje de niños sin padres. En efecto, si quieren seguir una enseñanza dispensada a cierta distancia del domicilio familiar, es necesario que se alojen en el lugar, y que regresen a casa de sus padres el viernes. Habría que abrir pensionados que formasen parte de las bolsas escolares.

Esto no sería una reforma (más) de la Educación Nacional.

Sería una revolución social.

CAPÍTULO 13

LA FAMILIA DESHECHA

En diciembre de 1987, las manifestaciones de los estudiantes de enseñanza media contra el proyecto de ley Devaquet sorprendieron por la espontaneidad del movimiento y por el poder de movilización en torno al lema clave «igualdad de oportunidades», comparable al que la solidaridad antirracista focaliza. Igualdad, fraternidad: ¿Adónde se va? ¿Más allá del discurso? ¿En qué medida se pone en acción esta solidaridad? Todo está por construir en este terreno, incluso en Francia, cuna de esta divisa. Edgar Faure, presidente del Comité del Bicentenario de la Revolución, decía un año antes de su muerte que esta conmemoración, independientemente del folklore de la reconstitución, podía ser también una manera, para los franceses, no de rehacer la Revolución, sino de tomar otras bastillas como la intolerancia, el racismo. «Libertad, Igualdad.» Así pues, incitaba a los franceses a reflexionar en 1989, dos siglos después de la toma de la Bastilla, sobre el contenido y la puesta en práctica de la fraternidad. Y es bien cierto que eso puede ser movilizador para los jóvenes. Recuperables o no, los jóvenes efectivamente parecen reunirse en torno de esta idea de fraternidad más aún que en torno de la igualdad. Pero ¿en qué medida trascienden las palabras?

Pienso que a los más activos les afecta directamente, como a los israelíes, a los negros, a los jóvenes magrebíes, sobre todo a las jóvenes, que parecen adquirir ahora mucho ascendiente (encontramos hoy a mujeres muy jóvenes de esa región que realmente suben a la cima y se sitúan). Creo que esta progresión de los magrebíes, de los africanos, se inscribe en un movimiento planetario según el cual las mujeres adquieren cada vez más importancia con relación a

los estereotipos de la virilidad. Lo masculino en un cuerpo femenino es más dinámico que lo masculino en un cuerpo de hombre. Esto viene probablemente de que en la actualidad hay tantos niños que se tiene menos necesidad de vientres que antes. Actualmente se reduce la función maternal de la mujer. De repente, su función de mujer en la sociedad, de ciudadana, puede adquirir más importancia que en la época de la matrona, de la madre enteramente dedicada a los niños que echaba al mundo. Los riesgos de la mortalidad, los medios de custodia, la ausencia de estructura de acogida, en resumen la tecnología del mantenimiento de la vida exigía la presencia constante de la madre en el hogar. En la pareja «moderna», la madre le quita al padre el poder de decisión, de impulso en lo que concierne a los niños.

En el hospital Necker, durante las Jornadas sobre el Cambio de la Imagen del Padre y la Madre, se informó por parte de algunos psiquiatras que, con las madres portadoras de fetos extraños, con la frecuencia de separaciones y divorcios, el papel tradicional del padre tendía a cambiar muy considerablemente en beneficio de la madre, que tendría más influencia sobre su hijo que el padre. ¿Es ello acaso, por parte de los psiquiatras, un análisis demasiado superficial del comportamiento social?

Considero que antaño prevalecía la idea de que, sin el hombre, la mujer no podía hacerse cargo de su familia, no podía por sí sola hacer frente a todas las necesidades materiales, y al mismo tiempo ganarse la vida fuera del hogar. Pero, actualmente, los niños aceptan sin dificultad que una mujer trabaje durante ocho horas al día y, sin embargo, con las ayudas familiares, las ayudas de la sociedad, pueda criar a sus hijos incluso cuando el marido se ha ido, gracias al empleo que pueda tener. Por otra parte, los niños sólo se sienten inseguros si los padres pierden su trabajo. Si se les pregunta ¿cuál es vuestra preocupación, qué es lo que os inquieta más?, responden: que los padres pierdan su trabajo. Los padres; no solamente el padre. Antaño jamás se hubiera dicho esto, porque la madre tenía bastante trabajo en la casa, ¡aunque entonces no se le llamaba trabajo! Hoy, la madre está fuera, en un trabajo remunerado, y la preocupación de los hijos es que los padres dejen

de ganar dinero («¿Qué será de mí?»), pero el temor no es ya «que papá se vaya», sino «que mamá no gane dinero». El trabajo de la mujer es proveedor de dinero. Creo que las mujeres pueden en adelante asumir el ser célibes secundarias, por divorcio, sin ser por ello mujeres disminuidas desde el punto de vista de sus hijos. Lo cual no era el caso en otro tiempo: estaban disminuidas a los ojos de la sociedad, ya no tenían valor social, estatuto social, si el marido se había marchado, y, de repente, el hijo de divorciados era despreciado. Además del sufrimiento personal provocado por la separación de los padres, sufría también por el hecho de que su madre era mal vista por los demás. Ahora, una madre que está sola y educa a sus hijos es bastante bien considerada.

Se ha comprobado, sin embargo, en el transcurso de estas Jornadas de Necker, que los hijos de padres divorciados sufren más trastornos que los de padres unidos.

Es preciso señalar que no se les ayuda mucho a comprender lo que ha pasado... Y, con todo, hay una idea que yo expresé hace tiempo y que le ha costado mucho introducirse, acabando por abrirse camino en las mentes: más vale un buen divorcio que una pareja desgarrada.

Se ha comprobado otro hecho durante estas Jornadas: cuando la familia se rompe, con estos nuevos casamientos y cambios de pareja, los niños tienen cada vez más medio hermanos y hermanas, lo cual modifica las transferencias de agresividad. Otras relaciones que puedan crearse dan a cada niño una nueva oportunidad de diluir su agresividad, ya que los conflictos con los medio hermanos no tienen el carácter íntimo de los conflictos entre hermanos y hermanas, a la manera de los atridas. ¿No se podría plantear la hipótesis de que la familia rota suprime a los atridas?

Sí, los aspectos negativos del chauvinismo familiar que hacían buscar el compañero sexual entre hermanos y hermanas ya no se reproducen.

La tentación incestuosa, ¿no será tal vez mayor con un medio hermano o una media hermana que con un hermano o hermana?

La tentación incestuosa es más fuerte con hijos del cónyuge de la madre, que no son hijos de la misma madre; no son medio hermanos o medio hermanas, sino hermanastros o hermanastras. Viven bajo el mismo techo, sin tener vínculos de sangre, puesto que son hijos de la primera pareja de cada uno de los padres. No les bloquea la prohibición del incesto. Son compañeros de vida que no tienen prohibiciones sexuales porque no tienen la misma madre. Cuando sí la tienen, existe una diferencia de edad que les invita más bien a identificarse con el hermanito o la hermanita, para rivalizar así con el cónyuge de la madre. Hay más un riesgo de resurgimiento del Edipo a la imagen de un segundón o benjamín con el que uno se encuentra en rivalidad frente al hombre en el hogar o frente a la mujer en el hogar.

En las parejas rotas, los niños recurren actualmente más a los abuelos.

Sí, pero lo hacían ya antaño. Abuelito y abuelita estaban en casa, mientras que ahora hay que ir a verlos a la suya. Tanto mejor para estas generaciones, porque estas visitas rompen el aislamiento de los abuelos. Hace veinte o treinta años, en cambio, hubiera sido un castigo para los adolescentes: «¡Qué fastidio!» Actualmente parece que hay una demanda de ir a casa de los abuelos a pasar unas pequeñas vacaciones. Se confían a ellos. Ciertamente, es una ventaja para los niños confiarse a gente mayor que está fuera de la competición sexual, que no tienen preocupaciones de inseguridad por el dinero y que son al mismo tiempo más desinteresados. Y también más amantes sin la complicación del deseo y la desconfianza del deseo, porque piensan en él mucho menos. Proyectan menos el deseo. El interés que dedican a estos jóvenes no está fijado en su propia emoción sexual; así pues, no la proyectan. Por ello, los jóvenes tienen necesidad de padres mayores, o de amigos mayores. Los abuelos permiten a los jóvenes descubrir las constantes de la vida. A varias generaciones de distancia, sus nietos que les visitan pueden comprobar que, finalmente, para las cuestiones fundamentales, no hay mutantes. Esto puede proporcionarles, en la edad de la adolescencia, cada vez más raíces, puntos de anclaje, encontrar a personas que tienen con ellos un vínculo afectivo y

que son en cierta manera tranquilizadores porque representan lo que hay de permanente en lo humano.

Los hijos de padres vueltos a casar tienen la oportunidad de tener hermanastros o hermanastras. Pero un número cada vez mayor de hijos de padres unidos que trabajan fuera de casa, cuando vuelven de la escuela, encuentran una casa vacía y una nevera llena. La madre que trabaja les ha dicho: «Tienes esto y aquello para comer. No me esperes.» Y los chicos y chicas aprenden cada vez más tempranamente a vestirse solos, a comprarse ropa, a alimentarse y viajar... Ante la necesidad de su progenie, los padres dejan hacer y se abstienen de educar a los pequeños.

Si ya no hay niños, tampoco hay adultos.

Se automaternalizan y, poco a poco, pueden llegar a autopaternalizarse en la sociedad. Creo que es en esta fase de su desarrollo cuando les hace falta la seguridad que les habría proporcionado una educación de moral social cívica. Viendo que sus hijos se las arreglan fácilmente en una casa bien equipada de botones que pulsar, los padres que viven cada vez más fuera tienen tendencia a decirse: «Déjemosles crecer solos; no nos necesitan.» Y se abstienen de intervenir a nivel de lenguaje para aconsejarles o intercambiar puntos de vista sobre las diversas conductas posibles en la sociedad tal cual es.

Los adolescentes carecen de reglas de autopaternalización. ¿Cómo van a saber conducirse en la sociedad si no reciben ninguna enseñanza por el ejemplo o en conversaciones con sus padres? La televisión se convierte en la única fuente de referencia de niños aislados en apartamentos vacíos de adultos.

Se sirven de la televisión como de un fondo visual, como de un desfile tornasolado y titilante. Sus clips les van bien. Los más fuertes son capaces de permitirse este fondo sin ser sus esclavos y quedar hipnotizados. A veces cortan el sonido y ven pasar las imágenes con el sonido de una radio libre. Mantienen así el contacto con la sociedad. Pero son pocos los que, en este ambiente, lleguen a trabajar concentrándose adecuadamente.

Esto los separa del lenguaje. Cuando los padres reaparecen, no tiene lugar el diálogo. Sus hijos no están dispuestos a conversar. Los padres están ahí. Los hijos salen, a su vez, y pasan la velada en grupos de compañeros; crean juntos una atmósfera confortable; conviven pero no se dicen una palabra.

El uso que los jóvenes adolescentes hacen de la televisión es solitario; los padres no están presentes o se encierran en la cocina o en su habitación, si no quieren sufrir esta televisión continua. El aparato está a menudo en la sala de estar, de la que los padres, si los hijos están allí, se ven obligados a desertar. Incluso cuando los padres reciben visitas, los niños encienden la tele.

Después de ser entrevistados durante su clase de sexto curso, algunos alumnos de un instituto parisiense son seguidos en su evolución por las cámaras de televisión para hacer un balance periódicamente. Han transcurrido seis años de su adolescencia. A los dieciséis, diecisiete años marchan bien, pero la tendencia dominante es el replegamiento sobre sí mismos. Uno de los jóvenes, que a los doce años parecía tener la vocación del dibujo, ya no sostiene nunca el lápiz. A los diecisiete años está completamente movilizado por su microordenador y se pasa todos los ratos libres encerrado en su habitación. Si se le pregunta: «¿Ves a los amigos?», responde: «No, la verdad es que no tengo ganas.»

La salida con la banda no rompe la soledad del adolescente separado del mundo adulto. Los que hacen deporte de equipo marchan mucho mejor que los que encuentran relajamiento en un deporte como el tenis, un deporte muy egoísta, el *jogging*, una práctica muy solitaria, sobre todo si se corre sobre el pavimento de las ciudades o escuchando un *walkman* pegado a su oreja. La navegación solitaria es más bien un encuentro sano consigo mismo. No es en absoluto un aprendizaje social como una actividad de equipo. Muchos jóvenes recurren al deporte como relajación. Es, al menos, una alternativa a la droga y a la pequeña delincuencia.

Los niños criados como hijos únicos tienen también adolescencias más difíciles que los de familias numerosas. Prolongarán su estancia en el hogar, viviendo una post-

adolescencia en la que abandonan la casa para entablar relaciones de dependencia con otros adultos (bandas, sectas, protectores).

Debilitados, necesitan partir, pero caen en la trampa de otros adultos.

La familia no ha provocado la partida. Son ellos los que van a buscar una familia de sustitución, una pseudo-familia. Después de viajes y vueltas, regresan a puerto de una manera pusilánime. El paro no arregla las cosas. «Yo me marcharía sin dudarlo si tuviera los medios.»

No sólo hasta los dieciocho años no pueden conseguir un empleo, sino que tienen miedo de que, aun con la edad requerida, se queden en el paro.

Cada vez más, muchos adolescentes se incrustan en la casa de sus padres y viven como culebras. Cada vez que se les apremia para que no permanezcan inactivos, improductivos, inertes, desinteresados de lo que pasa a su alrededor, tan indiferentes a la marcha del hogar como en la búsqueda de un empleo, de una formación, de una ocupación social, responden: «No es asunto vuestro.»

Lo que les falta a estos jóvenes es enfrentarse con auténticas responsabilidades.

Pasar el aspirador, utilizar la lavadora o ir a vivir con una familia en el extranjero. «Compartes la vida de la casa. Te corresponde hacer algo para su buen funcionamiento. Conserva los pies en el suelo con los demás adultos. No mates el tiempo, no gandulees.»

Su argumento: «Yo no hago daño a nadie. Me toca a mí decidir usar mi tiempo como me guste.»

Y a los padres les corresponde replicar: «No quiero saber lo que haces con tu tiempo. Lo que quiero saber es lo que haces por nosotros aquí. Haz algo; si no, te marcharás. Pones los pies sobre la mesa, y el resto del tiempo lo pierdes arriesgando tu salud. ¡No! Al menos, úsala para hacer algún trabajo para la comunidad.»

Desgraciadamente, muchos padres han perdido ya el contacto. Y los jóvenes les provocan. Sufren una ausencia de deseo. Razón de más para abrirlos a actividades nuevas que les obliguen a enfrentarse a las cosas.

Cuántas personas veíamos, durante la guerra, que no tenían el deseo de vivir, que estaban deprimidas. Salían

de los hospitales psiquiátricos. El día en que, para tener pan, había que hacer cola desde las cuatro de la madrugada, se levantaban y ocupaban su lugar en la fila. «Perseguidos» por su deseo de pan tierno, no estaban ya deprimidos, sino reivindicativos.

Es de interés para los niños que los padres vivan, cada vez más, en tanto que pareja en el seno de la familia, en lugar de hacer el papel de sacrificados. Es la mejor manera de reequilibrar las fuerzas y de repartir las tensiones. Es decir, una pareja que exista y se manifieste como tal ante sus hijos, incluso aunque llegue a desunirse. Debe guardar su libertad, como el niño tiene la suya. Los padres permanecen económicamente juntos, pero se alejan momentáneamente y se reencuentran en otros momentos. Si se explica al niño que el padre o la madre rehacen su vida precisamente porque quieren, en tanto que individuos, no verse reducidos exclusivamente al papel paternal, lo admite perfectamente. Más aún, respeta y admira la juventud de espíritu de su padre y de su madre.

La reducción del número de hijos por familia no produce inexorablemente la hiperprotección de una educación de hijo único, si se tiene la voluntad de abrirse a nuevas formas de vida comunitaria, multifamiliar, socializada.

La experiencia china de la obligación del hijo único no tiene otros imperativos que los económicos —limitar la tasa de crecimiento demográfico—, pero ha recreado a gran escala una situación cuyas consecuencias patológicas se conocen en Occidente.

Conocí a un chino que había obtenido una beca para vivir cuatro años en París. Los padres, aldeanos, son analfabetos. El chico triunfó en la escuela, y fue todo el pueblo el que lo promocionó. Pasó un concurso muy difícil. En toda China, fueron sólo cuatrocientos los que lo lograron. Este muchacho se casó con una joven también muy inteligente. Los jóvenes casados tuvieron que prometer que tendrían un solo hijo, pero únicamente después de cinco o seis años de casados. Y si no lo tenían en el año fijado, no tendrían derecho a tenerlo al año siguiente, salvo una autorización. Este muchacho me confió su inquietud.

En la China tradicional, el niño era el rey, y especialmente los varones, que eran objeto preferente de atencio-

nes y cuidados. Era la época de las familias piramidales, con los bisabuelos, los abuelos y los padres, todos bajo el mismo techo. Ahora, la familia es de tipo nuclear; se instaura una superprotección, y sabemos cuáles son los estragos que entraña semejante protección en la familia occidental. Lo vivimos en nuestro país; creíamos que en la China lo habrían evitado, pero están desencadenando el mismo proceso. Cuando vemos que es a la escala de un continente, instituir esta familia nuclear de hijo único no puede más que provocar un número considerable de neurosis paternas. En el momento en que los ciudadanos emergen de un régimen de asistencia estatal completa, en que la tutela del partido es menos agobiante y deja expresarse un poco el profundo individualismo del chino que jamás ha podido ser erradicado, la toma de autonomía de esos millones de hijos únicos se va a convertir en problemática.

Actualmente en China, los que se encuentran en la fase adolescente pertenecen a familias dispersadas por el país al capricho de los destinos decretados por las autoridades. Desde su primera infancia, han sido integrados en una colectividad, una comunidad aldeana. No hay todavía la perspectiva para conocer la experiencia vivida de los adolescentes de la nueva familia nuclear china. Habrá que esperar una generación.

El proverbial conflicto de las generaciones, ¿no ha perdido quizá su contenido? En 1988, la fosa entre los «cuarenta años», que tenían veinte en 1968, y sus hijos se ha llenado con la nostalgia común de los sesenta y la necesidad en los jóvenes de tener referencias y de aferrarse a las de sus padres.

En los años setenta y ochenta, los «escolarizados» se convirtieron en extraños para sus padres porque no hablaban la misma lengua: matemáticas nuevas, informática, rock, look. Hoy, es su actitud frente a la droga lo que provoca la ruptura. Los que no «fuman» no tienen conflictos con los adultos.

El conflicto generacional ya no es lo que era. Los jóvenes huyen de los adultos, pero no se enfrentan con ellos.

Se rechaza, se critica a los adultos en bloque, y se tiene buena opinión de los padres o se les compadece por ser

unas pobres gentes. La hostilidad abierta desaparece de los lazos familiares.

Cuando los adolescentes dicen «mis viejos» al hablar de sus padres, aunque éstos sean jóvenes, no es una expresión inocente.

Expresan una ambivalencia. Los viejos son un poco como los abuelos que querrían tener a su lado, que están lejos o muertos. Pero son también «viejos» porque quizá están en un mundo viejo con relación a los jóvenes que esperan un cambio de sociedad, esperan otras motivaciones, otros objetivos, en un medio donde todo parece cerrado, estancado. Quizá tienen razones para llamar viejos a sus padres jóvenes. Ser viejo antes de tener la edad es la cosa mejor compartida del mundo. Hay entre ellos una especie de emulación de hablar de sus padres, de sus viejos, de una manera bastante negativa. Incluso aunque los quieran mucho. Como si prefirieran ver en ellos a unas víctimas, no a unos enemigos. Juegan a compadecerlos por lo que son, por ejemplo, para su empresa o para su jefe. Los viejos, dicen, se embrutece en el trabajo, son explotados. No se toman la vida como habría que tomarla, no viven relajados, *cool*.

Ya no dicen: «Mis padres me impiden vivir, me impiden salir.» Ya no es como en la época en que se les imponía respetar un horario. Incluso aunque no fuera cierto, jugaban a hacerse la víctima de imposiciones que coartaban su libertad; eso formaba parte del discurso del adolescente, considerarse prisionero de sus padres. La mayoría se sometía. Una minoría se rebelaba, la cosa iba a mayores y se marchaban. Los de hoy se quedan y observan de una manera muy pasiva lo que consideran un fiasco o un fracaso. Ya no hay conflicto, el cual puede ser dinámico. Falta la agresividad que consiste en decir: «Me opongo a ti, porque me coartas; no quiero ser como tú. Eres como eres, pero no quiero ser como tú.» O bien: «No quiero hacer lo que haces tú, quiero hacer otra cosa.» Hoy vemos a observadores neutros que no tienen mucho que hacer. Están ahí para observar la decrepitud de sus mayores. No pueden identificarse, ya que no tienen ideal. Están para criticar a sus mayores.

Están para observar su declinación, su ineficacia, su laxismo, su fracaso.

Esta actitud es cosa de los jóvenes europeos. No se encuentra entre los norteamericanos ni entre los japoneses, que viven en sociedades competitivas, donde son los padres quienes empujan a los jóvenes y quieren figurar entre los ganadores.

Los papeles no se han invertido todavía, mientras que sí lo han hecho en Europa. Los adolescentes se dedican más a contar los puntos perdidos de sus padres, no actúan, se incrustan y observan de una manera negativa a sus padres, juzgan su vida, su pareja: «No haces lo que deberías para dar gusto a tu mujer.» O bien, a la madre: «No comprendes en absoluto a mi padre», «Lleváis una vida de gilipollas», «No os gusta vuestro trabajo», «Hacéis mal en dejaros explotar por vuestros patronos».

Dicen lo que los padres les hicieron comprender durante toda su infancia. «Trabaja para tener un buen empleo.» «¿Y tú, amas acaso tu trabajo?» «No.»

Conozco padres que aguardan su retiro desde los treinta años, y lo repiten delante de sus hijos. Lo más desconcertante es que si se trata de padres que tienen vocación, que tienen una profesión reconocida, que son muy activos, dicen: «Os dejáis explotar.» «Sois burros de trabajo; hay algo más en la vida, en la naturaleza; contemplad el bosque, contemplad el desierto.» En última instancia, aspiran a una vida bucólica, más próxima a la naturaleza. Al mismo tiempo, se aprovechan gustosamente de todos los progresos. Pero no creo que los hijos de deportistas, artistas y científicos no sean emprendedores. Los hijos de Marie Curie no tenían esos estados de ánimo.

Los padres son aún, en Estados Unidos y en Japón, los preparadores de sus hijos. Es necesario que sean campeones... Este sistema produce, por lo demás, una cantidad impresionante de accidentes imprevistos, dificultades, pérdidas, personas despreciadas. Pero en Estados Unidos, y dentro de poco en Japón, se ha iniciado ya una inversión, una nueva discusión. Los adolescentes ya no se manifiestan en la calle, sino en casa de sus padres, interpe-

lándoles así: «De todos modos, nosotros no sabemos en absoluto lo que vamos a hacer, pero ¿es necesario, realmente, saber lo que se va a hacer?», «Habláis siempre de finalidad, de objetivo, de desarrollo, de expansión. ¿Qué quiere decir todo esto?».

En Francia todavía hay mucha competición en los exámenes y los deportes, padres que continúan entrenando a sus hijos, pero hasta cometer excesos, en la competición escolar o en la deportiva. En los años ochenta, por ejemplo, ha habido padres que andaban detrás de sus hijos durante todo su tiempo libre, para que los pequeños quedaran bien clasificados. Por otra parte, entre las clases menos privilegiadas existe toda una población que alberga la ambición de promocionarse socialmente. Se empuja a los niños dotados y se les alienta hasta sus límites. Si se exagera este espíritu de competición, no hay duda de que acarreará consecuencias negativas. Pero también es cierto que, si no se es para nada un ejemplo estimulante con los hijos, se llega a otro extremo capaz de conducir a una decadencia de las relaciones sociales, la ausencia de oposición agresiva entre los adultos y los adolescentes.

Es sobre todo la falta de dinero lo que impide a los adolescentes adquirir su autonomía. Los padres no pueden ya mantener a sus hijos: las necesidades, sí, pero nada de sus deseos. Es entonces cuando se tornan violentos. Tratan de encontrar una solución de delincuencia o de droga, fuera de la ley. La violencia existe, las rupturas existen, pero, sin posibilidad de cambio de domicilio, los jóvenes se incrustan. Y este fenómeno se propaga, actualmente, en las clases medias burguesas, y creo que está ya claramente instalado en las clases opulentas. Allí donde no hay ni ética ni ideales, ya no hay valores morales vigentes. El problema es más bien la neutralización de las relaciones, el no-intercambio. Y lo que se hace es cohabitar. Se habla, sí, pero no se comprende o se piensa que no se puede comprender, y que nada puede hacerse por los demás. Ya no hay deseos de comunicarse.

Considero que esta neutralidad pasiva es quizá más grave que los conflictos violentos entre las generaciones. Lo contrario del amor no es el odio —el odio es lo mismo que el amor—, sino la indiferencia, la neutralización de las relaciones, el silencio contra el que no se reacciona, consi-

derando que está en el orden de las cosas de este mundo en declinación. No es más que una tendencia actual, pero parece propagarse incluso entre los medios responsables, entre los que deciden y los animadores sociales. El élan social que era la militancia se debilita día a día.

Hemos seguido con mucha atención una experiencia de hábitat cooperativo del que se ha hablado mucho: la Cité de Jardies, en Meudon. Es la historia de un grupo de amigos que en los años setenta eran socialistas militantes. Eran mandos intermedios, y tenían capacidad económica para comprarse un apartamento. Uno de ellos era arquitecto. Quisieron construir juntos un pequeño microcosmos con salas comunes, baños que se comunicaban directamente para que los niños pudieran bañarse juntos, así como un estudio reservado para una mujer de edad, ajena a la residencia y que se dedicara a guardar a los niños, «el estudio de la abuela». La cosa se aguanó bastante tiempo, pero luego se produjo el desencanto socialista. Los militantes ya no son lo que eran.

La euforia duró seis, ocho años. Los niños estaban allí durante la fase de latencia. Al parecer, se sintieron muy felices de llevar aquella vida comunitaria, aquellos juegos en común, aquellas habitaciones compartidas. Pero en cuanto llegaron a la adolescencia, no tuvieron más que una idea: tomar una habitación en la ciudad, incluso antes que los jóvenes de las residencias vecinas corrientes. Se hubiera creído que iban a demorarse en aquel marco familiar abierto. Lo que se produjo fue lo contrario.

Esto es lo que me parece más positivo en esta experiencia: los jóvenes de este falansterio tomaron pronto la decisión de dejar de vivir con sus padres en el marco impuesto por éstos y del que se habían beneficiado. En los hogares donde los adultos están más estructurados y más comprometidos, el fenómeno de la postadolescencia se produce menos, pues el modelo es apremiante y suscita reacciones de rechazo, el deseo de ver otras experiencias, de encontrar un camino personal.

CAPÍTULO 14

EL NUEVO COMPORTAMIENTO AMOROSO

En 1983, antes del gran miedo provocado por el SIDA, una tesis muy reveladora relativa a dos grupos de chicos y chicas eligió como tema la información concerniente a los medios anticonceptivos y el recurso al DIU. La tesis¹ fue presentada por un obstetra de Montpellier. Uno de los dos grupos había recibido información sobre la anticoncepción y el aborto terapéutico; el segundo grupo, o grupo de contraste, constaba del mismo número de jóvenes, pero éstos no habían recibido ninguna información. Se comparó el número de DIU de los dos grupos, y se interrogó a las jóvenes que formaban parte de ellos al cabo de tres y cuatro años. Las muchachas «informadas» no tenían las ideas muy claras, pero lo bastante para haber comprendido que se habían dejado «coger». En cambio, en el grupo de contraste eso siempre había sucedido por casualidad. Las chicas no habían imaginado que lo que habían tenido como contacto sexual bastaba para quedar encintas, ni que el DIU no era un sistema tan bueno como la píldora. En el grupo de las informadas, había cuatro DIUs en un total de 150 chicas, mientras que, en el otro, de un mismo número de muchachas, eran once las que llevaban el DIU. En todo caso, el 96 % había tenido relaciones sexuales a los quince años, los chicos a los catorce, las chicas a los quince. La mayoría procedía de una pequeña ciudad del Midi. El 4 % habían aguardado a los dieciséis años para la primera relación sexual. El recurso a la píldora es, pues, más frecuente entre los adolescentes informados. En el primer grupo, los muchachos creían que un contacto íntimo puede dejar embarazada a la chica, incluso la primera vez, mientras que en el otro grupo creían que la primera vez

1. Tesis de Jeanne Chaix.

no puede suceder. Otro testimonio interesante: en el grupo informado, las que llevaban DIU, cuatro en total, respondieron que era porque no podían evitar tener relaciones sexuales por temor de quedar encintas. Y que, una vez planteada realmente la posibilidad, se habían enloquecido ante las consecuencias. Por ello, habían tenido que recurrir al DIU, desoladas porque querían el hijo, pero no podían asumirlo. Se descubría en ellas, con todo, una reflexión más importante sobre el DIU. Porque las otras del grupo de contraste, las no-informadas, recurren a él *in extremis* como un medio anticonceptivo. «¿Cómo se pone el DIU?» «Es cosa de mamá.» Al principio, cuando se las informaba, estas jóvenes caían de las nubes al saber que no era el mejor de los anticonceptivos. Y para los que no estaban instruidos, hubo que vencer una resistencia terrible de los padres del primer grupo a dejar que sus hijos asistieran a sesiones de información. La primera vez, de 150 convocados, con el supuesto permiso de los padres que habían sido advertidos, solamente se presentaron tres muchachos. El presentador de la tesis, un médico muy conocido que ha dirigido la obstetricia en la maternidad de Montpellier, tenía un contacto muy bueno con los chicos. Consiguió hacer el completo en la siguiente sesión. Los adolescentes habían sido elegidos en las escuelas de la región.

Parece que, aun precocemente desfloradas, las jóvenes occidentales, hasta los dieciocho o veinte años, tienen pocas relaciones físicas verdaderas.

En la intimidad platónica. Se pasan su goma de mascar con éxtasis, comparten su coca-cola por el gollete, intercambian su porro-calumet, y se besan en la boca. La enseñanza mixta generalizada no deja de ejercer sus efectos. Ya no es el mundo imaginario que vivían los chicos y las chicas cuando había clases separadas y sólo se encontraban en los tiempos libres.

He tenido ocasión de interrogar a jóvenes argelinas sobre las relaciones entre el hombre y la mujer: la intimidad es algo innombrable.

Citemos el caso de una mujer argelina divorciada que tiene a su cargo dos niños de doce y trece años. Ha tenido que volver a casa de sus padres, que no la tienen secues-

trada pero sí enclaustrada, y se considera como algo totalmente evidente que no puede siquiera suscitar una discusión. Pasadas las diez de la noche, ni se plantea la posibilidad de que ella salga de casa, una madre que tiene treinta años; y sería incongruente que ella abordara la cuestión con su padre. Desde luego, en semejante cultura y con un tabú tan intenso, hay en los jóvenes una mayor tensión, un mayor deseo de vivir algo fuerte y superar obstáculos. Están completamente aprisionados, y el amor que tienen por una muchacha que les está prohibida por razones puramente sociales o familiares, se exacerba, y son capaces de salvarse, de marcharse, haciéndose rechazar completamente por el clan, considerados como traidores. Cabe preguntarse si en Francia no hay una dilución del deseo y de las pulsiones debido a una excesiva facilidad, chicos y chicas que van y vienen, mezclándose, todo el mundo besándose a toda hora.

Conocí a una mujer a la que su marido ya no la besaba en la boca; la había conquistado porque le había dado un beso en la boca, y luego ella siguió buscando «besadores». Pero él jamás le dejaba experimentar placer en los besos. Era como una adolescente.

Antaño, los ingleses se besaban en la boca, al igual que los rusos. Mi marido me decía: «Pero no es nada besarse en la boca.» Todo el mundo sabía que no era un acto sensual. En la Iglesia Ortodoxa, se besa en la boca al pope, que también besa en la boca a todo el mundo, pero se trata de algo casto... Los jóvenes de hoy, cuando se besan en la boca públicamente, lo que hacen es simplemente demostrar a los demás que están juntos. En América del Sur se veía antaño, en todas las puertas cocheras, a la muchacha contra la pared y al chico contra ella, de pie. Eran casi sustitutos del coito.

En las calles de Roma, sobre los pequeños muros de las fuentes, en las plazas públicas, las chicas montan a horcajadas sobre los muchachos en la postura del acoplamiento. No se trata sólo de una trivialización... En cierto modo, es una desensibilización en la medida en que un intercambio, incluso fisiológicamente intenso, carece de importancia.

El sentido se pierde, y los sentidos no están aguzados como antes.

Es quizá más que el egoísmo de dos, una especie de fantasma andrógino.

Son como hermano y hermana.

Actualmente existe una feminización de los adolescentes.

Las muchachas, a los doce o trece años, atraviesan una fase de indeterminación que neutraliza completamente la sexualidad. Una revista femenina efectuó una encuesta sobre cierto muestrario de jóvenes, relativa a la homosexualidad. Mediante una conversación se intentaba captar la manera en que los adolescentes de ambos sexos dispuestos a hablar vivían una atracción amorosa por el mismo sexo, una amiga o un compañero. El problema es que no saben si deben inquietarse, angustiarse o culpabilizarse, al no haber nadie que les diga: «Esta atracción no quiere decir que estés condenado a la homosexualidad.»

Hay algunos que, efectivamente, descubrirán en ellos esta tendencia, y deben asumirse como tales, pero para la mayor parte se trata de una experiencia transitoria. Forma parte del paso. Es una experiencia narcisista, no homosexual. Es uno mismo consigo mismo. Un medio de conocer las propias sensaciones con un doble de uno mismo, pero no todavía una relación procreadora con otro. Es una relación epidérmica, un rozamiento, no un encuentro verdadero.

Esos tandems de adolescentes del mismo sexo, ¿no demuestran cierta timidez frente al otro sexo?

Seguramente a estos muchachos, entre los cinco y los siete años, les faltó una complicidad con el padre, con relación a la madre, o a las hermanas. Al niño le faltó un yo ideal que le ayudara a poner el pie en el estribo para las relaciones del hombre con la vida... Y lo mismo ocurre con las muchachas que viven una pseudohomosexualidad. Su madre vivió mal el período heterosexual de las pequeñas fascinadas por el padre que las mimaba demasiado, que

les consentía demasiado y, finalmente, la madre sintió celos de las prerrogativas de la muchacha con el padre.

En las confidencias que se hacen las adolescentes, incluso aunque no haya entre ellas atracción amorosa, complicidad física, se descubre repetidamente la presencia de un tema: el miedo hacia el tamaño del pene. ¿Acaso no viene eso de las mujeres ascendientes?

No. Eso viene del deseo inconsciente de violación. El deseo de violación destructor forma parte de lo que suscita el deseo en la muchacha frente a su padre.

Incluso aunque se traduzca en miedo, ¿se trata también de un deseo?

Sí. Es un deseo porque ellas lo expresan en términos de fobia. Porque, detrás de ese enorme pene, está la madre disgustada, el padre que hará daño, y la madre que le dará una paliza... «La prueba de que no está hecho para ti es que lo está para los mayores. Es un pene grande.» Cuanto más peligroso puede ser, más continúa la niña de seis años fantaseando con aquel enorme pene. No es porque si por lo que los griegos representaban a los hombres con penes de niño de diez años. Habían comprendido que era necesario que el miembro no fuera exagerado para que lo pudieran ver las mujeres jóvenes. Que fuera un significante de la virilidad muy precioso, muy importante, que no debía faltar (sin él no se era hombre), pero no aterrador. El rostro era viril; el sexo, infantil. Actualmente, cuando las mujeres tienen esta fantasía de un sexo enorme, es porque sin la experiencia de relaciones con muchachos de su edad, se han quedado con fantasías de niña con una perversión terrible. Tuve que atender a niñas que habían sido en realidad violadas por el abuelo y que dibujaban siempre el sexo masculino muy pequeño, minúsculo, al final de una especie de hilo con pelos engastado como una miniatura. Me sorprendió mucho ver esta especie de engaste tan pequeño, en los dibujos de testículos y de penes hechos por niños que habían sufrido la práctica con el abuelo y que estaban pervertidos. En este caso, la escolaridad estaba con frecuencia retrasada. Eso me permitió comprender qué quieren decir en la estatuaría antigua las proporciones de los órganos del varón.

Recientemente, una emisión televisada de Jean-Marie Cavada fue dedicada a este tema: «¿Hay una nueva concepción de la pareja?» «¿Cómo hablan los jóvenes del amor?» De ella se deducía que la pasión ya no es en absoluto una aspiración, es más evitada que buscada; y, en cambio, la fidelidad es una exigencia muy fuerte. El amor loco es algo anticuado; la relación amorosa se limita, al nivel consciente, a la ternura-complicidad.

Yo sintonizo con estos jóvenes, porque han comprendido que la fidelidad es algo más que la fidelidad del cuerpo en todo momento y sin interrupción. Parecen decir que la pasión es como una enfermedad aguda, una enorme bronquitis, un catarro; si ella tiene por objeto una tercera persona, eso no justifica romper la fidelidad. La pareja subsiste, con o sin extravío.

Cuando se pregunta a estas parejas de jóvenes enamorados que inician su vida en común qué esperan uno del otro, responden, lacónicos: «Estamos bien juntos.»

¿No nos encontramos en una plena confusión de valores? Este bienestar físico, este confort, ¿no pueden ser colocados en el mismo plano que el sentimiento amoroso?

Creo que estos jóvenes llegan de nuevo a una concepción ética que ha estado siempre vigente en Francia: la pareja es para durar, y las pasiones son pasajeras. Por reacción contra los matrimonios de interés, los matrimonios forzados, la tendencia en el siglo pasado fue no soñar más que en matrimonios de amor apasionado que, naturalmente, no pueden durar. Hay siempre ambivalencia, pero una ambivalencia que orientada hacia una estimación recíproca en una responsabilidad asumida por las dos partes. Lo que no excluye una infidelidad de algunas semanas por una pasión lateral.

¿Pero no ve usted en ello un gran conformismo?

No, no veo en absoluto una actitud excesivamente hogareña, porque precisamente es sincera, franca y sin subterfugios, y eso no excluye arrebatos de pasión, aventuras, enredos pasajeros. Uno puede acostarse una veintena de veces con alguien sin comprometerse. Ahora que existe la

píldora, ya no se tienen hijos cuando se vive una situación irregular. Pero cuando se está casado, es raro que no se tenga voluntariamente un hijo. El hombre puede ser un verdadero bigamo: tiene sus hijos con la mujer que ama, y luego brota una pasión, que se convierte en estimación por su compañera, y quiere un hijo de esta mujer, y ella también. Tiene un hijo ilegítimo; pero como actualmente está admitido por la ley, como podrá continuar responsabilizándose de él por poderes después de su muerte, es como si se despenalizara al hijo adulterino. Y es correcto, porque se tiene necesidad de niños. La ley también ha cambiado: el hijo adulterino hereda, el hijo de un concubinato hereda. Me alegro de que los jóvenes comprendan que el estado conyugal es algo más que la pasión.

El amor no puede limitarse a la complicidad...

La palabra complicidad tiene un regusto de culpabilidad. Se es cómplice de una mala acción. En el juicio de los jóvenes de hoy, el término significa otra cosa: piensan que el compañerismo supera la armonía sexual. Incluye la cama, pero no es sólo la cama. En el siglo XIX, uno no se casaba con su compañera sexual. ¿Cuántos hombres tienen una amante a la que desean epidérmicamente pero a la que no aman? Y pensar que sus mujeres amenazan con divorciarse si no abandonan a sus amantes... Una amiguita con la cual no pasan siquiera el fin de semana. Son las esposas legítimas las que, por la oposición que ejercen, obligan a sus cónyuges a ocultar como un secreto de Estado algo que no es importante... Y eso aunque la relación de su marido no cambie nada de su vida cotidiana —tienen todo lo que les hace falta, los niños también, el padre se ocupa de ello—. Basta que una carta o una llamada telefónica les revele la existencia de una amante para que ellas exijan una ruptura inmediata. «Ella o yo.»

Si los jóvenes se contentan con esta camaradería, ¿no van a privarse de responder a los grandes impulsos?

Pero ¿por qué? Siempre pueden tener grandes impulsos fuera.

Pero ¿no es introvertida su actitud? ¿Acaso no viven un narcisismo de dos?

Quizá. Pero eso no se quedará en dos, porque tendrán hijos...

Tomemos el caso de un hombre a quien yo conocía bastante. Se divorció de su primera mujer con la que tuvo dos hijos, que ahora son adultos. (Uno de ellos está casado y es padre de familia.) No hace mucho me enteré de que su padre se había divorciado por segunda vez. Durante cinco años, mi marido y yo le estuvimos viendo con su segunda mujer, y yo creía que era una concubina porque tenía su edad, era una dama muy rozagante, muy diferente de su primera esposa, una mujer inteligente que había criado a sus hijos y que, visiblemente, le quería. No hace mucho le invité a cenar. Me dijo que no se casará con su compañera actual, con la que convive desde hace tres años. Le pregunté: «¿Por qué te divorciaste de tu primera mujer, la que conocí con Boris?» «Bah, por poca cosa. Cuando la veo, estamos muy contentos de encontrarnos, pero no sentíamos ya placer estando juntos... Está mejor con un individuo mucho más joven que yo, que soy de su edad. Y además, yo encontré una mujer con la que me siento bien. Es soberbia, y nos convenimos mutuamente. Ella permanece libre...» «Dices "libre". ¿Es que te engaña?» «No, no tiene necesidad de engañarme. Yo soy libre, pero no la engaño. Ceno contigo esta noche. Bueno, pues ella no siente celos de que esté en tu casa; se ha ido a los deportes de invierno mientras tanto. Está muy contenta. Por teléfono me dijo: "Saluda de mi parte a tu amiga Françoise."» «Pero, entonces, con estas tres mujeres de tu vida, ¿de cuál te sientes marido?» «Mira —me respondió—, de todas de una manera diferente, pero creo que acabaré mis días con mi primera mujer.» «¿Por qué?» «Porque aparte del placer y de la trivialidad, es con mi primera mujer con la que he tenido el mejor compañerismo. La verdad es que ya me siento muy contento durante las fiestas familiares en que somos los abuelitos de nuestros nietos.»

He citado este caso porque demuestra claramente el valor del compañerismo entre un hombre y una mujer a lo largo de una vida libre.

Para los niños de mañana, ahí puede radicar la posibilidad de una nueva socialización. Tendrán tíos a la africana con los amantes de su madre.

Cuando este hombre cuya historia conyugal he mencionado, y que es alguien serio y responsable, se divorció de la madre de sus hijos, éstos tenían dieciséis y dieciocho años. Continuaron viviendo con él. De vez en cuando le decían: «Estoy hasta la coronilla de ti; me voy a vivir con mi madre.» En aquel momento, estaban en el instituto, y se alegraban de poder alternar.

Es más difícil tener éxito en esta adaptación con los niños en plena pubertad; es más arriesgado.

En este caso, ellos habían superado de mucho la pubertad. Creo que las costumbres actuales exigen niños más fuertes que los de antaño. Van a volverse autónomos más rápidamente.

¿Cree usted, como Evelyne Sullerot, que la ausencia de discurso amoroso tiene importancia? Lo que ella llama discurso amoroso tenía lugar en la época en que se escribían cartas de ternura. Por ejemplo, en las cartas de los soldados de 1914 dirigidas a sus mujeres y novias encontramos pasajes admirables. ¿Está quizá el discurso amoroso resurgiendo en formas a las que los veteranos no son sensibles?

Los jóvenes creen que expresan su sensibilidad amorosa escuchando música, juntos o por separado. Ofrecer un disco o un cassette de canciones de amor vale hoy por una carta personal a su amiguita.

Antes se regalaba siempre flores. «Dígaselo con flores.» Había un lenguaje de las flores.

La joven generación ha entrado quizá en la edad del confort amoroso. Marcel Aymé denunciaba el confort intelectual. Y el que le sucede es el confort intelectual.

Las parejas jóvenes prefieren permanecer en la latencia amorosa. No se dan, se prestan mutuamente para no estar solos. Es una huida de la soledad a la edad del adul-

to joven, de una ausencia de verdadero intercambio con las chicas en la época de la vida escolar, debido a la enseñanza mixta...

Hay demasiada coeducación para que las muchachas y los muchachos estén un poco idealizados unos por otros. No se hablan realmente. A los trece años, las colegialas tienen tendencia a permanecer entre ellas y a mirar a los chicos que hablan de ellas únicamente en términos despectivos. Como aquel muchacho que repetía a sus amigos que las chicas no eran más que agujeros; tenía diez años. En lugar de dejar que los muchachos la reduzcan a un objeto de mofa, la escuela podría enseñarles la psicología particular de la mujer en sus relaciones con el otro sexo (y que nada tiene que ver con las reacciones masculinas).

Cuando escuchamos a chicos de trece, catorce e incluso quince años hablar de mujeres, recordamos a menudo una expresión: «Todas son putas, salvo mi madre.»

Esto no es folklore. Creo que siempre ha sido pensado por los adolescentes. La madre es la única; precisamente después de la prohibición del incesto se admite que ella es idealizada en sí misma. Y que la sexualidad es para los hombres. La sexualidad se convierte fácilmente a los ojos de éstos en una porquería. En cambio, para las mujeres la sexualidad no es ninguna marranada, porque da la vida. Los muchachos que dicen «todas son putas» no han conseguido discriminar una chica de otra. Para ellos, todas se parecen, puesto que son o pueden ser sexualmente de otros hombres tanto como de ellos. El día en que son de ellos, es una puta que han conseguido ganar a otro, y no pueden llegar a convertirse en hombres que aman.

¿No cree usted que es algo pasajero? Habla de ello como si fuera algo permanente...

Yo creo que los soldados de todos los ejércitos de Francia, desde aquellos que fueron a conquistar Holanda bajo Luis XIV hasta los veteranos de 1914, todos han dicho eso. En cuanto veían una mujer, se la imaginaban sólo como unas enaguas a arremangar; eran todas putas, excepto la madre. Y la Virgen. Y soñaban que todas las mujeres fueran como sus madres, es decir, sólo para ellos... Hasta el

siglo XIX, se consideraron con el derecho de matar a todo aquel que miraba a su hermana. Como si sus hermanas fueran incestuosamente suyas, a condición de no tocarlas. Y eran intocables, porque no las tocaban. Una apropiación incestuosa con una nube de desconocimiento. Creo que un chico que finalmente ha encontrado a una mujer que verdaderamente le conviene no dirá jamás que es una puta, sino: «Es difícil de conquistar», o lo sentirá, aunque no lo diga. Cuando se vea despechado, entonces sí dirá: «Es una puta», porque no ha sabido cómo atraer su atención. Pero no piensa eso cuando ama a una mujer. Cuando se piensa que un hombre tiene millones de espermatozoides, y que la mujer tiene únicamente un óvulo, y que por un instante de coito arriesga su piel por nueve meses, uno comprende que ella tenga una idea diferente de la sexualidad. En los animales ocurre algo semejante. La hembra tiene ante la sexualidad una actitud muy diferente de la del macho. Es interesante ver cómo ha evolucionado el lenguaje concierne a la sexualidad. Pero opino que las emociones son siempre las mismas, emociones que hay que cultivar y hacer madurar con relación al sentimiento de la responsabilidad y del encuentro de corazones y mentes. Creo verdaderamente que el compañerismo fiel es algo diferente del amor erótico. El compañerismo fiel que todos estos jóvenes buscan. No es por casualidad por lo que valoran como la primera cualidad de su pareja la fidelidad. Es una actitud nueva. Antaño, los muchachos no se consideraban ligados por la promesa de fidelidad que hacían en la iglesia o en el ayuntamiento. Es un verdadero cambio el que aporta la generación actual. Encuentro que esta generación «comunica» bien en la vida y en la relación con el otro. Ni demasiado tímidos, ni demasiado exhibicionistas. Esto antes no se llevaba. Los jóvenes que participan en las encuestas televisadas no se sienten coartados de hablar uno delante del otro. En la emisión de Cavada, todos tenían el derecho de decir lo que pensaban aun en presencia de su pareja. No sé si la generación que les precedió diez años antes hubiera tenido esta libertad. La chica hubiera mirado al chico cuando le hacían estas preguntas para saber si ella podía contestar. Y el chico, cuando se le preguntaba algo, habría mirado a la muchacha. Hoy, todos hablan en su propio nombre.

Cuando dicen que están «bien juntos», se sobreentien-

de: «La sexualidad entre nosotros marcha bien.» Lo cual no era el sentido del estar «bien juntos» de veinte años antes. Lo que da a las parejas otra oportunidad. Porque estar «bien juntos» demuestra que no se tiene necesidad de ir a buscar a otra parte. Quizá el deseo no sea ya una cuestión de intercambio epidérmico, sino cultural. Hoy se trata de hacer un deporte en común, comprarse una casa, tener hijos. Una pareja no tiene, si no quiere, descendencia, mientras que antes la tenían aunque no quisieran. La mujer no podía rehusar el hijo. Forzosamente, esta posibilidad de elección cambia completamente la vida de la pareja. Entraña una nueva relación amorosa.

TERCERA PARTE
UN ESPACIO PARA LA NUEVA
GENERACIÓN

«Quiero ser yo quien decida por mí.»

PHILIPPE, trece años

«Si desde la edad de diez, once años, supieras que a los quince serías mayor, te prepararías para ello.»

FRANÇOISE DOLTO

CAPÍTULO 15

LOS DERECHOS Y LOS DEBERES*

Teniendo en cuenta la legislación que es efectivamente bastante restrictiva, carencial, paradójica e incluso contradictoria, el derecho de los menores es más bien el derecho de los adultos sobre ellos.

Y eso es lo que hay. Y más aún; si consultamos la jurisprudencia de los tribunales de apelación que han tenido que resolver los casos en litigio, comprobamos que tales derechos están sujetos a discusión, a interpretación. Cuántas veces ni siquiera son aplicados, pues el menor no los conoce bien, y no se atreve a reivindicarlos, al no saber dónde debe presentar su queja. Si va a la comisaría de policía, lo más probable es que lo devuelvan a casa de sus padres.

Tanto si el hijo es legítimo como natural, e incluso si es natural, si es menor y no emancipado, hasta los dieciocho años no puede abandonar el domicilio de los padres sin autorización de éstos. No puede elegir libremente sus compañías porque, en última instancia y legalmente, los padres pueden prohibirle ver a quien sea, excepto a los abuelos. No puede hacerse enviar correo a la lista sin la autorización de uno de los padres.

No puede recibir correo cerrado en el domicilio de sus padres.

* En este capítulo, como en otros pasajes del libro referidos a la legislación francesa, se ha considerado mejor no proceder a una «adaptación» a las legislaciones de los países de habla española, por ser éstas muy diversas; y para no desvirtuar la obra de la autora. (N. del e.)

En cuanto a la correspondencia, teóricamente, salvo por sentencia judicial, el padre tutelar no puede abrirla porque podría incurrir en violación de correspondencia.

No hay violación de correspondencia en lo que concierne a un chico o chica menor de dieciocho años.

LIBERTAD Y DEPENDENCIA¹

Exijo la libertad de:	Chicas (%)	Chicos (%)
Recibir y expedir mi correo	78	73
Salir con toda libertad con un(a) amigo(a).	60	71
Elegir mis periódicos, mis distracciones, mis compañías	58	71
Elegir mi profesión y mis estudios	64	62
Disponer de mi dinero	50	56
No soy libre de:		
Decidir cómo empleo mi tiempo	70	58
Salir libremente con un(a) amigo(a)	64	41
Militar y manifestarme	56	56

Un juez dictó ya sentencia en un caso similar, y quitó la razón a la familia que había abierto el correo. La historia de Guy Béart demuestra que esta irrupción en la vida privada epistolar puede entrañar dramatismo. Él habla de ello discretamente en sus memorias, La esperanza loca: cuando era estudiante, su madre debió de interceptar el correo, y el desvío de esta carta rompió su primer amor.

El comediante Michel Simon decía que jamás se había recuperado de la interceptación de un mensaje amoroso que envió a los nueve años a una niña de ocho. Este tierno mensaje fue confiscado y descifrado por los padres de la niña. Armaron un escándalo tremendo, y le prohibieron volver a verla; eso le produjo una inversión sexual. Cuenta esta separación brutal de aquella niña a la que él adoraba, y a la que en adelante se la prohibió ver. Además de

esta inmensa privación, fue enérgicamente culpabilizado, cuando realmente la cosa sucedía entre niños, así pues de una manera lícita, nada sospechosa, y, tal como él ha explicado, enteramente casta. ¡Qué lío! La estupidez de los adultos le impidió liquidar su Edipo precisamente de una manera sana, de orientar su heterosexualidad hacia una niña ajena al marco familiar, y, gracias a ello, vivir una ternura confiada con los adultos de la casa, sin poner en juego su sexualidad como un niño retrasado al que se obliga a permanecer solo, a contarle todo, a decir a papá-mamá lo que le pasa, etc. Una violación así de la relación entre dos seres es un desastre. Es dramático para un niño muy joven, de cinco-seis años. La interceptación del correo puede mutilar el narcisismo, sobre todo si es con vistas a la vigilancia sexual. Así pues, es la madre la que rivaliza incestuosamente con un amor de su hijo, o el padre, homosexualmente... O bien son los padres los que se arrojan el derecho de ser incestuosos con sus hijas. Es muy grave.

Otra restricción, la religión: hasta los dieciocho años el joven no tiene derecho a elegir su religión. El titular de la autoridad paterna es quien puede hacerle, o no, adoptar una religión...

La autoridad paterna es una expresión estúpida. Más vale decir «la responsabilidad paterna».

Muerto, el niño puede hacer que se cumpla su voluntad. Hubo una sentencia de un tribunal que se había hecho cargo del asunto siguiente: un niño enfermo que se mostraba muy ferviente en la práctica del catolicismo ortodoxo había expresado por escrito su voluntad de ser enterrado según el rito ortodoxo bizantino... Estaba muy lúcido, como muchos niños enfermos. Pero la madre no quería que fuera enterrado según el rito ortodoxo, sino latino. Finalmente, el juez falló en favor del niño.

Si el asunto fue a parar al juez, es porque los padres estaban separados, y, sin duda, uno de ellos era ortodoxo y el otro, católico. Es realmente el colmo que sólo se tengan en cuenta las convicciones del niño póstumamente.

1. Sondeo de *L'Express*, 5-11 de septiembre de 1977.

En el terreno religioso, el hijo de un matrimonio mixto sufre coacciones. Si el padre es musulmán, no se le pregunta su opinión al joven; automáticamente, es musulmán. Hubo una época en que, en una familia católica, ningún miembro podía casarse con un protestante. Se han dado casos de coacciones para obligar a practicar una religión. Todos los jóvenes no expresan, quizá, su elección, pero los hay que han optado en conciencia. Cabe señalar que la ley ha previsto esta coacción hasta los dieciocho años. Y cuando pensamos que, precisamente, los protestantes han previsto que a los quince años se haga la comunión, en derecho habría que esperar a los dieciocho años para poder elegir la confesión, si los padres no están de acuerdo.

Esta obligación es abusiva.

Por lo que se refiere a la educación, los padres han elegido por sí solos el sistema de educación, sin preguntarle al niño. Y lo mismo con la instrucción. Si el niño quiere orientarse prácticamente, hacer alemán en vez de inglés, no puede decidir solo, por sí mismo.

Los institutos no aceptan la opción del niño, si los padres no están de acuerdo. Incluso por lo que se refiere a una lengua extranjera...

Más asombroso todavía: la vida sexual de las muchachas no existe antes de los quince años, es decir que un chico está «fuera de la ley» si tiene una relación sexual, siquiera parcial, con una muchacha menor de quince años; puede ser acusado ante el tribunal de menores.

Las relaciones sexuales de un adolescente con una muchacha de su edad son castigables. No lo son si una muchacha de quince años va con un adulto. Si el chico se acuesta con una menor, un joven de quince años cumplidos podría ser perseguido.

Encontramos disposiciones completamente paradójicas: de un lado, un muchacho que no tiene quince años no debe tener relaciones con una menor; de otro, las muchachas pueden utilizar la anticoncepción sin la autorización de su madre. El ginecólogo puede negarse a recetar la píldora, pero a riesgo de que sus pacientes le digan: «Doctor, si usted no quiere hacerlo, me voy al de enfrente.» Algunos

médicos piensan que la anticoncepción es oportuna en un determinado caso; otros no lo creen, pero la prescriben, porque se trata de una futura cliente.

Si la menor está informada y motivada, tiene derecho a recibir los beneficios de la anticoncepción, pero en el bien entendido de que se trata de relaciones con un adulto, porque a un muchacho de su edad le está prohibido tener relaciones con ella.

El matrimonio sólo está legalizado a partir de los quince años cumplidos para las chicas, es decir no antes de los dieciséis, y dieciocho años cumplidos, es decir en el año diecinueve, por lo que se refiere a los muchachos. Para casarse a partir de los trece años, una muchacha debe obtener una dispensa del presidente de la República.

Para obtenerla, basta con que esté encinta y que los padres de las dos partes estén de acuerdo para hacerse cargo de los gastos de la educación del hijo que va a nacer.

Un menor puede regular las condiciones de sus exequias.

Pero los padres pueden oponerse a la extracción de órganos de un hijo muerto en accidente, aunque, en público, por ejemplo en la clase, con ocasión de un debate, el niño hubiera dicho que quería legarlos. «Si muriera de accidente, quisiera que mi cuerpo sirviera para curar a otros que lo necesiten.» Los padres tienen el derecho de oponerse, aunque el maestro y todos los compañeros de la clase certifiquen que el pequeño dijo en la clase, en voz alta, que quería donarlos. Me informaron del caso de un alumno que incluso había preguntado en clase cómo podía hacer para legar sus órganos. Se le respondió: «Como eres menor, no puedes hacer nada; pero puedes decirlo a tus padres, puedes decirlo a todo el mundo.»

A los quince años un hijo natural lleva el nombre de su madre, porque ésta lo ha reconocido, y no su padre. Si el padre, a su vez, le reconoce, el niño es llamado ante el juez de menores para que dé su consentimiento. En este caso, el padre no puede decretar autoritariamente: «Lo re-

conozco. Llevará mi nombre.» Es preciso que el juez de menores consigne el consentimiento del niño. Es uno de los raros casos en que su opinión es necesaria, donde el adulto no puede decidir a su gusto.

Es muy importante consultarle sobre el nombre que quiere llevar; pero quince años, la verdad, es un poco tarde. Hay otras decisiones graves en las que el interesado no tiene ni voz ni voto antes de los dieciséis e incluso dieciocho años.

El pupilo del Estado puede, a partir de los trece años, ser escuchado por el Consejo de Familia.

A los trece años, el juez puede citarlo, pero también puede no hacerlo, aunque el joven quiera ser escuchado. El juez decide sobre la conveniencia de oír al niño a partir de los trece años. No es siempre el niño quien decide al respecto.

Pero podrá exigir que se le lean los procesos verbales.

En teoría. Pero ¿quién le informa de que tiene derecho a ese libre acceso a los documentos? Es algo que no se dice en las escuelas. Sería preciso que en cuanto a sus derechos y deberes los menores fueran instruidos en las escuelas. Poder conocer decisiones tomadas sobre uno mismo, ¿acaso no es lo mínimo cuando se han resuelto cosas relativas a uno en su ausencia?

He oído cosas terribles, en reuniones de CSPP o de DDASS. Por ejemplo, un profesor de medicina que se ocupa de niños declara perentoriamente: «Jamás hay que decirle a un niño, cuando se le cambia de institución o de familia, lo que se hace. Hay que decirle: "Vístete, y estate preparado para dentro de media hora; te marchas." "Pero, ¿adónde?" "No te preocupes, ya lo verás." Cuando llega a un nuevo establecimiento no hay que decirle nada, ni cuánto tiempo durará su estancia, ni nada, porque, comprendéis, si se le dice, armaría mucho jaleo; mientras que si no se le dice... Bah, un niño... Al cabo de tres días, lo habrá olvidado.» Esta actitud me hace pensar lamentablemente en un traslado penitenciario.

Esto me recuerda incluso aquellos famosos trenes que

atravesaban Europa, atestados de judíos griegos deportados a Polonia. A los pasajeros no se les decía a dónde iban. Por miedo de que enloquecieran.

Escuché el testimonio de una mujer fugada de los campos. En Drancy, antes de embarcarse para Alemania, la mujer tuvo que entregar todo el dinero que llevaba encima. «No se inquiete; ha hecho usted una declaración oficial. Le devolverán el dinero allí donde vaya a trabajar.» La mujer hizo el trayecto convencida de que le cambiarían el dinero y se lo devolverían durante el traslado.

El hecho de pensar que el niño se inquietaría demuestra lógica en los responsables de las deportaciones. En el fondo, los niños se pasan la vida sufriendo eso, incluso con los padres más inocentes. Se los llevan de fin de semana, sin prepararles, sin hacerles saber el programa. Forman parte del equipaje de los padres.

Un menor que escribe o compone no puede publicar nada sin la autorización paterna, pero puede decidir no publicar.

Minou Drouet hubiera podido oponerse a la publicación de sus poemas. La joven estudiante que, en 1987, publicó una primera novela, y a la que se la llamó la nueva Sagan, hubiera podido decidir no publicarla. Si es pintor o dibujante, un menor no puede exponer sus obras sin la autorización de sus padres, pero puede negarse a hacer una exposición.

El dibujante Sennep se ganó la vida a partir de los diez años publicando cada día un dibujo sobre temas de actualidad... Johnny Hallyday, antes de los dieciocho años, tenía ya buenas ganancias, pero era su tutor, el marido de su prima hermana, el que manejaba el dinero, y él no veía un céntimo, porque el primo le decía: «Esto me reembolsa de haberte tenido en casa todos los veranos desde los seis años.» Este tutor no le permitió matricularse en el Conservatorio de Lausanne, donde el chico quería entrar. Cuando debutó en el teatro Olimpia, Johnny se dijo: «Voy a ganar mucho dinero, pero ni siquiera lo voy a tocar, porque aún no he llegado a mi mayoría.» Y se fue a ver a un abogado, el cual le dijo: «Escuche, si tiene usted un amigo de aspecto bastante impresionante, puede hacer una cosa: cuando firme el contrato, puede obligar al empresario a

que le dé en efectivo la mitad de las ganancias previstas por el contrato. La mitad, no más; la otra mitad, según la ley, tiene que ir a su tutor legal.» Mi hijo Jean, que, en aquel momento tenía dieciséis años y medio, la misma edad que Johnny, y era amigo suyo, le acompañó a casa del empresario. Es muy eficaz en todo aquello que le gusta, y se tomó muy en serio el papel de gorila. El empleador aceptó entregar la mitad de las ganancias en dinero. Al final de cada representación, en el momento de la «paga», mi hijo estaba presente para que el empresario contara delante de él el dinero que le debía a Johnny sobre la recaudación. No había precedentes, y el empresario se hacía rogar. «¿Y está usted seguro de que esto es legal? ¿No me van a perseguir por seducción de un menor, entregándole dinero?» No era sólo por explotar al joven; de lo que realmente tenía miedo era de la represalia del primo, que era el tutor legal de Johnny.

En esta situación de los derechos de los adolescentes hay dos cosas positivas: un joven violentado, maltratado, puede, a partir de los quince años, presentar una denuncia por golpes y heridas, pero es necesario, sin embargo, un certificado médico. De lo contrario, es considerado como violencias leves, es decir pescozones...

Una «corrección educativa»... No le resulta fácil hacer valer algunos golpes, si no hay huellas. Puede haber coacciones que no dejen huellas. Por ejemplo... la violación de las hijas... o la pederastia del padre con su hijo... Los abusos sexuales con los niños, tanto con varones como con niñas, son extremadamente frecuentes. En la medida en que no hay certificado médico, no son tomadas en cuenta. Las pruebas se basan en el papeleo.

Un menor puede ir a ver al médico que desee, por sí mismo, y pedirle, naturalmente, el secreto médico. Desde luego, el médico es libre de rehusar atender dicha consulta, pero no está en absoluto incitado por el legislador a decirle a los padres. «No he querido visitar a este niño, pero ha venido a verme.» Aquí, aunque el médico, lo que es raro pero puede ocurrir, no examine a su joven cliente, su acto permanecerá en secreto.

El único elemento positivo que encontramos en este estado de los derechos de los menores es únicamente en materia de salud. Cabe preguntarse si no sería necesario seguir este ejemplo y tratar de ajustar a él todos los otros campos, bien sea el secreto de la vida privada, la religión, la nacionalidad, la libertad de viajar, etc. El cocotero tiene necesidad de que lo sacudan. La legislación actual no está adaptada, y se presta a interpretaciones con frecuencia abusivas. Conozco el caso de un padre que se opuso a que su hija, estudiante de música, pasara el examen anual de curso del Conservatorio, porque coincidía con la tarde en que él tenía el derecho de visitar a su hija... La muchacha no pudo conseguir que le cambiaran el día del examen, y para el padre su día era sagrado. «Aunque fuera el día en que te examinaras de bachillerato; es el día en que tienes que verme.» La chica tenía dieciséis años.

El concepto de autoridad paterna es citado a cada paso por los problemas de la custodia en los divorcios. Examinemos la definición dada por el legislador: «Derechos y deberes de custodia, de vigilancia y de educación ejercidos en común por el padre y la madre.»

El contenido no es real. El concepto debe cambiar. Sería ya hora de sugerir al legislador y a los responsables de los poderes públicos que manipularan otro concepto de autoridad paterna.

Philippe Chailloux, un juez de Toulouse que ha publicado un excelente libro, tiene una visión muy adecuada de este problema. Propone sustituir el concepto de autoridad paterna por el de responsabilidad paterna. El papel de esta responsabilidad es hacer que el niño adquiera autoridad sobre sí mismo, para ir tomando poco a poco la autonomía de las decisiones, sobre todo en el caso de los padres separados. Dado que el papel de los padres es hacer que su hijo adquiera la autonomía, que sea capaz de satisfacer sus necesidades el día en que deje a sus padres. El objeto de la tutela es preparar a otra persona para ser autónomo y no tener necesidad de tutela, así pues en convertirse en autotutelado.

La autoridad implica un castigo y no un despertar, una transmisión...

La responsabilidad de los padres es dar al hijo las armas para que pueda prescindir de ellas, las armas físicas, morales y tecnológicas de un oficio. Les incumbe enseñarle, según el Decálogo, a amar solamente a Dios, honrar a sus padres llevando una vida de hombre o de mujer fecundos, es decir hacer como ellos al echarle al mundo y asumirlo. El papel de los padres es procurar que su hijo sea capaz de hacer por sus descendientes lo que su padre y su madre han hecho por él: educarlo para que pueda dejar a sus padres y ganarse la vida.

Un hijo emancipado puede elegir libremente vivir donde él quiera. ¿Y por qué no en casa de su padre o de su madre?

¿Por qué no? Eso sería realmente una libre elección.

¿No se podría proponer al legislador que ampliara la noción de emancipación y la extendiera al derecho de los niños de divorciarse de sus padres?

No, eso sería admitir implícitamente que había incesto antes de la separación. Por tanto, no se puede usar la palabra «divorcio». Pero se podría dar al niño la posibilidad de decir que quiere romper la relación con sus padres, aunque de momento eso sería utópico, porque carecemos de las instituciones de albergue capaces de acoger al niño.

Se podría adelantar la edad de la emancipación.

He oído a muchos trabajadores sociales sublevarse contra la mayoría de edad a los dieciocho años, porque, dicen, los menores que son un poco retrasados, con retraso escolar, etc., a los dieciocho años son incapaces de tomar decisiones. Hay que establecer, pues, listas de presunta incapacidad. Igual que el fisco ha hecho una ley que presume que todo contribuyente es un defraudador, esos trabajadores sociales ponen a estos muchachos de dieciocho años en situación de permanecer débiles, asistidos. Se podría decir las cosas de otra manera: «A partir de ahora, si no te ves capaz de arreglártelas solo, de encontrar una vivienda y trabajar, existen instituciones donde los mayores de edad como tú pueden ir a inscribirse y pedir una ayuda

social.» En lugar de estimularlos, se les hace firmar un papel donde abdican de toda responsabilidad.

¿Y adelantar la mayoría de edad?

La mayoría legal debería ser a los quince años, y la posible emancipación a partir de los trece. Ya oigo las objeciones: «Los padres ya no harán nada por ellos.» Eso demuestra que ya no hacían nada. Cuando un adulto, por una razón o por otra, se «desconecta», puede ser un accidente, una enfermedad evolutiva que le ataca produciéndole una incapacidad temporal o irreversible, y tiene que ser asistido. Así pues, cabe incluir en este riesgo a algunos jóvenes que, a una mayoría de edad adelantada, a los quince o dieciséis años, no fueran capaces de desenvolverse, pero que constituyeran la excepción.

Si los padres aceptaran, a petición del niño, la emancipación, estarían en su derecho de no dar ya ni un céntimo a su hijo y dejarle convertirse por completo en un vagabundo. Si lo hicieran, eso demostraría que ya antes lo dejaban abandonado. Si, por el contrario, se sentían responsables de su hijo, no dejarían de ayudarlo porque tuviera el estatuto de emancipado. No estaría prohibido que ayudaran a sus hijos, aunque, claro, ello no sería obligatorio. ¿Por qué lo hacen en la situación actual? ¿Porque es obligatorio? No, lo hacen para tener poder sobre su hijo. No hay argumento que se sostenga. Ni porque es débil, ni porque está impedido: porque hay adultos impedidos asistidos.

¿Qué medida propone usted para favorecer la autonomía jurídica de los adolescentes?

No se avanzará hasta que en todas las escuelas haya un curso de ética cívica abierto a los niños, sea cual sea su edad. Aprenderían sus derechos y deberes a la edad que corresponde. La actual instrucción cívica es anacrónica. Se enseña a los ocho años cómo votar para elegir al presidente de la República, cosa que no van a hacer hasta los dieciocho. La educación cívica se limita a buenas acciones, como dar la mano a una ciega para cruzar la calle. En lugar de dar clases demasiado tempranas sobre las instituciones, más valdría iniciarles en sus derechos y deberes

en la familia y la sociedad. Existe una cruel carencia de educación del comportamiento moral, personal y social.

Los suizos, tan prudentes ellos, han debatido en el Consejo Federal la posibilidad de rebajar la edad de mayoría sexual a los quince años, convencidos de que la evolución de las costumbres va mucho más de prisa que la ley. El proyecto de ley ha sido aplazado. La comisión parlamentaria encargada del informe iba más lejos y proponía los catorce, lo cual asustó a los senadores de Berna. Si el gobierno federal de Suiza estima que la mayoría de edad —o la madurez sexual— establecida en los dieciséis años debe ser reducida a los quince, ello quiere decir que en Occidente se pone en tela de juicio el viejo sistema paternalista.

Que los elegidos de una sociedad muy conservadora se encuentren de repente retrasados con relación a la evolución de las costumbres, es un símbolo del desfase general. Pero en Francia, los reformadores están aún más retrasados en este sentido que en Suiza.

La ley sobre la autoridad paterna en el caso del divorcio ha sido recientemente modificada. He leído el texto publicado en el *Diario Oficial*. Es lamentable. Retrocedemos treinta años. En lugar de responsabilidad paterna, se habla en cada página de autoridad.

La autoridad no depende de uno mismo. No es el juez el que puede decir si tal padre tiene autoridad. La tiene o no la tiene. Depende del niño. El juez sólo puede decidir sobre la responsabilidad del padre o de la madre.

Si se dice que una madre tiene autoridad cuando no la tiene, se engaña a todo el mundo. Por qué no decir al niño: «Aunque ella no tenga autoridad, es responsable de ti. Debes someterte al hecho de la responsabilidad de tu madre, aunque ella sea incapaz de asumirla. A ti te corresponde ser responsable de ti mismo.»

Segunda aberración en el texto de la ley: el legislador habla del «derecho» de supervisar el mantenimiento y la educación. Eso no es un derecho, sino un deber. El «derecho» de visita es un deber paternal o maternal de interés y atención. Y para el niño un deber filial de verlos.

No se habla de ningún deber mutuo de unos con otros. Es un deber para el niño mantener relaciones personales con los parientes de ambos padres, aunque uno de ellos haya reñido con sus ascendientes o con la familia de su cónyuge.

Hay confusión de derechos y deberes.

«El padre que no tiene el ejercicio de la autoridad paterna conserva el derecho de vigilar el mantenimiento y la educación de los hijos.»

Aunque el niño no viva siempre con él, sigue siendo responsable de su cuidado. La responsabilidad incumbe a ambos padres. La autoridad no se comparte. La responsabilidad, sí. Los dos padres divorciados siguen siendo responsables solidarios de sus hijos. El juez puede decidir confiarlo a un tercero. Si el niño es confiado a una familia, ¡los padres ya no tienen ninguna autoridad ni responsabilidad! Absurdo; se ha querido legislar en un terreno donde no cabe una reglamentación. He recibido una octavilla de «Déjalos vivir», para suprimir el derecho al aborto. Estos casos de conciencia no son contemplados por los legisladores. Lo importante es despenalizar. No votar la prohibición de abortar.

El deseo de los niños de nacer es algo que ningún texto puede impedir que prevalezca.

En la situación de divorcio de los padres, escuchar al niño, apoyar su deseo de vivir es más bien de la competencia de un psicólogo que de un juez. El sentimiento del mediador desinteresado se traducirá en una opinión, un consejo, una recomendación, sin tomar la forma de una decisión jurídica.

El buen uso de los derechos del ciudadano a ser oído consiste en recordarle también sus deberes.

Kramer contra Kramer: la ley confía a la madre el pequeño educado por el padre que ella reclama después de haber desaparecido de su vida durante siete años. Finalmente, viendo el vínculo que le une a su padre, es ella misma la que decide dejarlo a la custodia paterna.

¡Un caso de divorcio en la región de Lyon demuestra bien a las claras qué uso tan aberrante hace el adulto de la ley que supuestamente debe beneficiar al joven ciudadano! El padre, que tiene el derecho de visita, viene a bus-

car a su hijo. Bajo el pretexto de que el niño no está todavía preparado (no se ha puesto aún el anorak), no se lo lleva. El niño llevaba esperando al padre dos horas. El padre hace constar por el ujier: «Observe que el niño está en pijama.» El niño, de seis años, protesta: «No es un pijama, ¡es un bonito traje de domingo!» El padre debía pasar las vacaciones con él. El hijo mayor, alumno excelente, quince años, en colonias con su escuela, se las arregló para fugarse. Había dicho al juez que no podía ir con su padre, el cual hace escenas espantosas.

El padre, que es médico, quiere a los hijos. Tiene tres; el menor, de cinco años. Anuncia que viene, pero no aparece. Cuando llega, es con dos horas de retraso. Dice que los niños no están listos. A veces el mayor se atreve a decir: «La otra vez dijiste que vendrías, y no viniste.» «¡Cállate!»

Los tres niños fueron examinados por una comisión de psicólogos. El responsable le dijo a la madre: «Vemos que sus hijos son demasiado ardientes, porque son mucho más inteligentes que los demás niños. Es peligroso que se queden con usted. Están demasiado responsabilizados. Saben arreglárselas sin usted.» La madre es doctora y tiene que ganarse la vida. El padre hace escenas continuamente. Los niños tienen su «actitud de reserva».

«¡Miren —dice el padre— cómo han cambiado!»

Han cambiado porque son desgraciados.

Estas situaciones son dramáticas.

Los niños, más sólidos que otros, resisten bien. ¿Quieren ustedes saber una de las razones por la que los jóvenes no quieren ya casarse? Para no tener que divorciarse, para que sus hijos no sean como estos hijos del divorcio. Pero no escapan a este sistema, pues los jueces tratan de la misma manera a los hijos de los concubinos que se separan. Sería preferible decirles: «Sois concubinos, y, por tanto, estáis fuera de la ley. Así pues, que vuestros hijos se las arreglen. De ese modo tendrían alguna probabilidad.»

Hay niños que superan perfectamente la separación de sus padres. El conflicto puede ayudarles a madurar más rápidamente. «¡No lo pueden remediar, mis pobres padres!» Vemos cada vez más jóvenes que tienen una sana compasión por sus padres. «No me siento muy cómodo con ellos», «Son así».

Se oye decir: «No es una madre.» Pero es su madre. ¿Qué es una madre, sino una mujer que no es más que una madre...?

Parejas muy asentadas disputan a veces por causa de sus hijos. Uno de los cónyuges encuentra demasiado indulgente o demasiado severo al otro... con relación a su pobre padre o a otro hombre con el que compara a su compañero. Cuántos hijos oyen a su madre responderle a su padre: «No eres un marido.» O a este último: «No eres una mujer.»

Eso es algo muy frecuente en parejas estables, que así liberan tensiones.

Un adolescente quizá se lo tome con filosofía. Un niño corre el peligro de quedar más perturbado, y puede inducirle a conductas antimatrimoniales.

Ya es difícil dejar expresar sobre el divorcio a los jóvenes que lo sufren. Habría que evitarles, preventivamente, el debate sobre el matrimonio. La legislación sobre el matrimonio tendría que modificarse. Nos casamos como en el siglo XVIII. El texto sobre la custodia de los niños es de la misma antigüedad. El contrato de matrimonio, tal como se hace aún, fue creado por sociedades donde se conservaban los bienes, las tierras. Uno se casaba impulsado por los intereses de la familia. Eso ya no se corresponde a nada, y puede explicar que unos jóvenes vivan juntos para tener hijos, pero sin casarse. «Pues no hay vínculos de interés entre nosotros», «Vivimos juntos porque nos conviene, de una manera desinteresada».

Es aún difícil conseguir que los directores de las instituciones no asistan a los debates en que los alumnos han sido invitados por un adulto del exterior, en un local del instituto, a expresarse libremente, sin control.

Yo había expuesto mis condiciones al director de un instituto de la región de París, para celebrar una reunión de alumnos del último curso. La sala de fiestas había sido puesta a nuestra disposición para la sesión. Sentada en la tarima, levanto la cabeza y distingo a la luz de las pequeñas ventanas unas sombras. «Diría que allá, en el anfiteatro, hay alguien.» Los jóvenes se dan la vuelta. «Ah, es donde está la cabina de proyección.» «Id a ver.» Allí arriba, el director se descubre, embarazado, y me dice: «No

hay ningún mal en que me quede aquí, ¡de espectador!» Había ocho profesores escondidos en la sombra. Yo me levanto. «Está bien, ¡pero yo me voy!», y tomo a los estudiantes por testigos: «Ya veis la angustia de los maestros, la angustia de vuestros padres. Les angustia la idea de que planteéis cuestiones diferentes de las que les planteáis a ellos. Y precisamente, si me hacéis a mí estas preguntas, es porque no podéis hacerlas a las personas que veis a diario. Y eso os angustia. No hay motivo para reír. La angustia es muy dolorosa; la conocéis bien. Y vuestros maestros la sienten, por ellos y por vosotros, porque son responsables de vuestro futuro.»

Quiero que esta condición sea respetada, porque los adolescentes no pueden hablar a los adultos tutelares de lo que les preocupa en el fondo de su corazón. Es más fácil hablar a personas a las que se supone que no se volverá a ver. Me salí con la mía. El anfiteatro fue iluminado para que nadie pudiera apostarse en la sombra. A la salida, el director reía de dientes para afuera. «Está usted demasiado angustiado», le dije.

En el Instituto de Montgeron, cuando reuní a unos alumnos de terminal, dieciocho y diecinueve años, hijos de padres divorciados, para preguntarles lo que les hubiera gustado hacer cuando tenían catorce o quince años, llegaron «desinformados», no preparados. La directora les había dicho que iban a escuchar una conferencia sobre sus derechos.

Tantas precauciones por unos preestudiantes... ¡Qué obstáculos no surgirían si uno quisiera hacer hablar a chicos de doce, trece años, en el recinto de su escuela, sin control de los enseñantes...!

Ya llegaremos a ello.

Actualmente, los maestros e incluso los directores de escuela o los jefes de estudios están muy sensibilizados por el riesgo de que puedan ser denunciados —equivocadamente— por algún alumno histérico de tentativa de abusos sexuales o de atentado al pudor.

Lo que más asusta a los educadores es que no hay testigos: la acusación se basa en el testimonio de una, dos o

tres muchachas. Una de ellas inicia la denuncia, y entonces otra dice: «Bueno, pues yo también...»

Si la acusación es pública, el asunto se resuelve con rapidez. Ni siquiera hay «asunto». En un colegio canadiense, una muchacha de trece años dijo un día: «El señor Fulano me tiene entre ceja y ceja; no le gusto, sólo le gustaría si accediera a besarle...» La alumna lo dijo delante de todo el mundo...

¿Cuál fue la defensa del educador?

No hizo falta la defensa. El debate público permitió desdramatizar la cuestión. El modo como la muchacha contaba («Me detesta y le gusto demasiado») era revelador. Evidentemente, era ella la que tenía un problema personal. Su padre había abandonado a la madre cuando la niña tenía once años, y ahora tenía trece. Estaba obsesionada por la traición del padre, que ya no se ocupaba de ella. Todo se aclaró. No se acusó a la niña; simplemente se le dijo: «Pero bueno... Dices que sabes que le gustas. Entonces, ¿por qué dices que te detesta? Dices que querría hacer contigo como si fueras ya una joven que puede ir con un hombre; pero eres demasiado joven...»

Todo el mundo habla de ello y tiene en cuenta rápidamente las cosas. Pero en Francia, si una muchacha dice a escondidas a sus compañeras y luego a sus padres: «Sabéis..., el profesor, conmigo...», la familia presenta una denuncia y desencadena todo el sistema judicial. En Canadá no ocurre nada, porque se ha dicho en público... En Francia, se está obligado a cambiar al profesor. Es a la muchacha a quien habría que trasladar. «Ves como eres agradable, ves como gustas...»

Curiosa paradoja la de una sociedad machista que genera un cuerpo docente de aplastante mayoría femenina. Jamás un muchacho irá a denunciar a su maestra porque ésta le haya hecho proposiciones, o haya tratado de seducirlo. Las muchachas tendrán cada vez menos profesores varones que denunciar, si del cuerpo docente desaparece la adecuada proporción de sexos. Por inconsciente autodefensa, el cuerpo docente masculino es hostil a las discusiones libres, pues los profesores tienen la sospecha de que cuando un alumno critica es para calumniar, para acusarlos injustamente.

Gabrielle Russier ha sido olvidada demasiado pronto. La emoción suscitada por la muerte de esta profesora acusada de corrupción de menores tendría que haber animado la voluntad de cambio para que aquel acto de poder paternal sobre un joven no pueda repetirse en Francia con el apoyo de la maquinaria judicial. Este «sacrificio, esta condenación de un amor verdadero» debería haber sido suficiente para demostrar que la ley está intrínsecamente corrompida. Es, por tanto, una ley deficiente, mal concebida, y tiene que ser modificada, si sirve hasta ese punto a la mala fe de los adultos... Los padres de él eran comunistas militantes. Se supone que defendían la fraternidad. Pero no tuvieron más que una idea: perseguir a aquella que amaba a su hijo, y era amada por él, por corrupción de menores. El chico estaba muy desarrollado para su edad. Afirmó que amaba a aquella mujer, la cual no tenía hombre en su vida, cuando ambos se encontraron y enamoraron. No era un caso de corrupción, sino un caso muy particular de amor. Tenían el proyecto de vivir como verdadera pareja. No había nada reprochable. ¿Por qué esta prohibición? ¿Porque ella era profesora? ¿Porque él tenía menos de dieciocho años? Ciertamente, pero era un muchacho psicológicamente maduro...

La palabra «menor» es despectiva. ¿No habría que empezar a eliminarla del vocabulario? Porque el término «menor» evoca siempre el tribunal tutelar de menores, la delincuencia, la corrupción de menores. Cuando un profesor le habla a una alumna, de inmediato brotan los rumores; se sobreentiende que sus intenciones no son puras. Cualquiera hombre que reciba en su casa a una menor es un presunto culpable.

Porque esto no se hace en público... La cosa adquiere un tinte oscuro. Se habla con el profesor a solas, cuando la clase ha terminado.

¿Por qué el profesor no le habla a su alumna delante de toda la clase? «Es muy interesante lo que me has dicho. Hablaremos de ello en el próximo curso.» En Quebec se alienta a toda la clase a que entre en conversación con el educador.

Raras veces sucede que los educadores se vean implicados en asuntos escabrosos. Sin embargo, el rumor se esparce rápidamente.

Pero ¿qué relación tiene esto con el hecho de amar sinceramente a un alumno o a una alumna que ya son hombre o mujer, y con el de interesarse en su evolución? No se puede aplicar la misma ley a la paidofilia y al gran amor. Por regla general, al adulto sólo se le atribuyen intenciones obscenas. Creo que esto será lo más difícil de extirpar de la mentalidad media.

¿Y si se eliminara la noción de menor?

Esta noción entraña una mentalidad retrógrada que no inspira confianza al ser humano, ni adulto ni niño, en sus relaciones con los demás. Una mentalidad impregnada de miedos, de prejuicios, de intolerancia y de desconfianza. Lo que haría falta es que la ley dejara de ocuparse de la edad. Que se ocupara solamente del incesto, de las relaciones entre parientes próximos, hermanos, hermanas, padres, tíos, tías, pero que no existiera ninguna prohibición entre adultos y niños.

Actualmente, las relaciones adultos-niños están manchadas de sospecha por la sociedad.

He citado a Quebec como modelo de las relaciones entre alumnos y profesores. Pero por lo que hace a las relaciones familiares, el cuadro es negro. Las autoridades están enloquecidas por las cifras proporcionadas por una encuesta: el número de niños violados física o moralmente por sus padres. Habría incesto o abuso sexual en ocho familias de cada diez. Esto es probablemente una exageración, pero las autoridades de Quebec lo creen, porque sitúan en el mismo plano la intimidad, los tocamientos sexuales entre hermanos y hermanas y la violación por el padre o la madre. La controversia está servida. La justicia cree ver sexualidad en todos los gestos íntimos. Los adultos dicen que no es así, y los niños dicen que sí. El ministro de Asuntos Sociales ha iniciado una campaña de información nacional. He visto las películas educativas que se proyectan para niños a partir de los ocho años, para que los pequeños puedan defenderse de los atentados sexuales, en la calle, en el autobús o en la escuela; con todos sus detalles. Las autoridades se imaginan que la prevención será suficiente para que los niños dejen de ser víctimas de los abusos sexuales. Pero a los ocho años ya es demasiado tarde. La concepción de los *sketchs* y los diálogos haría

reír en Francia. Pero, en Canadá, funciona. A pesar de todo, he encontrado muy interesante seguir las reacciones de los jóvenes espectadores a los que se ha pedido que comentaran los filmes. Todos los *sketchs* representan a adultos que se sienten tan culpables que actúan como obsesos con una violencia continua, o una agresión verbal terrible contra el niño. Así, en un autobús, una pequeña está jugando con un artilugio electrónico, y un pasajero le rodea la cintura con el brazo. La niña se pone tensa, y el hombre la aprieta un poco más... Un encuestador interroga a una niña espectadora. Ésta le responde: «Bueno, ella no está muy contenta...» «¿Pero le gusta o no?» «No...» Vemos la expresión tensa en la cara del hombre, que mira a su alrededor para ver si le observan. Al cabo de un momento, la pequeña se ruboriza intensamente, y dice: «¡No, señor, no!» (el que interpreta el papel es un profesor), y el hombre retira su brazo, muy molesto, mira la hora y baja en la parada siguiente. La niña dice: «Vaya, qué miedo tenía cuando le he dicho "no señor".» «Te felicito, eso era lo que tenías que hacer.» Pero si el hombre se hubiera dedicado a ello con amabilidad, diciéndole: «Vaya, pues sí que es interesante tu juego. Enséñamelo, ¿quieres?», la pequeña se hubiera sentido satisfecha. Y se habría ido al café de la esquina para jugar a algún otro juego electrónico con él. En otro *sketch*, un individuo, profesor de educación física, da una lección gratuita de béisbol a un muchacho; su mamá no quiere pagarle una lección con el profe. Éste le dice: «Escucha, tu mamá no quiere, pero como estás muy dotado, te voy a entrenar. A ver cómo atacas.» Y, al mismo tiempo que se lo demuestra, le pellizca en el muslo. El muchacho sonríe tímidamente: «Ah, no. ¡No me gusta eso que ha hecho!» «Bueno, entonces, ¿no quieres aprender? Te hago esto para demostrarte que no es necesario que estés tenso, sino que debes relajarte. Te he demostrado que no lo estás, pues te ha hecho daño que te pellizque el muslo...» El muchacho acepta un poquito la primera vez, y luego, la segunda, vemos la cabeza del profesor que está tensa por su sexualidad. El alumno ha ejecutado muy bien su ataque, pero el profesor le vuelve a pellizcar en los muslos. El chico protesta: «Bueno, ¿y por qué lo hace ahora? ¡Lo he hecho muy bien!» El profesor responde: «¿Qué pasa contigo? Me ocupó de ti, y no estás contento. No voy a ponerte nunca en mi equipo; peor para ti.» El chico se queda

muy apagado, vuelve a su casa, y su madre le dice: «¿Qué sucede hoy?» «Bueno, no estoy muy contento con el profesor de...» «Pero si a ti te gusta mucho el béisbol.» Entonces él le dice: «Sí, pero me ha hecho algo extraño...» «Vaya, ¿qué te ha hecho?» «Bueno, ha querido darme una lección, es muy amable. ¡Y luego me ha pellizcado en los muslos!» «¿Y tú qué le has dicho?» «Que no me gustaba.» «Has hecho bien, bravo.» «Sí, he hecho bien, pero, sabes, no se ha quedado muy satisfecho, y me ha dicho que no me pondría jamás en el equipo, que era demasiado estúpido...» La madre le dice: «¿Quieres que vaya a hablar con él?» «Oh, sí, me parece lo mejor.» La madre va con el pequeño a hablar con el profesor: «¿Ha pasado algo, eh, señor? Me parece que sí, que usted sabe bien lo que ha pasado...» El profesor, muy incómodo, se queda callado. «Bien, soy su madre. Mi hijo es muy inteligente, y lo ha comprendido. Bueno, esto tiene que terminar.» Vemos a continuación al individuo que le pide al director que le cambie de escuela. Jamás, en Francia, semejante filme sería aceptado así, con unos papeles representados por profesores, y un grupo de niños a los que se les pide su parecer sobre las imágenes. La opinión pública juzgaría ridículas estas películas, y de mal gusto, porque los franceses no tienen el sentimiento de culpabilidad que tienen los puritanos canadienses de Quebec. En Europa, los pederastas de niños escolares desempeñan su papel con una máscara de dulzura; no dejan ver su tensión o su angustia en el momento en que «cortegan». El gimnasta no pellizca los muslos de su alumno. Lo que hace es decirle: «¡Vaya, pues estás musculado, chico!» Es mucho más solapado.

Otro filme trata de la homosexualidad femenina. Una mujer le propone a una muchachita que se deje peinar. «Eres una chica muy bonita. Tienes un cabello precioso.» La cosa empieza con ese cumplido, y luego aparece animada de una tal agresividad sádica sexual que empieza a tirarle de los cabellos, y a pegarle con el cepillo. La pequeña grita: «Ah, no, no es así como me gusta que me peinen.» La otra se enoja: «Si no te gusta...» «Pero, hace un momento, cuando usted me peinaba, me hacía daño...» «Sí, hace un momento... pero ahora...» El filme no quiere demostrar que la muchacha puede tener sensaciones genitales cuando la mujer le hace aquello, pero que no le apetece que se le tire del pelo para sentir placer sádico con

ella. ¿Por qué dramatizar? La caricia no es el placer sexual genital. Pero este cine es un poco el espejo del Quebec puritano. Tiene también el mérito de hacer hablar a los niños sobre el tema del incesto.

¿No se corre el peligro de prevenir a los jóvenes contra la sexualidad de los adultos incluso cuando no hay intención de violación o situación de incesto?

Los niños que me han contado lo que ocurre en el interior de la familia establecen bien la diferencia. «Aquel señor es malo; y está claro, no le conocen. Pero cuando se trata del amigo de papá en casa...» A partir de ahí, es posible iniciar el diálogo con el niño: «No porque le conozcas y sea tan amable, vas a aceptar todo lo que te propone. Pero puedes ser atraído por alguien de más edad que tú, que se interese por ti. Si eso te causa placer, ¿qué te lo impide? No es tu padre... Si fuera tu padre, está prohibido, pero si es un señor amigo de papá y que quiere ser también amigo tuyo, no hay mal en ello, si tú también deseas lo que él desea. Pero aprende a conocerle, no te apresures.» No hay que prohibir las relaciones entre los adolescentes y los adultos, excepto si hay incesto. Lo demás no debería ser penalizado. Pero resulta indispensable una educación para los jóvenes cuyo crecimiento no ha terminado, y la vida sexual apenas nace, una información sobre la ley que tiene como fin proteger el órgano que no está maduro mientras que la sensibilidad amorosa sí lo está. Es una lástima culpabilizar la sensibilidad amorosa. No se habla de esta sensibilidad amorosa en Canadá... No aparece en las películas; no hay más que agresividad sexual. O cumplidos narcisistas sobre la belleza del cuerpo, la belleza de los cabellos.

El descenso de la natalidad no es culpa de los jóvenes. Al tomarse tiempo para reflexionar, las gentes hacen menos niños. Cuando son jóvenes, tienen un deseo de niños. Las muchachas en todo caso. Los chicos, menos. Los chicos son muy diferentes de las muchachas. Sólo tienen miedo de las enfermedades transmisibles sexualmente, pero ninguno le tiene de embarazar a las mujeres. Les importa un comino que aquél sea su hijo; se mofan de ello. Los miem-

bros del equipo de medicina de Montpellier han interrogado simultáneamente a chicos y chicas, pero creen que eso falsea la experiencia, y que una de las causas de esta actitud de bravuconería de los chicos es la presencia de las muchachas. Pese a la enseñanza mixta que agrupa a chicos y chicas bajo la misma bandera, que los junta en programas determinados, la reflexión común, la discusión común no cae por su peso. Sobre todo cuando concierne al destino de cada uno. Las diferentes reacciones tienen un fundamento biológico... La abundancia de espermatozoides es tal que a los muchachos les importa muy poco un gameto que sobreviva. El adolescente no piensa en absoluto en crear una familia con vistas a tener una descendencia. No piensa en la limitación de su vida. Está en pleno desarrollo y expansión. Cuando un hombre comienza a pensar que su vida no es eterna, piensa en hacer un descendiente; antes, no. Pero, si hay reflexión y debate por separado, porque ello corresponde en último término a datos biológicos diferentes para niveles de conciencia diferentes, ¿acaso no es de desear que los chicos estén al menos informados de lo que piensan las muchachas de la misma edad, es decir, que sepan que las chicas no tienen en absoluto la misma actitud frente a la procreación? La encuesta de Montpellier no quiso tocar el tema del sentimiento. Los médicos hablaron sólo de la información relativa a la fisiología, al ciclo menstrual, a la fecundación y la gestación. Y lo hicieron a propósito; no hablaron de sentimiento. Sin embargo, la actitud no era neutra ni pasiva. La actitud de las chicas era la de escuchar con seriedad; la de los muchachos, un rechazo, acompañado de mofa. Cuando respondieron a los cuestionarios, hicieron juegos de palabras obscenos. La experiencia sueca que trataba de erradicar el sentimentalismo vinculado al acto sexual decepcionó mucho. Los suecos se han echado atrás. Parece incluso curioso que en la Europa occidental, entre los demagogos encargados de la educación y de la información de los jóvenes, se esté aún en favor del mito de una información completamente objetiva, como si no existieran los afectos, cuando la experiencia escandinava ha sido un fracaso. Los afectos en las poblaciones son de tal índole que si se empieza a hablar del acto sexual, no se puede hablar ya de información estricta. Los investigadores de Montpellier observaron todos los niveles de escolaridad. Quedaron ate-

rrados del bajo nivel de las profesoras en cuanto al conocimiento del cuerpo, del ciclo menstrual, de los medios anticonceptivos, y sobre todo de su opinión de la cuestión, muy inferior a las de las muchachas de trece y catorce años. Incluso aquellas que habían asistido al curso no recordaron nada de él, como por ejemplo que es la primera educación la que marca a la persona hasta la edad adulta, porque son experiencias que no podían ser borradas. La experiencia del hecho consumado. Vimos como una maestra concebía su primer hijo sin darse cuenta. Estaba cogida en la trampa por la natalidad, y de rechazo, era agresiva con sus alumnas. ¿Por qué los educadores rechazan dar información sexual? Temen que si se habla a los jóvenes de la concepción, de la vida sexual, lleguen a desinteresarse completamente del programa. Ninguna disciplina cultural aparecerá como interesante si se habla de eso. ¿Sólo eso es interesante? Ello demuestra hasta qué punto los estudiantes de enseñanza media están reprimidos, y que hay que continuar reprimiéndolos so pena de verse desbordado: «Ya no seguirán siquiera su curso.»

Es posible considerar la posibilidad de una información sexual organizada por los propios jóvenes. ¿No se trata quizá de una cuestión a desarrollar entre los jóvenes en ausencia de los adultos?

Los investigadores de Montpellier dejaron hablar un poco a los alumnos de los grupos; oyeron todas las bolas que se cuentan en los ambientes rurales. Lo poco que saben está impregnado de las ideas recibidas de las abuelas.

Los jóvenes están detrás de Harlem Deseo. El antirracismo constituye, al parecer, la unanimidad. Pero, paralelamente, vemos que tienen tendencia a reproducir por sí mismos una nueva forma de segregación por la edad.

Este unanimismo, todas las razas confundidas, en favor de una sociedad multirracial, multicultural, establece una especie de lucha generacional. Los jóvenes segregan a los que no tienen su edad. Pero eso es consecuencia de que los adultos tienen miedo de los adolescentes. Son ellos quienes tratan a los adolescentes como si fueran de otra época. Los profesores dicen todavía: «Cállate, no eres más que un

niño.» El tuteo de oficio rebaja. Es sin duda una reacción, pero por miedo a ser víctimas ahora de ello, creo que toman la delantera excluyendo a los adultos como se les ha enseñado a hacer. Por otra parte, si bien fingen no hablar ya a sus padres, hablan a personas de la misma edad que sus padres pero que no son sus padres. En tanto que los padres no hablan a los niños de la edad de sus hijos, que no son sus hijos. Así pues, la segregación viene mucho más de parte de los hombres y mujeres adultos que tienen miedo de los jóvenes, y que se sentirían humillados de estar en igualdad con sus hijos: «Eres un crío; no has visto nada.» «Aún tienes la leche en los morros.» Los adultos creen que la experiencia es exclusiva de la madurez. Y, sin embargo, la vida, desde su inicio es una experiencia de cada momento. Inventan sin cesar innovaciones, emociones, exploraciones. Por eso los adolescentes adoptan, prestándose a ello la época, apariencias extraterrestres ante sus padres.

CAPÍTULO 16

CUANDO LOS JÓVENES TIENEN LA PALABRA

Los sondeos sobre muestras de jóvenes, por atractivos que los haga el juego mediático y por múltiples que sean, se resumen pronto. Dicen siempre un poco lo mismo. Los jóvenes están preocupados, ante todo, por la salud, el amor, la fidelidad, la valorización a través del trabajo. El dinero viene después. Pero lo más interesante es seguir la evolución al paso de los años.

Una línea esencial se desprende de ello. La juventud sufre de excesivas facilidades de vivir y de falta de motivaciones. Los adolescentes echan los bofes por nada. Les afecta verdaderamente la ausencia de contacto con los profesores, el desprecio que en general se tiene por su edad y sus opiniones. Estos jóvenes, conscientes de ser representantes de su edad en la sociedad, se sienten lastimados al ver que en las reuniones profesores-alumnos, no se presta atención a lo que ellos dicen. Lo sé por los escasos profesores que se sienten disgustados por el poco caso que el director hace de los comentarios de los estudiantes. Los consejos de clase no son más que una parodia. En el otro extremo, está la experiencia actual de las escuelas de Canadá, donde todos los niños son escuchados, donde todas las reivindicaciones tienen su lugar un día por semana, donde todo el mundo escucha a los niños. Se vota sobre toda sugerencia o crítica de cada niño. Nada se ignora de lo que el niño tiene que decir, para no desmentir la divisa: «Los adultos al servicio de los alumnos.» Pero no de una manera demagógica. Al servicio de sus estudios, al servicio de su bienestar. Lo importante es sentir confianza en la escuela. En Francia, los locales son feos, se produce la extorsión al salir de la escuela, se derriban los muros en un clima de inseguridad. Y no tienen ningún derecho, ni recurso; y tratan de escapar, de escuchar jazz, o incluso

música clásica. Me quedo asombrada de la importancia que tiene la música clásica. Es como un retorno. Hace algunos años, los jóvenes a los que se preguntaba declaraban que eso no era música. En su opinión, la música había nacido con ellos. Todo lo anterior era simple ruido, el ruido de los adultos.

Tengo la impresión de que ya no buscan provocar, como lo hacían las generaciones anteriores, los *zazous*, los *J3*, los roqueros, los *babas-cool*, los sucesores de los *hippies*. Aquellos que son «*bon chic bon genre*» están muy contentos de que haya *punks*; no se sienten ofendidos: «Yo soy así; y los hay que viven de otro modo. Por suerte, hay *punks*.» Es tranquilizador para estos jóvenes «*bcbg*» poderse decir: «Los hay más extremados que nosotros, más excesivos que nosotros, pero queremos, sin embargo, manifestar que aunque somos diferentes, nos sentimos solidarios de ellos.»

La internacional de la juventud...

Es un consenso, una disposición a considerarse solidario, a manifestarse al margen de los movimientos políticos. Una base fluida y a la deriva que desafía las previsiones.

Por sondeo sobre una muestra representativa de los medios «bcbg», se ha encuestado a adolescentes acerca de lo que pensaban de sus padres. Parecen querer dar una magnífica imagen de sus padres, y expresar la «excelente opinión» que les merecen.

Sondeo 1¹

Vuestros padres son

Generosos	49,1 %
Autoritarios	29,3 %
Tiernos	22,0 %
Injustos	11,8 %
Pesados	11,2 %

1. *Pèlerin Magazine* n.º 5445, 10 de abril de 1987.

Tenéis más bien la tendencia a considerarlos como

Superiores	40,2 %
Confidentes	22,6 %
Niños crecidos	12,4 %
Amigos	11,2 %
Un hermano o una hermana mayor	9,8 %

En sus reacciones con vosotros, pensáis que

Saben muy bien lo que hacen	42,0 %
Se sienten un poco perdidos	18,6 %
Están en el ajo	14,4 %
Jamás han sido jóvenes	13,2 %
Pierden pronto su sangre fría	10,0 %
Pasan de todo	0,6 %

¿En qué terreno os sentís más diferentes de ellos?

En su manera de ver la vida	55,4 %
En su modo de trabajar	10,8 %
En su fe y su práctica religiosa	8,4 %
En sus reglas de cortesía	6,6 %
En sus compromisos benévolos	5,6 %
En sus ideas políticas	5,4 %

Tenéis la impresión de que os encuentran

Perezosos	44,1 %
Ambiciosos	21,8 %
Valientes	19,1 %
Generosos	10,0 %
Marginales	7,7 %
Hastados	6,0 %

Tenéis la sensación de que

Os comprenden	67,6 %
Ignoran vuestros problemas	29,8 %

¿Tenéis la sensación de que confían en vosotros?

Sí	79,2 %
No	18,8 %

¿Tenéis confianza en ellos?

Sí	87,6 %
No	11,2 %

Cuando vivís un conflicto con ellos, ¿cuál es la reacción procedente de vuestros padres que más os exaspera?

El sermón	34,6 %
La bronca	34,0 %
La avalancha de buenos consejos	17,0 %
El silencio	10,4 %
El castigo	2,2 %

Encontráis que hablar con ellos es

Fácil	45,0 %
Difícil	45,8 %
Imposible	7,8 %

Actualmente, tenéis la impresión de que

Os ayudan realmente a ser vosotros mismos ..	68,8 %
Desean sobre todo que os parezcáis a ellos ..	28,8 %

En la vida cotidiana, ¿cuáles son los principales temas de desacuerdo con vuestros padres?

Vuestro trabajo escolar	47,6 %
Los servicios que prestáis en la casa	41,1 %
El arreglo de vuestra habitación	37,3 %

Sondeo 2¹

1. ¿SATISFECHOS DE VUESTROS PADRES?

¿Pensáis que, en conjunto, vuestros padres se han ocupado de vosotros demasiado, no lo suficiente, o lo que hacía falta?

Lo que hacía falta	61 %
Demasiado	21 %
No lo suficiente	15 %
Sin opinión	3 %

1. *L'Express*, 10-16 de noviembre de 1975.

2. LA EDUCACIÓN DE VUESTROS (FUTUROS) HIJOS

¿Y vosotros, si pensáis tener hijos con el tiempo, tenéis el propósito de educarlos de manera semejante o muy diferente del modo como os han educado a vosotros?

De manera bastante parecida	50 %
Muy diferente	44 %
Sin opinión	6 %

3. EL NÚMERO DE HIJOS IDEAL

¿Cuántos hijos querrías tener?

Dos	42 %
Tres	31 %
Uno	10 %
Ninguno	8 %
Cuatro	0 %
Cinco y más	0 %
Sin opinión	9 %

4. LA FAMILIA, MAÑANA

¿Creéis que la unidad de la célula familiar seguirá siendo tan fuerte, tan estrecha, en el futuro como lo es hoy, o que tendrá tendencia a debilitarse?

Tendrá tendencia a debilitarse	66 %
Seguirá siendo tan fuerte, tan estrecha	23 %
Sin opinión	11 %

5. ¿PARA QUÉ SIRVE, SOBRE TODO?

Para cada una de las cosas siguientes, ¿podéis decir si el mantenimiento de una célula familiar os parece algo muy importante, o no?

	Muy importante	Nada importante	Sin opinión
Para la educación de los hijos	85 %	11 %	4 %
Para estar mejor protegido contra los golpes de la vida	58 %	30 %	12 %
Para la plenitud individual de los esposos	51 %	37 %	12 %

Tras la aparición de *La causa de los niños*, algunos establecimientos educativos me invitaron a hablar a grupos de alumnos. Acepté dirigirme a una escuela privada de París, después de haber conocido a una de las monjas que formaba parte de su dirección, sor Catherine. Era una mujer relativamente joven, que había recibido una formación de psicoanalista. Descubrí que hablaba con absoluta sinceridad a sus alumnos. La condición expresa que puse era que ningún adulto, ni profesor ni padre, asistiera a mi reunión con los alumnos del último curso. La hermana Catherine se comprometió: «Le doy mi palabra. Ningún adulto les escuchará, y nadie preguntará a los niños qué les ha dicho usted.»

Los preguntones fueron los alumnos. Periódicamente, iban personas a hablarles de sus profesiones. Algunos habían leído *La causa de los niños*. Sus profesores de letras y de filosofía les habían hecho comentar algunos pasajes. Varios manuales de filosofía incluyen citas de mis libros.

Lo que más me interesó fue ver que la mayor parte de aquellos jóvenes no tenían con sus padres los conflictos que tuvieron a los seis o siete años algunos jóvenes que yo había visto. En absoluto. Sus conflictos son sólo los que dimanan de sus contradicciones internas. Todos hicieron la misma pregunta de fondo: «¿Qué se puede hacer cuando uno desea dos cosas que son incompatibles?» Juntos, pasamos revista a estas contradicciones. Cada uno exponía su problema.

Ejemplo: «Quisiera trabajar para tener una buena profesión, pero, al mismo tiempo, quisiera ser libre y trabajar justo algunas horas, para poder vivir las otras horas.» Evidentemente, no se puede ser un buen alumno en clase si se tienen demasiadas horas libres, pues se piensa lo menos posible en el trabajo, y no se consigue sacarlo adelante. Hay contradicción entre ambos deseos: vivir, y preparar una vida para cuatro años después.

Otro me dijo: «Yo quisiera ganar dinero para poder tener una mujer y familia. Pero, al mismo tiempo, me disgustan estas profesiones que se ejercen sólo por el dinero. Quisiera, desearía ser artista. La gente que me agrada es gente que come cualquier cosa, que no le importa parecer vagabundos, y, por tanto, que no puede tomar las responsabilidades de una familia.»

Estos jóvenes estaban presos entre dos deseos, un deseo

de realización creadora y uno de dinero, que permite entonces comprar lo necesario para una especie de plan imaginario a largo plazo. Pero, a corto plazo, vivir es elegir. «No consigo elegir. Vivo en contradicción conmigo mismo.»

Las muchachas expresaban esta contradicción: Tener hijos, y, al mismo tiempo, no depender de nadie y ser libres, independientes, sin cargas.

Otro estudiante me dijo: «Yo no quisiera hacer otra cosa que viajar. Ganar dinero para retirarme y hacer un viaje de algunos meses. Luego, vuelta a ganar dinero. Pero como actualmente uno no está seguro de encontrar un empleo, no es posible vivir así, y tengo miedo de convertirme en un vagabundo. Si pudiera hacer viajes siendo medio vagabundo, no me importaría. Pero no estoy seguro de que, a mi regreso, pudiera ganarme otra vez la vida.»

Aquel que quiere viajar debe correr el riesgo de quedarse en situación casi marginal. Pero ellos no quieren correr este riesgo. Quieren el billete de regreso. Quieren el placer y el dinero que cuesta el placer.

En suma, querrían instituir las vacaciones sabáticas, cosa que los empresarios no desean en absoluto. Hay muy pocos que lo acepten, y especialmente si se trata de empleados jóvenes. Es preciso llevar muchos años en la empresa para tener derecho a unas vacaciones excepcionales sin sueldo.

Los funcionarios, sobre todo aquellos que se ocupan de educación, cuya profesión es ocuparse de los demás, tienen, cada siete años, el derecho de tomarse un año sabático. Pero, en la industria y el comercio, se trata de algo muy raramente concedido en Francia.

¡Cuando pensamos que sus propios abuelos jamás tuvieron vacaciones! Hasta 1936, la mayor parte de los oficios sólo tenían libre el domingo; ni siquiera el sábado. Pocos eran los que disfrutaban del fin de semana, y sólo los cuadros superiores podían tomarse el sábado por la tarde. Pero hoy hemos adquirido el hábito, y el derecho al ocio aparece como un derecho sagrado de todas las épocas, como si fuera imposible que jamás se hubiera podido vivir sin él.

Asombrosa anulación del pasado de los antiguos.

No es nada asombroso: lo que durante mucho tiempo ha sido un deseo, una vez obtenido, se convierte en necesidad.

Habría que enseñarles a los jóvenes del año 2000 que el trabajo ya no es una valoración indispensable; ¡habría que enseñarles incluso a no hacer nada! No esperar una promoción social solamente del trabajo. Ha llegado el momento de valorizarse en los ocios. Estamos a un año luz del discurso de los que instituyeron la III República.

A condición de tener con qué pagarse los ocios. Antes de la Revolución Francesa, había, de trescientos sesenta y cinco días, ciento setenta y cinco de fiesta, pero, como los habitantes pertenecían en su inmensa mayoría al ambiente rural, los animales les obligaban a trabajar los días festivos. Había que ordeñar las vacas, ocuparse de la comida de las gallinas, etc. Sin embargo, iban a la iglesia por las fiestas muy sonadas. Se trataba de fiestas de cohesión social, y estas interrupciones no perjudicaban el cumplimiento de la labor. Los países del Tercer Mundo conservan esta tradición. Y puesto que nuestros políticos hablan de revalorizar el trabajo semanal, harían bien en inspirarse en el ejemplo de los obreros de América del Sur, que no se comportan como «beneficiados», sino que tienen una notable conciencia profesional.

Mi hermano había fundado una fábrica de andamiajes metálicos en Río de Janeiro, Brasil, y había contratado a analfabetos que, al parecer, eran muy diestros en atornillar tubos de metal. Tenían muchos menos accidentes laborales que los otros. Me contaba que había reclutado sus primeros capataces entre los chóferes de taxi que tomaba en Río. Mi hermano les decía: «Tengo que montar aquí una fábrica. ¿Le interesaría a usted venir a trabajar a mi casa, en lugar de hacer el taxi?» Así es como se le unieron gentes inteligentes que eran, al comienzo, analfabetos.

Al segundo año, se celebró una fiesta para agasajar a los franceses que habían montado aquella industria en Brasil. Los obreros dieron la fiesta a los cuadros. Cada uno trajo un pastel preparado en casa, mientras las mujeres bordaron una camisa «para su esposa». ¡Los ingenieros de

Francia recibiendo regalos de los obreros! Jamás se había visto tal cosa en Francia.

Mi hermano, visitando los talleres de construcción, se quedó asombrado de ver a tanta gente en los andamios. Unos equipos trabajaban, y otros estaban parados, a cualquier hora del día. El capataz le explicó: «Por la mañana, les doy la tarea que tienen que hacer en sus ocho horas de trabajo. Ellos la hacen cuando quieren, y, si se les impone paradas, entonces tendrán accidentes físicos. Saben muy bien cuándo están fatigados y cuándo tienen que hacer una pausa. Entonces, aprovechan ese momento para comerse su "tentempié", y duermen un cuarto de hora o veinte minutos. Jamás me mezcló en su *planning* de la jornada; tienen una tarea que hacer, y estoy seguro de que la harán. Se las arreglan entre ellos.» Él había residido en Francia. «Aquí no es posible trabajar como en Francia. Se quedarán media hora o una hora más, pero terminarán el trabajo que aceptaron hacer por la mañana.»

He aquí una experiencia interesante que podría prefigurar una manera modulada de trabajar, incluso entre nuestros trabajadores manuales de hoy en nuestros países.

Pero, en los países de América Latina, hay tanta demanda de trabajo y tan poca oferta que los obreros contratados saben que si no hacen lo que tienen que hacer, lo hará otro; no hay sindicato que los defienda. Mi hermano apreciaba comprobar hasta qué punto aquellos brasileños tenían una dignidad personal de obrero y se sentían felices de agradecer de manera personal a un ingeniero llegado de Francia el que les proporcionara un trabajo.

En los países industrializados como el nuestro, cabe prever que, en el siglo XXI, no se pueda dar trabajo a todo el mundo. Hoy, en este final de sociedad postindustrial, resulta que el trabajo es más bien desvalorizado, ya no tiene el carácter sacralizado que se preconizaba en los tiempos de la primera revolución industrial. Ya no da derecho a cierta estima del trabajo bien hecho, de la conciencia profesional. Es el tiempo de las reivindicaciones y de las reinsertiones, el salario del miedo y el miedo del salario.

Ha llegado el momento de valorizar otras actividades que no son forzosamente el mismo tipo de trabajo horario que se reglamentó en el siglo XIX. Quedan por concebir

otras maneras de valorizar la competencia, el *savoir-faire*, el amor al arte, el sentido de la obra bella, el gusto por las cosas bellas y buenas.

Una de las actividades que los jóvenes aprecian hoy es el deporte. Se sienten comprometidos por y para el deporte. Cuando pueden hacer deporte, se sienten en un estado de «desnificación» de sí mismos. Pero más o menos conscientemente están en contra de las maniobras deshonestas del deporte profesional. El tráfico de futbolistas y de ciclistas. Porque tienen cierta idea de la honradez en las relaciones humanas.

PROSTITUCIÓN

Los jóvenes que se prostituyen lo hacen por dinero. ¿Quedan por ello marcados? No se convierten por eso en profesionales. Sin que haya incitación directa, no se puede ignorar que los menores se bañan en un equívoco que no es sano en este sentido. Incluso las instituciones, la legislación, introducen en el marco de la escuela y de la familia una relación de venalidad.

Los niños de catorce-quince años obligados a estar presentes en los bancos de la clase sin tener el deseo de proseguir sus estudios, sino sólo por razón de la sacrosanta escolaridad obligatoria, son prostituidos por la madre que sólo cumpliendo esta condición percibe los subsidios familiares.

Las parejas se casan para pagar menos impuestos.

Demasiadas esposas legítimas se comportan como mujeres mantenidas, reclamando al hombre al que satisfacen en el lecho un «regalo» en contrapartida.

Los estudiantes sienten también repugnancia al saber que en santuarios que cabría considerar desinteresados, como la investigación médica, puede haber tráfico, fuleterías, trampas o conflictos entre personas que, por ejemplo, se aborrecen. En una sociedad donde todas las categorías socioprofesionales, todas las organizaciones y cor-

poraciones, practican el doble lenguaje, los jóvenes se ven enfrentados continuamente, en la elección de sus actividades y para su valorización personal, a una contradicción interna, y vacilan como el asno de Buridan.

Para ayudarles a salir de ella, les dije a los alumnos del último curso que me escuchaban: «Tenéis una edad intermedia entre la infancia y la edad adulta. Es un paso muy difícil, porque debéis renunciar a maneras de pensar y de ser de la infancia, y, al mismo tiempo, descubrís la alegría y el interés de las responsabilidades del adulto. Cuando se es niño, se piensa que crear es maravilloso, y luego uno se torna adulto. Procrear, eso es algo que tiene un valor, porque morimos y dejaremos hijos. Cuando se es joven, se tiene deseos de seducir a las muchachas una tras otra; uno se siente formidable, sobre todo si cada muchacha es mejor que la precedente. Pero llega un momento en que se querría hacer algo duradero con una muchacha que tal vez no sea una *pin-up* o con un muchacho que quizá no sea un "bellezo", pero en quien uno percibe cualidades de futuro, con quien se podría construir algo. Uno está presa entonces entre los ideales de la infancia donde todo era apariencia, y la necesidad de construir una realidad.»

Entonces, intervino un alumno: «Así pues, ¿está usted a favor del compromiso?» Respondí: «No es así, pero cada uno de nosotros, cuando tiene contradicciones, debe hallar una solución que pueda adoptar, no diría que por un compromiso (es un término peyorativo), sino por espíritu de realismo, por un sentido de la realidad. Cuando se es pequeño y los padres son ricos, uno querría que Papá Noel trajera una motocicleta formidable, un auto de carreras, etcétera. Pero si los padres son pobres, Papá Noel trae un patinete de madera. De pequeño, uno no comprende nada, porque se cree de verdad en Papá Noel. Y luego, cuando uno se entera de que Papá Noel son los padres (hay una edad para eso), se conforma ya con una pequeña motocicleta. Como se tienen fantasías de la gran motocicleta, no se necesita su realización, y yo os aseguro que los hijos de los ricos no son más felices con su Papá Noel que los hijos de los pobres. Hay que ser mayor para darse cuenta de ello.»

Mientras yo hablaba, ellos escuchaban, meneaban la cabeza, comenzaban a comprender que estaban en un período

de mutación. Les subrayé que es algo particularmente difícil pasar por un período de cambio cuando la sociedad es, ella también, mutante.

Los estudiantes de secundaria no tienen conflictos con los padres porque se dan cuenta de que el conflicto está en ellos, pero también en el cuerpo social en su conjunto. No van a acusar a los padres, quienes también pueden ser víctimas de esta mutación de la sociedad.

LOS HIJOS DE LA PUBLICIDAD: EL DESFASE (ENTREVISTA CON JACQUES SÉGUÉLA)

¿Tiene una verdadera influencia la generación de la publicidad?

Voy a dar una cifra «mágica» publicada en 1986: el 50% de las compras realizadas en Francia ese año fueron impulsadas por los menores de quince años, que representan sólo el 25% de la población. Cuanto más avanza en edad nuestro país, más influyen los jóvenes en él. Y este poder es el único poder verdadero. En lo sucesivo, estará en manos de los jóvenes, y la publicidad no es ajena a ello. A fin de cuentas, esta juventud es la de la generación de la publicidad, que sabe descifrar el mensaje.

¿De cuándo data el fenómeno?

La publifilia de los jóvenes data del advenimiento de la publicidad a la televisión (1968). La cristalización de su influencia es mucho más reciente; esta fecha se remonta a dos, tres años. De hecho, el mayo de 1968 ha tardado quince años en tomar el poder.

¿Estamos ante las consecuencias a largo plazo del mayo de 1968?

Cierto, todo es una consecuencia de aquel mayo. 1968 se materializó en 1981. Creo que las únicas revoluciones que triunfan son las revoluciones que fracasan. Al fracasar, siguen su camino en las conciencias. Con demasiada frecuencia, una revolución que triunfa, lo que hace es reemplazar a un fascista de derechas por un fascista de izquier-

das. O viceversa. Eso no arregla los problemas. Aquí ha habido una evolución muy lenta. Ha sido necesaria una generación que ha llevado el peso del 68, que lo ha digerido, y que ha pasado el relevo a la generación siguiente, la cual ha puesto en práctica los principios del 68.

¿Qué imagen se hace usted del adolescente de hoy? Con relación a esta imagen, ¿a qué da mayor importancia en su publicidad?

La publicidad busca siempre los símbolos o los valores. El simbolismo eterno de la adolescencia es a la vez la pureza y la ingenuidad, pero también la impertinencia, el trastorno.

Pero la juventud ha evolucionado. Hoy en día es de dos a cinco años más madura de lo que lo era nuestra generación a la misma edad. Los jóvenes son ya hombres, y en cuanto a las mujeres... sería un error fatal tratarlas como chiquillas. En un filme, en un cartel publicitario, hay que procurar respetar asimismo la verdad. Hay, pues, divorcio permanente entre el simbolismo y la realidad.

¿Cómo son representados con mayor frecuencia? ¿Solos, o en grupo?

Un cartel publicitario debe ser muy legible. Para ello, hay que huir del grupo.

Cuantos menos personajes y signos haya (uno o dos a lo sumo), más fuerte es.

En cine, todo está permitido, pero el grupo funciona raras veces. Excepto por lo que se refiere a Coca-Cola y a la goma de mascar de Hollywood. Son las excepciones que confirman la regla.

A los personajes en grupo, que dispersan el interés, la publicidad prefiere siempre el personaje solitario, que focaliza la atención. Por otra parte, el cine no está hecho de escenas de muchedumbres, sino de primeros planos. La televisión, más todavía.

¿Y la pareja adolescente?

La pareja de adolescentes adquiere otro significado. Para nuestra publicidad sobre la droga, que estaba dirigida a los

jóvenes, partimos precisamente de una multitud. Para simbolizar el magma, el horror, la promiscuidad, el laxismo. Luego, se focaliza el niño, y se termina con la pareja.

En resumen, ¿cuál es la imagen que la publicidad quiere dar del adolescente?

La publicidad intenta respetar el arquetipo de la juventud: ingenuidad e impertinencia, sin dejar de ceñirse a la realidad de estos jóvenes que toman ya decisiones y son adultos en su mente. En parte, por lo demás, gracias a una formidable cultura cinematográfica y televisiva, que la publicidad traducirá en referencias y símbolos.

Son apasionados del cine, sus memorias son aún vírgenes, su atención, fabulosa ante un televisor. Han nacido con auriculares en lugar de orejas, y cámaras en vez de ojos. Son la generación del vídeo.

La juventud es también el desfase, ese arte de lo contrario y de la diferencia.

Ello permite publicidades de un humor y de una originalidad extremos (Eram, Free-time...).

Los adultos de hoy aprendieron sujeto, verbo y complemento de manera secuencial. La juventud ha desestructurado el lenguaje, a menudo influida por la televisión y la publicidad. Se expresa en clips, flashes, spots, fórmulas, eslóganes. Poco a poco, y mejor así, la juventud está matando la lógica. Echando a Descartes al cubo de la basura; es ella, la juventud, la que salvará a la Francia del tercer milenio.

¿Existe, pues, una manera específica de hacer anuncios para adolescentes?

Absolutamente: el desfase.

¿Y hay una manera diferente de presentar a los adolescentes según los diversos soportes?

Desde luego. Los media son el mensaje. Yo diría, incluso, el masaje. A nosotros toca saberlos utilizar según la idea que queremos transmitir.

Están los media calientes: la radio, los periódicos, son media de acontecimiento. Muy fugitivos, reaccionan instantáneamente. Hay que emplear entonces el lenguaje de acontecimiento.

tecimiento, la fuerza de las palabras, la violencia de las imágenes. Inútil explicar, ser inteligente o complicado: hay que ser instructivo y primario.

Están los media fríos: las revistas, los libros. Éstos están hechos para la reflexión, la profundización de los temas.

Está el médium ideal: la televisión es un médium a ratos frío, a ratos caliente (más caliente que frío). Permite simultáneamente la manifestación, la sensualidad y la imagen.

Cada vez más, la publicidad se divide en tres partes:

1. Publicidad de valor de imágenes sobre los media céntricos: televisión, cine, fijación de anuncios (última pantalla de la calle).

2. Publicidad que yo llamo «de modo de empleo» con relación a una publicidad de «modo de deseo». Es la publicidad de valor de uso. Hay que explicar las cosas en profundidad (prensa).

3. Publicidad de modo de compra. Es un engaño, pues en nuestros días el consumidor quiere el placer y el dinero que cuesta el placer. No basta con hacerle soñar mediante el valor de las imágenes, con informar mediante el modo de empleo; además, hay que aportarle una publicidad de modo de compra.

Son los tres media, televisión, cine, carteles, los que más afectan a los jóvenes con el valor de las imágenes. Es normal; se mueven, viven, y la juventud es vida.

Repitiendo las fórmulas como consignas, como «guiños», apropiándose las, desviando los eslóganes de su finalidad comercial para comunicarse entre sí, los adolescentes creen dotarse de un lenguaje tribal generacional para contrarrestar la retórica de los adultos. Pero esta jerigonza a la moda, incluso paródica, es la misma para todos. Es algo público, trivial, no tiene el valor del código secreto inventado en pequeños grupos. La creatividad es la de los adultos, que son los inventores, no la de sus «modelos». El sentido crítico de los jóvenes puede ejercerse con la publicidad moderna y también en los «media fríos», la prensa escrita. Pero desde la infancia, delante de la televisión, los jóvenes absorben sobre todo clips y flashes. Excitaciones caleidoscópicas. Es una droga de imágenes que mantiene un estado hipnótico y que, cuando el ritmo es agresivo, se torna alucinógeno.

CAPÍTULO 17

LÍNEAS DE FUTURO: INICIATIVAS Y PROPOSICIONES

Creo que hay que inventar algo nuevo para la generación joven, permitir a esta generación tornarse autónoma de manera creadora, y dejar el lugar al relevo. Cada uno a su lugar.

Remunerar a los niños como inventores

Merece tomarse en consideración una iniciativa. En Florida, funciona desde hace poco una escuela de creatividad de niños. Al tiempo que cursan un ciclo de estudios, los niños que tienen un proyecto, incluso una simple intuición, pueden llevar a cabo la concepción de un «prototipo». Se les proporciona medios y tiempo para realizar lo que va del bricolaje a la invención, pero esto puede desembocar incluso en aplicaciones de las que puede beneficiarse la colectividad. Los niños de esta escuela tienen entre once y doce años. Uno de ellos estaba harto de bajar el cubo de la basura por la noche; y tuvo la idea de motorizarlo: «la máquina» quizá sea fabricada próximamente. Otro perdía siempre a su perro al sacarlo a pasear por la noche. Tuvo la idea de fabricar un collar que se iluminara, de hecho un collar fluorescente. He aquí dos invenciones que serán sin duda reproducidas, y sus promotores han sido niños. No sólo se les escuchó, sino que se les permitió operar dentro del marco escolar. Y no se trata de clubs de estudios al margen de los cursos. Esta actividad de creación figura en el programa.

De hecho, actúan como prestamistas. En lugar de aportar un capital inicial a una empresa, dan un capital en especie.

Lo innovador desde el punto de vista pedagógico es que la realización tiene lugar durante el tiempo escolar.

En colegios equipados con ordenadores, los niños hacen diskettes de juegos telemáticos inventados por ellos. Se ha enseñado a esos niños a utilizar las máquinas, tras lo cual han creado cosas que los adultos no habían sabido crear. No se aprovecha lo suficiente esta capacidad inventiva, que, antes de la pubertad, es ya muy grande.

Lo interesante es que se trata de inventores solitarios. Pero no hay que pararse ahí, como si nos contentáramos con la creatividad de los niños. No hace falta demostrarla. Se la conoce desde siempre. ¡Qué potencial completamente olvidado o saboteado! El trabajo de los niños no debería ser las tareas en la cadena, duras y contaminantes, que los adultos no quieren hacer, los gestos repetitivos y la explotación de su pequeña talla (como en las galerías de las minas). El trabajo de los niños de mañana ha de ser replanteado en función de su creatividad. Se les pediría que produjeran objetos o servicios nuevos, que encontraran soluciones astutas, ganando así dinero o acciones en una empresa.

Para el empleo de los menores, lo urgente sería permitirles ganar dinero mucho antes, para poder independizarse de manera legal. Las tres cuartas partes de los conflictos de los jóvenes se atenuarían, cuando no quedarían eliminados. Por ejemplo, ¿no debería ofrecerse los TUC a jóvenes de quince años, en vez de a los dieciocho, como ahora?

Es discutible ofrecer un TUC a jóvenes de veinte, veintidós años, que tienen una formación universitaria y que, al no encontrar empleo en su especialidad, aceptan un TUC como último recurso para no quedar en paro, inactivos, improductivos, para no aburrirse... Les pagan dos mil francos al mes. Ir de TUC en TUC no es una solución para ellos, y cierto número de jóvenes han decidido dejar de aceptarlos. Pero, tal como están definidos, los TUC serían más adecuados para los quince, dieciséis años.

A la luz de la experiencia de sus compañeros que, tras haber aceptado un primer TUC, y luego otro, y más tarde

un tercero, se encuentran siempre sin empleo verdadero, los jóvenes, que hasta ahora habían aceptado bastante bien esta fórmula, comienzan a rechazarla. Hacer obligatoria la aceptación de un TUC por un parado, amenazarle con borrarlo del ANPE (Servicio Nacional del Empleo) si rehúsa, sería excluir a un joven del verdadero mercado del empleo condenándolo, bien a un callejón sin salida de calificación profesional, bien a la marginalidad del paro sin seguridad social.

He oído hablar de jóvenes que son objetores de conciencia, y que están muy contentos con lo que hacen. Conozco patronos que tienen con ellos a un objetor de conciencia, y que están encantados. Se trata de una escuela que acepta niños de la DDASS y también de otros orígenes. A este objetor de conciencia hubo que declararlo como educador-factótum. Pinta, hace todo lo que hay que hacer en el internado; todo el mundo está satisfecho... Los objetores sólo son pagados si les llaman al contingente, pero cumplen la obligación del servicio nacional respetando su conciencia. Se debería poder hacer el servicio militar a los dieciséis años, en tanto que objetor de conciencia.

Del mismo modo que, por otra parte, si se redujera la mayoría de edad sexual, o la responsabilidad penal desde el punto de vista sexual, por ejemplo, no habría ninguna razón para no reducir la edad del servicio militar.

Actualmente, si se adelanta la incorporación, no se puede ser objetor de conciencia. Si se pudiera, creo que los jóvenes se precipitarían a esta posibilidad.

En la vida profesional, especialmente en los empleos públicos, la candidatura de un inútil para el servicio militar queda completamente descartada. Pero se aceptaría a los objetores de conciencia con una imagen diferente de la de refractario, francotirador, simulador.

La intolerancia de unos por otros en las jerarquías obligatorias no está dispuesta a ceder. La sociedad ha heredado el servicio militar obligatorio como un sustituto de la iniciación. Y no lo es; no es más que un conjunto de coacciones absurdas.

Todavía se oye a las madres decir a sus hijos: «El servicio militar hará de ti un hombre.» Logomaquia en un país de antigua tradición marcial. Una pancarta de infamia se le cuelga también al inútil para el servicio: «Si no recibes órdenes, jamás podrás darlas...» Considero que éste es un razonamiento propio de los que reclutan para las compañías nacionalizadas.

¡La verdad es que, si recibes órdenes de un majadero, tienes razón de negarte a cumplirlas! Los reclutadores podrían, por el contrario, apreciar este sentido crítico, este buen sentido del llamado inútil para el servicio: «Mira, has tenido buen juicio, has resistido a unas órdenes absurdas. Justamente, por tu espíritu crítico, nos interesas.»

Una sesión de protesta semanal

En las escuelas canadienses los adultos se alegran de que los niños critiquen a los profesores... En Francia, los educadores, por mentalidad de cuerpo, eliminan a los *fortes têtes*, es decir, personas con gran capacidad y testarudas. «Crítica, luego es un asocial; hay que meterle en clase de transición.»¹ Se califica bajo, incluso a los pequeños, desde el curso preparatorio. Conocí a un niño que había estado ya en cuatro clases. En las dos primeras había tenido cuatro maestros diferentes, porque se lo pasaban de uno a otro como alumno imposible... Lo que el pequeño hacía era resaltar las contradicciones del educador: «Ayer dijo usted eso; hoy dice esto otro. ¿Cuál es la verdad?» Era un niño inteligente, que tenía un CI muy elevado. La madre se marchó con él y su hermana mayor a Quebec. La mujer tenía miedo de que el pequeño se indispusiera con los profesores canadienses, como lo había hecho con los franceses. En la escuela donde lo matriculó, no le hicieron esperar ni cinco minutos, mientras que en Francia siempre tenía que hacer cola para la admisión de sus dos hijos. El director le hizo preguntas muy inteligentes sobre los gustos de los niños, sobre el modo de ayudar a su hijo cuando se sintiera decepcionado de sí mismo o de algún otro...

1. Clase de transición. La que acoge niños de doce a catorce años, con nivel considerado insuficiente. (N. de t.)

Si le gustaba el pescado, y cuál era la distracción física que más le apetecía, etc. No le pidieron su carnet de salud de su infancia, sino que le preguntaron sobre sus problemas de relaciones: «¿Cuáles son las recompensas que más le gustan?» Cosas de la vida corriente. «Cuando tiene un problema, ¿se lo confía más a su papá o a su abuela, que a usted?» Y nada de las preguntas policíacas del estilo de «¿Se entiende usted con su marido?», como se pregunta en Francia a la madre que acude a matricular a su hijo.

El primer día, cuando ella fue a buscarle a la salida, la buena mujer temblaba: «¿Qué me va a contar?» Pero el niño se mostraba lacónico. «¿Marcha la escuela?» «Sí, sí.» Se miraban. Ella se decía: «No se lo van a quedar, porque es insoportable.»

Durante tres días, el niño permaneció silencioso, lo cual era insólito. Al cuarto día, se soltó: «¿Sabes, mamá? Es formidable, necesito que me ayudes...» «¿Ah, sí? ¿Por qué?» «Porque esta noche, es preciso que escriba todo lo que no funciona en la escuela, poniendo un número de orden. Puedo llegar a diez, pero hay que ponerlo por orden, porque no se podrá hablar de todo lo que no funciona, sino en todo caso de lo que haya puesto en primer lugar.»

Cuando, por primera vez, el niño le dijo a la maestra, a su manera: «Pero, madame, ha dicho usted esto, y luego ha dicho esto otro; no es verdad, y además, esto...», ella le respondió: «Mira, ¡esto es muy interesante! Guárdatelo para el miércoles por la mañana. Cada semana, reservamos dos horas para hablar de todo lo que no va. Pedimos a los alumnos que nos ayuden, que nos digan todo lo que no funciona. Así que, escríbelo, y lo guardas para el miércoles.»

El martes por la noche, la madre leyó todo lo que él había señalado en diez puntos. Al día siguiente por la noche, volvió entusiasmado: «No hemos podido hablar de todo, pero, sabes, cuando alguien dice una cosa, entonces todo el mundo vota, los profesores y los alumnos. De mis diez críticas, hay cuatro que fueron votadas. Me han dado la razón y van a cambiar.» Una de sus críticas concernía al horario: no convenía tener la gimnasia antes de las matemáticas, y tenía toda la razón del mundo. Otra versaba sobre la forma de situarse los niños en el aula: no era bueno estar siempre en el mismo sitio. ¿Por qué no se cambiaba de lugar todas las semanas? Los profesores replica-

ron que era más fácil conocer a los niños cuando estaban siempre en el mismo asiento, que para ellos era una economía de trabajo. Pero, a fin de cuentas, al cabo de una semana uno comienza a conocerse, y luego, después de dos semanas, todavía más. Entonces ya se puede cambiar de lugar. Y todos los lunes uno puede colocarse donde quiera. Lo cual fue acordado.

Los profesores de esta escuela dijeron a sus alumnos: «Tenemos suerte de que un francés haya venido a decirnos lo que iba mal. Nosotros creíamos que todo marchaba bien, y vosotros nunca decís nada.» Y aquel niño se convirtió en el favorito de la escuela, porque le reconocieron, y los padres decían: «Cuando se porta así con nosotros, no es para fastidiar; es por espíritu crítico. Si se le dice: "Tienes toda la razón, sería mejor, pero no podemos hacerlo tan bien como tú querías", entiende las razones.» Lo que él quería era ser reconocido como inteligente, pero había sido excluido de las escuelas parisinas porque perturbaba la clase hablando todo el tiempo, rectificando a todo el mundo. En Quebec, cuando comenzó a discutirlo todo, bastó con que se le dijera: «La crítica, el miércoles», y se acabó.

En Francia, habría que multiplicar escuelas como la de Neuville, que sigo desde hace cuarenta años. El director recupera niños inteligentes de ocho a catorce años con problemas escolares y les ayuda a ponerse al día. Al terminar el ciclo, son admitidos en clase de segundo del Instituto Carnot, donde entran entonces como compañeros. Hemos tenido ya conversaciones a propósito del trabajo manual.

Quisiera insistir en una excelente iniciativa: la sesión de protesta dos veces por semana. «Todo lo que no marcha» es anotado previamente en un cuaderno: «Fulano me ha fastidiado, me tiró de los cabellos», etc. La niña que escribió eso el lunes puede hablar de ello el viernes antes de la salida. La protesta es interpersonal, y ahí radica su interés. Los niños escriben sus historias, a riesgo de declarar en la próxima sesión: «Ah, no; no vale la pena.» Está desactivado. Escriben al día historias entre alumnos y profesores, o entre los propios alumnos, y luego, el viernes, si hablan de ello, es del todo diferente de la pequeña vejación que sufrieron en el momento. El consejo de clase se expresa, por lo demás, en libertad, y trata cuestiones escolares, y es entre los alumnos, en ausencia de profesores,

donde se discute la protesta. Cuando hay algo que debe decirse a los adultos, un educador responsable asiste a la sesión para hablar luego de ella al director. De lo contrario, todo se queda en historias entre niños.

La escuela de Neuville constituye un grupo de acción pedagógica. Mezcla hijos de familias e hijos de la DDASS que son inteligentes y que podrían convertirse en delincuentes como todos los niños inteligentes no escolarizados y desempleados. El viernes por la noche, los de la DDASS regresan a su internado o su familia de acogida en la región, y los otros al hogar familiar, para regresar el lunes por la mañana en el primer tren. Adoran la escuela, y no se cansan de trabajar. El sentido crítico es alentado, pero, en una escuela, hay que canalizarlo. No se trata de dejarlo desbordar durante todo el día, durante todo el tiempo. En Quebec, se estableció un tiempo para ello. En estas sesiones se felicita a cada uno por su sentido crítico. En Francia, los profesores del sector público no lo soportarían, por el temor de verse juzgados por sus alumnos.

En Quebec, cuando la mayoría de alumnos dice que se aburre con un determinado profesor, éste es destinado a otro centro por la administración. A los funcionarios canadienses se les califica, y si su rendimiento ha sido bueno, al año siguiente se renueva su contrato. Esto sería bastante revolucionario en Francia. En Inglaterra se hace cada cinco años, pero en Canadá cada año, y no saben si van a ver renovado su contrato el año siguiente.

En Francia, en los consejos de clase donde los delegados de los alumnos forman parte de ellos junto a los profesores, cada trimestre, jamás se les escucha. Si toman la palabra, no se les presta ninguna atención. O bien, el director les ruega que se marchen.

La verdadera revolución en la Educación Nacional sería, no doblar el presupuesto, sino cambiar la mentalidad de sus funcionarios. Aceptar ser juzgado por los jóvenes, eso sería mejor que todas las reformas. En la escuela francesa, ¿cuántos niños no se han pasado su vida escolar escribiendo: «No debo interrumpir al profesor?»

En la actualidad, los educadores franceses, temiendo verse desbordados, soportan mejor la ausencia, la falta de atención, el estar en las nubes, que la crítica.

No obstante, la crítica es lo que hace vivir al que habla, y a todos los demás. Agudizar el sentido crítico es dar a cada uno la sensación de su valor y de su dignidad. Naturalmente, eso no puede permitirse durante todo el día, pero se pueden escribir las críticas, las reflexiones y guardarlas para un día determinado.

Me hablaron de una joven directora de escuela primaria que había citado a la madre de un alumno para decirle: «Su hijo mira siempre directamente a los ojos cuando le haces una reflexión. ¡Qué insolencia!» Una niña fue despedida de dos escuelas porque miraba directamente a los ojos. Los adultos tienen miedo de la energía que se desprende de la mirada de un niño.

Estos maestros jóvenes que vivieron mal la experiencia de 1968 quieren pasar por amables con sus alumnos. Son «falsos de arriba abajo», como dicen los niños, a los que no les falta más que oír: «A mí no me pagan para ser amable con vosotros; para eso, tenéis a vuestros padres. A mí me pagan por instruiros; así que no me impidáis hacerlo. Yo trato de interesaros, no de "gustaros".» Es el lenguaje de la educación. Ahora bien, lo que se llama «educación nacional» nada tiene de educativo. No es más que instructivo. Por lo demás, bajo la III República, era conocido más modestamente como «instrucción pública». Se ha querido sustituir a la familia por el Estado, proclamando: «Hagamos Educación Nacional.» Dicha educación es espantosa. Si hay educación, es la educación en el poder del más fuerte. Lo cual es la antieducación.

Un futuro distinto de Mesrine

He seguido estos últimos años el trabajo de un hogar educativo que admite a niños inteligentes no escolarizados. Los pensionistas son hijos de padres que tienen antecedentes: sufren el juicio de la sociedad que coloca a su padre en un estado de hombre indigno. Aquellos niños que tienen un CI elevado, y que carecen de instrucción, están predispuestos a convertirse en delincuentes. A un muchacho que se siente culpable desde que acusaron de robo a su padre le dije: «No porque tu padre haya cometido un robo es un ladrón. Conserva su dignidad de hombre.»

Me interesé por un muchacho de once años, Michel, ¡que se dedica a fugarse al volante de un camión «tomado en préstamo»! Ha robado ya diez veces un camión de carga pesado mientras el chófer almuerza en un restaurante de la carretera. Conduce el vehículo hasta que se queda sin gasolina, o está hambriento. Jamás ha tenido el menor accidente. Lo cual resulta inaudito. ¿De qué serviría meterle en la cárcel? Sus padres ya no lo quieren. Su pasión es conducir camiones de gran tonelaje.

El director del centro le habló en este sentido: «No te jactes de robar impunemente los camiones estacionados. Te las arreglas porque estás muy capacitado para conducir, pero eso no es legal. Si presumes, vas a parecer malvado ante los demás. Y vas a encontrarte finalmente como un tonto, porque no sabes ni leer ni escribir, y no puedes conseguir el permiso. En el examen hay que leer lo que dice el código y escribir las respuestas correctas.»

Era una urgencia. Un caso incómodo. ¿Qué hacer con él?

La solución es introducirlo en una familia en la que el padre sea chófer de camión y que se tome a pecho su educación, se lo lleve con él y lo convierta en un verdadero conocedor de la carretera. En Gran Bretaña, los niños pueden conducir los vehículos lentos, como los tractores. Meterle en un tractor habría sido una ocupación de espera. No siente ningún interés por sus padres. «Se quedan en casa. No les gusta viajar.»

No es imposible conseguir que le adopte un camionero. Pero si éste no es su tutor legal, sino simplemente el padrino benévolo, ¿cómo regularizar su situación frente a la administración? Las iniciativas se enfrentan con un muro de prejuicios, de rutinas, de trámites interminables, obstinados y anacrónicos. Entre la noción estrecha de aprendizaje y aquélla, más restrictiva aún, de adopción, habría que delegar en adultos voluntarios la formación profesional de los jóvenes sobre la marcha y su socialización. La administración judicial consiente en depositar la confianza en un monitor y confiarle, para un *stage* de vela, a algunos jóvenes en peligro. Recientemente, dos educadores próximos al tribunal de Metz han sido autorizados a llevar en un vuelo en globo, durante una semana, a Sandrine, Joachim, Manuel y otros, para que «el azul del cielo ahuyente el gris de su vida». Una semana para su reinserción...

Lo que conceden para unas pequeñas vacaciones, los

jueces de menores podrían autorizarlo para verdaderos *stages* profesionales. Hay PMI que pueden contratar aprendices. Pero, como en el caso de Michel, «el camionero simpático más joven de Francia», es necesario que sea un trabajador independiente quien se haga cargo del adolescente motivado. La sociedad francesa, ¿está dispuesta a dejar en el guardarropa un crónico espíritu suspicaz para que un nómada que ejerce su oficio en solitario se lleve a un chiquillo por las carreteras?

La escuela, hogar de los jóvenes y la cultura

El empleo del tiempo de los jóvenes no les deja mucha libertad. Tengo una ahijada que no desearía otra cosa que venir a verme con frecuencia; pero la pequeña sale todos los días de su casa a las ocho menos cuarto de la mañana. Está en cuarto curso, y, como quiere triunfar, tiene un trabajo abrumador que hacer. Debe realizar una verdadera carrera contra el reloj para venir a comer conmigo. El sábado y el domingo, como sus padres están divorciados, va a ver a su padre en las afueras de París. He aquí una muchacha que, durante la semana, está completamente prisionera de un horario de instituto que no le deja ninguna libertad. ¡Cuando veo el tiempo libre que los niños tienen en Canadá y siguen perfectamente sus estudios! La escuela termina a las 15.30. Y ya no tienen más trabajo que hacer cuando regresan a casa.

Entre los ocho y los doce años, sería formidable que los niños pudieran utilizar su escuela como una casa común, al margen de las horas de clase. «Me aburro en casa con mis padres. Vuelvo a la escuela.» Los educadores no estarían allí para enseñar durante toda la jornada. Harían sus ocho horas desde las cuatro hasta medianoche. Al día siguiente, por la mañana, antes de que llegaran los profesores, tomarían su desayuno con los niños que hubieran dormido allí.

Ello implicaría un cambio completo de la vida cotidiana en la ciudad. Una circulación completamente diferente de los alumnos. No es algo imposible. Los locales existen, y están infrautilizados. No hay objeciones materiales que sean redhibitorias de verdad. Siempre se podrá invocar las

cuestiones de seguridad, pero éstas pueden ser resueltas, por ejemplo, por medio de un seguro que cubriera a los niños durante toda la jornada, no sólo en las horas de escuela.

Por otra parte, a los adversarios del proyecto se les podría responder que, después de las horas de clase, abandonados a sí mismos, incluso los más acomodados, los más burgueses, aun disponiendo de cincuenta metros cuadrados para ellos en su casa, los chicos salen y permanecen en la calle donde corren riesgos imprevisibles. Mientras que, en lo sucesivo, circularían desde el hogar a su casa escolar; los riesgos serían previsibles, se conocerían.

Cuando Boris, mi marido, era joven, vivía en una ciudad que se llamaba Ekatharindar, y que actualmente se llama Krasnodar. Había un toque de queda para todos los niños, a partir de las siete de la tarde; en invierno, a las seis. Si se encontraba uno a un niño en la calle, pasada dicha hora, se le preguntaba: «¿Dónde vives?», y le llevaban a casa de sus padres. Actualmente, en Francia, parece que la ley continúa existiendo, en el sentido de que un niño puede ser detenido en la calle: «¿Adónde vas tú?»; pero ya no se aplica.

En Francia, el escolar tiene fiesta el miércoles. Sus padres están en el trabajo. ¿Qué hace él? Nada. No sabe a dónde ir. Y todo porque la escuela está cerrada los miércoles. Utilizar el edificio para acogerle, dejando a los niños la puerta abierta, sería la verdadera solución de la disputa entre la enseñanza pública y la enseñanza privada. El sector público garantizando la enseñanza, y todas las casas de enseñanza privada aceptando a sus niños veinticuatro horas al día, al margen del horario escolar. Éste sería un buen reparto de tareas. La enseñanza privada impartiría entonces la educación, y la enseñanza estatal, la instrucción.

Aunque quepa considerar la posibilidad de otros centros de acogida, otras casas, no se puede discutir que la escuela, donde se trabaja durante el día y se aprende cierto número de conocimientos, reúne las condiciones para ser el centro de la actividad.

Desgraciadamente, en la enseñanza privada esta noción de servicio o de vocación también se pierde. El sindicalismo es algo muy respetable, que ha dado sus pruebas. Pero

el virus del funcionariado lo invade, y el personal de la Educación Nacional tiene cada vez menos el entusiasmo y la abnegación necesarios para educar a la joven generación a armarse para la vida.

Si se les echa en cara, los maestros protestan de que están tan dispuestos como sus predecesores a hacerlo. Pero a condición de no hacerlo más de cinco horas al día, y de no trabajar más que cuatro días a la semana, y a condición, también, de que los jóvenes no les fatiguen, no les interrumpan. Inconscientemente, regresamos cada vez más a las clases tradicionales: «Abrid los cuadernos y tomad al dictado...» Quizá sea ineluctable que el sistema llegue hasta un extremo absurdo. Cuando se haya condenado por sí mismo, se derrumbará, y sobre esa tabla rasa será posible edificar una arquitectura abierta para una población nueva. No vale la pena tener a personas de apariencia humana, si no actúan mejor que máquinas de enseñar. Aquéllas podrán ser reemplazadas fácilmente. Entonces renacerá una generación de educadores.

Los profesores serán autores de programas registrados, que se ofrecerán por la televisión, y por el vídeo. Pero los adultos que estén en las clases en contacto con los alumnos no se llamarán educadores, sino animadores o acogedores. Y estarán allí porque tendrán ganas de estar.

La informática puede tomar el relevo de un anacrónico sistema corporativo. Los educadores están serrando la rama en donde se hallan encaramados, a fuerza de querer tener ventajas lucrativas, ser al mismo tiempo una profesión liberal y funcionarios cada vez más protegidos. Si persisten en bloquearlo todo, serán reemplazados finalmente por máquinas de enseñar. Cambiarían de actitud si se les diera un año sabático cada siete años, como ocurre en los Estados Unidos. Pienso que, durante los seis años de trabajo, darían de sí mucho más a los niños. Los niños de nuestro tiempo tienen necesidad de frecuentar una escuela, lugar de vida. A los sindicatos de docentes corresponde aceptar la división de las funciones complementarias: unos serían instructores, los otros se ocuparían de la educación para la vida.

Si unos animadores aceptan trabajar por la noche después de la clase, los representantes sindicales denunciarán una competencia desleal de los profesores que tienen

el estatuto de la función pública. ¿Y puede la colectividad soportar un suplemento de cargas salariales las veinticuatro horas del día?

El sector privado puede financiarlo. Los establecimientos de enseñanza privada podrían abrir sus puertas a todos los niños que quisieran, con el consentimiento de sus padres, a partir de las 16.30. La enseñanza privada ya no impartiría enseñanza, sino que se dedicaría a la educación-animación. En sus locales, después de las clases, se repetirían los deberes que los niños tuvieran que presentar a los profesores de la enseñanza pública. La escuela privada reservaría clases particulares o por grupos a algunos niños retrasados pertenecientes a la enseñanza pública. Todos los niños estarían inscritos en la enseñanza pública, pero algunos, becados o de pago, encontrarían un complemento o un sostén en la enseñanza privada para el resto del tiempo que fuera de la enseñanza pública.

Los profesores de enseñanza privada que quisieran estar exactamente al mismo nivel, en cuanto a ventajas, que sus colegas de la enseñanza pública (volver a su casa a buena hora), no serían voluntarios para estos horarios. Los maestros del sector público dirían que no se les confiaba una tarea muy valorizadora a los ojos de los padres: «No somos más que funcionarios de la enseñanza.»

Finalmente, no quieren oír reproches sobre lo que hacen. Quieren conservar el monopolio. Aunque saben perfectamente que la mayor parte de las informaciones en los jóvenes las adquieren fuera de las clases, en la calle o en la televisión. Pero, oficialmente, es preciso que los profesores sean los únicos dispensadores del saber. Se anuncian tiempos llenos de convulsiones. Pero cuando se llegue a semejante punto de obstrucción, habrá verdaderamente un estallido. Cuando una situación está bloqueada, eso es un presagio de cambio. El comienzo del fin lleva en sí la promesa de una nueva experiencia. La Educación Nacional, tal como está, en un sistema heredado de Jules Ferry, deberá cerrar para construirse otra cosa. No es en el interior de estas viejas estructuras donde será posible verdaderamente cambiar. Islotes experimentales lo prefiguran. Las cosas renacerán en el exterior.

Se podría permitir que los maestros de la enseñanza privada enseñen en la pública. Que los que quieren seguir siendo profesores-educadores continúen enseñando, pero que lo perteneciente al orden de la educación y la animación esté garantizado por gentes con vocación que aman ese aspecto. Llegará un día en que se permita a profesionales de todas las ramas activas, que no hayan sido formados como profesores a los veinte años, que han desempeñado otra profesión, que formen a niños en el sector público. Les sería concedido, por ejemplo a los cuarenta años, cinco años de permiso sin sueldo para enseñar, porque tienen ganas de enseñar, y porque a esa edad serán quizá mejores pedagogos que un viejo maestro.

En la actualidad, vemos cierto número de frustrados de la investigación, por falta de presupuesto, que se reciclan en la enseñanza, a la espera de que los créditos en su sector de investigación sean votados de nuevo. No tienen ningún deseo de enseñar. Es únicamente una vía muerta. Se encontrarán, pues, ante unos auditorios con los que nada tienen que hacer.

Semejante desinterés por la vida profesional es el síndrome de una crisis de civilización.

Se dan, sin embargo, algunos pasos. Vemos a cuadros de la industria que enseñan en la técnica, en las Artes y Oficios o en las escuelas de gestión, al margen de la Educación Nacional, principalmente en las escuelas privadas. En las grandes escuelas o en las pequeñas grandes escuelas, vienen a enseñar ingenieros mientras están en los sectores activos de la economía. Financieros, gestores, vienen a transmitir las cosas que conocen, y no pierden de vista las implicaciones; a menudo tienen cierto crédito frente a los jóvenes, aunque sus estudiantes son ya adultos.

¿Por qué no hacerlo, precisamente, en escuelas secundarias? Pienso que eso llegará a hacerse.

A fuerza de querer uniformizar y al mismo tiempo organizarlo todo, normalizar, los partidarios de la monocultura obligatoria para todos acabarán por hacer inviable el sistema actual... y colocarlo en un *impasse* total. Habrá que encontrar otra cosa. En los países socialistas no se ha

encontrado mejor solución. Todos los chinos pequeños cursan estudios que les apasionan, para ser más tarde quizá guardabarreras o guardacanales en un rincón del mundo. Serán todos empleados del Estado haciendo cosas que no tienen ninguna relación con los estudios que siguieron. Todo el mundo es instruido. Hay que decirlo, existe un profesor por cada diez alumnos. Los estudiantes tienen un animador que está con ellos, como una clueca, de la mañana a la noche, pero que no les enseña. Trabajan mucho para pasar sus exámenes, tras lo cual no harán nada de nada. Escriben un francés maravilloso, pero eso les servirá para hacer de guardabarreras en lo más recóndito de una provincia en la que ni siquiera se habla el mismo chino, ya que todos hablan chinos diferentes. No saben siquiera a dónde les van a destinar. Es absurdo. Y todo el mundo es instruido. No creo que los socialistas puedan hacer nada mejor. Es el resultado lógico, cuando se ha normalizado así el saber. Si todo el mundo debe aprender lo mismo, no habrá los empleos correspondientes. Se es destinado sin discusión según las necesidades.

Cada vez que me he encontrado con jóvenes en un instituto, me han hecho saber que el «cole» es el lugar más aburrido que existe. Allí fuman y dormitan. Han renunciado incluso a las reivindicaciones. Su estado depresivo generalizado no recuerda siquiera el hospital de día, sino más bien la cárcel de día. Ciertamente es que si los alumnos cobraran, la cosa sería diferente. Los que trabajan, especialmente las chicas, y que hacen todos los «gestos del creyente» que se les pide que hagan, tienen la sensación de que eso no sirve para nada. Y finalmente, ellos o ellas trabajan duramente para pasar el examen, para conseguir la paz y también para no sentir ese aburrimiento. Los otros fuman, hacen ruido, van al cine; se ocupan de las chicas para pasar el tiempo contra ese aburrimiento. Y luego están aquellos que se tumban a la bartola, muchachos y muchachas que, en la vida, se dejarán llevar siempre por los demás, y que no se quejan. Rechazan tanto a los que trabajan como a los que se van de juerga, convencidos de que ni unos ni otros conseguirán una salida o un centro de interés en la vida, si es que llegan a tener un empleo. Éstos contemplan la posibilidad de vivir siempre como beneficiados, como parásitos.

Estas tres actitudes, estas tres respuestas que pueden tener los estudiantes, en este sistema, tienen un denominador común: la falta de esperanza, la carencia de objetivo. No hay mañana; se vive al día. Eso es terrible para la juventud. «No sirve para nada, no se ve el porqué.» Una especie de supervivencia, para ellos, de una obligación inútil. Pero acompañado de la sensación de que todo esto es para meterles en cintura, para impedirles solicitar algo que no se les concederá. Si se les preguntara a quemarropa: «¿Qué haríais en su lugar?» «¿Qué padres os gustaría tener?» «¿Qué profesores querríais tener?», la encuesta mediante sondeo no aportaría ninguna opinión, pues no tienen la costumbre de que se les pida su opinión. Hay todo un trabajo a hacer en el curso de las entrevistas al margen de los educadores para que estén en situación de responder por sí mismos, y no mediante borborigmos o logomaquia esquiva, imitativa de adultos.

Dar la palabra a los jóvenes no es pasarle el micrófono a un líder que se exprese en nombre de los demás, ni hacerles llenar un cuestionario concebido para adultos. Es dejar que cada uno sea su propio portavoz.

UN NUEVO JUEGO POLÍTICO: CUANDO SE HACE REPRESENTAR A LOS NIÑOS EL PAPEL DE ADULTOS

A los doce años y medio, Muriel Mathieu se convirtió en el alcalde de Castres en enero de 1988. El mes anterior, los 43 consejeros municipales habían sido elegidos por un año por los alumnos de todas las escuelas públicas y privadas de la ciudad. Muriel es una alumna de quinto curso en el Instituto Jean-Jaurès. Y sus adjuntos no son mayores que ella. Naturalmente, los nuevos ediles, de edades de nueve a trece años, tienen sólo un poder consultivo en la ciudad, puesto que se trata, ya lo habréis adivinado, nada menos que del «Consejo municipal de los niños», constituido a iniciativa del verdadero municipio.

Primera declaración del alcalde-niño: «Los adultos empezaron siendo niños. Pero, al crecer, acabaron por pensar sólo en ellos mismos. ¡Y los políticos son peores aún! Éstos no piensan más que en el dinero.» Para el alcalde (adulto), monsieur Philippe Deveaux, esto no es una revolución sino sólo trabajos prácticos. Este Consejo equivaldría a un excelente curso de instrucción cívica. Y, campechano, traerá un soplo de aire fresco a la ciudad.

Tienen conciencia, sin embargo, de que «no se escucha mucho a los niños que están al cargo de uno». Ahora bien, reconoce, ellos tienen ganas, sin ningún complejo, de mezclarse en todo. El alcalde adjunto, por su parte, no tiene intención de dejar «gobernar» a los niños: «... No llegaré a decir que la política es algo demasiado serio para dejárselo a los niños, pero lo que pasa por la cabeza de los chicuelos es algo de lo que no se sabe demasiado...»

Consejos municipales de niños

En Francia somos profundamente institucionales. Por eso los consejos municipales de niños siguen desarrollándose. Han creado incluso una federación, y han celebrado su primer congreso en mayo de 1987, donde el más joven alcalde de Francia iba a cumplir doce años.

Su papel es sólo consultivo, pero, al igual que los consejeros municipales políticos, son elegidos. Tienen un pequeño presupuesto, reuniones, y estudian expedientes. De una comuna a la otra, hay diferencias. Cada Consejo tienen sus particularidades, sus propias tendencias. Unos dan importancia al proyecto que el niño puede realizar, por ejemplo, un área de juego; otros insisten en el título consultivo, en honor del Consejo municipal de adultos. Le someten cierto número de consideraciones críticas sobre lo que, en su opinión, no funciona en la comuna. El «alcalde» es designado por un año por el Consejo municipal de niños; la rotación es buena, porque así no se les deja convertirse en adultos, como ocurre en las radios para niños, donde finalmente son los jóvenes adultos los que dictan la

ley. A la actividad de los Consejos que enseñan a menudo a los niños cómo marchan las instituciones, yo preferiría la de los Consejos que realizan «proyectos». El primer alcalde que tuvo una idea interesante es aquel que encargó a los niños que recogieran en la comuna todas las botellas de plástico, todo lo que no es biodegradable.

Conclusión de uno de estos jóvenes alcaldes: «Estos niños no quieren ser más tarde consejeros municipales. Encuentran demasiado aburridas las sesiones de los adultos. Se sienten felices de tener la impresión de actuar en su Consejo municipal para niños, que es de su edad y de su tiempo, pero el modelo adulto no les resulta especialmente incitante. Al contrario. Encuentran que los adultos deliberan por nada. Es interesante. Cuando se les interroga, incluso a aquellos que son alcaldes-niños, no muestran en absoluto ningunas ganas de llegar a ser con el tiempo consejeros municipales. Pueden cambiar de opinión, claro, pero quiero decir que la imagen que se les queda grabada de los ediles no es nada positiva. Esto revela que los niños no están en su verdadero terreno.»

Los niños que no representaban por propia iniciativa a los consejeros municipales y alcaldes no tenían realmente ganas de hacerlo en el fondo. Todo comenzó por un alcalde que tuvo la idea de dar a los niños una ocupación de valorización. Pero esta idea adolecerá siempre del defecto de no haber brotado de los propios niños. Aquí se «juega a ser adulto». La creatividad es, por tal motivo, bastante limitada.

Propuestas de reformas y enmiendas de la legislación actual

— La instrucción obligatoria hasta los dieciséis años sería reemplazada por la obligación de aprender a leer y escribir y la autorización de estudiar en el sector público sin limitación de edad.

— Para cambiar las relaciones con el mundo del trabajo y permitir a los adolescentes que abandonen pronto el medio familiar, les serían facilitadas estancias remuneradas desde la edad de quince años, y podrían ser contratados en una empresa o por un trabajador independiente, y percibir por sí mismos su salario. El problema prioritario

es permitir a los jóvenes hacerse independientes de sus padres de una manera legal. La emancipación debería poder concederse a los catorce años.

— La mezcla de sexos en el cuerpo profesoral sería reequilibrada en los establecimientos públicos por una revalorización del oficio de educador.

— Los TUC serían ofrecidos a los adolescentes que no frecuentaran la escuela a partir de los catorce años.

— La mayoría de edad sería rebajada a dieciséis años o menos, para los chicos, y quince años o menos para las chicas.

— Los menores delincuentes no serían ya condenados a la vida carcelaria.

— La toma de drogas blandas sería despenalizada, aunque no legalizada.

— El tribunal de menores sería suprimido.

— El internado para todos sería garantizado por la puesta en marcha de un sistema de hostelería elemental instalado en los edificios escolares. Cada escuela tendría dos salas acondicionadas en el desván, con agua corriente.

— El ritmo escolar sería el mismo en Francia que en todos los países de la CEE. En los institutos se instituiría dos horas de enseñanza tecnológica para enseñar la destreza manual, incluso a aquellos que se destinen a profesiones intelectuales.

— A partir de los once años, los alumnos de los colegios irían con un profesor de lenguas vivas a pasar un trimestre en un establecimiento inglés, alemán, italiano o español.

— A partir de los dieciséis años, los jóvenes voluntarios para la cooperación podrían ser llamados a descubrir los problemas de la vida cotidiana de las poblaciones africanas.

ANEXOS

ANEXO I

PEQUEÑA GUÍA DE LA FUTURA CONVENCIÓN DE LOS DERECHOS DEL NIÑO

Un grupo de trabajo de las Naciones Unidas (Comisión para los Derechos del Hombre) ha concebido un nuevo proyecto de convención sobre los derechos del niño. Será sometido para su aprobación a la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1989, año en que se celebrará el trigésimo aniversario de la Declaración de los Derechos del Hombre (1959). El siguiente documento propone un resumen práctico de las cuestiones más importantes abordadas por cada uno de los 31 artículos del proyecto de convención. Permitirá al lector remitirse fácilmente a los puntos que más le preocupan e introducir reflexión y discusiones sobre los temas que le parezcan prioritarios en la defensa de «la causa de los niños» (desde la primera edad a la adolescencia). Hay que señalar que el artículo primero prevé que los derechos del niño valen para todos los seres humanos hasta los dieciocho años.

Artículo 1: Definición del niño

Todo ser humano hasta la edad de dieciocho años, salvo si la legislación nacional acuerda la mayoría antes de dicha edad.

Artículo 1 bis: Supervivencia y desarrollo

Derecho inherente a la vida, y obligación por parte del Estado de garantizar la supervivencia y el desarrollo del niño.

Artículo 2: Nombre y nacionalidad

Derecho a un nombre desde el momento del nacimiento, y el derecho de adquirir la nacionalidad del país de nacimiento en ausencia de otra nacionalidad.

Artículo 3: El interés superior del niño

Toda medida concerniente a un niño debe estar basada en el interés superior de éste, y tener en cuenta su opinión. El Estado

debe garantizar al niño la protección y los cuidados necesarios a su bienestar en caso de que sus padres o las demás personas responsables de él no lo hagan.

Artículo 4: No discriminación

Principio de que todos los derechos deben ser concedidos a los niños sin excepción, y obligación por parte del Estado de proteger al niño contra toda forma de discriminación.

Artículo 5: Ejercicio de los derechos

Obligación por parte del Estado de garantizar el ejercicio de los derechos reconocidos por la Convención.

Artículo 5 bis: Orientación del niño y evolución de sus capacidades

Derecho del niño de que se respeten las responsabilidades de padres o tutores de guiarle de manera compatible con la evolución de sus capacidades.

Artículo 6: Lugar de residencia, separación de los padres

Derecho de vivir con sus padres, a menos que eso sea juzgado incompatible con su interés superior; derecho de mantener contactos con ambos padres si está separado de uno de ellos o de los dos; obligaciones del Estado en el caso de que sea responsable de las medidas que han conducido a la separación.

Artículo 6 bis: Reunificación de la familia

Derecho del niño y de sus padres de salir de cualquier país y de entrar en el propio con fines de reunificación de la familia o del mantenimiento de las relaciones entre el niño y sus padres.

Artículo 6 ter: Desplazamientos ilegales

Obligación del Estado de luchar contra los secuestros de niños y envío de éstos al extranjero, sin posibilidad de regreso, efectuados ilegalmente por un pariente o un tercero.

Artículo 7: Derecho de expresar libremente su opinión

Derecho del niño a expresar su opinión y a ver dicha opinión tomada en consideración.

Artículo 7 a: Libertad de expresión y de información

Derecho del niño a buscar, recibir y difundir informaciones e ideas de todo tipo, mientras esto no afecte a los derechos de los demás.

Artículo 7 bis: Libertad de pensamiento, de conciencia y de religión

Derecho del niño de determinar y practicar libremente sus creencias, así como de tener acceso a una instrucción conforme a éstas.

Artículo 7 ter: Libertad de asociación

Derecho de los niños a reunirse y a formar asociaciones, a condición de que los derechos de los demás sean respetados.

Artículo 7 quater: Protección de la vida privada

Derecho de no ser objeto de intromisiones en la vida privada, la familia, el domicilio y la correspondencia, ni de atentados ilegales al honor.

Artículo 8: Responsabilidades de los padres

Principio de que la responsabilidad de educar al niño incumbe en primer lugar a los padres o a los tutores, y obligación del Estado de ayudarles a cumplir este deber.

Artículo 8 bis: Protección contra los malos tratos

Obligación del Estado de proteger al niño contra toda forma de malos tratos perpetrados por sus padres o por cualquier otra persona a quien haya sido confiado, y de establecer programas de prevención y de tratamiento en este sentido.

Artículo 9: Acceso a una información adecuada

Papel de los medios de la difusión, en honor de los niños, de informaciones conformes a su bienestar moral, al conocimiento de los pueblos y a la comprensión entre ellos, y respeto de su cultura.

Artículo 9 bis: Protección de la identidad

Obligación del Estado de proteger y, llegado el caso, de restablecer los aspectos fundamentales de la identidad de un niño (nacionalidad, nombre, relaciones familiares).

Artículo 10: Protección del niño privado de su medio familiar

Obligación del Estado de garantizar una protección especial al niño privado de su medio familiar, así como de velar para que reciba una protección familiar especial sustitutoria en un establecimiento apropiado.

Artículo 11: Adopción

Obligación del Estado de facilitar la adopción autorizada cuando ésta se corresponda al interés superior del niño afectado.

Artículo 11 bis: Niños refugiados

Protección especial a conceder al niño que es refugiado o que trata de obtener un estatuto de refugiado, y obligación por parte del Estado de colaborar con los organismos correspondientes que tienen como mandato garantizar dicha protección.

Artículo 12: Niños disminuidos

Derecho de los niños disminuidos físicamente a beneficiarse de cuidados especiales y de una educación apropiada que favorezcan su autonomía y facilitar su participación activa en la vida de la comunidad.

Artículo 12 bis: Sanidad y servicios médicos

Derecho del niño a gozar de la mejor salud posible y de beneficiarse de los servicios médicos y de readaptación, concediéndose una importancia especial a los cuidados de salud primarios y a los preventivos, a la información de la población, así como a la disminución de la mortalidad infantil. Obligación del Estado de favorecer la abolición de las prácticas tradicionales perjudiciales para la salud de los niños.

Artículo 12 ter: Revisión periódica del acomodo

Derecho del niño colocado por las autoridades competentes, con fines de cuidados, de protección o de tratamiento, a una revisión periódica de todos los aspectos de su lugar de acomodo.

Artículo 13: Seguridad Social

Derecho del niño a beneficiarse de la Seguridad Social.

Artículo 14: Nivel de vida

Derecho del niño a un nivel de vida adecuado, responsabilidad de los padres de garantizársela, incluso aunque uno de ellos o ambos no vivan con el niño, y obligación por parte del Estado de que estas responsabilidades puedan razonablemente ser asumidas y lo sean en la práctica.

Artículo 15: Educación

Derecho del niño a la educación, y obligación del Estado de hacer la enseñanza —la primaria al menos— obligatoria y gratuita en la medida de lo posible. La disciplina escolar será aplicada respetando la dignidad del niño en tanto que ser humano.

Artículo 16: Objetivos de la educación

Reconocimiento del principio de que la educación debe aspirar a favorecer la expansión de la personalidad del niño y el desarrollo de sus capacidades, la preparación del niño para una vida adulta activa, el respeto de los derechos fundamentales del hombre y el desarrollo del respeto de los valores culturales y nacionales de su propio país y del de los demás.

Artículo 16 bis: Niños de minorías o de poblaciones autóctonas

Derecho del niño que pertenece a una población autóctona, o a una minoría, a disfrutar de su propia vida cultural, a practicar su propia religión y a usar su propia lengua.

Artículo 17: Ocios, actividades recreativas y culturales

Derecho del niño a las distracciones, a jugar y a la participación en actividades culturales y artísticas.

Artículo 18: Trabajo

Obligación del Estado de proteger al niño contra cualquier trabajo que ponga en peligro su salud, su educación o su desarrollo, de establecer edades mínimas de admisión en un empleo y de especificar las condiciones de éste.

Artículo 18 bis: Consumo y tráfico de drogas

Derecho del niño a estar protegido contra el consumo de estupefacientes y sustancias psicotrópicas, y contra su utilización en la producción y la distribución de tales sustancias.

Artículo 18 ter: Explotación sexual

Derecho del niño a estar protegido contra la violencia y la explotación sexuales, incluida la prostitución y la participación en toda producción pornográfica.

Artículo 18 quater: Venta, trata y secuestro

Obligación del Estado de hacer todo lo posible para impedir el secuestro, la venta o la trata de niños.

Artículo 18 quinto: Otras formas de explotación

Derecho del niño a estar protegido contra toda otra forma de explotación no cubierto en los cuatro anteriores artículos.

Artículo 18 sexto: Readaptación y reinserción

Obligación del Estado de procurar que los niños víctimas de negligencia, de explotación o de malos tratos se beneficien de los tratamientos adecuados para garantizar su readaptación y su reinserción social.

Artículo 19: Administración de justicia y procedimientos penales

Obligaciones del Estado ante los niños arrestados o detenidos. Prohibición de la tortura, de las penas o tratamientos crueles, de la pena capital y del encarcelamiento a perpetuidad. Presunción de inocencia, derecho a una asistencia jurídica u otra asistencia apropiada y a un juicio equitativo. La sentencia estará dirigida a la rehabilitación y no al castigo. Principio de la separación de niños y adultos durante su detención. Derecho a mantener contactos con la familia.

Artículo 20: Conflictos armados

Principio de que ningún niño participe directamente en las hostilidades, de que ningún niño de menos de quince años de edad sea reclutado en las fuerzas armadas, y de que todo niño afectado por un conflicto armado se beneficie de protección y de cuidados.

Artículo 21: Respeto de las normas más favorables ya establecidas

Principio según el cual, en el caso de que una norma establecida por una ley nacional u otro instrumento internacional sea más favorable que la disposición análoga existente en esta convención, será la norma más favorable la que prive.

Artículo 21 ter: Difusión de la Convención

Obligación del Estado de dar a conocer ampliamente los derechos contenidos en la Convención, tanto a los adultos como a los niños.

Artículos 22-31: Aplicación y entrada en vigor

Estas disposiciones constan principalmente de los puntos siguientes:

1. Creación de un Comité de los Derechos del Niño, compuesto de diez expertos encargados de examinar los informes que los Estados partícipes en la Convención deberán someter dos años después de la ratificación, y cada cinco años posteriormente. La Convención entrará en vigor en cuanto la hayan ratificado 20 países, y es entonces cuando se constituirá el Comité.

2. Los Estados partícipes garantizan que sus informes tendrán amplia difusión en su país.

3. El Comité puede proponer que se emprendan estudios especiales sobre ciertos derechos cubiertos por la Convención. Puede dar a conocer sus sugerencias y recomendaciones a todo Estado partícipe afectado así como a la Asamblea General.

4. Al objeto de «promover la aplicación efectiva de la Convención y alentar la cooperación internaciónal», las instituciones especializadas de las Naciones Unidas (OIT, OMS y UNESCO) al igual que la UNICEF, pueden asistir a las reuniones del Comité. Pueden —así como cualquier otro organismo considerado «competente», incluyendo las ONG (Organizaciones No Gubernamentales) dotadas de estatuto consultivo cerca de las Naciones Unidas, y los organismos de las Naciones Unidas como el HCR— someter informaciones pertinentes al Comité y verse invitadas a dar su opinión al objeto de garantizar la mejor aplicación posible de la Convención.

Marzo de 1988

ANEXO 2

LAS FUGAS DE ADOLESCENTES

Intentos de definición

Los juristas fueron los primeros en interesarse en las fugas de menores. Luego fueron seguidos por especialistas: médicos, psiquiatras, psicólogos.

La fuga se caracteriza por una marcha de corta duración, tras la cual el niño regresa casi siempre al hogar (a diferencia del vagabundeo) (19). El doctor Neron la definió como «un intento, coronado o no de éxito, de resolver un estado de tensión» (18). Para Rubier, la «verdadera» fuga es impulsiva, corta el nudo de la crisis sin resolver nada, sin otro objeto que escapar de lo que se ha vuelto insoportable e imposible de afrontar por parte del adolescente (21).

LOS QUE SE FUGAN Y LA LEY

Cada año en Francia se registran 30.000 fugas de menores por la policía, y como algunos padres no las denuncian, se estima en general que su número asciende a 100.000, es decir cerca del 2% de la población de menores de diez a dieciocho años (21).

En Francia, según el Código Civil, un menor no puede abandonar el domicilio de sus padres sin su permiso, pero el Código Penal no considera la fuga como una infracción. Sin embargo, en la fuga hay una presunción de peligro que «justificará» una doble intervención del aparato administrativo: de un lado, la intervención de la policía, y de otro, la intervención del juez de menores (23).

Así, la brigada de menores o la gendarmería son generalmente los primeros interlocutores del joven fugado. Pese a sus esfuerzos, la policía considerará al joven como un predelincente: será cacheado, interrogado sobre sus intenciones y sus medios de subsistencia, y con frecuencia alojado tras los barrotes de la comisaría. A la policía le corresponde decidir la suerte del joven: puede devolverlo a la familia o presentarlo al juez de menores.

De esta manera, flota una atmósfera de delincuencia en torno de la fuga, aunque ésta no constituya en ningún caso un delito (21).

TIPOLOGÍA DE LOS QUE SE FUGAN

La mayoría de veces se trata de adolescentes inestables en situación de crisis, de niños víctimas de malos tratos (9) o de secuestros por parte de los padres, de muchachos o muchachas particularmente difíciles que viven en el hogar o el internado, o también de retrasados escolares. La edad más frecuente son los catorce años.

Tres rasgos de carácter están a menudo presentes en el adolescente huido: inestabilidad, hiperremotividad e inmadurez afectivas (12).

Son varios los factores que pueden intervenir en la fuga de los adolescentes:

Ante todo, el ambiente familiar. La constitución de la pareja de padres y la atmósfera familiar desempeñan, en efecto, un papel importante. La disociación de los padres o su mal entendimiento, la falta de comunicación entre los miembros de la familia, el alcoholismo de los padres, todo esto entraña violencia, falta de autoridad, hiperprotección, el rechazo del niño por sus padres... Son, pues, otros tantos elementos que pueden incitar al joven a la fuga (19, 12, 6).

Aunque encontramos fugas en todos los medios, parece que es en los estratos económicamente desfavorables donde se produce la mayoría de fugas.

Las carencias educativas, el absentismo y los retrasos frecuentes en la escuela, el abandono de los estudios, la inadaptación y el fracaso escolar son también a menudo responsables de estas fugas (14).

Hay que tomar asimismo en consideración los trastornos sociales. En efecto, en el momento de la gran crisis que asoló los Estados Unidos antes de la segunda guerra mundial, se observó un gran número de vagabundeos de adolescentes. Estos trastornos sociales están también en el origen de las bandas de vagabundos que vemos formarse durante las guerras, las revoluciones y cataclismos de todo tipo (18).

No obstante, la mayoría de veces la fuga es un acto solitario, consecuencia de una reivindicación afectiva insatisfecha. Cuando contempla la fuga, el adolescente la considera como definitiva, puesto que ella debe consumir una ruptura con la familia y el ambiente. Lo más corriente es que haya habido muchos proyectos antes de pasar a la acción (22).

Encontrándose pronto «marginalizado», el joven huido, ante la dificultad de alojarse y alimentarse, pronto deberá realizar

actos reprobables, robos, reventa de drogas o prostitución. Con todo, no podemos decir que el fugado sea necesariamente un delincuente (22).

LAS MEDIDAS DE PREVENCIÓN Y DE TRATAMIENTO

Aunque la fuga sea casi siempre una sorpresa para los padres, ciertos indicios pueden presagiarla (18).

Una vez cometido el acto, durante estos períodos de crisis no hay «acogida» legal para los jóvenes, salvo la policía, mientras no se haya consultado a un juez de menores. Él es quien autoriza un centro de alojamiento: hogar, servicio de acogida de urgencia, una familia, un centro médico-psicopedagógico... para acoger al menor.

Teniendo en cuenta estas carencias, algunos educadores, miembros de asociaciones, incluso jueces, hacen caso omiso de esta prohibición y ofrecen un albergue provisional a menores en crisis (21).

En efecto, las instituciones oficiales encargadas de la «infancia difícil» están cada vez menos en situación de llevar a cabo correctamente su tarea. Y en este contexto, han aparecido nuevas estructuras. Todavía en número pequeño, adoptan formas variadas, desde el SOS telefónico (ya que la comunicación ha sido interrumpida, hay que restablecerla), al servicio de acogida de urgencia (tomando contacto con un adulto competente y comprensivo, el joven puede ser ayudado), o al centro de alojamiento (cuando un adolescente no quiere, momentáneamente al menos, regresar a su casa). El fin educativo de estas nuevas estructuras es poder atacar la crisis en su iniciación, impedir que el conflicto se envenene, evitar al huido la recidiva, desdramatizar las situaciones conflictivas que le conducirían a una ruptura irreversible, y, en la medida de lo posible, reconciliar las partes: padres e hijos (23).

En algunos países nórdicos, la ley admite que un joven puede irse «a descansar al campo» en los lugares de acogida reconocidos por los poderes públicos, durante algunos días, a respirar un poco.

En los Estados Unidos, a partir de 1968 se crearon lugares de acogida que defendían ante todo al joven, ofreciéndole un refugio momentáneo, el anonimato durante veinticuatro horas y una atmósfera cálida y familiar. Existen dos centros de este tipo para menores en los Estados Unidos, conectados en el marco del National Network Service to Runaway Youth and Families. Tales centros están en su mayoría insertados en la comunidad local, y mantienen buenas relaciones con la policía, la justicia y los servicios sociales, los cuales no vacilan en enviarle jóvenes, a la espera de encontrar una solución definitiva (1, 8). No obstante, su libertad de acción es bastante limitada, lo cual plantea grandes problemas.

Bibliografía sobre las fugas

1. AMBROSIO, Lillian: *Runaways*, Boston, Beacon Press, 1971.
Describe las razones que impulsan a los adolescentes a fugarse, sus medios de supervivencia y las condiciones legales de las fugas. Encontramos aquí una lista, por Estado y por ciudad, de todos los organismos donde los jóvenes huidos pueden hallar ayuda (Travellers Aid Locations, Hotlines, Halfway Houses).
2. BERGERON, Dr. Marcel: «Las fugas y el vagabundeo en el niño y el adolescente», *Boletín de psicología*, núm. 5, 1954.
5. BLOQUAUX, Jean, y ROSENZWEIG, Jean-Pierre: «La fuga no es un delito. ¿Es ya un derecho?», *Cuadernos de acción jurídica*, núms. 35-36, 1982.
4. BRENNAN, Tim; HUIZINGA, David, y ELLIOT, Delbert S.: *The social psychology of runaways*, Lexington, Mass., Lexington Books, 1978.
A partir de sondeos y de estadísticas, este libro propone un análisis científico del problema de la fuga en los menores.
5. CHAPMAN, Christine: *America's runaways*, Nueva York, William Morrow, 1976.
6. COL, C.: «Fugas y medio familiar», *Revista de neuropsiquiatría infantil*, vol. 12, núm. 10-11, octubre-noviembre 1964.
7. COLOMBANI, Christian: «Menores en libertad: Para escapar de la infancia, no han encontrado más que una salida: la fuga», *El Mundo de la Educación*, núm. 49, abril 1979.
8. CULL, John G., y HARDY, Richard E.: *Problems of runaway youth*, Springfield, Charles C. Thomas, 1976.
Analiza las causas de las fugas, distinguiendo entre las de cada sexo. Da indicaciones sobre los signos precursores de la fuga, y busca soluciones a este problema.
9. FARBER, E. D.; KINAST, C.; McCOARD, W. D., y FALKNER, D.: *Violence in families of adolescent runaways*, Child abuse and neglect, vol. 8, EE.UU., 1984.
Del análisis de las respuestas de 199 adolescentes huidos al cuestionario «Conflict tactics scale», deduce que el 78% de ellos habían sido objeto de malos tratos por parte de los padres en el año anterior a la fuga.
10. GONNET, Barnard: *Los «routards» del absoluto*, Bourges, Chalet, 1975.
Los testimonios de seis adolescentes que un día decidieron partir.
11. IMPE, Marc, y LEFEBVRE, Alex: *La fuga de los adolescentes: De un enfoque determinista y lineal a un enfoque fenomenológico y sistémico*, Bruselas, Universidad de Bruselas, 1981.

Plasma el encuentro entre la práctica y la investigación en el campo de la intervención entre los adolescentes en crisis. Trata de comprender lo que ha pasado, partiendo de testimonios de jóvenes huidos. Propone, evalúa y analiza un modo de intervención.

12. JARDIN, F., y FLAVIGNY, H.: «El papel del padre en las fugas del niño», *Revista de neuropsiquiatría infantil*, octubre-noviembre 1965.

Estudiado más detalladamente, el padre o el sustituto paterno se individualiza en un tipo de padre incapaz de responder a las exigencias de su papel: autoridad y virilidad. Frente a este padre inmaduro, el niño a su vez permanece inmaduro, y sus primeros deseos de autonomía se manifiestan por una reacción infantil de huida: la fuga.

13. JOFROY y DUPOUY: *Fugas y vagabundeos*, París, Alcan, 1909.

Uno de los primeros estudios sobre las fugas. Los autores clasifican a los niños huidos en tres categorías: el niño patológico cuya fuga está vinculada, bien a lesiones cerebrales, o a trastornos psíquicos graves; el niño anormal, que presenta una pesada herencia; el niño normal, cuya fuga está sobre todo determinada por una carencia educativa.

14. LAUNAY, C.: «Fugas de escolares y fobias escolares», *Revista del práctico facultativo*, núm. 12, 1962.

15. LE LAN, Guy: «El problema de las fugas en los menores», *Revista de la seguridad nacional*, núm. 42, marzo-abril 1962.

Distingue varios tipos de fugas: fuga automática o impulsiva, fuga por hipersensibilidad, por sentimiento de inferioridad, por depresión o desaliento, por mitomanía imaginativa, por deseo de independencia y necesidad de emancipación.

16. LIBERTOFF, Ken, y otros: «Runaways», *Journal of family issues*, vol. 1, núm. 2, junio 1980.

Compilación de varios artículos sobre las fugas de adolescentes. La historia de la fuga en los Estados Unidos, el porvenir de los huidos, las leyes y las batallas jurídicas concernientes a la fuga, la relación de los huidos con su familia... y muchos otros aspectos de este problema.

17. LOBROT, Michel: «Huir: Una esperanza a vivir», *Autrement*, núm. 22, noviembre 1979.

18. NERON, Dr. Guy: *El niño que se fuga*, París, Presses Universitaires de France, 1968.

19. PAMPIN, Sara, y SORIANO, V.: *La fuga de los niños y de los adolescentes del medio familiar*, París, 1973. (Estudio para una «maîtrise»* en psicología, Universidad de París VI.)

20. REBOUL, Claude: *El niño de la fuga*, París, Stock 2, 1979.

Cuenta su propia historia: su fuga para escapar de los golpes administrados por su madre, su sueño de encontrar a la niñera en cuya casa estaba tan bien, sus problemas con la administración y el juez de menores, sus estancias en los centros médico-psicológicos.

21. ROUBIER, C.; LESAGE DE LA HAYE, J., y UZIDOS, A.: «Los riesgos de la fuga...», *La escuela de los padres*, núm. 6, 1984.

22. SEPULCHRE, CASSIERS, JOOS, y DEBUYST: «La fuga, los niños y los adolescentes huidos», *Revista de Derecho penal y de Criminología*, núm. 3, diciembre 1965.

El libro se pregunta si el comportamiento de la fuga constituye la manifestación de una personalidad delincuente con el mismo título que el robo, o si, por el contrario, se relaciona con una orientación diferente de la personalidad.

23. TILLETES, Bruno: *Juventudes en ruptura: Lugares de acogida o «centros de crisis» para los menores de 18 años, de nuevas respuestas*, París, Autrement, 1980.

Pasa revista a las estructuras de acogida en Francia, Bélgica, Estados Unidos, Inglaterra, Holanda y Alemania.

* «Maîtrise»: Título universitario, superior a una licenciatura, e inferior al doctorado. (N. de t.)

ANEXO 3

LOS SUICIDIOS

Comparación internacional de las tasas de suicidio según la edad y el sexo
(Tasa por 100.000 habitantes. Año 1980)

A) SEXO MASCULINO

Países	15-24	25-34	35-34	45-54	55-64	65-74	75 y más
Francia	15,9	28,0	32,9	39,6	45,0	57,5	114,0
Estados Unidos	20,0	25,5	21,9	23,4	27,5	33,1	47,8
Inglaterra	6,4	13,0	15,5	15,4	17,9	18,2	21,6
Escocia	9,6	15,2	19,1	23,4	17,8	18,8	23,2
Dinamarca	16,3	42,7	61,8	70,7	71,8	60,4	81,0
Suecia	16,9	33,3	37,6	43,9	35,3	39,3	48,9
Noruega	20,4	18,2	20,6	28,6	31,8	25,5	24,0
Suiza	34,2	36,5	42,2	46,1	63,4	58,9	80,7
Holanda	8,3	14,9	15,1	17,1	22,3	26,1	41,1
RFA	19,0	26,9	33,0	42,0	38,9	54,0	72,8
Austria	28,8	36,3	43,9	59,3	56,3	72,6	85,7

B) SEXO FEMENINO

Países	15-24	25-34	35-44	45-54	55-64	65-74	75 y más
Francia	5,5	9,9	13,2	14,7	18,5	22,2	26,1
Estados Unidos	4,7	8,1	10,1	11,2	9,7	7,9	6,8
Inglaterra	3,0	4,2	8,1	10,9	11,8	13,3	11,0
Escocia	3,1	7,0	9,7	14,3	14,3	10,9	8,1
Dinamarca	7,7	16,7	35,8	42,8	39,3	32,9	31,6
Suecia	5,8	11,3	16,2	17,8	21,2	14,5	11,4
Noruega	3,3	9,0	6,7	14,2	12,1	9,6	4,7
Suiza	12,3	14,8	17,6	21,7	20,8	26,8	23,2
Holanda	3,7	8,0	8,9	12,4	14,1	14,3	12,0
RFA	5,6	9,9	14,0	20,4	23,6	27,1	25,9
Austria	6,7	11,1	14,3	20,7	23,0	29,1	33,9

En: *Suicidio y tentativa de suicidio, hoy: Estudio epidemiológico*, F.-F. Davidson y A. Philippe.

Comparación internacional de las tasas de suicidio (1980)
(Tasa por 100.000 habitantes)

5-14 años	Francia	Austria	Dinamarca	RFA	Holanda	Suecia	Suiza	RU	EE.UU.*
Sexo masculino	0,6	3,9	0,3	1,6	0,2	0,5	1,5	0,1	0,7
Sexo femenino	0,2	0,7	0,3	0,3	—	—	0,7	—	0,2
En conjunto	0,4	2,3	0,3	1,0	0,1	0,3	1,1	—	0,4
15-24 años									
Sexo masculino	15,9	28,8	16,3	19,0	8,3	16,9	34,2	6,4	20,0
Sexo femenino	5,5	6,7	7,7	5,6	3,7	5,8	12,3	3,0	4,7
En conjunto	10,7	18,0	12,1	12,5	6,0	11,5	23,4	4,7	12,4

* Estas tasas son las de 1978.

Estados Unidos: suicidio de los jóvenes
(Síntesis de un artículo aparecido en *Attenzione*, febrero de 1985)

El fenómeno del suicidio entre los jóvenes ha tomado las proporciones de una verdadera epidemia que afecta a todas las capas de la sociedad. Por otra parte, estos suicidios parecen «atípicos», en la medida en que los análisis que hacen intervenir parámetros diversos tales como el nivel de renta, la localidad, el nivel social, la raza, etc., no permiten establecer correlaciones fuertes...

Las estadísticas indican 5.170 suicidios de jóvenes (entre quince y veinticuatro años) en los Estados Unidos en el año 1982, es decir una cifra 5 veces más elevada que la de 1950. (Ha habido más de 6.000 en 1985, o sea un joven de cada 17.) La Asociación Americana de «Suicidología» ensombrece aún más el cuadro al estimar que a una tentativa «con éxito» corresponden 50 tentativas abortadas. El grupo de los quince-veinticuatro años es el único de los Estados Unidos cuya tasa de mortalidad aumenta de manera tan constante.

Existe un comité Nacional de Prevención del Suicidio de los Jóvenes, presidido por Alfred DelBello, ex adjunto del gobernador de Nueva York, y Donna Buckley, madre de familia, cuyo hijo se quitó la vida a la edad de quince años. Este comité, creado por el Congreso, se ha fijado como objetivo constituir un banco de datos sobre el suicidio de los jóvenes, y de obtener de él recomendaciones destinadas a las autoridades. Tarea urgente, si las hay, pues los jóvenes de 1985, más bien ambiciosos y conservadores, no se parecen en nada a los jóvenes de 1980. Ahora bien, sus esquemas de comportamiento son mal conocidos.

Desde el punto de vista sociológico, las estadísticas que con-

ciernen al suicidio son además tergiversadas, y esto por dos razones: la policía prefiere hablar de «accidente» más que de suicidio, o prefiere dejar flotar la duda, para no abrumar a la familia. No habla de suicidio más que cuando la víctima deja una carta explicando sus intenciones, lo que sólo ocurre en una pequeña minoría. Si la postura legal fuera menos pudibunda, nos daríamos cuenta de que el fenómeno es mucho más grave de lo que traslucen las estadísticas.

Comprobación general: la juventud actual tiene más dificultades en encontrar su lugar en la sociedad que las generaciones precedentes, y la sociedad, por su parte, tiene problemas para hacer frente a este malestar. Para Robert Gould, psiquiatra, profesor en el New York Medical College, el adolescente urbano no tiene ni la impresión de ser necesario a la sociedad, ni la de ser verdaderamente deseado. Los padres no tienen ya tiempo de ejercer su oficio de padres. Sobre estos adolescentes debilitados se ejerce, por otra parte, una fantástica presión: hay que matricularse en una buena escuela, hacer una buena elección de carrera, tener mejores resultados que sus condiscípulos. Todos los padres esperan que su retoño tendrá resultados más que medianos, lo cual es globalmente absurdo. En cuanto a los condiscípulos, quieren que el adolescente se inicie muy temprano en el sexo y la droga, que crean otro tipo de *stress*. La vida se torna demasiado compleja, incluso intolerable.

El miedo «nuclear» pesa sobre la alegría de vivir.

La imagen de la muerte es confusa en muchos jóvenes, por el hecho de que la muerte, o bien se la silencia, o se la caricaturiza (en la televisión). De ahí una representación «mágica» de la muerte, concebida como algo no irremediable.

Pocos educadores, incluso especializados, poseen las competencias necesarias para distinguir entre la ciclotimia natural en el adolescente y la verdadera depresión. El hijo de Donna Buckley se ahorcó tan sólo seis meses después de que un psiquiatra diagnosticara que sufría trastornos corrientes de la adolescencia.

La sociedad prefiere especular sobre las causas y los remedios en vez de invertir en investigación o en programas de prevención.

Existe, a propósito del suicidio, cierto número de mitos. Especialmente aquel que afirma que el suicida «no previene». Lo cual es una falsedad. El suicida emite señales de angustia, y espera que alguien sabrá captarlas.

De ahí la idea de introducir en la escuela cursos de «equilibrio mental» para ayudar a los jóvenes: a discernir esas señales de angustia; a sentirse más conectados con el mundo exterior; a tomar por su cuenta su destino. Otros cursos sobre el suicidio deberían estar dirigidos a los propios padres, muchos de los cuales se sienten ofendidos cuando un extraño les señala la existen-

cia de dificultades en su hijo. Con frecuencia, se rehúsa afrontar la realidad, cuando, de hecho, aún se está a tiempo de hacer algo.

Primeras medidas de prevención: garantizar al niño un hogar cálido y armonioso; a continuación, asociar al adolescente a las actividades, a fin de que se sienta necesario; finalmente, reforzar (o crear) la comunicación entre padres e hijos... Hace falta que los padres estén realmente «a la escucha» de su hijo.

Conclusión: Donna Buckley piensa que se debe y se puede hacer algo. La muerte de su hijo no habrá sido inútil si la sociedad adquiere finalmente conciencia de la gravedad del problema.

Bibliografía sobre los suicidios de adolescentes en el mundo

COMPARACIONES INTERNACIONALES

1. BARRADOUGH, B. M.: «Differences between national suicide rates», *British Journal of Psychiatry*, núm. 122, 1973.
2. DAVIDSON, Françoise, y CHOQUET, Marie: *El suicidio del adolescente: Estudio epidemiológico y estadístico*, París, ESF, 1981.
3. DAVIDSON, F., y PHILIPPE, A.: *Suicidio y tentativas de suicidio, hoy: Estudio epidemiológico*, INSERM/DOIN, 1986.
4. DREYER, K.: «Comparative suicide statistics», *Danish medical bulletin*, vol. 6, núm. 65, 1959.
5. LADAME, Françoise: *Las tentativas del suicidio de los adolescentes*, París, Masson, 1981.
6. Ministerio de la Salud Pública y la Seguridad Social: *Para una política de la salud: El suicidio*, septiembre 1977.
Presenta las formas de prevención del suicidio en diferentes países.
7. Organización Mundial de la Salud, Oficina Regional de Europa: *Evolución de los comportamientos suicidas*, Copenhague, 1981.
Informe sobre una reunión de la OMS en Atenas, del 29 de septiembre al 2 de octubre de 1981, donde un grupo de trabajo estudió la evolución de los comportamientos suicidas en nueve países europeos.
8. Organización Mundial de la Salud: «Suicidio y tentativas de suicidio», *Cuadernos de Salud Pública*, núm. 58, 1974.
Analiza las diferentes definiciones de suicidio, las divergencias de las estadísticas y de los porcentajes oficiales de los diferentes países.

INGLATERRA

9. BAGLEY, C.: «La evaluación de un esquema de suicidio por un método ecológico», *Ciencia y medicina social*, vol. 2, núm. 1, 1968.
Estudio que pone de manifiesto que la proporción de suicidios en Inglaterra ha descendido claramente en las ciudades con presencia de los Samaritanos.
10. JENNINGS, C., y otros: «¿Han hecho descender los Samaritanos la tasa de suicidios?: Un estudio controlado», *Medicina Psicológica*, vol. 8, núm. 413, 1978.
Estudio que trata de demostrar que, contrariamente a lo que se afirma, la situación del suicidio no es mejor ni peor en las ciudades carentes de la presencia de Samaritanos que en otras partes.
11. «Suicidios: La esperanza viene de Inglaterra. La gente se mata allí tres veces menos que hace diez años», *Le Matin*, 17 mayo 1977.
Analiza el papel de la organización de los Samaritanos en la disminución del número de suicidios.
12. SAINSBURY, P.: *Suicidio en Londres*, Londres, Chapman y Hall, 1955.

JAPÓN

13. CHEMATSU, M.: «Un enfoque estadístico al factor multitud del suicidio en la adolescencia», *Acta Médica y Biológica*, vol. 8, núm. 4, marzo 1961.
14. IGA, Mamoru: *Suicidio adolescente y estructura social japonesa*, *Ensayos de autodestrucción*, Nueva York, Science House, 1967.
15. NAKA, Hisao: «Suicidio adolescente en Japón: Sus antecedentes socioculturales», *Psychologia*, vol. 8, núm. 12, junio 1965.
16. PINGUET, Maurice: *La muerte voluntaria en el Japón*, París, Gallimard, 1984.

ESTADOS UNIDOS

Obras

1. ÁLVAREZ, A.: *El dios salvaje: un estudio del suicidio*, Nueva York, Randon House, 1972.
Relata el suicidio de la poetisa Sylvia Plath, e investiga las razones de los suicidios esencialmente entre artistas y escritores.

2. ASINOF, Eliot: *Craig y Joan*, Nueva York, Viking Press, 1971.
Cuenta la historia verídica de dos adolescentes de Nueva Jersey que se suicidaron en 1969 para protestar contra la guerra del Vietnam.
3. DAVIDSON, Françoise: *El suicidio del adolescente: Estudio epidemiológico y estadístico*, París, ESF, 1981.
4. DUBLIN, Louise: *Suicidio: un estudio sociológico y estadístico*, Nueva York, Ronald Press, 1963.
5. DURKHEIM, Emile: *Suicidio*, Glencoe, Illinois, The Free Press, 1951.
Primer estudio sobre el suicidio.
6. GARDNER, Sandra: *Suicidio adolescente*, Nueva York, Messner, 1985.
Analiza las causas de suicidios entre los adolescentes, denuncia al «ambiente romántico» con que visten este acto los media y propone soluciones para evitar tales desastres.
7. GIOVACCHINI, Peter: *La urgencia de morir: Por qué los jóvenes cometen suicidio*, Nueva York, Macmillan, 1981.
Trata del problema creciente del suicidio entre los adolescentes, presentando varios casos al objeto de examinar sus causas y sus síntomas.
8. GRIFFIN, Mary, y FELSETHAL, Carol: *Un grito de ayuda*, Nueva York, Doubleday, 1983.
Un libro sobre el suicidio destinado a los padres de adolescentes.
9. HAIM, André: *Suicidio adolescente*, traducido del francés por Sheridan Smith, International University Press, 1974.
Interpreta las estadísticas de los suicidios intentados por adolescentes y ofrece las investigaciones psicoanalíticas que se refieren a este problema.
10. HENDIN, Herbert: *El suicidio en América*, Nueva York, W. W. Norton, 1982.
El suicidio según los diferentes tipos de personas, incluyendo a los adolescentes.
11. JACOBS, Jerry: *Suicidio adolescente*, Nueva York, John Wiley, 1971.
12. JOAN, Polly: *Impidiendo el suicidio adolescente: La guía alternativa para vivir*, Nueva York, Human Science Press, 1986.
Examina los signos que se pueden detectar en los jóvenes suicidas y da consejos para ayudar a los adolescentes a afrontar su depresión.
13. KLAGSBURN, Francine: *Demasiado joven para morir: Juventud y suicidio*, Boston, Houghton Mifflin, 1976.
Ofreciendo casos clínicos e históricos, conversaciones con adolescentes suicidas y sus amigos, este libro examina las razones que empujan a los jóvenes a suicidarse y presenta los síntomas de esta grave depresión.

14. LEDAME, François: *Las tentativas de suicidio de los adolescentes*, París, Masson, 1981.
15. MACK, John E.: *Vivienne: La vida y el suicidio de una adolescente*, Boston, Little, Brown & Co., 1981.
Cuenta el suicidio de una muchacha de catorce años, y trata de explicar por qué ella y otros adolescentes deciden matarse.
16. *Sobre el suicidio. Con particularidad referencia al suicidio cometido por jóvenes estudiantes*, Paul Friedman International University Press, 1967.
Con contribuciones de Alfred Adler, Sigmund Freud y otros.
17. SHNEIDMAN, Edwin S.: *La muerte y los estudiantes universitarios*, Nueva York, Behavioral Publications, 1972.
Estudio de la muerte y del suicidio entre los estudiantes de Harvard.

Revistas y periódicos

1987

18. «En el punto de imposible retorno: El pensamiento suicida sigue un camino predecible; reconocer los signos puede ser la mejor forma de prevención que tenemos», Edwin Shneidman, *Psychology Today*, marzo 1987.
19. «Conductas suicidas», *La revista del médico*, 1.º marzo 1987.
20. «Estados Unidos: El shock de los "pactos de la muerte"», Baudoin Bollaert, *Le Figaro*, 19 marzo 1987.
21. «Suicidios adolescentes: Dos pactos de muerte conmocionan el país», Amy Wilentz, *Time*, 23 marzo 1987.

1986

22. «Nacido en tiempo prestado», M. R. Brodnick, *Science*, 86, abril 1986. Según los trabajos de Lee Salk, examina las relaciones que pueden existir entre los traumatismos del nacimiento y los suicidios de adolescentes.
23. «Sin la gracia de Dios», *U.S. News*, 24 febrero 1986. Los suicidios de adolescentes en Omaha.
24. «¿Puede ser contagioso el suicidio?», John Leo, *Time*, 24 febrero 1986.
25. «Las Iglesias responden a los suicidios adolescentes», K. Hawsley, *The Christian Century*, 30 abril 1986.
26. «Intentos de suicidio adolescentes: ¿Aumenta la tasa?», D. Bower, *Sciences News*, 31 mayo 1986.
27. «Suicidio adolescente: Tempranos indicios», *U.S. News*, 31 marzo 1986. Entrevista de C. Pfeffer.
28. «Reportaje de TV vinculados con el suicidio adolescente», B. Bower, *Science News*, 20 septiembre 1986.

1985

29. «El trauma de nacimiento vinculado al suicidio adolescente (según los estudios de Lee Salk)», J. Greenberg, *Science News*, 23 marzo 1985.
30. «La crítica vincula un juego de fantasía con 29 muertes (el caso de "Mazmorras y Dragones")», W. G. Shuster, *Christianity Today*, 17 mayo 1985.
31. «Nuestro reino de muerte y el suicidio adolescente (el miedo de una guerra nuclear)», R. Lawrence, *The Christian Century*, 30 enero 1985.
32. «Previniendo la extensión del suicidio entre los adolescentes», W. Steel, *U.S.A. Today*, noviembre 1985.
33. «Tasa de suicidio adolescente en los Estados Unidos: La de los varones asciende; la de las mujeres baja», *Jet*, 15 julio 1985.
34. «Lo que los expertos no dicen sobre el suicidio de los adolescentes», R. F. Formica, *M. B. Brinley McCall's*, octubre 1985.

1984

35. «Un enjambre de suicidios cobra tributo de los adolescentes», M. Doan, *U.S. News*, 12 noviembre 1984.
36. «Una boca menos que alimentar (el caso de Johnie Halley)», *Newsweek*, 10 septiembre 1984.
37. «El suicidio en América», G. H. Colt, *Reader's Digest*, enero 1984.
38. «Ser o no ser: Legislación preventiva», J. Folkenberg, *Psychology Today*, abril 1984.

ANEXO 4

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA DROGA Y LOS ADOLESCENTES

En los Estados Unidos

OBRAS

1. BACON, Margaret, y JONES, Mary B.: *Teenage Drinking*, Nueva York, Crowell, 1980.

2. BARON, Jason D.: *Kids and Drugs: a parent's handbook of drug prevention and treatment*, Nueva York, Perigee Books, 1983.

Describe los efectos de las diferentes drogas sobre los jóvenes y sugiere a los padres que formen grupos comunitarios para luchar contra este azote.

3. BESCHNER, G. M., y FRIEDMAN, A. S.: *Youth and drug abuse*, Lexington, Mass., Lexington Books, 1979.

4. BLUM, R. H.; BLUM, E., y GARFIELD, E.: *Drug education: results and recomendations*, Lexington, Mass., D. C. Heath, 1976.

Estudia los diferentes programas de educación contra el abuso de las drogas, y su eficacia.

5. BRECHER, Edward: *Licit and illicit drugs: The Consumer Union Report on narcotics, stimulants, depressants, inhalants, hallucinogens and marijuana*, Boston, Little, Brown and Co., 1972.

Proporciona informaciones sobre los efectos de las drogas, las medidas legales y las prevenciones tomadas en los diferentes Estados.

6. CAREY, James T.: *The college drug scene*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice Hall, 1968.

7. COHEN, Sidney: *The substance abuse problems*, Nueva York, Haworth Press, 1981.

Analiza las tendencias de utilización de las diferentes drogas estudiando grupos y situaciones específicas y dando información sobre los tratamientos.

8. *Drug use in America: problem in perspective. Second report of the National Commission on marijuana and drug abuse*, Washington D.C., Superintendent of documents, U.S. Government Printing Office, 1973.

9. *Go ask Alice* (autor anónimo), Nueva York, Avon, 1971.

El diario de una muchacha de quince años, que describe su trágica experiencia con las drogas. (Este libro —del cual se ha realizado una película— es utilizado en los cursos contra la droga.)

10. HOWARD, M.: *Did i have a good time? Teenage drinking*, Nueva York, Continuum, 1980.

A través del ejemplo de tres adolescentes que tienen problemas relacionados con el alcohol, extrae los síntomas del abuso de la bebida entre los jóvenes.

11. JACKSON, Michael: *Doing drugs*, St Martins/Marek, 1983.

Describe la utilización de las drogas por adolescentes de la clase media, el efecto que ejerce sobre su vida, y su lucha por escapar de ellas.

12. JOHNSTON, Lloyd: *Drugs and american youth: a report from the youth in transition project*, Ann Arbor, Michigan, University of Michigan, Institute for Social Research, 1974.

13. LETTIERI, D. J. (ed.): *Predicting adolescent drug abuse: a review of issues, methods and correlates*, Washington D.C., U.S. Government Printing Office, diciembre 1975.

14. LOURIA, Donald B.: *Overcoming drugs*, Nueva York, McGraw-Hill, 1971.

15. MACLEAD, A.: *Growing up in America: a background of contemporary drug abuse*, Rockville, Md, NIMH, 1973.

16. NORTH, R., y ORANGE, R.: *Teenage drinking*, Nueva York, Macmillan, 1980.

17. O'BRIEN, Robert F.: *The encyclopedia of drug abuse*, Nueva York, Facts of File, 1984.

Trata de los efectos de las drogas, y proporciona informaciones sobre los aspectos sociales, médicos y legales (tablas y estadísticas).

18. SMART, Reginald G.: *The new drinkers: teenage use and abuse of alcohol*, Toronto, Addiction Research Foundation, 1975.

19. TESSLER, Diane J.: *Drugs, kids and schools: practical strategies for education and other concerned adults*, Glenview, Illinois, Scott Foresman, 1980.

20. WIENER, R. S.: *Drugs and school children*, Londres, Longman, 1972.

21. WILSON, C. W.: *Adolescent drug dependance*, Nueva York, Pergamon, 1968.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

1987

22. «Study finds rise in cocaine smoking: high school students and drug use», W. Snider, *Education Week*, 4 marzo 1987.

1986

23. «Drug abuse prevention», M. Lawrence, *Vital Speeches Day*, 15 agosto 1986.
24. «Drug education gets and F», A. Levine, *U.S. News*, 13 octubre 1986.
25. «Kids and cocaine» (special section), *Newsweek*, 17 marzo 1986.
26. «Kids and drugs: why, when and what can we do about it», C. Jones, C. S. Bell-Belek, *Child Today*, mayo-junio 1986.
27. «The test had failed», *Nation*, 4 enero 1986.
28. «The ups and downs of teen drug use (survey of high school seniors)», J. Fischman, *Psychology Today*, febrero 1986.
29. «Yanks Winfield heads to help youth fight drugs», *Jet*, 24 marzo 1986.

1985

30. «Pro and con: testing for drugs in the schools», A. Marbraise, J. Fogel, *New York Times*, 10 noviembre 1985.
31. «The kids are all straight», J. Fishman, *Psychology Today*, abril 1985. (Decadencia del uso de las drogas.)
32. «Teen drug use, except cocaine, falls», B. Bower, *Science News*, 19 enero 1985.

1984

33. «Bloody streets: only hope is to escape», A. Adams, *U.S. News*, 19 noviembre 1984.
34. «Teen drug use drops, but problem remains», B. Bower, *Science News*, 18 febrero 1984.

ESTUDIOS

35. «Alcoholism in adolescence», V. Fox, *The Journal of School Health*, núm. 43, 1973.
36. «Drug use in adolescents: psychodynamic meaning and pharmacogenic effect», *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. XXIV, 1969.

37. «On Becoming a drinker: a social-psychological aspect of adolescent transition», R. Jessor, M. Collins, S. Jessor, *Nature and nurture in alcoholism*, Annual of the N. Y. Academy of Science, 1972.
38. «Understanding adolescence: alternatives to drug use», *Clinical Pediatrics*, núm. 8, 1969.

En el mundo

1. «Aspecto internacional de la lucha contra las toxicomanías en las drogas», *Les informations pharmaceutiques*, núm. 218, enero 1979.
2. «La droga en el mundo: Situación en Europa (1983-1984)», *Revista internacional de policía criminal*, febrero 1986.
Analiza la cifra de las capturas de drogas y de las interpelaciones de los delincuentes en los diferentes países miembros de la organización INTERPOL.
3. FREJAVILLE, J. P.; DAVIDSON, F., y CHOQUET, M.: *Los jóvenes y la droga*, París, PUF, 1977.
Estudio sociológico, basado principalmente en el sur de Francia, que analiza las razones que empujan a los jóvenes a drogarse.
4. Organización Mundial de la Salud: *La juventud y la droga*, Ginebra, OMS, 1973.
5. DAVIDSON, F., y CHOQUET, M.: *Los estudiantes de bachillerato y las drogas legales e ilegales*, París, INSERM, 1980.
6. Parlamento Europeo: *La política de los Estados miembros de la Comunidad en materia de lucha contra la droga*, Serie Ambiente, Salud Pública y Protección de los Consumidores, núm. 9, 1986.
Presenta las posiciones de los diferentes gobiernos frente a los problemas de la droga, así como estadísticas de los siguientes países: Alemania, Grecia, España, Francia, Irlanda, Luxemburgo, Países Bajos, Portugal y Reino Unido.
7. Naciones Unidas: *La cuestión de la droga y de la juventud*, Boletín de los Estupefacientes, vol. 37, núms. 2 y 4, abril-septiembre 1985.
Presenta las investigaciones sobre la naturaleza y la amplitud de los problemas ligados con el abuso de las drogas entre los jóvenes en diferentes países, así como las medidas destinadas a prevenir y reducir este abuso.
8. *Informe trimestral de estadísticas sanitarias mundiales*, Organización Mundial de la Salud, vol. 36, núms. 3-4, 1983.
Examen general de la situación internacional destinado a las planificaciones sanitarias.

9. *La salud de los adolescentes: Informe de la jornada de estudio del 7 de octubre de 1983*, Archivos Belgas, núms. 11-12, 1984.
10. Naciones Unidas, *Las Naciones Unidas y la lucha contra el abuso de las drogas*, Nueva York, 1977.

ANEXO 5

EL FRACASO ESCOLAR

Estados Unidos: fracaso escolar. Cómo volver a llevar los niños a clase

Desde hace tres años, el nivel de conocimientos exigido en el sistema escolar está en claro aumento. Lo que va acompañado de un aumento del fracaso escolar: un estudiante americano de cada cuatro abandona la enseñanza secundaria sin diploma. En algunos establecimientos urbanos, hay menos estudiantes que consiguen pasar el examen final que estudiantes que abandonan durante el camino; el 40% de los alumnos de origen hispano dejan la escuela antes del tercer curso. Desde principios de los años setenta, el número de estudiantes que acaban el segundo ciclo en cuatro años ha pasado del 77% al 72%. El coste para la sociedad se ha elevado: los 12.804 alumnos que abandonaron los estudios, en Chicago, en 1982, costarán al contribuyente sesenta millones de dólares al año durante los próximos cuarenta años. Los marginados del sistema tienen, en efecto, todas las posibilidades de verse en el paro.

La mayor parte de los que abandonan sufren al menos dos años de retraso con relación a sus condiscípulos, y han repetido ya varios cursos.

En Nueva York se ha conseguido reducir el porcentaje de abandono del 42% al 35% gracias a una acción dirigida a poner a disposición de los alumnos unos consejeros de educación, y a encargarles tareas remuneradas, al objeto de que se tomen a sí mismos en serio. Se han registrado resultados positivos en Chicago, donde el director de un colegio envió una carta a quinientos *drop outs*, pidiéndoles que reemprendieran sus estudios: doscientos de ellos respondieron favorablemente.

La prevención implica la modificación del sistema escolar con efectos de las clases más reducidos y transformación de la relación maestro-estudiante.

Se han emprendido acciones por todo el país, especialmente en favor de las adolescentes encintas, muy numerosas. Las autoridades de los Estados se sienten cada vez más implicadas.

Todo el mundo está convencido de que los que abandonan la enseñanza secundaria sin ningún diploma no tienen prácticamente posibilidad de encontrar un empleo.

Bibliografía

COMPARACIONES INTERNACIONALES

1. «En el extranjero también, la escuela», *Cahiers Pédagogiques*, núm. 222, 1984.

Presenta varios artículos sobre la enseñanza en Noruega, Italia, Austria, Gran Bretaña y Japón. Permite comparar la organización de la enseñanza y lo que atañe al fracaso escolar.

2. DEBLÉ, Isabelle: *La escolaridad de las muchachas: Estudio internacional comparativo sobre las pérdidas escolares en las muchachas y los chicos en la enseñanza de primer y segundo grado*.

Trata del acceso de las muchachas a los distintos niveles de estudios. En los 62 países que respondieron a la encuesta, se observó una mejoría, pero ésta no debe ocultar la clara inferioridad de las muchachas, su situación incluso desastrosa en algunos países.

3. *Estudio estadístico sobre las pérdidas escolares*, estudio preparado para la Oficina Internacional de Educación por la Oficina de Estadísticas de la UNESCO. París, UNESCO, 1972.
4. *La formación después de la escolaridad obligatoria*, París, OCDE, 1985.

Esta obra es incorporada en anexo, pues consta de numerosas tablas comparativas sobre la escolaridad de los adolescentes en diferentes países.

5. «El fracaso escolar y el medio social de los alumnos», *El Correo de la UNESCO*, junio 1972. Una gran encuesta de la UNESCO.
6. PAULI, L., y BRIMER, M. A.: *El fracaso escolar: Un problema mundial*, París, UNESCO, 1971.

LAS CAUSAS

7. AVANZINI, Guy: *El fracaso escolar*, París, Le Centurion, 1977.

Se consagra a identificar todas las formas de fracaso escolar para discernir sus verdaderas causas, desenreda la madeja que forman los factores político-sociales, el clima cultural, los problemas familiares, las dificultades psicológicas de los alumnos, la organización de la institución escolar y sus métodos de enseñanza.

8. BAUDELET, C., y ESTABLET, R.: *La escuela capitalista en Francia*, París, Maspero, 1971.
9. BOURDIEU, P., y PASSERON, J. C.: *Los herederos*, París, Éditions de Minuit, 1964.
10. CHERKAOUI, Mohammed: *Las paradojas del éxito escolar: Sociología comparada de los sistemas de enseñanza*, París, PUF, 1979.
11. DESCHAMPS, F. C.; LORENZI-CIOLDI, F., y MEYER, G.: *El fracaso escolar: ¿Alumno modelo o modelo de alumnos? Enfoque psicológico de la división social en la escuela*, Lausanne, P. M. Favre, 1982.
12. «Dificultades escolares del adolescente», *Le Quotidien du médecin*, 28 marzo 1984.
13. *El fracaso escolar: Nuevos debates, nuevos enfoques sociológicos*, actos del coloquio franco-suizo, 9-12 enero 1984, París, CNRS, 1985. Examina la génesis de la noción de fracaso escolar, identifica a los actores que declaran luchar contra el fracaso, analiza el currículum escolar y las prácticas educativas cotidianas...
14. Groupe Français d'Éducation Nouvelle, *El fracaso escolar: ¿Dotado o no dotado?*, París, Éditions sociales, 1976.
Compilación de textos sobre el fracaso escolar escritos por especialistas.
15. HUSEN, T.: *Influencia del medio social sobre el éxito escolar*, París, OCDE, 1975.
16. MANNONI, Pierre: *Adolescentes, padres y problemas escolares*, París, ESF, 1984.
El autor se pregunta en qué medida el fracaso escolar del alumno no es también el de sus padres y el producto de un conflicto de orden afectivo en la relación intrafamiliar. Presenta casos, y sugiere elementos de soluciones y de conducta prácticas a tener hacia el adolescente y su familia.
17. PINELL, P., y ZAFIROPOULOS, M.: *Un siglo de fracasos escolares (1882-1982)*, París, Les Éditions ouvrières, 1983.
18. STEINLET, F. Mary: «¿Por qué hay retrasados escolares?», *Nouvelle Revue Pédagogique*, núm. 3, Bruselas, noviembre 1984.

LA LUCHA CONTRA EL FRACASO ESCOLAR

19. DOT, Odile: *Vencer las dificultades y prevenir los fracasos escolares*, Bruselas, Marabout, 1983.
20. GUYOT, J. C.: *El fracaso escolar se cura*, Toulouse, Privat, 1985.

El autor se pregunta si el fracaso escolar no es un síntoma de una enfermedad, y en qué medida puede ser objeto de cuidados de especialistas.

21. JOUVENET, Louis-Pierre: *Jaque al fracaso escolar*, París, Privat, 1985.
22. LE GALL, André: *Los reveses escolares: diagnósticos y en-derezamiento*, París, PUF, 1967.
23. LITTLE, A., y SMITH, G.: *Estrategias de compensación: Pa-norama de los proyectos de enseñanza para los grupos des-favorecidos en los Estados Unidos*, París, OCDE, 1971.
24. NATANSON, Madeleine: *Curar de la escuela: Niños en esta-do de fracaso*, París, Ed. du Cerf, 1973.

JAPÓN

25. CUMMINGS, William K.: *Educación e igualdad en el Japón*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1985.
26. LECLERCQ, Jean-Michel: *El Japón y su sistema educativo*, París: La Documentation Française, 1984.
27. SABOURET, Jean-François: *El imperio del concurso: Estu-diantes y enseñantes en el Japón*, París, Autrement, 1985.
28. SEEGMULLER, J.: «La escuela en el Japón: el forcing», *La Escuela de los Padres*, núm. 1, 1985.

ANEXO 6

BIBLIOGRAFÍA DE LAS OBRAS GENERALES

Estados Unidos

1. BANDURA, Albert, y WALTERS, Richard H.: *Adolescent aggression*, Nueva York, Ronald Press, 1959.
2. BARKER, Roger G., y WRIGHT, Herbert F.: *Midwest and its children*, Evanstons, Illinois, Row, 1954.
3. BLOS, Peter: *On adolescence: a psychoanalytic interpreta-tion*, Nueva York, Free Press, 1962.
4. BRESSLER, Leo (ed.): *Youth in American life: selected rea-dings*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1972.
5. COLEMAN, J. C.: *The nature of adolescence*, Nueva York, Methuen, 1980.
6. ERIKSON, Erik H.: *Childhood and society*, Nueva York, Norton, 1964.
7. GESELL, Arnol; ILG, Frances L., y AMES, Louis B.: *Youth: the years from ten to sixteen*, Nueva York, Harper, 1956.
8. GOODMAN, Paul: *Growing up absurd: problems of youth in the organized society*, Nueva York, Vintage Books, 1960.
9. GOTTLIEB, David, y RAMSAY, Charles: *The American ado-lescent*, Homewood, Illinois, Dorsey, 1964.
10. GRINDER, Robert E.: *Adolescence*, Nueva York, Wiley, 1973.
11. HALL, Stanley: *Adolescence: its psychology and its relation to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education*, 2 vols., Nueva York, Appleton, 1964.
12. HENDIN, Herbet: *The age of sensation*, Nueva York, McGraw-Hill, 1975.
13. HOLLONGWORTH, Leta: *The psychology of the adolescent*, Nueva York, Appleton, 1928.
14. KATCHADOURIAN, Herant A.: *The biology of adolescence*, Nueva York, Freeman, 1977.
15. KETT, Joseph F.: *Rites of passage: adolescence in Ame-rica, 1970 to the present*, Nueva York, Basic Books, 1977.
16. KONOPKA, Gisela: *Young girls, a portrait of adolescence*, Nueva York, Prentice Hall, 1976.

17. KUHLEN, Raymond G.: *Psychology of adolescent development*, Nueva York, Harper, 1952.
18. MEAD, Margaret: *Coming of age in Samoa: a psychological study of primitive youth for western civilization*, Nueva York, Morrow, 1928.
19. MUUSS, Rold E.: *Theories of adolescence*, Nueva York, Random House, 1962.
20. NORMA, Jane, y HARRIS, Myron W.: *The private life of the American teenager*, Nueva York, Rawson, Wade, 1981.
21. SEBALD, Hans: *Adolescence: a sociological analysis*, Nueva York, Appreto-Century-Crafts, 1968.
22. SMITH, Ernest A.: *American youth culture: group life in teenage society*, Free Press of Glencoe, 1962.
23. SOS Jóvenes, Centro Nacional de Ayuda a la Juventud: *Coloquio y sociedad, estados de crisis entre los jóvenes: droga, fugas, suicidio*, Bruselas, 11 marzo 1978.
24. WEIN, Bibi: *The runaway generation*, Nueva York, David McKay, 1970.

Francia

25. M. CHOQUET, S. LEDOUX y H. MENKE: *La salud de los adolescentes (Enfoque longitudinal de los consumos de la droga, y de los trastornos somáticos y psicosomáticos)*, Éditions INSERM, 1988.
26. BRICARD, Eliane: *El tema del adolescente en la literatura inglesa de Samuel Butler a James Joyce*, París, 1965.
27. PROUST DE LA GIRONIÈRE, Muriel: *El personaje del adolescente: crisis espiritual y representación literaria*, París, IV.
28. RAVOUX, Elisabeth: *Estudios de algunas representaciones del adolescente en el relato del siglo XX*, Rennes, 1973.
29. *Los mitos de nuestros trapos, La moda, los niños, los adolescentes, 1883-1983*, Museo de los Niños / Museo de Arte Moderno de la Ciudad de París, París, 1983.
30. *Los blousons noirs*, París, Ed. Cujas, 1966. *Comprender a los grupos de adolescentes. Una clave para la educación y para la sociedad*, París, Ed. Fleurus, 1967.
31. BLOCH, Erbert, y NIEDERHOFFER, A.: *Las bandas de adolescentes*, París, Payot, 1963.
32. BETTELHEIM, Bruno: *Las heridas simbólicas: Intento de interpretación de los ritos de iniciación*, París, Gallimard, 1977.
33. MONOD, Jean: *Los Barjots. Ensayo de etnología de las bandas de jóvenes*, París, U.G.E., 1971.
34. VAN GENNEP, Arnold: *Los ritos de paso*, A. y J. Picard, París, 1981.

ANEXO 7

EL PERSONAJE DEL ADOLESCENTE EN EL CINE MUNDIAL

- * Las películas que reflejan la moda de la época.
- ** Las películas que constituyeron un acontecimiento.
- *** Las películas de referencia.

Filmes anteriores a la guerra

- El hombre cañón*, EE.UU., 1926, F. Capra. Una adolescente sueña en colores imposibles hazañas deportivas. Burlesca.
- * *El demonio es un pobre diablo*, EE.UU., 1936, W. Van Dyke. Tres mozalbetes nacidos en los bajos fondos neoyorquinos se adaptan a un medio sórdido. Drama psicológico.
- Las cabras extraviadas*, 1936, China, Cai Chusheng. Un joven campesino llega a la ciudad y se encuentra con una banda de niños abandonados. Drama documental.
- Hombres del mañana*, EE.UU., 1934, Frank Borzage. Unos niños húngaros se divierten en la guerra a la manera de los mayores. Drama.
- David Copperfield*, EE.UU., 1935, George Cukor. Drama.
- *** *Niños de Tokyo*, Japón, 1932, Yasujiro Ozu. Crónica de una familia en el Japón de los años treinta. Comedia.
- * *Muchachas de uniforme*, Leontine Sagan y Karl Froelich, Alemania, 1931. En un pensionado de muchachas, donde la enseñanza es rígida, una de ellas se enamora perdidamente de su profesor, y se suicida. Drama psicológico.
- La pequeña Ana*, William Beaudine, EE.UU., 1925. Una adolescente y su hermano quieren vengar a sus padres que han sido asesinados.
- * *La pequeña salvaje*, Francia, 1935, Jean de Limur. Una muchacha que llega de las colonias es enviada a un pensionado de Lausanne, donde conocerá el amor.
- ** *El pelirrojo*, Julien Duvivier, Francia, 1932. François, apodado el Pelirrojo por su cabellera roja, es el burro de carga de su madre.

- * *Sin familia*, Marc Allégret, Francia, 1934. Comedia.
- * *Las aventuras de Tom Sawyer*, EE.UU., 1930, John Cronwell. Aventuras.
- Malas compañías*, EE.UU., 1930, Leo Mac Carey. Los problemas de la delincuencia juvenil. Comedia dramática.
- ** *Cero en conducta*, Francia, 1933, Jean Vigo. En un colegio de provincias, tres pensionistas detestan al director. Organizan una revuelta en el dormitorio. Comedia.

Durante la segunda guerra mundial

- Le Carrefour des enfants perdus*, Francia, 1943, Léo Joannon. Tres ex internos de reformatorio intentan crear un centro destinado a evitar la delincuencia juvenil. Drama.
- Les Jours heureux*, Francia, 1941, Jean de Mouguenat. Iniciación amorosa de cinco jóvenes en una casa de campo durante las vacaciones. Comedia.
- * *Lucrèce*, Francia, 1943, Léo Joannon. Una actriz se deja conmovir por el amor de un estudiante. Melodrama.
- Nous les gosses*, Francia, 1941, Louis Daquin. Unos mozalbetes tratan de ganar el dinero necesario para la reparación de una vidriera que han roto. Comedia de costumbres.
- * *Tomás Brown*, EE.UU., 1940, Robert Stevenson. La vida feliz de un colegial en la época victoriana, donde el deporte ocupa un lugar de privilegio. Comedia de costumbres.
- En una playa tan bonita*, Francia, 1949, Yves Allégret. Un huérfano regresa al albergue donde, de niño, fuera maltratado por la dueña. Drama.

Películas de la posguerra

- * *Los niños maleducados*, Francia, 1949, Jean Pierre Melville. Un hermano y una hermana sueñan tras la puerta cerrada de su habitación. Comedia dramática.
- * *Lazos humanos*, EE.UU., 1945, Elia Kazan. Una joven se debate en medio de una atmósfera familiar hostil.
- ** *El niño de los cabellos verdes*, EE.UU., 1948. El primer Joseph Losey. Fábula fantástica contra la intolerancia y el racismo.
- * *Oliver Twist*, Gran Bretaña, 1948, David Lean. Comedia dramática.
- * *El ídolo caído*, Gran Bretaña, 1948, Carol Reed. Un niño vive una pasión absoluta e idealizada por los adultos que le traicionarán. Drama.

Películas de los años cincuenta

- *** *Al Este del Edén*, EE.UU., 1955, Elia Kazan. Dos hermanos rivalizan por el amor de su padre. Drama psicológico.
- * *Avant le déluge*, Francia, 1954, André Cayatte. Unos adolescentes hijos de burgueses se mezclan en un asesinato, y serán juzgados criminalmente.
- * *Le Blé en herbe*, Francia, 1953, Claude Autant-Lara. Un joven es iniciado al amor por una mujer madura. Comedia de costumbres.
- *** *Rebelde sin causa*, EE.UU., 1955, Nicholas Ray. Drama psicológico.
- * *El diario de Ana Frank*, EE.UU., 1959, George Stevens. Drama.
- * *Olivia*, Francia, 1950, Jacqueline Audry. Los amores de las internas de una institución de jóvenes. Comedia dramática.
- ** *Los cuatrocientos golpes*, Francia, 1959, F. Truffaut. Un muchacho de doce años, incomprendido por su padre, su madre y su profesor, roba, y es enviado a un centro de reforma, del cual se evade. Comedia dramática.
- * *Un verano con Mónica*, Suecia, 1952, Ingmar Bergman. Una adolescente se escapa a una isla con un joven. Al final del verano, ella queda encinta. Drama psicológico.

Películas de los años sesenta

- * *Antes de la Revolución*, Italia, 1964, B. Bertolucci. Nostálgicos adioses a la adolescencia. Comedia dramática.
- * *Elisa*, EE.UU., 1962, Frank Perry. Dos adolescentes internos en un hospital psiquiátrico se enamoran mutuamente. Drama costumbrista.
- *** *El joven Törless*, Alemania, 1965, Volker Schlöndorff. Las mentalidades prefascistas de unos adolescentes en un internado. Drama.
- * *El gran tontorrón*, Francia, 1967, Pierre Grabier-Deferre. Criado entre algodones, un adolescente imagina la vida mucho más simple, más leal y más bella de lo que es en realidad. Comedia dramática.
- ** *El gran Meaulnes*, Francia, 1967, Jean Gabriel Albicocco. Drama psicológico.
- * *El noviazgo del padre de Eddie*, EE.UU., 1963, Vincent Minnelli. Un niño cuyo padre es viudo quiere encontrarle otra esposa, para tener una mamá. Comedia costumbrista.
- Jóvenes afroditas*, Grecia, 1962, Nikos Kondouros. El despertar de dos adolescentes. Transposición de las elegías de Teócrito.
- ** *Lolita*, Gran Bretaña, 1962, Stanley Kubrick.

- ** *Lord of the flies*, Gran Bretaña, 1963, Peter Brook. Perdido en una isla, un grupo de escolares ingleses organiza una nueva sociedad que se asemeja a la de la horda primitiva. Drama.
- * *La soledad del corredor de fondo*, Gran Bretaña, 1962, Tony Richardson. En un correccional, un joven podría ganar una carrera pedestre. En el último momento, renuncia, y deja la victoria a otros. Drama.
- *** *West Side Story*, EE.UU., 1961, Robert Wise. Comedia musical.

Películas posteriores a 1968

- * *A nous les petites Anglaises*, Francia, 1975, Michel Lang. Dos jóvenes franceses en estancia de aprendizaje de idiomas prueban su encuentro con las inglesitas.
- Accélération punk*, Francia/Gran Bretaña, 1977, Robert Glasman. La vida de los punks.
- *** *L'Adolescente*, Francia, 1978, Jeanne Moreau. Marie, de doce años, pasa las últimas vacaciones de la paz durante el verano del 39. Comedia dramática.
- ** *Alertez les bébés*, Francia, 1978, Jean Michel Carré. La reforma Haby y las ilusiones de la educación moderna.
- ** *American Graffiti*, EE.UU., 1973, George Lucas. La vida de una banda de adolescentes americanos en los años sesenta.
- ** *More American Graffiti*, EE.UU., 1979, B. W. L. Norton. Cuatro historias de jóvenes americanos.
- * *Desmadre a la americana*, EE.UU., 1978, John Landis. La vida en un colegio americano en los años sesenta. Comedia.
- L'amour en herbe*, Francia, 1976, Roger Andrieux. Los amores de dos adolescentes.
- Los años imposibles*, EE.UU., 1968, Michael Gordon. Un profesor de psiquiatría tiene problemas con su hija de diecisiete años.
- Anthracite*, Francia, 1980, Edouard Nielmans. Las diversas influencias sufridas por un joven alumno en una institución jesuita.
- ** *La piel dura*, Francia, 1975, F. Truffaut. Niños. Escuela. Colonia de vacaciones. Comedia costumbrista.
- * *Malos chicos*, EE.UU., 1982, Rick Rosenthal. Bandas rivales de jóvenes se enfrentan, sin retroceder ante ninguna violencia. Comedia dramática.
- * *Massacre at Central High*, EE.UU., 1976, Renée Daalder. Estudiantes de instituto que son tiranizados por una banda de gamberros. Comedia dramática.
- ** *Tú me hiciste mujer*, Francia, 1981, Bertrand Blier. Una adolescente de catorce años se enamora de su padrastro. Comedia dramática.

- * *Bilitis*, Francia, 1976, David Hamilton. Juegos eróticos de jóvenes adolescentes. Erótica.
- ** *La fiesta*, Francia, 1980, Claude Pinoteau. Una adolescente de trece años participa en su primera fiesta. Comedia costumbrista.
- * *Polo de limón*, EE.UU., 1980, Boaz Davidson. Amores de adolescentes en los años cincuenta.
- * *La Boum 2*, Francia, 1982, Claude Pinoteau.
- * *Foxes*, EE.UU., 1979, Adrian Lyne. Cuatro adolescentes viven el final de su adolescencia en Los Ángeles. Comedia costumbrista.
- * *Giacomo Casanova, veneciano*, Italia, 1969, Luigi Comencini.
- * *Conocimiento carnal*, EE.UU., 1971, Mike Nichols. Evocación de obsesiones sexuales desde la época del colegio. Comedia dramática.
- Chuchotement de classe*, Suiza, 1982, Nino Jacusso. Jóvenes adolescentes juzgan a sus profesores y mayores. Documento.
- *** *Ana y los lobos*, España, 1972, Carlos Saura. Drama.
- * *Deep end*, EE.UU., 1971, Jerzy Skolimowski. Un muchacho de quince años empleado en un establecimiento de baños siente un amor loco por una joven mayor que él. Comedia costumbrista.
- * *Demain les mômes*, Francia, 1980, Jean Pourtelé. Una catástrofe ha diezmando la especie humana. Los pocos hombres que han sobrevivido se matan entre sí en lugar de ayudarse. En una vieja granja, Philippe, un superviviente, intenta reunir a los niños. Ciencia-ficción.
- * *Dernier été*, Francia, 1981, Robert Guédiguian. Historia de jóvenes llenos de buena voluntad, en el amor incierto. Amor, camaradas, pequeñas tareas. Comedia.
- Los deseos concebidos*, Chile, 1981, Luis Cristián Sánchez. El itinerario de un estudiante que, de la rebeldía a la iniciación, consigue el aprendizaje de la muerte. Melodrama.
- ** *La desobediencia*, Francia/Italia, 1981, Aldo Lado. Los descubrimientos y rebeldías de un joven adolescente en la Venecia de 1914. Drama psicológico.
- * *Las dos inglesas y el amor*, Francia, 1971, François Truffaut. Los amores entre un adolescente y dos hermanas inglesas a finales del siglo pasado. Drama.
- * *Le Diable au coeur*, Francia, 1976, Bernard Queysanne. Un muchacho se siente malhumorado en el apartamento burgués de sus padres. Observa a una joven *au pair* que cuida de los niños más pequeños. Drama psicológico.
- ** *Diabolo menthe*, Francia, 1977, Diane Kurys. La vida de dos hermanas que asisten al mismo instituto. Comedia.
- Diner*, EE.UU., 1982, Barry Levinson. Sobre fondo de música rock, el final de los años cincuenta a través de las conversaciones de jóvenes que se hallan en vísperas de entrar en la vida activa. Comedia costumbrista.

- *** *La golfilla*, Francia, 1979, Jacques Doillon. Un joven encerrado por sus padres rapta a una niña maltratada por su madre. Drama psicológico.
- * *Education anglaise*, Francia, 1982, Jean-Claude Roy. La vida de una huérfana de diecisiete años en una institución que es una guarida de vicio, de sadismo y de masoquismo. Comedia.
- *** *El pequeño salvaje*, Francia, 1970, François Truffaut. Drama.
- El verano de mis 15 años*, Noruega, Knut Andersen. Saliendo de su infancia, un joven regresa a su país. Descubre allí un mundo nuevo, al mismo tiempo que a las mujeres. Comedia dramática.
- * *El verano de nuestros 15 años*, Francia, 1982, Marcel Jullian. Cuando, diez años después, se encuentran, dos niños que vivieron una aventura extraña, tierna y cómica, descubren que están hechos el uno para el otro. Comedia costumbrista.
- * *Vuelve, Eugenio*, Italia, 1980, Luigi Comencini. Un niño rechazado por su familia es recogido en una granja. Drama.
- Yusuf ile Kenan* (Mozalbetes de Estambul), Turquía, 1978, Omer Kavur. Tras la muerte de su padre, Yuang y Kenan parten a Estambul para encontrarse con su tío. Éste ha desaparecido. Vagarán por la capital sin abrigo, y hambrientos. Drama.
- Caída del Cielo* (Out of the Blues), EE.UU., 1978, Dennis Hopper. Una muchacha se rebela contra sus padres que no se entienden. La tentación *punk* sobre fondo de canciones de Elvis. Drama.
- * *La rodilla de Clara*, Francia, 1970, Éric Rohmer. Un hombre de treinta y cinco años es impresionado por una adolescente en la atmósfera sensual de unas vacaciones estivales. Comedia costumbrista.
- La Grande frime*, Francia, 1970, Henri Zaphiratos. La vida cotidiana de un grupo de jóvenes estudiantes de ambos sexos. Comedia.
- Grease*, EE.UU., 1978, Randal Kleiser. Durante todo el verano, un muchacho y una joven han vivido un gran amor. La vuelta a las clases significa para ellos la separación. Comedia musical.
- Interdit au moins de 13 ans*, Francia, 1982, Jean-Louis Bertucelli. La vida ociosa de los jóvenes del extrarradio. Comedia dramática.
- Iracema*, Brasil, 1976, Jorge Bodanzky. A los catorce años, la protagonista parte en busca de aventuras y suerte a la Amazonia, pero no encuentra allí más que prostitución y miseria. Drama psicológico.
- Je, tu, il, elle*, Bélgica, 1974, Chantal Akerman. Una joven atraviesa etapas sucesivas para encaminarse a la edad adulta. Drama psicológico.
- El flautista de Hamelin*, Francia, 1971. Un flautista que ha liberado a una ciudad de todas sus ratas y al que no le han pagado, se lleva a los niños con él.

- Le Journal d'une maison de correction*, Francia, 1980, Georges Cachoux. Combate de un juez y un cura para la reinserción social de jóvenes delincuentes. Drama psicológico/Documento.
- * *La primera lección*, EE.UU., 1980, Alan Myerson. Un muchacho de quince años se encuentra de pronto solo en compañía de su encantadora institutriz. Comedia erótica.
- ** *La Luna*, EE.UU./Italia, 1979, Bernardo Bertolucci. Un adolescente es abandonado por su madre, cantante de ópera. Drama psicológico.
- * *Rock 'n' Roll High School*, EE.UU., 1979, Alan Arkush. «La dama de hierro» es encargada de restablecer el orden en un instituto de enseñanza media californiano, donde reina la anarquía.
- Les Lycéennes redoublent*, Francia/Italia, 1979, Mariano Laurenti. Los juegos de amor y de azar en la juventud. Comedia.
- * *Les Mal-partis*, Francia, 1975, Jean-Baptiste Rossi. Un adolescente de quince años se enamora de una religiosa. Melodrama.
- *** *Marie pour mémoire*, Francia, 1968, Pierre Garrel. Dos adolescentes que se aman no pueden unirse en su combate contra la sociedad. Comedia dramática.
- ** *Yo, Cristina F.*, R.F.A., 1981, Ulrich Edel. Para comprarse droga, una adolescente de trece años se prostituye. Drama psicológico.
- *** *Muerte en Venecia*, Italia, 1971, Luchino Visconti. Drama psicológico.
- *** *Morir de amor*, Francia, 1970, André Cayatte. Drama psicológico.
- *** *La naranja mecánica*, Gran Bretaña, 1971, Stanley Kubrick.
- *** *Padre patrón* (Padre padrone), Italia, 1977, Paolo y Vittorio Taviani. Un joven pastor se rebela contra la autoridad paterna.
- Paradiso*, Francia, 1977, Christian Bricourt. Un adolescente cuya vida es de una desesperante monotonía busca una razón de ser y de vivir. Comedia dramática.
- Parlez-moi d'amour*, Francia, 1975, Michel Drach. El primer amor de un estudiante. Comedia dramática.
- * *Passe ton bac d'abord*, Francia, 1978, Maurice Pialat. La situación de los jóvenes en el momento en que tendrán que abordar la vida activa. Comedia costumbrista.
- * *Le Petit chose*, Francia, 1983, Maurice Cloche. Dos jóvenes tienen que subvenir a las necesidades de sus padres arruinados. Comedia dramática.
- * *La Petite fille en velours bleu*, Francia/Gran Bretaña, 1978, Alan Bridges. Un cirujano que envejece se enamora de una muchacha de trece años. Drama psicológico.

- * *La Petite sirène*, Francia, 1980, Roger Andrieux. Una adolescente de catorce años y un hombre de cuarenta se aman. Comedia dramática.
- Piedra libre*, Argentina, 1976, Leopoldo Torre-Nilsson. Una adolescente pobre, cenicienta moderna, busca el amor y la amistad. Drama psicológico.
- *** *Pilgrimage*, EE.UU., 1972, Beni Montresor. Uno joven rehúsa el universo familiar y social de sus padres afortunados. Y parte en busca de sí mismo.
- Pixote. La ley del más débil*, Brasil, 1980, Héctor Babenco. Un recrudecimiento de las redadas policiales lleva a Pixote, un niño abandonado de diez años, a un reformatorio.
- * *Pourquoi*, Francia, 1977, Annouck Bernud. Un muchacho de quince años busca la libertad a cualquier precio, y descubre lo que le cuesta. Drama.
- * *El prado*, Italia, 1979, Paolo y Vittorio Taviani. Tres adolescentes se encuentran nuevamente en el campo donde pasaron sus vacaciones infantiles. Drama.
- * *Het Debuut (Primer secreto)*, Holanda, 1977, Nouchka Van Brahl. No tiene más que catorce años, y las preocupaciones de una niña, pero ama a un hombre de cuarenta. Comedia.
- *** *Le Premier Voyage*, Francia, 1980, Nadine Trintignant. A la muerte de su madre, un adolescente decide ir a buscar a su padre en compañía de su hermano más joven.
- Papá... ¡Ya no soy virgen!*, Francia, 1976, Claude Berri. Las primeras emociones amorosas y los sueños eróticos de un adolescente. Comedia costumbrista.
- * *Primeros deseos*, Francia, 1983, David Hamilton. Durante sus vacaciones, tres muchachas van a parar a una isla donde sus fantasías amorosas cobrarán realidad. Comedia erótica.
- La Rage aux poings*, Francia, 1973, Éric Le Hung. Seis muchachos aislados en un universo de un grupo de viviendas se rebelan. Comedia dramática.
- Looks and smiles (Miradas y sonrisas)*, Gran Bretaña, 1981, Kenneth Loach. Un adolescente no consigue integrarse en la sociedad. Drama psicológico.
- ** *Los amores inconfesables*, Francia, 1972, Guy Casaril. Un adolescente descubre el amor con la amante de su padre. Drama psicológico.
- Scum*, Gran Bretaña, 1980, Alan Clarke. Un joven delincuente entra en el infierno de los correccionales británicos. Drama psicológico.
- ** *El soplo en el corazón (Le souffle au coeur)*, Francia, 1970-1971, Louis Malle. Evocación de una adolescencia poco civilizada y de las relaciones incestuosas entre una madre y su hijo. Drama psicológico.
- Surprise Party*, Francia, 1982, Roger Vadim. Una banda de jóvenes amigos decide pasar un verano de libertad y fantasía. Comedia.

- Le Temps des vacances*, Francia, 1978, Claude Vital. En «la escuela del valle», al acercarse las vacaciones, la vida de los alumnos sufrirá trastornos a causa de la llegada de un nuevo profesor. Comedia.
- Megáll az idő (El tiempo se detiene)*, Hungría, 1981, Péter Gotthár. Evocación de la juventud húngara de los años sesenta. Comedia costumbrista.
- * *Tiernas primas*, Francia, 1980, David Hamilton. Jóvenes adolescentes de vacaciones. Erotismo.
- ** *Tess*, Francia/Gran Bretaña, 1979, Roman Polanski. La vida de una joven campesina inglesa en el siglo XIX. Melodrama.
- * *Verano del 42*, EE.UU., 1971, Robert Mulligan. Un adolescente de vacaciones vive su primer amor con una mujer mayor que él. Comedia dramática.
- ** *Los zozos*, Francia, 1972, Pascal Thomas. La principal preocupación de Frédéric y François, internos en un instituto de provincias, es el fin de semana y las chicas. Deciden ir de incógnito a Suecia. Comedia costumbrista.
- *** *Cuenta conmigo*, EE.UU., 1968, Rob Reiner. Unos muchachos de una ciudad parten tras las huellas de un cadáver. Primer enfoque de la muerte que tienen unos jóvenes adolescentes, pequeños soldados en tejanos, condenados a llegar a adultos. Un tono nuevo: ni lacrimógeno, ni de una crueldad gratuita. El fin del estado infantil y la última fiesta de la inocencia. La adolescencia es aquí la experiencia de una ruptura con un sueño de eternas vacaciones. Los niños quieren ver de cerca la muerte para mofarse de ella o para domesticarla.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	5
<i>De la causa de los niños a la causa de los adolescentes</i>	7

PRIMERA PARTE

EL PURGATORIO DE LA JUVENTUD Y EL SEGUNDO NACIMIENTO

1. El concepto de adolescencia: puntos de referencia, puntos de ruptura	11
2. El sueño de la eterna juventud. Mitos y arquetipos	24
3. La imagen del cuerpo	31
4. La leyenda de los jóvenes: la literatura efébrica ..	35
5. Los héroes y los modelos	47
6. El discurso sobre el efebo. Pioneros de la hebo- logía	53
7. Crecimiento y comportamiento. La falta de gracia y la armonía	55
8. Ritos de paso y proyectos adolescentes	73

SEGUNDA PARTE

LA ÉPOCA DE LAS PRUEBAS

9. Perturbaciones de la psiquiatría y psicoanálisis sin palabras	85
10. Los suicidios de adolescentes: una epidemia ocul- tada	107
11. A cada uno su droga: falsos paraísos y pseudo- grupos	127

12. Jaque al fracaso escolar	143
13. La familia deshecha	155
14. El nuevo comportamiento amoroso	168

TERCERA PARTE

UN ESPACIO PARA LA NUEVA GENERACIÓN

15. Los derechos y los deberes	183
16. Cuando los jóvenes tienen la palabra	208
17. Líneas de futuro: iniciativas y proposiciones ..	223
Remunerar a los niños como inventores. Una se- sión de protesta semanal. Un futuro distinto de Mesrine. La escuela, hogar de los jóvenes y la cul- tura. Consejos municipales de niños. Propuestas de reformas y enmiendas de la legislación actual.	

ANEXOS

1. Pequeña guía de la futura convención de los de- rechos del niño	243
2. Las fugas de adolescentes	250
3. Los suicidios	256
4. Bibliografía sobre la droga y los adolescentes ..	264
5. El fracaso escolar	269
6. Bibliografía de las obras generales	273
7. El personaje del adolescente en el cine mundial	275

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Impreso en los talleres de
Offset Libra
Francisco I. Madero núm. 31
Col. San Miguel Iztacaleo
México, D.F.

Abril de 1992